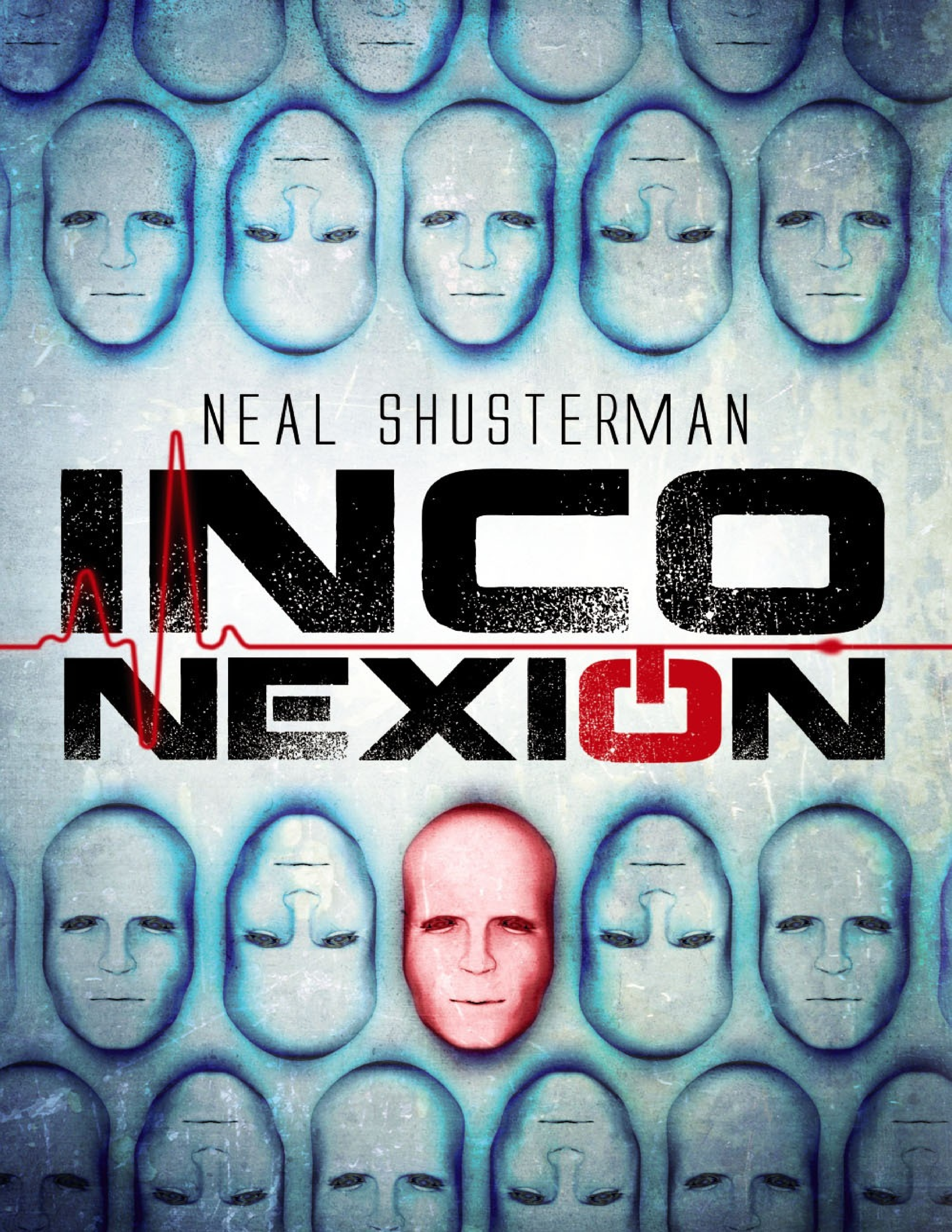

NEAL SHUSTERMAN
INCO
NEXION

Connor y Lev huyen tras el asalto del Cementerio, último refugio de los amenazados por la desconexión. Pero, por primera vez, no solo están huyendo de algo, sino que al mismo tiempo van buscando información que esperan encontrar en una mujer a la que la Ciudadanía proactiva ha intentado borrar de la historia. Si logran encontrarla, quizá puedan dar con la clave que les permita acabar con la desconexión. Cam, el chico reconectado, también tiene planes contra la organización que lo creó, porque sabe que sería un buen modo de mostrarle a Risa lo que siente por ella. Con la Autoridad Juvenil y los vengativos piratas de partes persiguiéndolos, sus caminos se encontrarán de una manera explosiva.

Neal Shusterman

Inconexión

Unwind III

ePub r1.0

libra 07.07.16

Título original: *Unsouled*
Neal Shusterman, 2013
Traducción: Adolfo Muñoz

Editor digital: libra
ePub base r1.2



Para Jan, Eric y Robby, Keith y Thresa,
Chris, Patricia, Marcia, Andrea, Mark,
y todos mis amigos, que estaban ahí
cuando más los necesité.

PRIMERA PARTE

Sin alas

Seguramente esta nueva tecnología médica nos liberará más que esclavizarnos, pues tengo la firme convicción de que la compasión humana sobrepasa a la avaricia humana. Para ello, fundo por la presente la Ciudadanía Proactiva como fiel salvaguarda del uso ético de la técnica del neuroinjerto. Y tengo plena confianza en que los abusos serán la excepción más que la norma.

Janson RHEINSCHILD

Me he convertido en muerte, en destructor de mundos.

J. Robert OPPENHEIMER

Los Rheinschild

—LO HAN FIRMADO. La Guerra Interna ha acabado.

Janson Rheinschild cierra la puerta de la calle, tira su chaqueta al sofá, y se desploma sobre una butaca como si se le hubieran deshecho por dentro todas las articulaciones.

—Tienes que estar de broma —dice Sonia—. Nadie en su sano juicio firmaría ese espantoso Acuerdo de Desconexión.

Él la mira con una amargura que no quiere dirigir hacia ella, pero que no puede dirigir hacia nadie más.

—¿Y quién —le responde— ha estado en su sano juicio en los últimos nueve años?

Sonia se sienta en el brazo del sofá, lo más cerca posible de él, y le coge la mano. Janson se la agarra a su vez con desesperación, como si la mano de Sonia fuera lo único que le impidiera caer al abismo.

—El nuevo presidente de Ciudadanía Proactiva, esa rata narcisista llamada Dandrich, me llamó antes de que hicieran el anuncio oficial para comunicarme que habían firmado el acuerdo. Dijo que querían que yo lo supiera antes «por la consideración que me tenían». Pero sabes tan bien como yo que lo hizo para disfrutar con mi angustia.

—No sirve de nada torturarse, Janson. No es culpa tuya, y no puedes hacer nada al respecto…

Janson desprende su mano de la de Sonia y la mira:

—Tienes razón, no es culpa mía. Es culpa nuestra. Lo hicimos juntos, Sonia.

Ella reacciona como si él le acabara de dar una bofetada. No solo se aparta de él, sino que se levanta y se pone a caminar, como si quisiera dejar la habitación.

«Bueno», piensa Janson. «Sonia tiene que sentir un poco de lo que siento yo».

—Yo no hice nada malo —insiste ella—, ¡y tú tampoco!

—¡Nosotros lo hicimos posible! ¡La desconexión está basada en nuestra tecnología! ¡En nuestras investigaciones!

—¡Que nos robaron!

Janson se levanta de la butaca, incapaz de soportar un instante más de sedentarismo. Quedarse sentado es como aceptar algo. Es como admitir el fracaso. Si no se levanta, terminará en esa butaca con una copa en las manos, moviendo el hielo para oír su tintineo contra las paredes del vaso, sintiendo cómo el alcohol, con su anestesia, lo hunde en la sumisión. No, esa no es su actitud. Nunca será su actitud.

Hay gritos en la calle. Janson mira por la ventana de la sala de estar para ver a unos chavales del vecindario que riñen y se pegan. «Salvajes», los llaman últimamente los noticiarios: «adolescentes salvajes».

«Algo hay que hacer con los adolescentes salvajes que ha producido esta guerra», se lamentan los políticos con sus legisladoras plumas. Bueno, ¿qué esperaban cuando decidieron desviar a la guerra todo el presupuesto educativo? ¿Cómo podían no saber que la educación pública fracasaría? Sin colegios, sin puestos de trabajo, y sin otra cosa a su disposición aparte de tiempo, ¿qué pensaban que harían esos muchachos más que crear problemas?

La turba de la calle (a la que apenas se puede llamar turba en realidad, pues no son más que cuatro o cinco chavales) se va sin provocar más incidentes. Nunca han tenido problemas en su casa, pese a que la suya es la única casa de toda la calle sin barrotes en las ventanas y sin cancela de seguridad. Sin embargo, algunas puertas de seguridad de la calle han sido destrozadas. Estos chicos tal vez carezcan de educación desde que cerraron los colegios, pero no son tontos. Ven que a su alrededor nadie confía en ellos, y eso hace que tengan más ganas de dar rienda suelta a su rabia. «¿Cómo te atreves a desconfiar de mí?», dice su violencia. «Tú no me conoces». Pero la gente está demasiado arropada en sus medidas de seguridad para oír lo que dicen.

En aquel momento, Sonia se acerca a él por detrás y lo rodea con los brazos. Janson quisiera aceptar el consuelo que ella le proporciona, pero no se lo puede consentir a sí mismo. No quiere dejar que lo consuelen, ni quiere encontrar una pizca de calma hasta que haya enmendado aquella terrible equivocación.

—Tal vez sea como en la vieja Guerra Fría —sugiere Sonia.

—¿Qué quieres decir?

—Ellos tienen esta nueva arma —dice ella—, la desconexión. Tal vez sea suficiente con la amenaza que esa arma supone. Tal vez no lleguen a usarla nunca.

—Para que haya una guerra fría se necesita un equilibrio de poder. ¿Con qué pueden responder esos muchachos si las autoridades empiezan a desconectarlos?

Sonia lanza un suspiro al comprender el razonamiento de él:

—Con nada en absoluto.

Ahora, por fin, Janson puede sentirse un poco consolado por el hecho de que ella le entienda, por la certeza de que no se encuentra solo cuando vislumbra los turbios abismos a los que puede conducir la nueva ley.

—Eso aún no ha ocurrido —le recuerda ella—. De momento no han desconectado a un solo «adolescente salvaje».

—No —dice Janson—, porque la ley no entra en vigor hasta esta medianoche.

Y los dos deciden pasar el resto de la velada juntos, abrazados, como si aquel fuera el último día de la civilización.

Pues, en cierto sentido que no tiene nada de imaginario, lo es.

1. Connor

TODO CAMBIA con aquella muerte en la carretera: un acto tan fortuito y tan tonto que la mente se queda atónita, pensando en todas las consecuencias. Connor debería haber aparcado para dormir, especialmente en una noche de viento como aquella. Ciertamente, sus reflejos al volante serían mucho mejores por la mañana. Pero la ardiente necesidad de presentarse en Ohio con Lev le obliga a esforzarse cada día un poco más.

«Solo hasta la próxima salida de la autovía», se dice. Aunque tenía pensado parar en cuanto pasaran Kansas, ya ha transcurrido media hora de eso. Lev, al que se le da bien infundir un poco de sensatez en Connor, no resulta de ninguna ayuda esa noche, pues está tendido en el asiento del acompañante, dormido como un tronco.

Son las doce y media de la noche cuando la desafortunada criatura aparece ante los faros del coche, y a Connor solo le da tiempo de vislumbrarla un instante mientras gira el volante a toda prisa en un desesperado intento de evitar la colisión.

«No puede ser lo que me ha parecido que era…», piensa.

Aunque Connor gira completamente, aquella cosa estúpida vuelve a ponerse delante del coche, como si estuviera buscando la muerte.

El deportivo «prestado» atropella a la criatura, que pasa rodando por encima del capó como si fuera una piedra, rompiendo el cristal de seguridad del parabrisas en un millón de trocitos diminutos. El cadáver se queda atascado en el marco del parabrisas. Tiene un retorcido limpiaparabrisas incrustado en el delgado cuello.

Connor pierde el control del volante, y el coche abandona el asfalto para escorarse de una manera brutal en la maleza.

Connor grita y suelta una maldición por mero reflejo, mientras la criatura, que aún se aferra a la vida, le lanza las garras al pecho, rasgándole la camiseta y la carne, hasta que por fin Connor recupera la frialdad necesaria para pisar a fondo el pedal del freno. La abominable criatura se sale del parabrisas, propulsada hacia delante como si acabara de ser disparada por un cañón. El coche se escora como un barco que se hunde, se para de repente al caer en la cuneta, y solo entonces se despliegan los airbags, como un paracaídas defectuoso que se abre cuando el paracaidista ya está muerto en el suelo.

La tranquilidad que sigue se parece al silencio espacial desprovisto de aire, excepto en el gemido sin alma del viento.

Lev, que ha despertado en el mismo segundo en que chocaron contra la cosa, no dice nada, aunque abre la boca en busca de aire cuando le golpea el airbag. Connor ha

descubierto que Lev tiene más de comadreja que de gallina: el pánico lo paraliza.

Connor, que sigue intentando asimilar los diez segundos precedentes de su vida, se mira la herida que ha recibido en el pecho: bajo la rotura de la camiseta tiene un corte en la piel de unos quince centímetros de largo. Lo extraño es que se siente aliviado: la herida no es mortal, y las heridas de la carne son algo que se puede tratar. Como hubiera dicho Risa en la época en que dirigía la enfermería del cementerio de aviones: los puntos son el menor de los males. Aquella herida necesitaría una docena de puntos más o menos. Pero el problema mayor será encontrar dónde pueda recibir atención médica un fugitivo ASP que se supone que está muerto.

Tanto él como Lev salen del coche y dejan la zanja para examinar al siniestrado. Las piernas le tiemblan a Connor de pura debilidad, pero no lo quiere admitir ante sí mismo, así que decide que su temblor se debe tan solo a una descarga de adrenalina. Se mira el brazo (el brazo que tiene el tatuaje del tiburón) y abre y cierra la mano en un puño, tratando de transmitir la fuerza brutal de aquel brazo robado al resto del cuerpo.

—¿Es un avestruz? —pregunta Lev cuando contemplan la enorme ave muerta.

—No —le suelta Connor—, es el repajolero Correcaminos.

Eso era lo primero que Connor había pensado, irracionalmente, al ver aparecer ante los faros del coche a aquel pájaro gigante. El avestruz, que un minuto antes todavía había tenido la vida suficiente para desgarrar el pecho de Connor, está ya muerto. Su cuello roto está retorcido en un ángulo muy cerrado, y sus ojos vidriosos los miran con intensidad de zombi.

—Nos ha atacado un ave… —dice Lev.

No parece ni siquiera desconcertado por el hecho. Más bien parece un frío observador, tal vez porque no iba conduciendo él, o tal vez porque ha visto cosas mucho peores que un ave muerta en la carretera. Connor le envidia su sangre fría.

—¿Qué demonios hacía un avestruz en la autovía? —pregunta Connor. Su respuesta llega con el ruido que hace una valla ante una repentina ráfaga de viento. Los faros de los coches que pasan iluminan la enorme rama de un roble arrancada por el viento. La rama era lo bastante pesada para aplastar una parte de la valla metálica. Al otro lado de la valla pululan formas de largo cuello. Algunos avestruces ya han traspasado la brecha y se dirigen a la carretera. Había que esperar que tuvieran más suerte que su compañera.

Connor había oído que últimamente había muchas granjas de avestruces debido a la subida del precio de otras carnes, pero nunca había visto ninguna. Irreflexivamente, se pregunta si la muerte del ave sería o no un suicidio. ¿Había pensado el avestruz que

era mejor morir en la carretera que asado en el horno?

—Sus ancestros eran los dinosaurios, ¿lo sabías? —comenta Lev.

Connor respira hondo, y solo entonces se da cuenta de lo superficialmente que ha estado respirando hasta ese momento, en parte por el dolor, en parte por la impresión de lo sucedido. Le muestra a Lev la herida:

—Por lo que a mí respecta, estos bichos siguen siendo dinosaurios. Este ha intentado desconectarme.

Lev hace un gesto de dolor:

—¿Estás bien?

—Estaré bien. —Connor se quita el chubasquero y Lev le ayuda a apretárselo alrededor de la espalda y el pecho, a modo de torniquete casero.

Contemplan el coche, que no habría quedado más destrozado si se hubiera encontrado de frente un camión en vez de un ave no voladora.

—Bueno, tenías pensado dejar ese coche en un par de días, ¿no? —pregunta Lev.

—Sí, pero no de este modo.

La camarera que había sido tan amable de regalarles su coche les había dicho que aguardaría unos días antes de denunciar la desaparición. A Connor solo le queda esperar que el seguro le pague lo bastante para darle a ella una alegría.

Por la autovía pasan algunos coches más. El de ellos se halla lo bastante apartado de la carretera para pasar desapercibido ante conductores que no van mirando precisamente hacia allí. Pero hay gente cuyo trabajo consiste en mirar.

Pasa un coche que pierde velocidad cien metros más allá y da la vuelta cruzando la mediana de tierra. En el momento en que hace el giro, los faros de otro vehículo iluminan el dibujo negro y amarillo de la carrocería: se trata de un coche de policía de carretera. Puede que el agente los haya visto, o puede que haya visto simplemente los avestruces, pero en cualquier caso, las opciones de actuación de Lev y Connor se ven repentinamente reducidas:

—¡Corre! —grita Connor.

—¡Nos va a ver!

—No, mientras no enciendan los reflectores. ¡Corre!

El coche de la policía aparca a un lado de la carretera, y Lev no discute más. Se da la vuelta para echar a correr, pero Connor lo agarra del brazo:

—No: por aquí.

—¿Hacia los avestruces?

—¡Confía en mí!

El reflector se enciende, pero no los enfoca a ellos, sino a una de las aves que se

acercan a la carretera. Connor y Lev llegan a la brecha de la valla. Las aves escapan de ellos en todas direcciones, constituyendo más objetivos móviles para el reflector de la policía.

—¿A través de la valla? ¿Estás loco? —pregunta Lev en un susurro.

—Si corremos al lado de la valla, nos cogerán. Tenemos que desaparecer, y este es el único modo de hacerlo.

Al lado de Lev, Connor cruza la valla rota y, como ha hecho ya tantas veces en su vida, corre en la oscuridad, sin saber dónde pisa.

A CONTINUACIÓN INSERTAMOS UN ANUNCIO DE CARÁCTER POLÍTICO

> El año pasado murió mi marido de treinta y cinco años a manos de un ladrón que entró por la ventana. Mi marido intentó enfrentarse a él y recibió un disparo. Yo sé que nadie me va a devolver a mi marido, pero ahora se va a votar una proposición de ley por la que por fin los criminales pagarán por lo que han hecho, ojo por ojo y diente por diente.
>
> Legalizando la desconexión de delincuentes, no solo reduciremos la masificación de las cárceles, sino que dispondremos de tejidos para trasplantes que podrán salvar vidas. Además, la Ley de Justicia Corporal asegurará que un porcentaje de todos los órganos procedentes de criminales vayan directamente a las víctimas de crímenes violentos, y a sus familias.
>
> Vota “Sí” a la Proposición número 73. Porque estando unidos dividiremos a los delincuentes.
>
> Anuncio patrocinado
> por la Alianza Nacional de Víctimas
> a favor de la Justicia Corporal

No pueden quedarse en el rancho de los avestruces. Hay luces en el edificio de la granja. Muy probablemente, al dueño le han notificado el problema creado en la autovía, y el lugar no tardará en estar plagado de trabajadores de la granja y de policías, intentando reunir a las aves.

A menos de un kilómetro de la granja, yendo por una pista de tierra, encuentran

una caravana abandonada. Dentro de ella hay una cama con colchón, pero está tan mohoso que prefieren pasar la noche en el suelo.

A pesar de todo, Connor solo tarda unos minutos en quedarse dormido.

Tiene vagos sueños en los que aparece Risa, a la que no ha visto en muchos meses y a la que tal vez no vuelva a ver nunca. También sueña con la batalla que se libró en el cementerio de aviones, la operación que acabó con aquel santuario. En sus sueños, Connor intenta docenas de tácticas diferentes para salvar de la Autoridad Juvenil a los cientos de muchachos que están a su cuidado. Pero nada funciona nunca. El resultado siempre es el mismo: los chavales son todos o asesinados o introducidos en camiones de transporte que los llevarán a las cosechadoras. Hasta en los sueños de Connor todo resulta inútil.

Cuando despierta, ya es la mañana del día siguiente. Lev no está allí, y el pecho le duele a Connor cada vez que respira. Se afloja el torniquete. La herida ha dejado de sangrar, pero sigue encarnada, muy fresca. Se lo vuelve a tapar de manera provisional, hasta que encuentre algo mejor para cubrir la herida que un chubasquero empapado de sangre.

Encuentra a Lev fuera, investigando los alrededores. Y hay bastantes cosas que investigar, pues lo que de noche parecía una caravana solitaria resulta ser solo el edificio principal de todo un caserío de chatarra. Alrededor de la caravana hay una colección de objetos grandes e inútiles: coches herrumbrosos, electrodomésticos, y hasta un autobús escolar tan viejo que no conserva nada de su color original, y tampoco ninguna ventana intacta.

—Me pregunto cómo sería la persona que vivía aquí —dice Lev.

Aquella auténtica chatarrería inquieta a Connor precisamente porque para él tiene algo de familiar:

—Yo viví en el basurero de aviones más de un año —le recuerda a Lev—. ¡Todo el mundo tiene sus cosas!

—Cementerio, no basurero —le corrige Lev.

—¿Hay alguna diferencia…?

—El cementerio está hecho con un fin noble. El basurero es, bueno… basura.

Connor baja la vista y le da una patada a una lata oxidada.

—No hubo nada noble en nuestro final en el Cementerio.

—Déjalo —dice Lev—. Tu autocompasión se está volviendo rancia.

Pero no se trata de autocompasión, eso tendría que saberlo Lev. Se trata de todos los chicos que se perdieron allí. De los más de setecientos chicos que estaban al cuidado de Connor, más de treinta murieron y aproximadamente cuatrocientos fueron

enviados a las cosechadoras para ser desconectados. Tal vez nadie hubiera podido impedirlo, pero el caso es que sucedió estando Connor al cargo. Y Connor tiene que vivir ahora sobrellevando el peso de una culpa tremenda.

Connor le dirige una larga mirada a Lev, quien, por el momento, parece conformarse con contemplar el Cadillac sin ruedas, sin capó, sin techo, y tan invadido por las hierbas por dentro y por fuera que parece una jardinera.

—Tiene una cierta belleza, ¿no crees? —dice Lev—. Es como esos barcos hundidos que al final terminan por ser parte del arrecife de coral.

—¿Cómo puedes estar tan asquerosamente contento? —le pregunta Connor.

En respuesta, Lev mueve bruscamente la cabeza con toda su rubia melena y una sonrisa intencionadamente alegre:

—Tal vez porque estamos vivos y somos libres —dice Lev—. O tal vez porque yo solito salvé tus posaderas de un pirata de partes.

Ahora Connor no puede evitar sonreírse él también:

—Déjalo: tu autocomplacencia se está volviendo rancia.

Connor no puede reprocharle su optimismo. Lo que Lev hizo en el Cementerio fue de matrícula de honor: se metió en medio de una batalla en la que no había salida y no solo había conseguido salir, sino que lo había hecho llevándose consigo a Connor, al que salvó de Nelson, un antiguo policía de la brigada juvenil empeñado en vender a Connor en el mercado negro.

—Después de lo que hiciste —le dice Connor a Lev—, Nelson querrá poner tu cabeza en lo alto de la torre.

—Mi cabeza y otras partes también, de eso estoy seguro. Pero primero tendrá que capturarme.

Solo en ese momento a Connor empieza a contagiársele el optimismo de Lev. Sí, la situación era nefasta, pero siendo nefasta, no era tan mala como podría ser. Estar vivo y libre tiene su importancia, y el hecho de que tengan una meta, un sitio al que ir en el cual podrían encontrar la respuesta a algunas preguntas cruciales, añade mucha más esperanza a la mezcla.

Connor mueve el hombro, y ese movimiento hace que le duela la herida, y ese dolor le recuerda que alguien tendría que curársela antes o después. Lo que menos falta les hacía era aquella complicación. Ninguna clínica ni sala de urgencias le curará la herida sin hacer preguntas. Si él consigue mantener la herida limpia y vendada hasta que lleguen a Ohio, sabe que Sonia le prestará los cuidados necesarios.

Bueno, si es que sigue en la tienda de antigüedades.

Y si sigue viva.

—La última indicación que vi en la carretera, antes de que chocáramos con el avestruz, indicaba que había un pueblo muy cerca —le dice Connor a Lev—. Voy a ver si pillo un coche, y enseguida vuelvo contigo.

—No —dice Lev—. Me he recorrido todo el país para encontrarte, y ahora no pienso perderte de vista.

—¡Eres peor que los de la brigada juvenil!

—Cuatro ojos ven mejor que dos —dice Lev.

—Pero si nos atraparan a uno de nosotros, el otro todavía podría tratar de llegar a Ohio. Sin embargo, si vamos juntos, nos arriesgamos a que nos capturen a los dos.

Lev abre la boca para decir algo y la vuelve a cerrar.

La lógica de Connor es irrefutable.

—Esto no me gusta nada —dice Lev.

—Tampoco a mí, pero es la mejor opción.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo mientras tú andas por ahí buscando un coche?

Connor tuerce la boca en una sonrisa:

—Camúflate en el paisaje.

Es un largo camino para ir andando, especialmente cuando uno tiene dolores. Antes de salir, Connor ha encontrado ropa blanca «limpia» en la caravana, además de un escondite donde guardaban güisqui barato, perfecto para limpiar una herida. También doloroso, sin duda, pero como dicen todos los entrenadores deportivos de este mundo: «el dolor es la debilidad abandonando el cuerpo». Connor siempre ha odiado a los entrenadores deportivos.

En cuanto había dejado de escocerle, se había hecho un vendaje más seguro, que ahora lleva debajo de una camisa descolorida de franela que debió de pertenecer al último residente de la caravana. Es una camisa demasiado abrigada para el calor que hace, pero es lo mejor que tenía para ponerse.

Ahora, sudando por el calor y aguantando el dolor de la herida, Connor cuenta los pasos a lo largo de la pista de tierra hasta que empieza el pavimento. Aún no ha visto pasar ningún coche, pero está bien. Cuantos menos ojos lo vean, mejor. La seguridad está en la soledad.

Además, Connor no sabe qué le aguarda allí delante, en aquel pueblo. En lo que se refiere a ciudades y zonas residenciales, Connor se da cuenta de que la mayoría son casi iguales, que solo cambia la geografía. Las zonas rurales, sin embargo, varían

mucho de unas a otras. Algunos pueblos son lugares de los que uno querría venir y a los que querría volver: comunidades cálidas y hospitalarias que exhalan americanidad del mismo modo que los bosques tropicales exhalan oxígeno. Pero también existen los pueblos como Heartsdale, en Kansas.

Tiene pinta de ser el sitio más aburrido del mundo. Está claro que Heartsdale está económicamente deprimido, cosa que no resulta rara. Lo único que estos días se necesita para que un pueblo estire la pata es que una fábrica importante cierre o se ponga a bailar la danza de la mano de obra barata global. Heartsdale, sin embargo, no es solo un pueblo deprimido: además de deprimido, es feo en todos los sentidos y de un modo rotundo. La principal arteria está llena de arquitectura de fachada baja, plana, toda en tonos beis. Aunque hay granjas en abundancia que Connor había pasado, verdes y florecientes al sol de julio, el centro del pueblo no tiene árboles, no crece más verde que el de los hierbajos que nacen en las grietas del pavimento. Hay una iglesia nada atractiva construida en institucionales ladrillos color mostaza. El anuncio del sermón en la cartelera de la puerta dice: «¿Q IÉN EXPIARÁ TUS P CADOS? B NGO LOS VIERN S».

El edificio más atractivo del pueblo es un parquin de tres pisos, pero está clausurado. La razón, comprende Connor, es el solar vacío que hay al lado. Una valla publicitaria anuncia la construcción de un moderno edificio de oficinas, que un día podría necesitar tres pisos de aparcamiento, pero el triste estado del solar revela a las claras el hecho de que el complejo de oficinas lleva en fase de planificación por lo menos diez años, y lo más probable es que no llegue a construirse nunca.

No se trata exactamente de un pueblo fantasma: Connor ve a muchas personas que se dirigen a cumplir con sus tareas matinales, pero siente el impulso de preguntarles: «¿Para qué os molestáis? ¿De qué sirve?». El problema de un pueblo como aquel es que cualquiera con un rudimentario instinto de supervivencia lo ha abandonado hace tiempo, tal vez para encontrar otro pequeño pueblo en el que vivir, algún pueblo que aún conserve el corazón del que carece Heartsdale. Aquí solo permanecen las almas que se quedaron pegadas al fondo de la cazuela.

Connor llega a un supermercado. El aparcamiento asfaltado que hay al lado del supermercado tiembla con olas de calor. Si quiere robar un coche allí hay muchos para elegir, pero están todos muy a la vista, así que no puede hacerlo sin riesgo de que lo descubran. Además, lo mejor sería encontrar un aparcamiento de largo plazo, en el que tardaran un día o más en notar la desaparición, pues allí, aunque consiguiera salir con un coche del aparcamiento del supermercado sin que le pasara nada, el robo tardaría menos de una hora en ser notificado. Pero ¿por qué se hace ilusiones? Un

aparcamiento de largo plazo implicaría que los propietarios de los vehículos allí aparcados tenían algún sitio al que ir, mientras que la gente de Heartsdale no va a ninguna parte.

Es el hambre, sin embargo, lo que le empuja hacia el supermercado, y se da cuenta entonces de que lleva doce horas sin probar bocado. Razona que no hay nada de malo en comprar algo de comida con los veintipico dólares que tiene en el bolsillo. No es tan difícil permanecer anónimo en un supermercado durante un total de cinco minutos.

En el momento en que la puerta automática se corre hacia un lado, Connor se ve atacado por una explosión de aire frío que al principio resulta refrescante y después enfría el sudor de la ropa pegada al cuerpo. El supermercado está muy iluminado y lleno de clientes que se mueven despacio por los pasillos, probablemente con la intención de huir del calor tanto como de comprar.

Connor coge sándwiches empaquetados y latas de refresco para sí mismo y para Lev y después se acerca a la caja automática para pagar. Pero ve que está cerrada, así que no va a poder evitar el contacto humano. Elige una caja atendida por un muchacho que parece que trabaja sin interés y sin fijarse en nada. Será un año o dos mayor que Connor, es delgado, tiene el pelo negro revuelto, y un poco de pelusa en el bigote que no le queda nada bien. El muchacho coge uno a uno los productos de Connor y los pasa por el escáner.

—¿Es todo…? —pregunta como pensando en otra cosa.

—Sí.

—¿Lo ha encontrado todo bien?

—Sí, sin problemas.

Mira a Connor una sola vez. Parece que aguanta la mirada de Connor un instante de más, pero seguramente es porque le han dicho que mire a los clientes a los ojos, igual que le han mandado hacer las preguntas que hacen siempre los chicos de las cajas.

—¿Necesita ayuda con esto?

—Creo que podré yo solo.

—Tranquilo, hombre. Ve por la sombra: ahí fuera hace un calor que derrite las piedras.

Connor se va sin más incidentes. Ha vuelto a salir al calor y está a medio camino por el aparcamiento cuando oye gritar:

—¡Eh, espera!

Connor se pone tenso, y el brazo derecho se le cierra como de costumbre en un

puño. Pero cuando se vuelve, ve que es el chico de la caja que ha salido corriendo tras él, agitando una billetera:

—¡Eh, tío! ¡Te has dejado esto en la cinta!

—Lo siento —le responde Connor—: no es mía.

El chico de la caja la abre y mira el carné de conducir:

—¿Estás seguro…? Porque aquí…

El ataque llega tan de repente que pilla a Connor desprevenido. No tiene posibilidad de protegerse contra el golpe… y es un golpe bajo. Una patada a la ingle que resulta en un impacto tremendo, seguido por un dolor insoportable que aumenta como un globo al inflarse. Connor coge impulso ante su atacante, y el brazo de Roland no falla el golpe: pega con todas las fuerzas en la mandíbula del cajero, y es el otro brazo, el natural de Connor, el que se hace para atrás para coger impulso. Pero entonces siente una punzada de dolor que no puede soportar, y el puñetazo que lanza carece de fuerza. De repente, ve que su atacante está detrás de él, haciéndole una llave de estrangulamiento. Connor se debate todavía: es más grande que aquel chico y más fuerte, pero el cajero sabe lo que hace, y Connor responde con lentitud. El estrangulamiento bloquea la tráquea de Connor comprimiendo su arteria carótida. La visión se le ensombrece y comprende que está a punto de perder la conciencia. Lo único bueno de aquello es que si pierde la consciencia no tendrá que seguir soportando aquel tremendo dolor en las ingles.

ANUNCIO DE UTILIDAD PÚBLICA

Yo era de los que hacían chistes sobre los aplaudidores, hasta que a tres de ellos les dio la locura de tomar mi colegio como objetivo y se detonaron dentro de un pasillo abarrotado de gente. ¿Quién habría pensado que el simple acto de juntar las manos podría crear tanta desgracia? Ese día perdí un montón de amigos.

Si piensas que no puedes hacer nada para detener a los aplaudidores, te equivocas. Puedes denunciar a adolescentes sospechosos de tu vecindario, ya que está demostrado que la mayor parte de los aplaudidores son menores de veinte años. Fíjate en la gente que lleva ropa demasiado abrigada para el tiempo que hace, pues los aplaudidores a menudo tratan de envolverse para no detonar accidentalmente. Fíjate también en esas personas que parecen caminar con cautela exagerada,

como si cada pisada que dan pudiera ser la última.

Y no dejes de presionar para la prohibición del aplauso en los acontecimientos públicos de tu comunidad.

Juntos podemos acabar con los aplaudidores de una vez por todas. Son nuestras manos contra las de ellos.

Patrocinado por Manos Aparte por la Paz®

Connor se despierta plenamente consciente. No pasa por ese estado intermedio de incertidumbre y ojos llenos de legañas. Sabe que fue atacado, y sabe que está metido en un problema. La pregunta es ¿cómo de grave es exactamente el problema en que está metido?

Le duele la herida del pecho, siente martillazos en la cabeza, pero trata de no pensar en el dolor y enseguida empieza a investigar lo que le rodea. Paredes de bloques de hormigón, suelo de tierra. Eso está bien: significa que no está en un calabozo ni encerrado en un redil para ganado. La única luz que hay proviene de una bombilla que cuelga encima de su cabeza. Hay comida empaquetada y cajas de agua embotellada apiladas contra la pared que se encuentra a su derecha. A su izquierda, una escalera de hormigón asciende hasta una trampilla. Se encuentra en una especie de sótano o de búnker. Tal vez un refugio contra los tornados. Eso explicaría la comida empaquetada.

Intenta moverse pero no puede. Tiene las manos atadas a un poste que está a su espalda.

—¡Anda que no te ha costado!

Connor se vuelve y ve al muchacho de la caja del supermercado con su pelo grasiento, que está sentado en la penumbra, junto a los paquetes de comida. Después de ser descubierto, el muchacho de la caja camina y entra en el espacio iluminado:

—La estrangulación que te hice normalmente deja a la gente K. O. durante diez minutos, tal vez veinte…, pero tú has estado inconsciente casi una hora.

Connor no dice nada. Cualquier pregunta, cualquier sonido, puede ser una muestra de debilidad. Y no quiere dar a aquel tipo patético más poder del que ya tiene.

—Si te hubiera estrangulado diez segundos más, te habría matado. O al menos te habría producido daños cerebrales. No has sufrido daños cerebrales, ¿verdad?

Connor sigue sin dirigirle otra cosa que una mirada fría.

—Supe quién eras en cuanto te puse los ojos encima —le dice—. La gente decía

que el ASP de Akron estaba muerto, pero yo sabía que todo eran mentiras. *Habeas corpus*, que digo yo, traedme el cuerpo y me lo creeré. ¡Pero no tenían ningún cuerpo, porque no estabas muerto!

Connor no puede contener su lengua por más tiempo:

—Eso no es lo que significa *habeas corpus*, imbécil.

El cajero se ríe con una risita tonta, y entonces saca el móvil y le hace una foto a Connor. El flash es para este como un martillazo en la cabeza.

—¿Te das cuenta de cómo mola esto, Connor? Porque te puedo llamar Connor, ¿no?

Connor baja la vista y ve que la herida del pecho ha sido vendada empleando gasa de verdad y esparadrapo. El hecho de que pueda ver la venda le hace comprender que no tiene puesta la camiseta.

—¿Qué has hecho con mi camiseta?

—Tuve que quitártela. Cuando vi la sangre, tuve que echar un vistazo. ¿Quién te hizo eso? ¿Fue alguno de la brigada juvenil? ¿Le pagaste con la misma moneda?

—Sí —dice Connor—. Lo maté. —Y se queda mirándolo, como pensando: «Y tú serás el próximo».

—¡Me gustaría haberlo visto! —dice el cajero—. Tú eres mi héroe, ¿lo sabías? —Entonces pronuncia en tono soñador—: El ASP de Akron vuela por los aires la Cosechadora de Happy Jack, escapando de su propia desconexión. El ASP de Akron aletarga a un policía de la brigada juvenil con su propia pistola. ¡El ASP de Akron convierte a un diezmo en un aplaudidor!

—¡Yo no he hecho eso!

—Bueno, pero hiciste lo demás, y eso es bastante.

Connor piensa en Lev, que le estará esperando en aquella especie de chatarrería, y empieza a sentirse mal.

—He seguido tu ascenso a la cumbre, tío. Hasta que dijeron que habías muerto, aunque yo no me lo creí ni por un instante. Un tío como tú no muere tan fácil.

—No ha habido ningún ascenso a la cumbre —dice Connor, disgustado ante la peculiar manera de adorarlo que muestra aquel tipo, pero este no parece oír lo que le dice.

—Tú te enfrentaste al mundo. Yo podría hacer lo mismo, ¿sabes? Solo necesito que me den la oportunidad. Y tal vez un compañero en el delito que sepa lo que hace. Que sepa meterse con los poderes establecidos. Entiendes adónde quiero ir a parar, ¿verdad? Seguro que lo entiendes. Eres demasiado listo para no entenderlo. Yo siempre he sabido que si nos llegábamos a encontrar, seríamos amigos. Que

congeniaríamos… que seríamos almas gemelas, y todo eso. —Entonces lanza una carcajada—. ¡El ASP de Akron está en mi refugio contra tornados! Esto no puede ser un accidente. ¡Es el destino, tío, el destino…!

—Me diste una patada en los huevos: eso no fue el destino, fue tu pie.

—Sí, no sabes cuánto lo siento. Pero ya ves, tenía que hacer algo para evitar que te fueras. Ya sé que duele mucho, pero no produce verdadero daño. Espero que no te haya parecido mal.

Al oír eso, Connor se ríe con amargura. No puede evitarlo. Se pregunta si habrá visto alguien el ataque. Si alguien lo vio, o bien le dio igual, o bien no le preocupó lo bastante para tratar de evitarlo.

—No se ata a los amigos en un sótano —señala Connor.

—Sí, también tendrás que perdonarme por eso —le dice, pero no hace ningún ademán de desatarlo—. He aquí el dilema. Sabes lo que es un dilema, ¿no? Seguro que sí que lo sabes. Ya ves, si te desato, seguramente saldrás corriendo. Así que primero te tengo que convencer de que soy tu hombre. De que soy un buen tipo, a pesar de haberte dejado K. O. y de haberte atado. Tengo que conseguir que comprendas que un amigo como yo es difícil de encontrar en este loco mundo, y que es aquí donde quieres estar. No tienes que ir a ningún sitio más. Mira: nadie viene a Heartsdale en busca de nadie.

Su captor permanece de pie y da algunos pasos, gesticulando con las manos. Abre mucho los ojos al hablar, como si estuviera contando una historia en un campamento infantil al amor de la lumbre. Ni siquiera vuelve a mirar a Connor mientras desteje sus fantasías. Connor sencillamente le deja hablar, pensando que tal vez pueda extraer de su diarrea verbal alguna información que le resulte de utilidad.

—He pensado en todo —sigue diciendo—. Te teñiremos el pelo para que sea tan oscuro como el mío. Conozco a un tipo que puede inyectarte pigmento en los ojos a buen precio para que tengan el mismo color avellana que los míos… aunque me doy cuenta de que uno de tus ojos es ligeramente diferente del otro, pero podemos igualarlos, ¿verdad? Entonces le diremos a todo el mundo que eres mi primo de Wichita, porque todo el mundo sabe que tengo familia en Wichita. Con mi ayuda pasarás tan desapercibido que nadie sabrá que no estás muerto.

La idea de llegar a parecerse a aquel tipo en algo resulta casi tan desagradable como la patada en las ingles. Y… ¿pasar desapercibido en Heartsdale? Esa es la materia de la que están hechas las pesadillas. Sin embargo, a pesar de todo, Connor hace lo que puede por esbozar una sonrisa.

—Dices que quieres que seamos amigos, pero ni siquiera sé cómo te llamas.

El otro parece ofendido:

—Mi nombre estaba en la tarjeta de identidad que llevaba puesta en el supermercado, ¿no te acuerdas?

—No me di cuenta.

—Ya veo que no te fijas mucho… Un tipo en tu situación debería aprender a ser más observador. —Y entonces aclara—: No me refiero a tu situación aquí, sino a tu situación ahí fuera.

Connor espera hasta que su captor, por fin, le dice:

—Argent. Como «sargento», pero sin la primera letra ni la última. Quiere decir dinero en francés. Argent Skinner a tu servicio.

—De los Skinner de Wichita.

Argent lo mira anonadado y cada vez más receloso:

—¿Has oído hablar de nosotros?

Connor piensa si tomarle el pelo, pero supone que a Argent no le haría ninguna gracia cuando al final se diera cuenta.

—No… es que tú lo has dicho antes.

—Ah, vale…

Ahora Argent se le queda mirando, sonriendo, hasta que la trampilla se abre y otra persona desciende por la escalera.

Es una chica que se parece un poco a Argent, aunque es un par de años mayor, más alta y un poco más fofa. No gorda, pero sí algo robusta y sin forma. Una señora sin atractivo, si se puede decir eso de una mujer tan joven. Su expresión es un poco más vaga que la de Argent, aunque apenas parece posible.

—¿Es él? ¿Lo puedo ver…? ¿Es él de verdad…?

De repente, la actitud de Argent cambia completamente:

—¡Cierra esa estúpida bocaza! —le grita—. ¿Quieres que se entere todo el mundo de quién nos está visitando?

—Lo siento, Argie. —Sus amplios hombros parecen plegarse ante la reprimenda. Connor no tarda en adivinar que aquella es la hermana mayor de Argent. Tendrá veintidós o veintitrés años, aunque se comporta como si fuera mucho menor. La expresión floja de su rostro revela una estupidez de la que ella no tiene la culpa, aunque está claro que Argent sí se la echa.

—Si quieres hacernos compañía, siéntate en ese rincón y quédate callada. —Argent se vuelve de nuevo hacia Connor—. Grace no sabe hablar como hay que hablar en voz baja.

—No estamos dentro de casa —insiste Grace—. El refugio está en el patio, y eso

es fuera de la casa.

Argent lanza un suspiro y mueve la cabeza, dirigiéndole a Connor una mirada de sufrimiento exagerado:

—¿Te das cuenta de cómo es?

—Sí, ya veo —dice Connor, tomando nota de lo que acaba de averiguar: que aquel sótano no forma parte de la casa, sino que está debajo del patio. Lo que significa que si Connor lograra escapar del sótano, se encontraría un poquito más cerca de la libertad que si se tratara del sótano de una casa.

—¿No resultará difícil mantener el secreto de que yo estoy aquí —pregunta Connor—, cuando vuelva a casa el resto de la familia?

—No hay nadie más en la familia —dice Argent, dándole la información que Connor pretendía sonsacarle al hacerle la pregunta. No sabe si eso son buenas noticias o malas. Por un lado, si hubiera otras personas en la casa, alguna de ellas podría ser lo bastante racional para detener aquella locura antes de que fuera demasiado lejos; pero, por otro lado, una persona racional seguramente pondría a las autoridades al tanto de la presencia de Connor.

—Bueno, como tienes casa, pensé que tendrías familia. Padres, tal vez…

—Muertos —explica Grace—. Muertos, muertos, muertos…

Argent le lanza una severa mirada de advertencia antes de volverse hacia Connor:

—Nuestra madre murió joven. Nuestro padre estiró la pata el año pasado.

—Por suerte para este —añade Grace sonriendo—, porque pensaba hacer que desconectaran ese triste culo. Por la pasta.

Con un movimiento fluido, Argent coge una botella de agua y se la tira a Grace con velocidad propia de un lanzador de béisbol. Grace agacha la cabeza, pero no lo bastante aprisa, y la botella le roza un lado de la cabeza, haciéndole gritar de dolor.

—¡ESO LO DECÍA PERO NO PENSABA HACERLO! —grita Argent—. ¡YO YA ERA DEMASIADO MAYOR PARA QUE ME DESCONECTARAN!

Grace se lleva la mano al lado de la cabeza que ha sufrido el golpe, pero permanece desafiante:

—No demasiado mayor para los piratas de partes. ¡A esos no les importa lo mayor que seas!

—¿NO TE HE DICHO QUE CIERRES ESA BOCAZA? —Argent se toma un momento para dejar que se le pase la furia, y entonces busca un aliado en Connor—: Grace es como un perrito: a veces tienes que darle un aviso.

En ese momento, Connor no puede contener la rabia:

—Eso ha sido más que un aviso. —Mira a Grace, que sigue sujetándose la cabeza,

pero Connor está seguro de que el dolor que la chica siente es más psicológico que otra cosa.

—Sí, bueno, la desconexión no es un asunto para andarse con bromas —dice Argent—. Eso lo sabes tú mejor que nadie. La verdad sea dicha: si hubiera podido, nuestro padre nos habría desconectado a los dos para no tener que darnos de comer. Pero con Grace no podía hacerlo, porque la ley no permite la desconexión de los subnormales, y ni siquiera los piratas de partes lo hacen. A mí tampoco me podía desconectar, porque me necesitaba para que cuidara de Grace. ¿Te das cuenta de la cosa?

—Sí, me doy cuenta.

—Personas con discapacidad intelectual —rezonga Grace—. Yo no soy subnormal, soy una persona con discapacidad intelectual. Es la manera menos insultante de decirlo.

Sin embargo, a Connor la expresión «persona con discapacidad intelectual» siempre le ha parecido bastante insultante. Retuerce las muñecas para comprobar la firmeza de las ataduras. Por lo visto Argent es muy bueno con los nudos, ya que las cuerdas no ceden ni un ápice. Cada mano está atada por separado, así que tendrá que desprenderse de ambas cuerdas para liberarse. Eso le recuerda a Connor cómo había atado a un árbol a Lev después de salvarlo. Había atado a Lev para salvarle la vida contra su voluntad.

«Bueno», piensa Connor, «estoy probando el sabor de mi propia medicina». Ahora es él el que está a merced de alguien que mantiene atado a Connor por su propio bien, según piensa.

—¿No tendrás por casualidad los sándwiches que compré? —le pregunta Connor —. Porque me muero de hambre.

—Qué va. Se habrán quedado en el aparcamiento del súper, supongo.

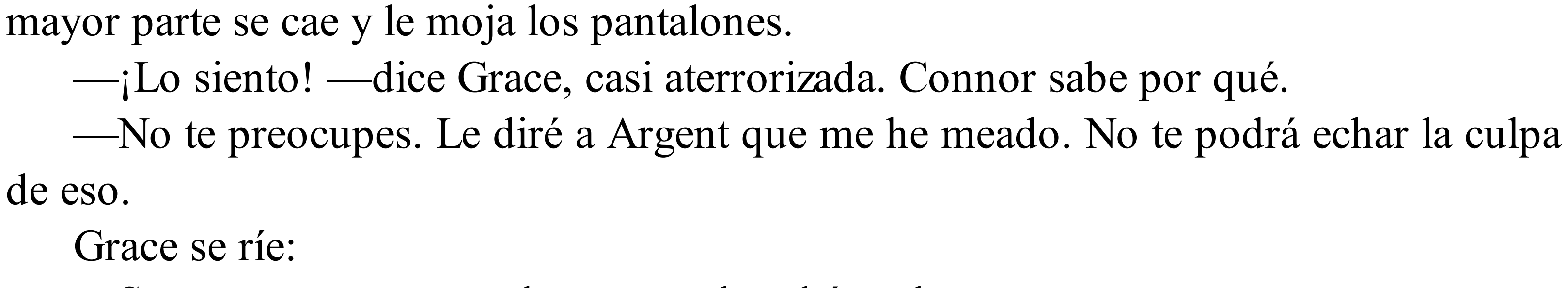
—Bueno, ya que soy tu invitado, ¿no crees que está feo no darme de comer?

Argent piensa en ello:

—Sí, está feo. Voy a prepararte algo. —Le ordena a Grace que dé a Connor un poco de agua de las botellas que hay apiladas en las raciones de supervivencia—. No hagas ninguna tontería mientras estoy fuera.

Connor no sabe si se lo ha dicho a Grace o a él, pero tampoco importa.

Entonces Argent se va. Grace se relaja, sintiéndose obviamente liberada ahora que no está su hermano. Le ofrece la botella de agua para que Connor la coja, y entonces se da cuenta de que Connor no puede hacerlo. Así que la chica desenrosca el tapón para él y vierte un poco de agua en su boca. Connor toma un buen trago, aunque la



mayor parte se cae y le moja los pantalones.

—¡Lo siento! —dice Grace, casi aterrorizada. Connor sabe por qué.

—No te preocupes. Le diré a Argent que me he meado. No te podrá echar la culpa de eso.

Grace se ríe:

—Seguro que encuentra la manera de echármela.

Connor mira a Grace a los ojos. Hay en ellos una inocencia que se va resquebrajando poco a poco.

—Él no te trata muy bien, ¿verdad?

—¿Quién, Argie? Bueno, no es mal chico. Lo único que pasa es que está furioso contra el mundo, y como no puede descargar su furia contra el mundo, la descarga contra mí.

Connor sonríe al oír eso:

—Me parece que tú eres más lista de lo que tu hermano se cree.

—Tal vez —dice Grace, aunque no parece muy convencida. Ella vuelve la vista hacia la puerta cerrada del sótano y vuelve a mirar a Connor—. Me gusta tu tatuaje —le dice—. ¿Es un tiburón blanco?

—No, un tiburón tigre —responde Connor—. Lo que pasa es que no es mío. Pertenecía a un chico que en realidad intentó estrangularme con este mismo brazo. Sin embargo, no fue capaz de hacerlo. Se achicó en el último segundo. Bueno, el caso es que lo desconectaron y a mí me colocaron su brazo.

Grace procesa la información y mueve la cabeza, poniéndose un poco colorada.

—Te lo estás inventando. ¿Te crees que soy tan tonta como para creerme que el ASP de Akron se dejaría poner el brazo de un desconectado?

—No me dieron ocasión de rechazarlo. Me lo pusieron mientras yo estaba en coma.

—Me estás mintiendo.

—Desátame y te mostraré la cicatriz donde me lo injertaron.

—Buen intento.

—Sí, supongo que habría tenido más probabilidades de colar si yo tuviera la camisa puesta y tú no pudieras ver la cicatriz por ti misma.

Grace se acerca, se arrodilla, y examina el hombro de Connor.

—¡Alucina! ¡Es verdad, es un brazo injertado!

—Sí, y me duele horrores, porque no se puede tener un brazo injertado echado hacia atrás, como lo tengo ahora por culpa de que está atado.

Grace lo mira…, tal vez buscando los ojos de Connor, como Connor buscaba los

suyos.

—¿También te pusieron ojos nuevos? —pregunta Grace.

—Solo uno.

—¿Cuál?

—El derecho. El izquierdo es mío.

—Eso está bien —dice Grace—, porque ya he visto que ese es el ojo sincero. —Entonces alcanza la cuerda que ata por detrás a Connor—. No te voy a desatar, no soy tan tonta. Pero te aflojaré un poco la cuerda de este brazo para que no te tire tanto del hombro.

—Gracias, Grace.

Connor nota cómo se afloja la cuerda. No estaba mintiendo, el hombro le duele mucho por la tensión a la que está sometido. Al ceder la cuerda, Connor tira un poco de la mano, que se desliza por el lazo hasta que la mano (la mano de Roland) queda libre. Instintivamente, esa mano se cierra en un puño dispuesto a golpear. El propio instinto de Connor es hacerlo, pero la voz de Risa, siempre presente en su cabeza como si también se la hubieran trasplantado, lo detiene.

«Piensa», le dice la voz de Risa. «No te precipites».

El caso es que solo tiene libre una de las manos. ¿Sería capaz de dejar inconsciente a Grace de un golpe, y soltarse después la otra mano y escapar antes de que regrese Argent? En su estado actual, ¿sería capaz de desembarazarse de aquellos dos? ¿Cuáles serían las consecuencias si fallara? Todo esto pasa por la mente de Connor en una fracción de segundo. Grace sigue mirando asustada el puño liberado de Connor, sin saber qué hacer. Connor toma una decisión. Respira hondo, afloja los dedos y sacude la mano.

—Gracias. Esto está mucho mejor —le dice—. Ahora date prisa: átame la mano otra vez antes de que vuelva Argent, pero no la dejes tan fuerte como estaba antes.

Aliviada, Grace rehace el nudo, y Connor se lo permite sin ofrecer resistencia.

—No le contarás que te he desatado, ¿verdad? —le pregunta Grace.

Connor le sonríe. Es más fácil esbozar una sonrisa dirigida a Grace, que dirigida a Argent:

—Será nuestro secreto.

Un momento después, regresa Argent con un sándwich de beicon, lechuga y tomate, con mucha mayonesa y poco beicon. Se lo da a Connor a la boca con sus propias manos, sin llegar a notar el leve cambio que ha habido en la postura de su prisionero.

Ahora Grace confía más en Connor que en su propio hermano.

2. Aplaudidor

EL APLAUDIDOR tiene sus dudas, pero ha sobrepasado el punto de no retorno. Durante muchos meses antes de hoy, el aplaudidor ha sufrido en las calles. Las cosas que ha tenido que hacer para sobrevivir fueron horrendas y desmoralizantes. Y han resultado hasta tal punto deshumanizadoras, que ya no quedaba mucho de él que pareciera remotamente humano.

Se había rendido ante la vergüenza y había renunciado a llevar una vida marginal en los callejones más sórdidos de la Ciudad del Pecado.

Había ido a Las Vegas pensando que un desconectable ASP podría desaparecer allí más fácilmente, pero Las Vegas no trata bien a nadie que se deje caer por ella. Solo los que están libres para irse reciben tratamiento VIP, y aunque la mayoría se van de ella con los bolsillos vacíos, eso es mejor que quedarse uno mismo vacío.

Cuando fue reclutado, el aplaudidor había perdido ya la capacidad de preocuparse, una capacidad que le habían extraído a todos los niveles. Era una fruta completamente madura, que estaba lista para ser recolectada.

—Ven conmigo —le había dicho el reclutador—. Te enseñaré cómo puedes hacérselas pagar todas juntas.

El que tenía que pagarlas todas juntas era el mundo entero, aquel «todo lo que no es yo» que era responsable de arruinar su vida. Todos eran culpables. Todos debían pagar. El reclutador lo comprendía, y por eso hicieron el trato.

Ahora, dos meses después, va caminando con cuidado en compañía de la chica de sus sueños, por un club deportivo de barrio en Portland, Oregon. Eso está lejos de Las Vegas, lejos de lo que había sido su vida anterior. Cuanto más lejos mejor. La nueva vida, pese a lo breve que pueda ser, será brillante. Será potente. Será imposible de ignorar. Aquel objetivo azaroso lo ha elegido para ellos alguien que está en la cadena de aplaudidores muy por encima de ellos. Es curioso, pero nunca se hubiera imaginado que los aplaudidores estuvieran tan organizados. Sin embargo, hay una clara estructura y jerarquía detrás del caos. Le consuela pensar que hay un método detrás de la locura.

Aquella es una célula de dos. La chica y él han sido preparados y designados por un exaltado entrenador que en una vida previa debía de haber sido orador.

—El azar cambiará el mundo —les había dicho—. Dentro de unos cuantos años, se recordará vuestro acto con una sonrisa. Y, mientras tanto, vuestra venganza será dulce.

Al aplaudidor le preocupa menos lo de cambiar el mundo y le interesa más lo de la

venganza. Sabe que habría muerto en las calles de manera innoble, pero ahora al menos su amargo final tendrá un sentido. Estará bajo su control, bajo el poder de su palmada. ¿O se está engañando?

—¿Estás listo para esto? —le pregunta la chica cuando se acercan al gimnasio.

Él no comparte sus dudas con ella. Quiere mostrarle que es un tipo fuerte, resuelto, valiente.

—La mayor carnicería posible —responde—. Vamos a hacerlo.

Entran en el gimnasio. Él le abre la puerta y la deja pasar delante, y ella le dirige una sonrisa. Esas sonrisas y momentos de cortesía entre ellos son lo más lejos que llegarán en su relación. Querrían más, pero no habrá más. Su sangre explosiva ha convertido la intimidad en algo imposible.

—¿Qué deseáis? —pregunta el chico del mostrador frontal.

—Estábamos pensando en hacernos socios del gimnasio.

—¡Muy buena idea! Esperad que llamo a alguien que os pueda atender.

La chica respira hondo, se estremece. El chico le coge la mano. Con suavidad. Con mucha suavidad, pues no se necesita detonador para volar por los aires. Los detonadores lo hacen todo más rápido y más limpio, pero en cualquier momento puede ocurrir un accidente.

—Quisiera estar contigo cuando… cuando completemos nuestra misión —le dice él.

—A mí también me gustaría —responde ella—, pero no podemos. Ya lo sabes. Sin embargo, te prometo que en ese momento estaré pensando en ti.

Sus instrucciones decían que debían encontrarse al menos a diez metros de distancia. Cuanto más lejos estén uno del otro, más efecto tendrá su misión.

Se acerca a ellos un chico musculado y con una sonrisa.

—Hola, me llamo Jeff. Soy el nuevo socio coordinador. ¿Vosotros os llamáis…?

—Sid y Nancy —responde el aplaudidor. La chica se ríe con una risita nerviosa. Él podría haber dicho igualmente que se llamaban Tom y Jerry. No importa. Hasta podría haber dado sus nombres reales, pero los nombres falsos, de algún modo, dan autenticidad al engaño.

—Vamos, venid conmigo. Vamos a hacer el *grand tour*.

La sana sonrisa de Jeff les parece motivo suficiente para volar por los aires el edificio entero. Pasan por delante del despacho del director. Este, al teléfono, echa una mirada al aplaudidor, y los ojos se encuentran. El aplaudidor aparta la vista, sintiéndose examinado. Siente como si cada extraño al que ve fuera capaz de darse cuenta de sus intenciones, como si ya tuviera las manos abiertas y listas para unirse.

Pero el director no tiene aspecto de recelar nada, y el aplaudidor sale rápidamente de su campo de visión.

—Aquí tenemos nuestra zona de pesas. Las máquinas de resistencia están a la derecha. Todo a la última, con consolas de entretenimiento holográfico. —Ninguno de los dos lo escucha, pero Jeff no se percata de eso—. La terraza de aerobic está en el piso de arriba. —Jeff les hace una seña para que le sigan por la escalera.

—Ve tú, Nancy —dice el aplaudidor—. Yo voy a mirar las pesas.

Los dos se hacen un leve gesto con la cabeza. En ese momento empiezan a poner distancia entre ellos. En ese momento es cuando se dicen adiós.

Él se aleja de la escalera y se va hacia la zona de pesas. Son las cinco en punto, el momento del día en que hay más gente en el gimnasio. ¿Siente remordimiento por llegar a aquella hora precisamente? Solo cuando mira a las caras de la gente, así que intenta no hacerlo. Ellos no son personas, son ideas. Son solo extensiones del enemigo. Además, no fue él el que eligió ir al gimnasio a la hora en que está más abarrotado. Les dijeron que acudieran precisamente aquel día, precisamente en aquel momento, y cuando un acontecimiento es tan importante es fácil esconderse detrás del «solo estoy siguiendo órdenes».

Se coloca detrás de un pilar, se mete la mano en el bolsillo, saca aquellos detonadores circulares que son como tiritas, y se los fija en la palma de las manos. Aquello es real, está sucediendo de verdad.

«Dios mío, Dios mío…», piensa.

Y como un eco de sus pensamientos, oye:

—Jesús mío.

Cuando levanta la vista ve que el director está allí, y lo ha descubierto con aquellos detonadores del tamaño de una moneda pequeña que brillan como estigmas en las manos del aplaudidor: no hay posible confusión sobre lo que él pretende hacer.

El director lo coge por las muñecas, y le separa las manos.

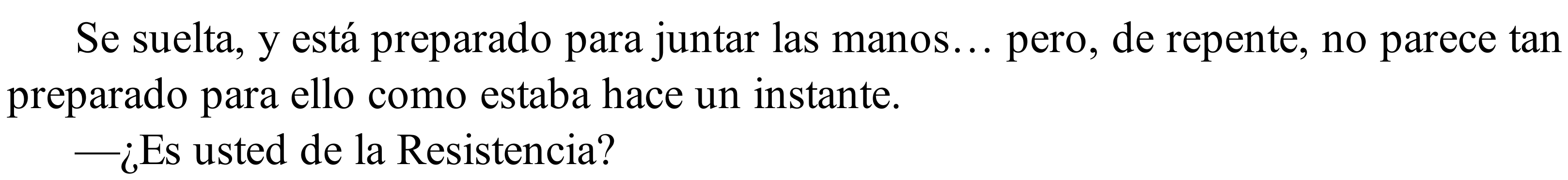
—¡Suélteme!

—¡Hay algo que tienes que saber antes de que lo hagas! —le dice el director en un susurro potente—. Te crees que estás aquí por azar, pero no. ¡Te están utilizando!

—Suelte o le juro…

—¿Me juras que harás qué? ¿Volarme por los aires? Eso es lo que ellos quieren. Yo soy de la Resistencia Anti División. ¡El que te haya mandado aquí quería atentar contra nosotros! Esto no tiene nada que ver con el caos. ¡Tiene que ver con combatirnos a nosotros! ¡Estás trabajando para el bando equivocado!

—¡No entiendo nada de bandos!



Se suelta, y está preparado para juntar las manos… pero, de repente, no parece tan preparado para ello como estaba hace un instante.

—¿Es usted de la Resistencia?

—¡Puedo ayudarte!

—¡Para eso ya es demasiado tarde! —El aplaudidor puede sentir la adrenalina recorriéndole el cuerpo. Siente los latidos del corazón en los oídos, y se pregunta si un corazón que palpita será suficiente para hacerlo detonar.

—¡Nosotros podemos limpiarte la sangre! ¡Podemos salvarte!

—¡Está mintiendo! —Pero sabe que eso es posible. Lo hicieron con Lev Calder, ¿no? Aunque después los aplaudidores fueron a por él e intentaron matarlo por no haber aplaudido.

Finalmente, uno de aquellos absortos levantadores de pesas se da cuenta de qué trata aquella conversación y dice:

—¿Aplaudidores? —y se echa hacia atrás—. ¡APLAUDIDORES! —grita, y se va derecho hacia la puerta. Enseguida otros comprenden lo que sucede, y el pánico se extiende. Pero el director no aparta la mirada del aplaudidor.

—¡Déjame ayudarte!

De repente una explosión sacude el gimnasio, y toda la sección de gimnasia cardiológica se desploma sobre el piso de abajo. ¡Lo ha hecho! ¡Ella lo ha hecho! ¡Ella ha muerto, y él sigue allí todavía!

Gente ensangrentada pasa a su lado tropezando, tosiendo, gimiendo… El director vuelve a agarrarlo, casi tan fuerte como para provocar la detonación.

—¡Tú no tienes por qué hacer lo mismo que ella! Piensa por ti mismo. ¡Lucha en el bando correcto!

Y aunque él quiera creer que hay un bando correcto, que aquella insinuación de esperanza es real y no falsa, su cabeza está tan confusa como los ardientes escombros que siguen cayendo a su alrededor. ¿Puede traicionarla? ¿Puede cerrar la puerta que ha abierto ella y negarse a terminar lo que ella empezó?

—Yo puedo llevarte a un lugar seguro. ¡Nadie tiene por qué saber que no detonaste!

—Vale —dice el aplaudidor tomando su decisión—. Vale…

El director respira con un suspiro de alivio, y lo suelta. Y en el instante en que lo hace, el aplaudidor abre los brazos y los vuelve a juntar.

—¡Nooooo!

Y el aplaudidor muere al mismo tiempo que lo hacen el miembro de la Resistencia y el resto de los que se hallan en el gimnasio. Y con ellos muere también cualquier


pregunta esperanzadora.

3. Cam

El primer ser humano reconectado del mundo lleva un atuendo con corbata negra. Su esmoquin de sastre es de la más alta calidad. Resulta muy apuesto. Impresionante. Imponente. Parece mayor con el esmoquin, pero como la edad es un concepto difuso para Camus Agrex, no sabe cuántos años tendría que aparentar.

—Dame un cumpleaños —le dice a Roberta mientras esta le ayuda a atarse la corbata. Aparentemente, de todos los trocitos de chicos que hay en su cabeza, ni uno solo de ellos sabía cómo hacerse el nudo de la corbata—. Proporcióname una edad.

Roberta es lo más parecido que tendrá nunca a una madre. Desde luego, ella lo adora como si lo fuera.

—Elige tú mismo —le dice ella mientras anuda y aprieta la corbata—: Tú sabes el día en que fuiste reconectado.

—Un comienzo falso —dice Cam—. Cada parte de mí existía antes de que me reconectaran, así que no es una fecha para celebrar.

—Cada parte de todo el mundo existe antes de que nos presentemos al mundo como individuos.

—Antes de nacer, quieres decir.

—Antes de nacer —admite Roberta—. Pero el cumpleaños es una cosa azarosa. Algunos bebés llegan pronto, otros llegan tarde. Definir la vida de uno por el día en que le cortaron el cordón umbilical es algo completamente arbitrario.

—Pero ellos nacieron —señala Cam—. Lo cual significa que yo nací. Solo que no todo al mismo tiempo, y además que lo hice de múltiples madres.

—Muy cierto —dice Roberta, alejándose un paso de él para admirarlo—. Tu lógica es tan impecable como tu aspecto.

Cam se vuelve para mirarse en el espejo. Los muchos tonos simétricos de su pelo han sido cortados y peinados en un estilo perfecto. Las diversas tonalidades que arrancan de un solo punto en el centro de la frente no hacen más que potenciar lo asombroso de su aspecto. Sus cicatrices ya no son cicatrices, sino leves líneas donde nace el pelo. Algo más cerca de lo exótico que de lo espantoso. La pauta de su piel, de su pelo, de todo su cuerpo, es hermosa.

«Entonces, ¿por qué me dejó Risa?», se pregunta.

—Confinamiento —dice sin pensar, y después se aclara la garganta e intenta fingir que no lo ha dicho.

«Confinamiento» es la palabra que sale de él últimamente siempre que quiere desterrar un pensamiento de su mente. No puede evitar decirla. La palabra trae una

imagen de puertas de hierro acorazadas que se cierran dejando dentro el pensamiento, rehusando darle permiso para que permanezca en ningún lugar de la mente. «Confinamiento» se ha convertido para Cam en un modo de vida. Por desgracia, Roberta sabe exactamente lo que significa la palabra.

—El diez de octubre —dice Cam rápidamente, antes de que Roberta tenga ocasión de adueñarse de la conversación—. Mi cumpleaños será el diez de octubre… El día de Colón. ¿Qué podría ser más apropiado que un día que conmemora el descubrimiento de una tierra llena de gente que ya estaba allí, y que no necesitaba ser descubierta? Cumpliré dieciocho años el diez de octubre.

—Espléndido —dice Roberta—. Te prepararemos una fiesta de cumpleaños. Pero justo ahora tenemos otra fiesta diferente que reclama nuestra atención. —Lo coge amablemente por los hombros, obligándole a que la mire, y le ajusta el ángulo de la corbata del mismo modo en que podría poner recto un cuadro colgado en la pared—. Estoy segura de que no tengo que decirte lo importante que es esta gala.

—No necesitas decirlo, pero lo harás de todas maneras.

Roberta exhala un suspiro.

—Ya no se trata del control de daños, Cam —le dice—. La traición de Risa Expósito fue un contratiempo, lo admito, pero tú lo has superado de una manera muy brillante. Y no diré más sobre el asunto. —Pero parece que se contradice, pues a continuación añade—: El escrutinio público es una cosa, pero ahora estás bajo el escrutino de aquellos que realmente hacen que las cosas sucedan en este mundo. Estás impresionante con ese esmoquin. Ahora tienes que demostrarles que eres igual de impresionante por dentro que por fuera.

—Lo magnífico es una cualidad subjetiva.

—Bien. Entonces conviértela en objetiva.

Cam mira por la ventana y ve que su limusina ha llegado. Roberta coge su bolso, y Cam, que siempre se comporta como un caballero, le sostiene la puerta para que pase delante cuando dejan la espléndida casa que la Ciudadanía Proactiva tiene en Washingon para salir a una húmeda noche de julio. Cam sospecha que la poderosa organización posee residencias en todas las ciudades importantes de la nación, tal vez del mundo entero.

«¿Por qué la Ciudadanía Proactiva pone tanto dinero e influencia en mí?», se pregunta Cam a menudo. Cuanto más le dan, más le molesta, pues eso hace que resulte más patente su cautiverio. Le han puesto sobre un pedestal, pero Cam ha llegado a comprender que un pedestal no es más que una jaula elegante. Sin paredes y sin candado, pero si uno no tiene alas para volar, está atrapado. Un pedestal es el

calabozo más insidioso que se haya inventado nunca.

—Diez céntimos por tus pensamientos —le dice Roberta con timidez mientras entran en la vía de circunvalación.

Cam sonríe, pero no la mira.

—Pienso que la Ciudadanía Proactiva puede pagarme más de diez céntimos. —Y no comparte ninguno de sus pensamientos con ella, sin importarle las consecuencias.

Está anocheciendo cuando la limusina marcha paralela al río Potomac. Al otro lado del río, las brillantes luces iluminan ya los monumentos de la ciudad. Los andamios rodean una gran parte del Monumento a Washington, mientras el Cuerpo de Ingenieros del Ejército se esfuerza por corregir la pronunciada inclinación que ha tomado durante los últimos decenios: la erosión del suelo y los desplazamientos sísmicos han dado a la ciudad su propia torre inclinada. «Mirando desde la silla de Lincoln, se ve que se inclina a la derecha», se sabe que han dicho entendidos políticos, «pero desde la escalera del Capitolio, se inclina hacia la izquierda».

Esta es la primera ocasión en que Cam está en Washington, pese a lo cual guarda recuerdos de haber estado allí. Por ejemplo, recuerda haber ido en bici por los caminos de la Explanada Nacional con una hermana que era claramente tierra. También tiene recuerdos de unas vacaciones con padres de ascendencia japonesa, que están asustados ante el comportamiento, que no pueden controlar, de su niño pequeño. Tiene un recuerdo en blanco y negro de un enorme lienzo de Vermeer que cuelga en el Instituto Smithsoniano, y otro recuerdo paralelo del mismo cuadro, pero a color.

Cam ha aprendido a disfrutar comparando y contrastando sus diferentes recuerdos. Los recuerdos de los mismos lugares u objetos deberían ser idénticos, pero nunca lo son, porque los distintos desconectados que aparecen en su cerebro veían el mundo que los rodeaba de maneras distintas. Al principio Cam encontraba esto confuso y desconcertante, causa de pánico y alarma, pero ahora le resulta curiosamente esclarecedor. Las distintas texturas de sus recuerdos le proporcionan paralajes mentales sobre el mundo, una especie de percepción profunda que supera el limitado punto de vista de un individuo solo. Puede decirse eso a sí mismo, y no estaría mintiendo; y sin embargo, por debajo, subyace una ira primordial que se mezcla en cada punto de conversión. Cada vez que se contradicen los recuerdos fusionados, la disonancia reverbera en lo más profundo de su ser, como un recordatorio de que ni siquiera sus recuerdos son realmente suyos.

La limusina llega a la entrada semicircular de una mansión del estilo de las plantaciones, que es o bien muy vieja, o bien muy nueva, pero hecha imitando a viejo,

como tantas cosas. Los coches de gran lujo y las limusinas se alinean en la entrada. Los porteros se apresuran a aparcar los coches de los invitados que han venido sin chófer.

—Uno está en el escalafón más alto de la sociedad —le comenta Roberta— cuando le resulta embarazoso que le tenga que aparcar el coche el portero.

La limusina se detiene y les abren la puerta.

—¡Brilla, Cam! —le dice Roberta—. ¡Brilla como la estrella que eres!

Le da un suave beso en la mejilla.

Solo después de salir, cuando ella tiene puesta la atención en el camino que tienen ante sus pies, se atreve Cam a limpiarse con el dorso de la mano los restos del beso.

ANUNCIO

¿Cuántas veces ha intentado usted encontrar esa palabra que tiene en la punta de la lengua, pero que no consigue recordar? ¿Con cuánta frecuencia ha tratado de memorizar un número de teléfono que al instante vuelve a olvidar? Lo cierto es que con la edad nos resulta cada vez más difícil generar los recuerdos a largo plazo que necesitamos.

Puede probar un NeuroWeave, pero son caros y vienen precargados con su propia información, no con la de usted.

Ahora ya está aquí ThinkFast®, ¡el sistema de almacenamiento neurológico que llevaba tanto tiempo esperando!

ThinkFast® es un implante del tamaño de una pequeña moneda que se inserta detrás de la oreja, aumentando su memoria con millones de neuronas jóvenes y sanas recolectadas de los mejores desconectados.

Yo no he vuelto a olvidar un nombre, ni un cumpleaños ni un aniversario. Llame hoy mismo a ThinkFast® para pedir consulta, ¡y olvide para siempre los problemas de memoria!

—¿Es verdad lo que dicen de ti? —le pregunta una chica guapa que lleva un vestido demasiado corto para una fiesta de gala. Es una de las pocas personas de la misma edad de Cam que hay en la fiesta.

—Eso depende —le contesta él—. ¿Qué es lo que dicen?

Se encuentran en una pequeña sala de la mansión, lejos del bullicio de la multitudinaria fiesta. Hay una pared entera de libros de leyes encuadernados en piel,

una cómoda butaca y un escritorio demasiado grande para ser realmente útil. Cam se había metido allí tratando de escapar por un momento de la obligación de «brillar» para los diversos invitados, todos ricos y poderosos. La chica había ido detrás de él.

—Dicen que, hagas lo que hagas, lo haces mejor que nadie. —Se acerca a él desde la puerta—. Dicen que cada parte de ti fue cuidadosamente seleccionada para que fuera perfecta en todos los sentidos.

—Te has equivocado —responde él con ingenio—, me parece que era Mary Poppins la que decía ser prácticamente perfecta en todos los sentidos.

Ella se ríe y se acerca más a él:

—Y además eres divertido.

La chica es hermosa. Y está claro que le fascina la gente famosa. Quiere disfrutar del brillo de él, y se pregunta si él se lo permitirá.

—¿Cómo te llamas?

—Miranda —le responde con voz dulce—. ¿Me dejas… tocarte el pelo?

—Solo si tú me dejas tocarte el tuyo.

Al principio Miranda acerca la mano con vacilación, da palmaditas en el pelo, después pasa los dedos a través de diversas texturas y colores.

—Eres tan… exótico. Pensé que me asustaría verte en persona, pero no.

Ella huele a vainilla y flores silvestres… un aroma que despierta distintos recuerdos que remiten a vagos lugares. Es un perfume de éxito entre las chicas con éxito.

—Risa Expósito es una cabrona —le dice—. La manera en que te trató en la televisión nacional… La manera en que jugó contigo, y después te dejó tirado. Tú te mereces a alguien mejor. Alguien que pueda apreciarte.

—¡Confinamiento! —suelta Cam.

Ella sonríe y se va despacio hacia la puerta.

—No hay cerradura —dice ella—, pero por lo menos se puede dejar cerrada.

Eso hace, y regresa al instante junto a él. Cam ni siquiera se da cuenta de cómo llega hasta allí, es como si se hubiera disuelto en la puerta para aparecer de repente en sus brazos. Cam no piensa con claridad. Hay demasiada información que procesar, pero por una vez se trata de sensaciones agradables.

Miranda le deshace la corbata. Cam sabe que no será capaz de volver a hacerse el nudo, pero no le importa demasiado. Él la abraza, y ella se inclina hacia delante, y lo besa. Cuando Miranda se aparta después del beso, es solo un momento para tomar aire. Lo mira con ojos muy traviesos. Se inclina para darle otro beso que es mucho más explorador que el primero. Cam se da cuenta de que no es completamente

ignorante en estas cosas: supone que se tratará de memoria muscular, pues no cabe duda de que la lengua es un músculo.

Ella vuelve a desprenderse. Le falta el aire aún más que antes. Entonces aprieta su mejilla contra la de él, acercando los labios a su oreja, y le susurra tan bajito que él apenas puede oír lo que dice:

—Quiero ser la primera —le dice. Se aprieta más a él, la tela de su vestido crujiendo contra el fino tejido del esmoquin.

—Pareces completamente capaz de conseguirlo.

—Siempre consigo lo que quiero —le dice.

Cam no había ido buscando aquello. Podría irse si quisiera, pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Por qué rechazar aquello cuando se le ofrece tan gratuitamente? Además, encuentra que la mención a Risa le pone en situación desafiante. Le hace estar aún más contento de estar allí, en aquel momento, con aquella chica cuyo nombre ya ha olvidado. La vuelve a besar, correspondiendo al ataque creciente de ella.

Entonces se abre la puerta.

Cam se queda paralizado. La chica se aparta de él, pero es demasiado tarde. Ante la puerta ha aparecido un hombre de aspecto distinguido, aún más intimidante en su esmoquin que Cam en el suyo.

—¡Aparta las manos de mi hija!

Como las manos de Cam ya están apartadas de la hija del caballero, no puede hacer más que quedarse allí de pie y esperar el final de la representación.

—¡Papá, por favor…! ¡Me estás avergonzando!

Entonces llega más gente que se siente atraída por el espectáculo. La feroz mirada del caballero no cede un instante, como si fuera algo practicado por un actor profesional.

—¡Miranda, ponte el abrigo! ¡Nos vamos!

—Papá, te estás pasando. ¡Siempre te pasas!

—¡Ya me has oído!

En ese momento brotan las lágrimas en abundancia.

—¿¡Por qué siempre tienes que estropearlo todo!? —se lamenta Miranda, que rompe a llorar, tomándose la humillación como una herida de guerra.

Cam no sabe muy bien cómo responder a todo aquello, así que no responde de ninguna manera. Se mete las manos en los bolsillos para que nadie pueda acusarlo de tenerlas todavía puestas en Miranda, y mantiene una resuelta cara de póquer mientras ella atraviesa el salón corriendo. El furioso caballero parece que podría prenderse fuego de un momento a otro.

Llega Roberta, que vacila y termina preguntando:

—¿Qué está pasando aquí?

Su voz parece extrañamente débil e impotente, lo que significa que aquello debe de ser peor de lo que se temía Cam.

—Le diré lo que está pasando —dice el hombre casi gruñendo—. Su… cosa… estaba intentando propasarse con mi hija.

—En realidad, era ella la que estaba intentando propasarse conmigo —dice Cam —. Y lo estaba consiguiendo.

Eso provoca risitas mudas entre algunos de los presentes.

—¿Espera que me crea eso? —dice dando unos pasos hacia delante. Cam se saca las manos de los bolsillos por si tuviera que defenderse con ellas.

Roberta se interpone:

—Senador Marshall, si usted…

Pero él la aparta de delante y agita un dedo delante de las narices de Cam.

Una parte de Cam quisiera levantar la mano y romper ese dedo. Otra parte de él quiere darle un mordisco. Otra parte quiere darse la vuelta y echar a correr, e incluso hay otra parte más que quiere echarse a reír. Cam refrena todos esos impulsos en conflicto y aguanta el tipo sin rechistar mientras el senador dice:

—Si se acerca usted a mi hija, ¡me encargaré personalmente de que lo vuelvan a separar trozo a trozo! ¿He sido claro?

—Si fuera usted más claro —le dice Cam—, resultaría invisible.

El senador se vuelve hacia la puerta y dirige su rabia contra Roberta:

—No venga buscando mi apoyo para su pequeño «proyecto» —le dice entre dientes—, porque no lo tendrá. Entonces sale de allí hecho una furia, dejando tras él un opresivo silencio.

Roberta mira a Cam sin habla y sin podérselo creer.

«¿Por qué?», dicen esos ojos. «¿Por qué tienes que estropear todo lo que intento hacer por ti? Lo has malogrado todo, Cam. Estamos en la ruina. Yo estoy en la ruina».

Y entonces, en el silencio, un hombre empieza a aplaudir. Es ligeramente mayor y más ancho hacia la mitad del cuerpo que el senador Marshall. Sus gruesas manos hacen un sonido aterrador al chocar. Los aplaudidores le tendrían envidia.

—¡Bien hecho, hijo! —dice el hombretón con un fuerte deje del Sur—. Yo llevo años intentando poner furioso a Marshall, y tú lo has conseguido en una sola noche. ¡Eso es talento!

Entonces suelta una tremenda carcajada. La tensión se quiebra y desaparece como una pompa de jabón.

Una mujer, que lleva un deslumbrante vestido dorado y una copa de champán en la mano, le pasa el brazo a Cam por detrás y le dice con esa torpeza que el alcohol proporciona a la lengua:

—Te aseguro que no eres el primer chico que Miranda Marshall intenta devorar entero, ¡esa chica es una anaconda!

Eso le hace reír a Cam:

—Bueno, devorarme no: creo que solo pretendía envolverme.

Todos los presentes se ríen. El hombretón le estrecha la mano.

—No nos hemos presentado, señor Agrex. Yo soy Barton Cobb, senador principal por Georgia.

Entonces se vuelve hacia Roberta, que parece como si acabara de salir de una montaña rusa:

—Tiene usted mi apoyo incondicional para su proyecto, señorita Griswold, y si a Marshall no le gusta, que se jorobe y se lo tome con paciencia. —Suelta otra risotada, y cuando Cam mira a su alrededor, tiene la impresión de que la fiesta entera ha entrado en la biblioteca. Se hacen presentaciones, hasta algunas personas que ya le han estrechado la mano se le acercan y se presentan de nuevo. Cam había llegado a la fiesta como una novedad, como una mascota decorativa que sirve para ambientar, pero ahora es el centro de la atención de todo el mundo. Ese es un papel al que está mucho más acostumbrado, y cuanta más atención despierta, más relajado se siente. Cuantos más focos, menos sombras.

Roberta también sabe dar lo mejor de sí cuando él es el centro de la atención. Es como una polilla gigante que vuela en torno a la lámpara (la lámpara es Cam).

Él se pregunta si ella tendrá la más remota idea de cuánto desprecia él todo lo que Roberta representa. Y lo raro es que él ni siquiera sabe qué es lo que representa Roberta, cosa que le hace despreciarlo aún más.

—Cam —dice ella, cogiéndole del codo con delicadeza y dirigiéndolo hacia un hombre de uniforme que está claro que no se desplaza por nadie—: Este, Cam, es el general Edward Bodeker.

Cam le estrecha la mano e inclina la cabeza en un gesto cortés y usual en esos casos.

—Es un honor, señor…

—El honor es mutuo —responde el general—. Precisamente acababa de preguntarle a la señorita Griswold si había considerado usted la posibilidad de entrar en el ejército.

—No descarto nada, señor —le dice Cam. Es su manera favorita de no responder.

—Bueno. Nosotros sabemos aprovechar muy bien a los jóvenes con sus cualidades.

—En realidad, señor, el problema es que no hay «jóvenes con mis cualidades».

Y el general se ríe con una risa afectuosa, dándole una paternal palmada en el hombro.

La tensión de unos minutos antes ha quedado completamente olvidada. Da la impresión de que él se ha granjeado al enemigo adecuado, pues ahora tiene muchos, muchos amigos.

4. Encargado nocturno

ES UNA ENFERMEDAD que corroe el mundo de dentro afuera, así de simple y claro. ¡Aplaudidores! Malditos aplaudidores. Por todas partes. Una enfermedad.

El encargado nocturno del 7-Eleven en Palm Desert Drive no tiene gran cosa que hacer la mayor parte de las noches aparte de reflexionar sobre el estado de su vida en la madurez que ha alcanzado, el mundo moderno, y lo que cuentan los periódicos amarillos que, aparte de avistamientos de extraterrestres y de famosos fallecidos, solo traen noticias de las matanzas provocadas por los aplaudidores. Periódicos que ofrecen sangre y vísceras junto a textos que parecen dirigidos a niños pequeños, todo ello mezclado y servido para entretenimiento y placer del comprador. Que si un edificio de oficinas destruido, que si un restaurante volado por los aires…

El último ataque de aplaudidores ha sido en un puto club de fitness, por Dios. Simplemente entraron en el gimnasio sin decir ni hola, y ¡pumba! Los pobres capullos que estaban allí trabajando no tuvieron ni una oportunidad. No hay mucho que uno pueda hacer para escapar de las pesas, cuando estas vuelan por los aires como metralla.

A las 2:15 de la madrugada entra un cliente que va arrastrando los pies, y compra una bebida energética y un paquete de chicles. Es un tipo de aspecto turbio. Pero lo cierto es que cualquiera que se presenta en un 7-Eleven de carretera a esas horas de la noche tiene un aspecto turbio, y seguramente una historia que será mejor no oír.

El hombre ve el tabloide que está leyendo el encargado nocturno.

—Una locura, ¿eh? Aplaudidores… ¿De dónde saldrán?

—Lo que sé es adónde van —responde el encargado nocturno—. Tendrían que coger a todos los aplaudidores y ASP y jóvenes salvajes, meterlos en un avión, y estrellarlo.

Había pensado que había encontrado a una persona receptiva, pero el cliente lo mira espantado.

—¿A todos ellos? ¿No cayó hace un par de semanas un avión cargado de ASP en Lago Saltón?

—Buen viaje. Me hubiera gustado estar cerca para verlo.

Se produce un extraño silencio entre ellos, al cabo del cual el encargado dice:

—Son cinco dólares con sesenta y cinco.

El cliente paga, pero se esfuerza por lanzar una fría mirada a los ojos del encargado mientras deja caer todas las monedas que este le ha devuelto en la hucha de «SOS JUVENTUD EN PELIGRO», organización que ayuda a enderezar a los

adolescentes salvajes antes de que alguien pueda firmar una orden de desconexión para sus inútiles posaderas. Se trata de una causa que el encargado desprecia, pero esa hucha caritativa está allí por decisión de la empresa.

El cliente se va, y el encargado ya tiene algo más contra lo que refunfuñar. ¡Defensores de causas perdidas! Hay demasiada gente que se niega a aplicar mano dura con los desconectables. Seguro que este año se votan montones de medidas. ¿Destinamos tropecientos millones para construir nuevas cosechadoras? ¿Sí o no? Incluso la constitucionalidad de la ley del Tope 17 está siendo puesta en duda, y ha llegado al Tribunal Supremo.

Pero con la población dividida a partes iguales entre partidarios y detractores de la desconexión, aún queda un enorme 30 por ciento de la población que o no tiene opinión o tiene miedo de expresarla. Son «las masas aguachirle», como las llama el encargado, demasiado débiles para mantener una postura. Si los amigos del planeta y los amigos de los adolescentes salvajes empiezan a sobrepasar a la gente sensata, todas las leyes severas con respecto a la desconexión podrían desaparecer, ¿y entonces qué?

A las 2:29 de la madrugada, una mujer con más bolsas bajo los ojos de las que tiene en su abarrotado maletero compra patatas fritas y, tras mostrarle una licencia médica que le permite comprar tabaco, pide un paquete de Camel.

—¡Que vaya bien! —le dice el encargado a modo de despedida cuando ella se va.

—Ya es demasiado tarde para eso —le responde la mujer.

El Volkswagen que tiene, que se parece más bien a un caldero oxidado, arranca petardeando y arrojando un espeso humo azul que el encargado puede incluso oler dentro. A alguna gente habría que desconectarla aunque solo fuera para proteger el medio ambiente. Esa idea le hace reír. ¡Proteger el medio ambiente! ¿Quién es el amigo del planeta ahora…?

La noche resulta inusualmente tranquila. No hay nada más que grillos, y de vez en cuando el ruido de un coche que pasa. Normalmente le gusta tener la tienda vacía, pero esa noche hay algo tenso en todo aquel silencio. Para un encargado nocturno la intuición es una herramienta útil, así que comprueba debajo del mostrador que su escopeta recortada sigue allí. Se supone que no está permitido tenerla, pero un hombre tiene que saber cuidar de sí mismo.

A las 3:02 los jóvenes salvajes caen sobre la tienda procedentes de no se sabe dónde, atravesando la puerta como una inundación. Son docenas y docenas que pululan como una plaga de langostas, cogiendo cosas de los estantes. El encargado intenta echar mano a la recortada, pero antes de que pueda cogerla ve que le apunta a la cara una pistola, y otra, y otra más… A ninguno de los tres muchachos que le

apuntan le tiembla el pulso.

—Ponga las manos donde podamos verlas —dice uno de ellos, que es en realidad una chica alta, de pelo corto y hombros varoniles. Sin lugar a dudas, parece lo bastante brutal como para volarle los sesos sin pensárselo dos veces. Aun así, el encargado dice:

—¡Id al infierno!

Eso a ella le hace sonreír:

—Sé bueno y haz lo que te dicen. Así tal vez sigas vivo mañana para poder vender más bolsitas de patatas.

A regañadientes, el encargado levanta las manos y observa cómo entran y salen los chicos a torrentes, llenando bolsas de basura con todo aquello que pueden coger. Se llevan todas las bebidas de los refrigeradores, todo lo comestible de los estantes, y hasta los mejunjes de la sección de perfumería. Entonces, de repente, se da cuenta de quiénes son esos chicos: ¡tienen que ser los supervivientes del avión que cayó en el Lago Saltón!

Un chico se pasea por allí con un desagradable aire de superioridad. Está claro que es el que manda. No es alto pero es musculoso, y tiene una mata de pelo rojo con las raíces mucho más oscuras. Le pasa también algo a su mano izquierda: está vendada, con una capa de gasa sobre otra, como si se hubiera pillado la mano con una puerta de coche o algo peor. El chico se acerca al mostrador, y le dirige una sonrisa al encargado.

—No se preocupe por nosotros —le dice con voz alegre—. Seguiremos camino dentro de un minuto. Su tienda era demasiado tentadora para no aprovechar la ocasión.

El encargado le escupiría a la cara si pensara que podría seguir vivo después.

—Ahora viene el momento en que yo le pido a usted que abra la caja registradora, y usted me indica el letrero que dice «La caja no contiene más de veinte dólares», pero yo le hago abrirla de todos modos.

El encargado nocturno abre la caja para mostrar que el letrero dice la verdad:

—¿Ves? Todo el dinero va a la caja hermética, y yo no tengo la llave, cerdo.

El chico ni se inmuta:

—Su actitud me recuerda a la de nuestro piloto. Si quiere hacerle una visita, se encuentra en el fondo del Lago Saltón.

—¡Podríamos mandarlo allí también! —sugiere la chica, que no deja de apuntarle con la pistola.

El chico que manda alarga la mano hasta la caja y coge una moneda de diez

centavos. Entonces coge unos cartones de rasca y gana, los pone sobre el mostrador, y con su mano buena, utiliza la moneda para rascar y descubrir los recuadros plateados. Durante todo el tiempo, los otros tres muchachos siguen apuntando al encargado con las pistolas, y el enjambre de chicos que están detrás de ellos prosigue su despiadado saqueo, llevándoselo todo en sus avariciosos bracitos.

—¡Mirad esto! —dice el chico que está al mando—. ¡He ganado cinco pavos!

Y sacude el rasca y gana delante del encargado.

—Guárdelo —le dice—. Es un regalo que le hago. Cómprese algo bonito.

Entonces se va, seguido por el resto de la nidada. Solo la chica de la pistola se queda hasta que se han ido todos los demás. A continuación se dirige a la puerta, sin dejar de apuntar al encargado hasta el último momento. En el instante en que ella sale, él se lanza a coger su recortada y corre detrás de ellos. Dispara en la oscuridad a las formas que se retiran, pero no cae nadie. No ha sido lo bastante rápido. Grita tras ellos, maldice, jura que los atrapará, pero sabe que no podrá hacerlo y eso le pone aún más furioso. Se gira para volver a entrar en la tienda y se queda contemplándola. No ha quedado prácticamente nada. No solo han robado la tienda, sino que la han despojado de todo lo que no estuviera bien sujeto y atornillado. Han devorado el lugar como si fueran pirañas.

Allí en el suelo está la hucha de «Rescate Pilluelos», que se había caído detrás del mostrador. Al infierno con ella: el encargado nocturno le echa mano y se mete en el bolsillo todo el dinero que contiene. Los adolescentes salvajes a los que ese dinero intenta salvar no lo merecen más que aquellos ASP, y prefiere morir a dejarles un céntimo de esa cantidad. Que los encierren, que los corten en pedazos. Que sirvan a la sociedad en piezas, antes de que ellos la destrocen.

¿Daremos más poder a la Autoridad Juvenil? ¿Sí o no? Caben pocas dudas sobre lo que votará el encargado nocturno.

5. Lev

NO DEBERÍA haber dejado que Connor se fuera a buscar un coche él solo. No volvió después de comer, ni al anochecer, ni durante la noche. Ahora está a punto de amanecer el día siguiente. Connor lleva fuera veinticuatro horas, y Lev está cada vez más preocupado tanto por su amigo como por él mismo. Hubiera sido mejor seguir a Connor a cierta distancia. De ese modo, si algo salía mal, al menos Lev lo habría sabido. Ahora la incertidumbre lo está matando. Da rienda suelta a su frustración dando patadas a un viejo y oxidado secador industrial que está medio enterrado bajo la hierba. Tiene que parar, sin embargo, porque a cada patada aquel trasto resuena como una campana, y sabe que el ruido seguramente se podrá oír a kilómetros de distancia. Se sienta en la sombra del secador, tratando de pensar qué hacer. Tiene muy poco donde elegir. Si Connor no aparece pronto, tendrá que ir solo a Ohio, para encontrar una tienda de antigüedades en la que nunca ha estado, y hablar con una anciana que no conoce sobre un hombre que desapareció antes de que él naciera.

Sonia podría ser la clave de todo, le había dicho Connor. Y también le había explicado que la anciana (una pieza importante de la Resistencia Anti División) dirigía un piso franco para desconectables ASP que recogía de la calle. Ella había dado cobijo a Connor y a Risa durante aquellos primeros días de su fuga. Lo que en aquel tiempo no había sabido Connor era que Sonia había sido la mujer de Janson Rheinschild, el científico cuyos avances en ciencia médica hicieron posible la desconexión… Un hombre cuyo recuerdo era meticulosa y sistemáticamente borrado por la misma organización que él había fundado para prevenir el posible mal uso de su tecnología.

—Si ella sabe algo que merezca la pena saber —había preguntado a Connor en su largo viaje desde Arizona—, ¿por qué no la hace desaparecer también la Ciudadanía Proactiva?

—Tal vez no la vean como una amenaza —le había respondido Connor—. O tal vez no sepan que está viva, igual que no saben que estoy vivo yo.

El nombre de Ciudadanía Proactiva no le resulta familiar a Lev. Sin embargo, alguna vez ha oído sus mensajes. Todo el mundo los ha oído, solo que nadie presta mucha atención. Son tan solo una de las muchas organizaciones benéficas de las que uno oye algo. Sin embargo, Lev no sabe exactamente qué es lo que hacen, ni lo poderosos que son.

Pero al margen de lo poderosa que sea la Ciudadanía Proactiva, hay algo que está muy claro: que tienen miedo de Janson Rheinschild. Y la pregunta es: ¿por qué?

—Si quieres meterte en el asunto —le había dicho Connor—, por ahí es por

donde hay que empezar.

Por lo que se refiere a Lev, él ya está metido en el asunto hasta las cejas, y desde hace tiempo. Lev se había convertido en una bomba, aunque al final había tomado la decisión de no estallarse. En venganza, había sufrido un ataque de los aplaudidores. Después de eso, lo habían secuestrado, mimado y tratado como un dios en una casa llena de diezmos salvados de su desconexión. Por último, Lev había penetrado en un auténtico campo de batalla para salvar a un chico al que consideraba su amigo más fiel. Tal vez su único amigo.

Con todo eso a sus espaldas, lo que Lev desea más que ninguna otra cosa es la normalidad. Sus sueños no son de grandeza ni de poder, de riqueza ni de fama. Todas esas cosas las ha tenido ya en algún momento. No, lo que ahora quiere es ser un chico normal en su instituto, sin más preocupaciones que los profesores que le puedan tocar en el nuevo curso, y la de si conseguirá entrar o no en el equipo de béisbol.

A veces sus fantasías de una vida sencilla incluyen a Miracolina, la diezmo que estaba tan empeñada en ser desconectada, que le despreciaba a él y a todo lo que él representaba. Al menos al principio. Las fantasías que tiene Lev en aquellos días los sitúan a los dos en el mismo instituto de barrio residencial. No importa cuál sea ese barrio. Harían juntos los trabajos para clase, irían al cine, se pegarían el lote en el sofá cuando los padres de ella no estuvieran en casa. Ella lo animaría en los partidos de béisbol, pero no tan fuerte que se le oyera por encima de la multitud, pues no es ese tipo de chica.

No tiene ni idea de dónde estará ahora. Ni siquiera sabe si seguirá con vida.

Y ahora le pasa lo mismo con Connor, tiene la misma incertidumbre. Lev se ha dado cuenta de que es fuerte, pero todo tiene un límite.

Decide esperar una hora más antes de seguir camino solo. A diferencia de Connor, él no sabe hacer un puente en un coche. Técnicamente, tampoco sabe conducir, aunque lo ha hecho una vez sin mucho éxito. El mejor modo para él de llegar a Ohio sería viajar de polizón, para lo cual tendría que ir a la ciudad a buscar un camión, autobús o tren que vaya en la dirección adecuada. Sea lo que sea, sin embargo, supone un riesgo importante. Ha incumplido las condiciones de su libertad condicional, así que es un fugitivo. Si lo cogen, ni se sabe lo que podrían hacerle.

Lev sigue carraspeando y haciendo ruidos con la garganta, intentando reunir la fortaleza necesaria para abandonar allí a Connor, cuando ve aparecer una visita. Lev no tiene ocasión de esconderse, pues es descubierto en el mismo instante en que el coche aparca y sale de él una mujer. En vez de correr, Lev se mete tranquilamente en la vieja caravana y rebusca en los cajones hasta que encuentra un cuchillo lo bastante

grande para hacer daño pero lo bastante pequeño para poder esconderlo.

Lev nunca ha apuñalado a nadie. Una vez, en un momento de furia tremenda, amenazó a un hombre y a una mujer con un bate de béisbol. Ellos habían desconectado a su hijo, y una parte del cerebro de su hijo había regresado a su casa en el cuerpo de otro chico, y les imploraba perdón. Sin embargo, esto es diferente, piensa Lev. Esto no tiene nada que ver con la rabia de los justos, solo tiene que ver con la supervivencia. Decide que solo usará el cuchillo en defensa propia.

Lev sale de la caravana, pero se queda en la puerta porque sabe que allí parece más alto. La recién llegada se queda a tres metros de distancia, pasando todo el tiempo el peso de una pierna a la otra. Por su aspecto, tendrá veintipocos años. Es alta y solo un poquito rechoncha. Su cara está colorada del sol, tal vez por conducir en el descapotable, un antiguo Ford de lujo que se encuentra en condiciones demasiado malas para ser considerado un coche clásico. A un lado de la frente, ella tiene un moretón.

—Esto es propiedad privada —dice Lev con toda la firmeza que es capaz de otorgar a su voz.

—Sí, pero no tuya —repone la visitante—. Es de Woody Beeman. Lo que pasa es que Woody lleva dos años muerto.

Lev se inventa una historia de repente:

—Yo soy su primo. Hemos heredado el sitio. Precisamente ahora mi padre está en la ciudad alquilando una carretilla elevadora para deshacerse de toda esta basura y dejar el espacio limpio.

Pero entonces la visitante le dice:

—Connor no me dijo que serías tú. Solo me dijo que había dejado aquí a un amigo. Debería haberme dicho que eras tú.

Todas las mentiras espontáneas de Lev se evaporan de repente.

—¿Te ha enviado Connor? ¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido?

—Connor dice que tienes que seguir sin él. Se va a quedar con nosotros aquí en Heartsdale. Yo no le diré a nadie que estabas aquí, así que puedes irte.

El hecho de que Connor haya podido transmitir un mensaje le proporciona a Lev un alivio inmenso. Pero el mensaje en sí mismo carece de sentido. Está claro que es una señal de que algo ha ido mal. Connor está metido en problemas.

—¿Quiénes sois «vosotros»? —pregunta Lev.

La visitante niega con la cabeza y da una patada en el suelo, igual que lo haría un niño pequeño.

—Eso no te lo puedo decir. —Mira a Lev y entorna los ojos, pues tiene de cara el

sol del amanecer—. ¿Todavía puedes explotar? —le pregunta a Lev.

—No.

La mujer se encoge de hombros:

—Bien. Bueno, prometí que te diría lo que te he dicho, y ya lo he hecho. Ahora tengo que irme antes de que mi hermano se dé cuenta de que no estoy. Me alegro de conocerte, Lev. Porque eres Lev, ¿no? Lev Calder…

—Lev Garrity. Me he cambiado el apellido.

Ella asiente con la cabeza, aprobadora.

—Lo comprendo. Me imagino que no querías pertenecer a una familia que te crio para que aceptaras tu propia desconexión.

Entonces se gira y se vuelve pesadamente hacia el coche.

Lev piensa si ir con ella, diciéndole que él también quiere quedarse unos días en Heartsdale. Pero aunque ella aceptara, meterse en ese coche no sería buena idea. Cualquiera que sea la trampa en que se ha metido Connor, sería una locura ofrecerse voluntariamente para caer también en ella.

En vez de eso, Lev se apresura hacia el viejo y destartalado autobús escolar y se sube primero al capó y después al techo, evitando pisar en los trozos que de tan puro oxidados están deshechos. Desde aquel punto elevado, observa cómo levanta polvo el Ford descapotable hasta que gira a la izquierda en una carretera adoquinada. Lev sigue la trayectoria del coche todo el tiempo que puede, hasta que este desaparece al internarse en Heartsdale. Ahora que conoce la dirección que ha tomado el descapotable, podrá pasear por las calles hasta que vuelva a encontrarlo.

Tal vez Connor quiera que Lev siga sin él, pero Connor conoce a Lev demasiado para pensar que no lo hará.

A CONTINUACIÓN INSERTAMOS UN ANUNCIO POLÍTICO DE PAGO

> Mi abuela no quiere hablar del tema, pero ella recuerda una época en que los coches ardían en las calles, y los barrotes de las ventanas no eran suficientes para evitar que entraran los malhechores. Recuerda cuando los adolescentes salvajes aterrorizaban al vecindario y nadie se sentía seguro.
>
> Bueno, pues eso está volviendo a ocurrir. La ley del Tope 17 deja a miles de incorregibles de diecisiete años en la calle, y establece severos límites de edad para que los padres puedan optar por la desconexión.

La semana pasada, un chico de mi bloque de pisos fue apuñalado por uno de ellos de camino al instituto, y yo tengo miedo de ser el siguiente.

Llama o escribe hoy mismo a tu representante en el Congreso. Dile que quieres que se revoque la ley del Tope 17. ¡Hagamos que las calles vuelvan a ser seguras para los niños como yo!

Patrocinado por
Madres Contra el Mal Comportamiento

Lev sale al asfixiante calor del día en misión de reconocimiento. Va con la cabeza gacha pero con los ojos bien abiertos. El descapotable que Lev había visto estaba tan sucio, que piensa que duerme a la intemperie y no en un garaje. Pero Heartsdale tiene más de ratonera que de ciudad cuadriculada, y una búsqueda sistemática a través de las calles resulta difícil.

Hacia las dos de la tarde, se siente lo bastante frustrado como para arriesgarse a contactar con los habitantes de la ciudad. Se prepara comprando en una gasolinera una gorra de béisbol y un paquete de chicles. Se pone la gorra para esconder el rostro lo más posible, y mastica varios chicles hasta dejarlos descoloridos. Entonces se coloca la mitad del chicle en la encía superior, encima de los dientes de delante, y la otra mitad en la encía de abajo. Con eso basta para cambiarle la forma de la boca sin darle un aspecto excesivamente extraño. Tal vez se esté pasando de prudente, pero, como les gusta decir a los desconectables ASP: «Más vale precavido que rebanado».

Hay un restaurante por el que ha pasado ya esa mañana, en el que unas preciosas camareras montadas en patines llevan comida a los ocupantes de los coches aparcados, tal como se ha hecho en Estados Unidos desde los comienzos del *fast-food*. Si alguien conoce los coches de aquel pueblo, tienen que ser aquellas camareras patinadoras.

Lev se acerca a la ventanilla para peatones y pide una hamburguesa y un granizado, fingiendo un acento que suena demasiado sureño para ser de Kansas, pero hace lo que puede. Después coge su comida, se sienta en una de las mesas exteriores, y se fija en una de las patinadoras, que está sentada en la mesa de al lado, poniendo un SMS mientras espera atender al siguiente cliente.

—¡Eh! —dice Lev.

—¡Eh! —responde la chica—. ¿Hace bastante calor?

—Con cinco grados más, se podría freír un huevo en mi brazo.

Eso la hace sonreír. La chica le echa un vistazo. Él casi puede leerle la mente en sus expresiones faciales: «No es un cliente habitual. Es guapo. Es demasiado joven. Sigue con tu SMS».

—Tal vez me puedas ayudar —dice Lev—. El otro día vi un coche con un letrero de «SE VENDE» aparcado al lado de la carretera, pero ahora no puedo encontrarlo.

—A lo mejor lo han vendido.

—Espero que no. Voy a sacarme el carné de conducir en un par de meses. Y me gustaría tener ese Ford antiguo. Es un descapotable verde, ¿no te suena?

Ella sigue escribiendo su SMS durante un rato, y después dice:

—El único descapotable verde que hay por aquí pertenece a Argent Skinner. Si lo quiere vender será que le va peor de lo habitual.

—A lo mejor se quiere comprar otro mejor.

Ella se ríe con una risita escéptica, y Lev le dirige una sonrisa encantadora esbozada con sus labios liberamente abultados. Ella se toma un instante para volver a evaluarlo, llega a la conclusión de que incluso con carné de conducir sigue siendo demasiado joven para prestarle atención, y dice:

—Vive en la calle Saguaro, a dos bloques de la heladería.

Lev le da las gracias, y se va con su hamburguesa y su granizado. No le importa dar la impresión de que está muy ansioso por ir allá, pues eso no hará más que corroborar la veracidad de su historia.

Como ya ha pasado la heladería esa mañana, sabe perfectamente adónde tiene que dirigirse. Pero cuando llega a la esquina, oye algo que parece fuera de lugar en un pueblo como Heartsdale: el rítmico golpeteo de un helicóptero que se aproxima.

Incluso antes de que llegue el helicóptero, una serie de coches de policía aparcan en la calle. Llevan la sirena apagada, pero la velocidad a la que han llegado revela prisas. Hay más de una docena de vehículos. Hay coches de la brigada juvenil de color negro y blanco, y también otros coches sin identificaciones especiales. El helicóptero, que ahora se halla por encima de su cabeza, empieza a describir círculos sobre el vecindario. Lev siente náuseas dentro de él.

En vez de seguir a los coches, llega al lugar desde una calle adyacente, atajando a través de algunos patios traseros para que no lo vean. Finalmente, se encuentra atisbando, a través de las tablillas de una valla de madera, una desarreglada casa con estilo de rancho que los policías están rodeando.

Una casa con un Ford descapotable verde aparcado en la entrada.

6. Connor

ESA MISMA MAÑANA, Argent baja con una televisión y la conecta al enchufe que sale de la bombilla que cuelga del techo.

—¡Todas las comodidades del hogar! —le dice a Connor con alegría.

Argent, que seguramente se pasa la noche entera viendo teletienda y demás televisión basura, no se había despertado hasta después de que Grace se hubiera ido y hubiera vuelto tras entregarle el mensaje a Lev.

—¡Punto en boca! —le había dicho ella. Connor nunca había conocido a nadie que utilizara esa expresión en la vida real, fuera de las novelas. Ahora, entrando detrás de Argent, le dirige a Connor un furtivo gesto con la boca sellada.

La pequeña televisión recoge una débil señal inalámbrica de la casa que hace que las imágenes resulten difíciles de ver.

—Voy a ver si se puede hacer que funcione mejor —le dice Grace a Connor.

—Gracias, Grace. Te lo agradeceré mucho. —No es que Connor tenga ningún interés en ver la tele, pero su estrategia pasa por mostrar a Grace más aprecio del que muestra su hermano.

—No os preocupéis —dice Argent—. Para ver vídeos no necesitamos ni señal ni cable.

Connor calcula que ya debe de llevar cautivo unas veinticuatro horas. Será mejor que Lev haya seguido sin él. «Una tienda de antigüedades cerca del instituto de Akron en el que se separaron por primera vez»: esa indicación tendría que bastarle a Lev para encontrar a Sonia.

Argent, que ha llamado al supermercado para decir que está enfermo, se pasa la mañana haciéndole ver a Connor sus vídeos favoritos, su música favorita y todas sus cosas favoritas.

—Llevas un tiempo fuera de la onda —le dice Argent—. Te tienes que reeducar para enterarte de lo último que ha habido en el mundo. —Como si pensara que Connor se había escondido bajo una roca durante dos años.

Los gustos artísticos de Argent se inclinan hacia la violencia. Los gustos musicales se inclinan hacia lo disonante. Connor ha visto tanta violencia real, que la ficticia no le hace ninguna gracia. Y en cuanto a la música, el hecho de conocer a Risa le ha abierto nuevos horizontes.

—Cuando me dejes salir de este sótano —le dice Connor a Argent—, te llevaré a ver grupos demoledores.

Argent no responde enseguida a eso. Desde el día anterior, Connor ha estado

mencionando cosas que podrían hacer juntos. Como colegas. Connor sospecha que, sea cual sea el espacio de tiempo que Argent calcula para la conversión de Connor, el punto de inflexión aún no se ha alcanzado. Hasta que se alcance, todo lo que Connor diga será sospechoso.

Argent deja a Connor con Grace para ir a hacer unos recados, y ella se apresura a sacar un tablero de ajedrez de plástico y colocar las piezas.

—Sabes jugar, ¿verdad? Solo tienes que decirme la pieza que quieres mover, y yo lo haré por ti —le dice Grace.

Connor conoce las reglas del juego, aunque nunca ha tenido la paciencia necesaria para aprender estrategia. Pero no quiere decirle que no a Grace, así que juega.

—Clásica apertura Kasparov —dice ella después de cuatro movimientos, y de repente parece cualquier cosa menos discapacitada mental—. Pero no es buena contra la defensa siciliana.

Connor lanza un suspiro:

—No me digas que tienes una NeuroWeave.

—¡No, por Dios! —dice Grace con orgullo—. El cerebro es todo mío, tal como está. Lo que pasa es que los juegos se me dan bien. —Y a partir de ese momento se dedica a destrozar a Connor a una velocidad vergonzosa.

—Lo siento —dice Grace mientras vuelve a colocar las piezas para una segunda partida.

—Nunca pidas disculpas por ganar.

—Lo siento —dice Grace otra vez—. ¡No por ganar, sino por disculparme!

A lo largo de la siguiente partida, Grace ofrece un análisis jugada a jugada, señalando todos los movimientos que debería haber hecho Connor, y por qué.

—No te preocupes por esto —le dice Grace comiéndose la dama de Connor con un alfil que estaba a plena vista—. Morphy cometió el mismo fallo contra Anderssen, y aun así ganó el torneo.

Connor no tiene tanta suerte. Grace vuelve a hacerle trizas. En realidad, Connor se hubiera sentido decepcionado de no ser así.

—¿Quién te enseñó a jugar?

Grace se encoge de hombros.

—Jugaba contra el móvil y tal. —Y entonces añade—: No puedo jugar con Argent. Se pone furioso cada vez que gano, y aún más furioso cuando gana él, porque sabe que me he dejado.

—Ya me lo figuro —dice Connor—. Por favor, no me dejes ganar a mí.

Grace sonríe:

—No lo haré.

Grace se va y vuelve con un viejo tablero de backgammon. Es un juego cuyas reglas Grace tiene que enseñarle a Connor. No se le da muy bien explicarlo, pero Connor entiende lo fundamental.

Argent regresa durante la segunda partida, y con un solo dedo le da la vuelta al tablero. Las piezas, de color blanco y marrón, se caen y se esparcen por todas partes.

—No le hagas perder el tiempo —le dice Argent a Grace—. Connor no tiene ganas de jugar.

—A lo mejor sí —le responde Connor, asegurándose de que al decirlo esboza una sonrisa, aunque le cuesta trabajo.

—No, no tienes ganas. Grace solo quiere que parezcas más tonto que ella. Y además, ella es una inútil. No logró nada en Las Vegas.

—Las cartas no son lo mío —rezonga Grace con aire taciturno—. Solo juego partidas.

—Bueno, tengo aquí algo mucho mejor que juegos de mesa. —Y Argent le muestra a Connor una antigua pipa de agua.

—¡Argie! —exclama Grace, casi sin voz—. ¡No deberías usar el bong del bisabuelo!

—¿Por qué no? Ahora es mío, ¿no?

—¡Es una reliquia familiar!

—Sí, vale, la función crea la forma —dice Argent, completamente despistado, una vez más, sobre el verdadero sentido de la expresión. Pero esta vez Connor no se molesta en corregirlo.

—¿Quieres fumar un poco de aletargante? —pregunta Argent.

—Yo ya he estado bastante aletargado —le dice Connor—. No necesito fumar esa cosa.

—No, mira… es diferente cuando se fuma. No te deja K. O., solo te coloca en un bucle. —Saca una cápsula roja y amarilla, el tipo más suave utilizado en los dardos aletargadores, y lo pone en el cuenco con un poco de cannabis corriente del que crece en el patio—. Vamos, te gustará —le dice mientras lo enciende.

Connor había hecho aquel tipo de cosas antes de que firmaran la orden de desconexión contra él. La fuga acabó con el gusto por todo ello.

—Paso.

Argent lanza un suspiro:

—Vale, te voy a confesar una cosa: siempre ha sido una de mis fantasías hacer esto con el ASP de Akron y empezar a decir tontadas espirituales en plan profundo

contigo. Ahora estás aquí de verdad, así que tenemos que hacerlo.

—Argie, me parece que Connor no quiere fumar aletargante.

—Esto no es asunto tuyo —dice él sin siquiera mirar a su hermana. Argent aspira una calada de la pipa, y luego la arrima a la boca de Connor, tapándole la nariz para que no tenga más remedio que aspirar.

La respuesta fisiológica es rápida. En menos de un minuto, a Connor le parece que se le están encogiendo las orejas. La cabeza le da vueltas, y la gravedad parece cambiar de dirección varias veces.

—¿Lo notas?

Connor no quiere honrarle con una respuesta. Lo que hace es mirar a Grace, que está sentada sobre un saco de patatas sin poder hacer nada. Argent aspira por segunda vez y obliga a Connor a hacer lo mismo.

Conforme se hace agua la mente de Connor, los recuerdos de su vida antes de la amenaza de desconexión le llegan en ráfagas veloces. Casi puede oír a sus padres gritándole, y a él gritándoles a ellos. Puede recordar todas las cosas, tanto legales como ilegales, que hizo para anestesiar la sensación de los problemas que ocasionaba y recibía en un aburrido barrio residencial de Ohio.

En Argent ve algo de su viejo yo. ¿Llegó él a ser alguna vez tan asqueroso? No, eso es imposible. Y, además, él lo superó, pero Argent no lo ha hecho. Argent tiene probablemente veinte años, pero sigue revolcándose en el lodazal, que se va convirtiendo en un pozo de alquitrán bajo sus pies. La rabia que Connor siente contra Argent se disuelve en el líquido de sus pensamientos, extendiéndose en una fina y extensa capa de compasión.

Argent aspira otra calada y se tambalea:

—¡Ah, tío, esto es muy bueno!

Mira a Connor con los ojos empañados. La combinación de aletargante y hierba ha puesto emotivo a Connor. Él sabe que es por su propio pasado, pero Argent se lo toma como una conexión entre los dos.

—Nosotros somos lo mismo, Connor —le dice—. Eso es lo que estás pensando, ¿a que sí? Yo podría haber sido tú. Todavía puedo ser tú. —Empieza a reírse—. Podemos ser tú los dos, los dos juntos.

La risita es contagiosa. Connor se encuentra riéndose incontrolablemente mientras Argent le hace aspirar de nuevo.

—Te tengo que enseñar esto —dice Argent—. Te pondrás furioso, pero de todas maneras te lo tengo que enseñar. —Entonces Argent saca el móvil y le muestra una de las fotos que tomó el día anterior con Connor.

—Es buena, ¿eh? La he puesto en mi perfil de Facelink.

—¿Que tú… has hecho qué?

—No tiene importancia. Es solo para mis amigos y tal. A Argent vuelve a darle la risita tonta. A Connor también. Argent se carcajea, y Connor se encuentra a sí mismo riéndose de manera histérica.

—¿Sabes hasta qué punto la has cagado, Argent?

—Lo sé, vale.

—No, no lo sabes. Las autoridades. La Autoridad Juvenil. Tienen programas de reconocimiento facial en la red.

—Sí, sí, programas…

—Tomarán la casa. Me capturarán. A vosotros os caerán de cinco a diez años por… —Connor no es capaz de controlar la risa— por asistencia necesaria a un fugado.

—¡Ah, es terrible, Argie! —dice Grace desde su rincón.

—¿A ti quién te ha preguntado? —dice Argent. La droga no suaviza el modo en que trata a su hermana.

—Tenemos que salir de aquí, Argent —dice Connor—. Tenemos que irnos ahora. Ahora los dos somos fugitivos.

—¿Sí…? —Argent no acaba de captarlo.

—Tendremos que huir… tú y yo.

—Vale. A tomar por culo el mundo.

—Era el destino, como tú dijiste.

—El destino…

—Argent y el ASP de Akron.

—¡La triple A!

—¡Pero me tienes que desatar antes de que vengan a cogernos!

—Desatarte…

—No hay tiempo que perder. ¡Por favor, Argent!

—¿Realmente puedo confiar en ti?

—¿Nos hemos drogado juntos sí o no?

Eso basta para cerrar el acuerdo. Argent posa la pipa, y se coloca detrás de Connor para desatarle las manos. Connor flexiona los dedos y mueve en círculo los doloridos hombros. No sabe si la torpeza de los brazos se debe a haber estado atado o a la droga.

—Entonces ¿dónde vamos? —pregunta Argent.

La respuesta de Connor es un golpe en la cabeza con la pipa de cristal. La pipa da

a Argent justo encima de la mandíbula y se rompe, haciéndole al menos tres cortes en el lado izquierdo del rostro. Argent pierde el equilibrio, los pies se le resbalan, y cae al suelo, gimiendo, todavía medio consciente, pero incapaz de levantarse. La sangre le mana del rostro.

Grace se ha levantado y mira fijamente a Connor, atónita:

—¡Has roto el bong del bisabuelo!

—Sí, lo sé.

Ella no ayuda a Argent. En vez de eso, solo mira a Connor, sin saber muy bien si acaba de ser traicionada o liberada.

—¿Es verdad lo que has dicho de que la policía vendrá por nosotros? —pregunta.

Connor no necesita responder, porque en ese mismo momento empieza a oír los coches que frenan con un chirrido, y el rítmico golpeteo de un helicóptero sobre sus cabezas.

7. Grace

GRACE ELEANOR SKINNER le tiene tanto miedo a la muerte como el que más. Y aún le tiene más miedo al dolor. Una vez, hace bastante tiempo, mientras estaban de vacaciones, Argie la había obligado a subir al trampolín más alto de la piscina. Ella había demostrado su fuerza de voluntad armándose del coraje necesario para ese tipo de cosas, pero nada más llegar a la plataforma de diez metros de altura, le había faltado el valor. La piscina que estaba abajo parecía pequeña y muy lejana. Al pegar en el agua, pensó, sentiría dolor. Mientras estaba allí situada en el borde del trampolín, con los dedos de los pies curvados sobre el borde de cemento, Argie la incordiaba desde abajo.

—¡¡No seas gallina, Gracie!! —le gritó fuerte para que todos le oyeran—. ¡¡No lo pienses más… solo salta!!

Detrás de ella, otros se impacientaban.

—¡¡Salta ya, Gracie!! ¡¡Estás cabreando a todo el mundo!!

Al final, Grace había retrocedido y había bajado por la escalera muerta de vergüenza.

Aquello fue lo mismo que siente hoy. Solo que ahora la amenaza es muchísimo más importante. Las palabras de Argie de aquel día vuelven a su mente: «¡No lo pienses más… solo salta!».

Esta vez sigue el consejo: abre de un empujón la puerta del sótano y echa a correr a la luz del día.

«Esto es un juego», se dice. «Y en los juegos siempre gano».

Hay policías con las armas de fuego preparadas en el patio, pero tardan en verla. Sus rifles apuntan a la casa, y el sótano está bastante atrás, en el patio. Todavía no han entrado: los hombres siguen tomando posiciones.

—¡No disparen, no disparen! —grita ella, corriendo al patio lleno de hierbas, con lo cual atrae la atención de los pistoleros. Inmediatamente, todos los rifles se vuelven hacia ella. No piensa que están cargados con aletargantes.

—¡No disparen! —repite ella—. Es por aquí. Está por aquí. ¡No disparen!

—¡Al suelo! —ordena uno de los tiradores—. ¡Al suelo ahora mismo!

Pero no. Regla número uno: nunca permitas la captura de una pieza, a menos que consigas una ventaja con ello.

—¡Por aquí! ¡Síganme! —Se da la vuelta, sacudiendo las manos en el aire mientras corre de vuelta al sótano. Calcula que tiene la mitad de posibilidades de que le disparen, pero gana la otra mitad, y no lo hacen. Se vuelve a meter por la escalera

que baja al refugio, y aguarda. Los tiradores se presentan allí al instante, cubriéndose uno a otro, apuntándola a ella y a la penumbra del refugio, como soldados en un territorio hostil.

Aunque le parece que el corazón le podría explotar, y siente el impulso de ponerse a chillar, les dice con calma:

—No necesitan armas: él está desarmado.

Los tiradores se mantienen como están, cubriendo a un agente trajeado que los sigue escaleras abajo.

—¡Yo sabía que era una mala idea! —le dice Grace—. ¡Se lo dije a Argie, pero él no quería escucharme!

El agente se forma rápidamente un juicio sobre Grace, como hace todo el mundo: un juicio desdeñoso. Adivina que es discapacitada mental y le da una palmada en el hombro.

—Ha hecho lo correcto, señorita.

Bajan más agentes al refugio, hasta abarrotarlo. La figura atada al poste está semiconsciente, con la cabeza, los brazos y las piernas flojos, dejados caer. El agente que manda sobre los otros le agarra el pelo para levantarle la cabeza y lo mira a la cara.

—¿Quién demonios es este…?

—Mi hermano Argent —explica Grace—. Le dije que no robara todas esas cosas del supermercado. Le advertí que se metería en un grandísimo problema. Lo acabo de dejar inconsciente y lo he atado. He tenido que hacerle un poco de daño para impedir que se hiciera matar por ustedes, ya ve. No se está resistiendo, ¿verdad? Así que serán buenos con él, ¿verdad? ¡Díganme que serán buenos con él!

El agente deja de mostrarse amable con ella. La mira a los ojos:

—¿Dónde está Lassiter?

—¿Quién…?

—¡Connor Lassiter! —Entonces saca la foto de Argent con el ASP de Akron que debe de haber descargado de la red.

—Ah, ¿eso? Argie la hizo en su ordenador. Era una broma para sus amigos. Parece real, ¿a que sí?

Los otros oficiales se miran uno al otro. El que manda no parece nada contento.

—¿Piensas que me lo voy a creer?

Grace sacude a su hermano por el hombro:

—Explícaselo tú, Argie.

Grace espera. Argie puede tener muchísimos defectos, pero se le da bien

protegerse a sí mismo. Como dijo Connor «la insistencia necesaria a un fumado», bueno, o como se llame eso, es un crimen muy serio. Pero solo si lo atrapan a uno.

Argent mira a Grace con sus ojos inyectados de sangre. Irradia un odio fraterno con el que sería capaz de matarla.

—Es verdad —dice en un gruñido—. Una foto graciosa para mis amigos.

Eso no es lo que quiere oír el agente. Los demás hombres se ríen a su espalda.

—De acuerdo —dice tratando de no perder la autoridad que le queda—. Desatadlo y llevadlo al hospital. De todas formas, registrad la casa. Encontrad el fichero original: quiero que analicen la foto.

Entonces cortan las cuerdas que atan a Argie y se lo llevan. Él no se queja, no se resiste, y tampoco mira a Grace. Cuando los demás se han ido, uno de los ayudantes de la policía local se queda un poco más, mirando la comida almacenada.

—¿Él ha robado todo esto?

—¿Lo van a arrestar?

El ayudante de policía se ríe:

—No hoy, Gracie.

Entonces ella lo reconoce: es un chico que fue a la escuela con ella. Recuerda que él solía hacerle rabiar, pero parece haberse suavizado…, o al menos haber reconducido su parte mala hacia el lado bueno.

—Gracias, Joey —dice ella recordando su nombre, o esperando que lo haya recordado bien.

Grace piensa que se va a ir entonces, pero él echa un nuevo vistazo a toda la comida para casos de emergencia que hay almacenada.

—¡Es un imponente montón de patatas!

Grace duda, y se encoge de hombros:

—¿Sí…? Bueno, las patatas no son más que patatas.

—A veces solo son patatas, y a veces son algo más.

Entonces saca la pistola y fija los ojos en el gran montón de sacos de patatas al tiempo que le dice:

—Apártate de aquí, Gracie.

8. Connor

El ayudante de policía recela de la presencia de Connor, pero sin llegar a estar seguro. Desde luego, no se le ocurre que Grace sea capaz de estar escondiendo a un fugitivo. La cree demasiado tonta para eso. Una vez encuentre a Connor, es tan probable que le dispare en el instante como que no lo haga, pues matar al ASP de Akron sería tan buena cosa como capturarlo vivo. Lo único que ahora Connor tiene a su favor es el elemento sorpresa, pero habrá perdido esa posible ventaja en el instante en que lo descubra. Así que en cuanto el ayudante de policía empieza a escarbar entre los sacos de patatas, Connor no pierde el tiempo y sale del saco en que está escondido, lo agarra por los tobillos, y le tira de los pies para derribarlo.

El chico cae dando un grito de sorpresa, y su arma, que no estaba sujetando con la firmeza digna de un buen ayudante de policía, sale volando por los aires. Grace va a cogerla al tiempo que el chico cae sobre un montón de botellas de agua, y las manda rodando y rebotando por todo el suelo del refugio.

Los brazos de Connor siguen todavía apresando los tobillos del chico, y solo se le ocurre una cosa que decir en esas circunstancias:

—Bonitos calcetines.

Grace está de pie delante de ellos, apuntando con la pistola al pecho del ayudante de policía.

—No te muevas ni llames a los demás, o te juro que te disparo.

—Espera un poco, Gracie —dice él, intentando utilizar su encanto para salir del apuro—. ¿Sabes que te estás metiendo en un buen lío?

—¡Cierra la boca, Joey! Sé lo que hago y lo que quiero hacer. Y justo ahora, lo que quiero es verte en calzoncillos.

—¿Qué…?

Connor se ríe, comprendiendo enseguida lo que tiene en mente Grace.

—Ya has oído a la señorita: ¡desnúdate!

Connor termina de salir del saco de arpillera y empieza él también a desnudarse para intercambiarse la ropa con el ayudante de policía. Connor pensaba que tendría que ingeniárselas para escapar, pero comprueba que Grace se las ingenia por él. Está impresionado por todo lo que Grace ha hecho hasta el momento. Como le dijo una vez el Almirante: «un verdadero líder nunca pone su ego por delante de sus buenas bazas». Y Grace es una baza de las mejores.

—¿Cuál es tu estrategia de juego, Grace? —le pregunta Connor mientras se pone los pantalones del ayudante de policía.

—Cualquiera que nos permita ganar —es lo único que le responde, antes de dirigirse al ayudante—: Vamos… ¡la camisa también!

—Grace…

—¡Una palabra más y te meto dentro un montón de plomo!

A Connor le da la risa al oír aquella frase de las películas de gánsteres. Técnicamente, las balas ya no son de plomo, y eso por no hablar de las de cerámica que usan con los aplaudidores.

—Vale, vale… tampoco tú necesitas decir nada.

Según ve Connor, Joey, el ayudante de policía, viste unos sencillos calzoncillos grises no muy nuevos, que cuelgan flojos debajo de una barriga blanca que seguramente ha pasado de tableta de chocolate a estar llena de chocolate en los pocos años transcurridos desde que dejó el instituto. Si Grace tenía interés en verlo en paños menores, ha tenido que quedarse muy decepcionada.

—¿Dónde te crees que vas a ir, Gracie? Tú nunca has salido de Heartsdale. Este tipo te dejará tirada en la primera gasolinera, ¿y después qué?

—¿Y a ti qué te importa?

—Pon la espalda contra el poste, por favor —dice Connor.

Connor lo ata lo más fuerte posible, pero entonces Grace coge un casco del bong de cristal del suelo y lo deja en la mano del policía para que pueda soltarse él mismo, aunque poco a poco.

—En el momento en que yo me libere, irán todos a por vosotros, os dais cuenta de eso, ¿no?

Grace niega con la cabeza:

—No: en el momento en que tú te liberes, vas a subir pitando y te vas a esconder entre los arbustos.

—¿Qué…?

—Efectivamente: te esconderás hasta que todo el mundo se haya ido. Entonces te irás andando para recoger tu coche hasta el parquin del supermercado, porque allí es donde lo vamos a dejar, con llaves y todo. Luego seguirás el resto del día como si no hubiera pasado nada, y cuando la gente te pregunte que dónde estabas, dirás que saliste a comer algo por ahí.

—¡Estás loca! ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Porque —dice Grace—, si tú no guardas el secreto, en Heartsdale todo el mundo sabrá que quedaste en ridículo delante de la idiota de Grace Skinner, ¡y serás el hazmerreír del pueblo hasta que las ranas críen pelo, cosa que no va a suceder muy pronto!

Connor se limita a reírse, contemplando la cara del policía, que está roja como un tomate, y sus labios apretados en un gesto de rabia.

—¡Cerda subnormal! —le suelta.

—Por decir eso tendría que dispararte en la rótula —dice Grace—, pero no lo haré porque no soy de esas.

Connor se pone la gorra del policía.

—Lo siento, Joey —le dice—. No se puede jugar con esta chica.

9. Lev

NO ES MÁS que un presentimiento. Y si está equivocado, su actuación no hará más que empeorar las cosas, pero actúa por instinto porque necesita que sea verdad. Porque si no es verdad, entonces Connor está perdido.

Hay una serie entera de observaciones que alimentan ese presentimiento:

> —El hecho de que el ayudante de policía salga de detrás de la casa, en vez de hacerlo por la puerta principal.
> —El hecho de que parezca evitar intencionadamente a los demás agentes.
> —El hecho de que lleve la gorra caída sobre la frente, ocultando su cara como si fuera un sombrero mexicano.
> —El modo relajado en que agarra el brazo de la mujer a la que lleva detenida, y que es la misma que le ha transmitido el mensaje a Lev.

El ayudante de policía acompaña a la mujer hasta un coche de policía que está aparcado arrimado a la acera, y Lev se da cuenta de que el comportamiento de ella tampoco es normal, pues da la impresión de que está ansiosa por llegar al coche en vez de lo contrario.

Y además está el modo en que camina el agente, con un brazo rígido y apretado contra el costado, como si le doliera. Tal vez a causa de una herida de avestruz en el pecho.

Los dos entran en el coche de policía y lo arrancan, y aunque Lev no puede ver con claridad el rostro del ayudante de policía, se siente bastante seguro de que el presentimiento no le engaña. Solo después de que el coche de policía se haya ido, Lev se queda plenamente convencido de que aquel era Connor disfrazado, efectuando una astuta huida ante las mismas narices de los agentes de la ley.

Lev sabe que cuando el coche llegue al final de la calle, tendrá que girar derecho para coger la calle principal, y ahora se alegra de haberse pasado la mayor parte del día recorriendo el pueblo, pues sabe cosas que de otro modo no sabría. Como, por ejemplo, que hay obras en Main, y todo el tráfico es desviado por Cypress Street, que se encuentra a dos bloques de distancia. Si Lev puede atajar a través de una serie de patios de casas, delanteros y traseros, podrá llegar allí antes que ellos. Sale corriendo lo más aprisa que puede, consciente de que si llega a tiempo será por unos segundos.

Los primeros patios no tienen valla, nada que separe una propiedad de la otra

excepto el estado del césped, que en un patio está muy cuidado y en el siguiente descuidado. En un santiamén, se encuentra atravesando una calle hasta la siguiente serie de patios. Hay una valla de tablas de madera verticales en el patio delantero de la siguiente casa, pero es una valla baja, y no tarda nada en saltarla y caer en una alfombra de césped artificial que posee una extraña tonalidad aguamarina.

—¡Eh!, ¿qué estás haciendo? —le grita desde el porche de la casa un hombre que lleva un tupé tan artificial como el césped—. ¡Esto es propiedad privada!

Lev no hace ningún caso y sigue corriendo por el lateral de la casa hasta la parte de atrás, para encontrarse con el principal obstáculo: una valla de madera de dos metros de altura que separa un patio trasero de otro. Al otro lado de la valla, mientras Lev sube por ella, empieza a ladrar un perro. Y no se trata de un perro pequeño.

«Ahora no puedo pensar en eso», se dice. Llega a la parte de arriba y se deja caer junto a un enorme perro que tiene mezcla de pastor alemán. El perro se echa para atrás. Ladra hasta desgañitarse, pero la breve duda que le ha acometido proporciona una ventaja a Lev. Corre por el lateral de la casa a través de una cancela cerrada con un simple pestillo, y pasa al patio delantero de la casa, en el que el propietario ha optado por poner piedras de río, que requieren poco mantenimiento, en vez de césped. Aquello es Cypress Street, por la que pasa más tráfico de lo que es habitual cuando la arteria principal no está cerrada por obras. Lev distingue el coche de policía que va por la calle acelerando hacia él. Lo único que hay entre él y la calle es un tupido seto justo lo bastante alto para constituir un problema, y piensa lo absurdo que sería que, después de todo, un asqueroso seto le impidiera llegar hasta el coche. Salta el seto, pero toda la adrenalina bombeada para el impulso le hace ir demasiado lejos, y no hay acera en aquellas calles: va a caer en pleno asfalto de Cypress Street, justo delante del coche de policía.

10. Connor

—¡NO TENÍAN un día mejor para ponerse a hacer obras!

Connor estaba convencido de que los iban a pillar, de que alguno de los otros conductores afectados por el desvío echaría un vistazo al coche y vería que él no era ni mucho menos el ayudante de policía Joey.

—No es solo hoy —le dice Grace—. Llevan semanas con las alcantarillas levantadas. Y huele que apesta.

Connor había puesto mucho cuidado en evitar los conos de tráfico y el contacto visual con los obreros. Habiendo seguido las flechas de desvío, ahora pisa a fondo el acelerador por Cypress Street. ¡Que le den a la limitación de velocidad! ¿Quién demonios va a parar por exceso de velocidad a un poli?

Entonces, de repente, un chaval cae en medio de la carretera, justo delante de él, y enseguida se acuerda del maldito avestruz. Pero si el accidente de hoy resulta mortal, la cosa será mucho peor que cargarse un ave.

Connor pisa el freno a tope. Él y Grace se ven sacudidos hacia delante. Oye el golpetazo cuando el temerario chaval pega contra el parachoques delantero. El coche se detiene finalmente, y afortunadamente no llegan a sentir ese funesto tambaleo que sufren los coches al pasar por encima de un cuerpo humano. Impacto ha habido, pero no atropello. Sin embargo, el impacto ha sido fuerte.

—¡Ah, es horrible, Argie! —dice Grace, seguramente sin darse cuenta de que acaba de llamar Argie a Connor.

Connor piensa por un momento si sería preferible salir huyendo a toda velocidad, abandonando el escenario del accidente, pero es algo en lo que piensa solo una fracción de segundo antes de rechazar esa posibilidad. Eso no sería propio de él, ya no. Hay algo dentro de él que se ha hecho más importante que el primario instinto de supervivencia. Por el contrario, Connor sale del coche para comprobar la gravedad del accidente, y llega a un acuerdo con su instinto de supervivencia: si el chico está muerto, entonces saldrá huyendo a toda pastilla y añadirá ese delito a una larga lista, pues quedarse allí no ayudaría en nada a un chaval muerto; pero si está vivo, Connor se quedará y hará lo que se debe hacer hasta que llegue la ayuda. Y si eso supone que lo capturen, que sea lo que Dios quiera.

El cuerpo, tendido en la carretera, profiere gemidos. Connor se alegra de que esté vivo, pero siente terror por lo que podría suceder a continuación. Y, de pronto, todos esos sentimientos se le van de la cabeza ante la sorpresa y la total incredulidad que le embargan al ver de quién se trata.

El rostro de Lev hace una mueca de dolor:

—Eres tú —dice Lev—. ¡Lo sabía!

Si decimos que se queda sin poder pronunciar una palabra, apenas damos una idea del estado en que se encuentra Connor.

—¿Está muerto? —pregunta Grace, saliendo del coche y tapándose los ojos—. No quiero verlo… ¿está muerto?

—No, pero… —En vez de decir nada más, Connor levanta a Lev, que profiere un desvalido lamento. Solo entonces Connor nota que el hombro de Lev sobresale de un modo nada natural. Pero sabe que no puede pensar en ello en aquel momento.

—¿Es él? —pregunta Grace, que ya se ha destapado los ojos—. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Habéis planeado esto? Pues no era muy buen plan…

De las casas que los rodean, la gente ha salido a observar la pequeña tragedia. Connor no puede pensar en eso tampoco. Coloca con cuidado a Lev en el asiento trasero, y le pide a Grace que se siente con él. Entonces parece despertar, simula tranquilidad y arranca el coche.

—El hospital está en Baxter —dice Grace.

—No podemos llevarlo al hospital —le responde Connor—. Aquí no. —Aunque sabe que no podrían llevarlo a ningún hospital, pues la atención médica lleva consigo otro tipo de atenciones. Si llevan a Lev a un hospital, no tardarán más que unos minutos en averiguar quién es. Lev no solo quebrantó las condiciones del arresto domiciliario, sino que escapó de la casa que lo protegía de la Autoridad Juvenil. Lo cual significa que, entre el pueblo en que se encuentran y la casa de Sonia, no hay ningún lugar seguro en que se le pueda dejar.

Grace se inclina sobre Lev, mirándole el hombro:

—Está dislocado —dice—. Esto le pasó una vez a Argent jugando al ping-pong. Se pegó con el hombro contra una pared. Por supuesto, me echó la culpa, porque yo le había mandado la pelota hacia allí. Además gané.

Le puso las manos a Lev en el hombro:

—Esto va a doler más que un parto —dice, y hace presión con toda la fuerza de su peso.

Lev eleva un grito de dolor que hace que Connor se salga del carril. Entonces Lev aspira hondo y vuelve a chillar. El tercer chillido es casi un gimoteo. Cuando Connor vuelve la vista, ve que el hombro de Lev vuelve a encontrarse en su sitio.

—Esto es como sumergirse en una piscina de agua fría —dice Grace—. Es mejor hacerlo aprisa, antes de que a uno le dé tiempo a pensarlo.

Pese a todo lo que está sufriendo, Lev logra darle las gracias por arreglarle el

hombro, pero allí dentro debe de haber más estropicio del que pueden ver, pues Lev hace muecas de dolor cada vez que se mueve ligeramente.

Siguiendo el plan de Grace, aparcan en el supermercado y dejan allí el coche, junto con las llaves y la pistola del ayudante de policía, pues una pistola desaparecida levantaría demasiadas sospechas. Al dejarle el coche y la pistola, es muy posible que el chico decida quedarse callado para ahorrarse la vergüenza.

Sin tomar muchas precauciones, Connor hace el puente a un Honda azul que está allí, a plena vista, y en dos minutos han cambiado de vehículo y se hallan de nuevo en la carretera, dirigiéndose a la autovía. No es un vehículo agradable. El coche entero huele a sudoración anal y a patatas fritas revenidas. El volante vibra, revelando que la alineación no es correcta.

Pero siempre que les sirva para dejar atrás aquel puto pueblo, a Connor le parecerá un coche mágico. El pueblo mismo, sin embargo, parece haberse conjurado contra él. Pasan por encima de todos los vengativos baches, y se encuentran en rojo todos los inútiles semáforos de que dispone Heartsdale. Lev se queja, hace muecas, resopla a cada sacudida.

—Aún tendrá que empeorar antes de empezar a mejorar —dice Grace explicando lo que es evidente, y Connor tiene que reprimir el impulso de lanzarle a ella un grito, tal como habría hecho Argent. Pero, a diferencia de Argent, Connor sabe que Grace no tiene la culpa de nada: el problema es de la situación entera.

En el último semáforo antes de la autovía, Connor vuelve a mirar a Lev y le pide que se levante la camiseta.

—¿Por qué quieres que se levante la camiseta? —pregunta Grace.

—Porque hay algo que tengo que ver.

Lev se levanta la camiseta, y Connor hace una mueca al ver lo que más temía. El accidente no solo le dislocó el hombro, sino que todo el costado se le ha quedado de un intenso color morado. Hay hemorragia interna, y no se puede saber hasta qué punto será grave.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! —dice Grace con voz temblorosa—. ¡No tendrías que haberlo atropellado, no tendrías que haberlo atropellado!

—Vale —dice Connor, sintiéndose un poco mareado—. Vale, ya lo sabemos.

—¿¡Qué es lo que sabemos!? —chilla Grace, aterrorizada—. ¡No sabemos nada!

—Acabáis de averiguar mi secreto —dice Lev perezosamente—: me estoy convirtiendo en una berenjena gigante.

Intenta reírse con su propio chiste, pero renuncia a hacerlo porque la risa le produce demasiado dolor.

«Risa sabría qué hacer en esta situación», piensa Connor. Intenta oír la voz de su vieja amiga en la cabeza. La claridad de su pensamiento. Ella dirigía la enfermería del Cementerio mejor que un profesional. «Dime qué es lo que tengo que hacer, Risa». Pero aquel día Risa está muda, y parece más lejos de lo que nunca ha estado. Eso no hace más que aumentar la añoranza de Connor por ella, y su desesperación. Cuando lleguen a casa de Sonia, ella tendrá una lista entera de médicos amigos de la causa, pero todavía están en Kansas. Ohio nunca le había dado la impresión de estar tan lejos.

Mira en la guantera. Alguna gente deja ibuprofeno o aspirina allí, aunque no espera tener tanta suerte, teniendo en cuenta cómo le ha ido en los últimos tiempos. La suerte, sin embargo, es demasiado caprichosa para ser siempre mala, y cuando alarga la mano y abre la guantera, ve aparecer un montón de frascos de pastillas.

Connor suelta un suspiro de alivio, y empieza a pasárselos a Grace, en la parte de atrás.

—Léeme lo que pone ahí —dice Connor, y Grace emprende esa labor con orgullo. Sean cuales sean sus deficiencias de desarrollo, la dificultad para leer palabras larguísimas no es una de ellas. Recita de un tirón nombres de medicamentos que seguramente ni siquiera Connor podría pronunciar. Él reconoce algunos de esos nombres, aunque de otros no tiene ni la más remota idea. Pero una cosa está clara: el dueño del coche es o una persona muy enferma, o un hipocondriaco, o simplemente un drogata.

Entre los medicamentos de aquella farmacia de salpicadero hay pastillas de ibuprofeno tamaño de caballo y comprimidos de hidrocodona casi igual de grandes.

—Estupendo —le dice a Grace—. Dale esas dos a Lev: una de cada.

—¿Sin una gota de agua? —pregunta Grace.

Connor mira a los ojos a Lev por el espejo retrovisor.

—Lo siento, Lev. O te las tragas en seco o las masticas. Ahora precisamente no podemos parar para comprar bebidas, y es mejor que eso entre ahora en tu sistema que esperar.

—¡No le mandes hacer eso! —se queja Grace—. Sabrán horribles.

—Podré —dice Lev.

A Connor no le gusta la debilidad de su voz.

Lev intenta reunir un poco de saliva en la boca, se mete las dos píldoras a la vez, y logra tragárselas sin siquiera una leve arcada.

—Vale, estupendo —dice Connor—. En el próximo pueblo que veamos pararemos a comprar hielo para ayudar a reducir la hinchazón.

Connor piensa que quizá la situación de Lev no es tan mala. No parece que le salga ningún hueso a través de la piel ni nada parecido.

—Te pondrás bien —le dice a Lev—. Te pondrás bien.

Pero incluso después de comprar hielo quince kilómetros más allá, el mantra que repite Connor, «Te pondrás bien», deja de sonar creíble. Todo el costado de Lev está adquiriendo un feo tono granate, y está hinchado. La mano izquierda también se le hincha, y los dedos adquieren un aspecto porcino, caricaturesco. «Aún tendrá que empeorar antes de empezar a mejorar». Las palabras de Grace resuenan en la cabeza de Connor.

Vuelve a mirar a Lev a través del espejo retrovisor. Tiene los ojos húmedos y legañosos. Apenas consigue mantenerlos abiertos.

—¡No te duermas, Lev! —dice Connor un poco demasiado alto—. Grace, no le dejes que se duerma.

—Uno se cura durmiendo —le dice Grace.

—No si cae en estado de shock. ¡No te duermas, Lev!

—Lo intento.

Su voz está empezando a sonar menos clara. Connor quiere creer que es por efecto de la medicación, pero en realidad sabe que no.

Connor no aparta los ojos de la carretera. Sus opciones son escasas y la realidad es cruda. Pero entonces dice Lev:

—Sé de un sitio al que podemos ir.

—¿Otro chiste…? —pregunta Connor.

—Espero que no. —Lev respira varias veces despacio para reunir las fuerzas, o tal vez el valor, que necesita para decirlo—: Llévame a la Reserva Arápache, Oeste de Pueblo, Colorado.

Connor piensa que Lev debe de estar delirando:

—¿Una reserva de gente del albur? ¿Qué tiene que ver la gente del albur con nosotros?

—Es un santuario —susurra Lev—. La gente del albur no firmó el Acuerdo de Desconexión. Y tampoco tienen tratado de extradición. Así que otorgan asilo a los desconectables ASP. A veces.

—¡El asilo está bien! —dice Grace—. Pero no pienso ir a una reserva de «maquineros».

—Me parece que estoy oyendo hablar a tu hermano —le reprocha Connor. Eso la deja a ella pensativa.

Connor calcula las posibilidades que tienen. Buscar asilo entre los arápaches

significaría girar y dirigirse al oeste, e incluso pisando bien, eso significa al menos cuatro horas de viaje. Es demasiado tiempo teniendo en cuenta el estado en que se encuentra Lev. Pero no tienen más elección que hacerlo, o bien dirigirse al hospital más cercano, y eso no es posible.

—¿Cómo sabes todo eso sobre los arápaches? —le pregunta Connor.

Lev lanza un suspiro.

—He andado por allí.

—Bueno —dice Connor bastante nervioso—, esperemos que puedas andar un poco más por allí. —Entonces cruza con el coche la mediana de tierra, y se encamina al oeste, hacia Colorado.

11. Centinela de la Reserva

PESE A TODA la literatura y propaganda del Consejo Tribal, no tiene nada de noble eso de ser centinela en la puerta de una reserva arápache.

Hace mucho, mucho tiempo, cuando Estados Unidos no era más que unas cuantas colonias dispares, y mucho antes de que hubiera vallas y muros demarcando la tierra arápache, las cosas eran distintas. En aquel entonces, estar de centinela en el perímetro de la reserva significaba ser un guerrero. Ahora lo único que eso significa es tener que permanecer de pie en una cabina revestido con un uniforme azul, comprobando pasaportes y papeles y diciendo *híísi' honobe*, que viene a traducirse más o menos como «Que pase un buen día», demostrando con ello que los arápaches no son inmunes a la banalidad de la sociedad moderna.

A sus treinta y ocho años, el centinela de la reserva es el mayor de los tres que están de servicio aquel día en la puerta este, y así, por deferencia a la edad, es el único al que se permite ir armado. Sin embargo, su pistola no es ni por asomo tan elegante y significativa como las armas de los mayores, en aquellos tiempos en que se los llamaba indios en vez de gente del albur… o «maquineros», ese odioso apodo que les ha puesto la misma gente que hizo que el juego en los casinos fuera el único modo de que las tribus pudieran ganarse la independencia, la dignidad y la riqueza que les habían sustraído a lo largo de los siglos. Aunque los casinos han desaparecido hace tiempo, los nombres permanecen: «gente del albur» es su insignia de honor; «maquineros» su cicatriz.

Es mitad de la tarde. En la fila que hay en la entrada de no-residentes hay al menos treinta coches. Es un buen día. Los días malos la fila llega hasta el otro lado del puente. Más o menos la mitad de los coches que están en la fila se darán la vuelta y se irán. Nadie entra en la reserva si no vive en ella, o tiene una legítima relación de negocios con la gente de allí.

—Solo queremos sacar alguna foto y comprar algún objeto de artesanía —dicen—. ¿No quieren vender sus productos? —Como si la supervivencia de los arápaches dependiera de pregonar baratijas para los turistas.

—Pueden darse la vuelta girando a la izquierda —les decía cortésmente—. *¡Híísi' honobe!*

Lo sentía mucho por la cara de desilusión que se les queda a los niños que van en el asiento trasero pero, al fin y al cabo, la culpa es de sus padres por ser tan ignorantes sobre los arápaches y sus costumbres.

No todas las tribus han tomado una actitud tan aislacionista, por supuesto, pero

tampoco muchas tribus han tenido tanto éxito como los arápaches en lo que se refiere a constituir una comunidad próspera, autosuficiente y reconocidamente rica. La suya es una «reserva bien», admirada y al mismo tiempo envidiada por las tribus de otras «reservas no tan bien», tribus que derrocharon sus viejas ganancias de casino en vez de invertirlas en su propio futuro.

En cuanto a las puertas, no se colocaron hasta después del Acuerdo de Desconexión. Como otras tribus, los arápaches rehusaron aceptar la legalidad de la desconexión, del mismo modo que habían rehusado participar en la Guerra Interna. «Nativos de Suiza», los habían llamado sus detractores en aquel momento, pues las tierras de las gentes del albur eran enclaves de neutralidad en medio de una nación en guerra.

Por eso, cuando el resto del país, y una gran parte del mundo, había empezado a reciclar a los muchachos que no querían o no necesitaban, la nación arápache, junto con el resto del Congreso Tribal Americano, había proclamado, si no su independencia, al menos su obstinación: no aceptarían la ley de la tierra tal como estaba, y si presionaban, el entero Congreso Tribal se separaría de la Unión, llenando los Estados Unidos de agujeros de queso suizo.

Con una costosa guerra civil a punto de concluir, Washington dio muestras de prudencia dejándolos en paz. Por supuesto, a lo largo de los años había habido demandas judiciales para ver si la nación arápache tenía o no derecho a exigir pasaportes para entrar en su territorio, pero la tribu se ha vuelto muy experta en bailar la danza de la ley. El centinela duda de que la cuestión se llegue a resolver nunca. Y si se resuelve algún día, él no estará allí para verlo.

Atiende un coche tras otro bajo un cielo completamente cubierto que amenaza lluvia pero es demasiado testarudo para soltarla. Alguna gente consigue entrar; otros tienen que volverse por donde han venido.

Y entonces encuentra un coche con ASP.

Puede distinguir un ASP en cuanto este detiene el coche. Su desesperación flota en el ambiente como el olor del almizcle. Aunque ninguna tribu apoya la desconexión, los arápaches son uno de los pocos que dan cobijo a los desconectables ASP, para constante consternación de la Autoridad Juvenil. No es algo que anuncien ni que admitan abiertamente, pero la voz se corre, así que tratar con ASP es uno de los trabajos del día.

—¿Puedo ayudaros en algo? —pregunta al joven conductor.

—Mi amigo está herido —dice él—. Necesita atención médica.

El centinela mira al asiento de atrás, donde un muchacho en lamentables

condiciones descansa la cabeza en el regazo de una chica de veintipocos años que parece un poco loca. El chico del asiento de atrás no parece que esté fingiendo en absoluto.

—Es mejor que os deis la vuelta —dice el centinela—. Hay un hospital en Cañon City, está mucho más cerca que la clínica de la reserva. Os puedo indicar el camino.

—No podemos —dice el conductor—. Necesitamos santuario. Asilo. ¿Comprende?

O sea que no se equivocaba: son ASP. El centinela echa un vistazo a la cola de coches que esperan pasar por el cuello de botella. Uno de los otros guardas lo mira para ver qué hace. Sus normas son muy claras, y él tiene que dar ejemplo a sus compañeros: ser un centinela de la residencia no tiene nada de noble.

—Me temo que no puedo ayudaros.

—¿Lo veis? —dice la chica del asiento trasero—. Ya sabía yo que esto no era buena idea.

Pero el chico que conduce no desiste:

—Creí que ustedes aceptaban ASP.

—Los ASP tienen que presentar padrinos antes de que los dejemos entrar.

El muchacho no puede contener su frustración:

—¿Padrinos? ¿Lo está diciendo en serio? ¿Cómo consiguen padrinos los ASP?

El centinela lanza un suspiro. ¿Cómo tendrá que explicarlo?

—Tienes que tener un padrino para entrar oficialmente —dice—. Pero si consigues encontrar el modo de entrar oficiosamente, entonces es posible que encuentres padrinos.

Solo que en ese momento el centinela reconoce en su cara algo que le suena familiar, aunque no sabe de qué.

—¡No tenemos tiempo para eso! ¿Cree que este chico se encuentra en condiciones de saltar una valla? —El conductor señala al muchacho semiconsciente que está detrás, y que, pensándolo bien, también le suena familiar. Teniendo en cuenta el lamentable estado de ese muchacho, el centinela considera la posibilidad de atreverse a ser él su propio padrino, pero podría costarle el puesto. A él le pagan por no dejar pasar a la gente, no por encontrar medios de dejarlos pasar. La compasión no es parte de su trabajo.

—Lo siento, pero…

Y entonces habla el chico herido, como si lo hiciera en sueños:

—Amigo de Elina Tashi’ne —farfulla.

Eso sorprende al centinela:

—¿La sanadora?

Hay miles de médicos en la reserva, pero hay algunos cuya reputación es bien conocida. La familia Tashi'ne está muy bien considerada… y todos conocen la terrible tragedia que han soportado. En la cola, los coches empiezan a tocar la bocina, pero el centinela no les hace ningún caso. Aquello ha captado su interés.

El chico que conduce mira hacia atrás a su amigo, como si lo que ha dicho le sorprendiera a él también.

—Llámela —dice el chico herido. Entonces los ojos empiezan a parpadearle y se le cierran.

—¡Ya le ha oído! —dice el conductor—. ¡Llámela!

El centinela llama a la clínica y enseguida le pasan con la sanadora Elina.

—Siento molestarla —le dice—, pero hay unos chicos aquí en la puerta este, y uno de ellos dice que la conoce a usted. —Se vuelve al chico del asiento trasero, pero este ha perdido la conciencia, así que le pregunta al conductor—: ¿Cómo se llama?

El conductor duda, pero al final dice:

—Lev Garrity. Pero es posible que ella lo conozca por Lev Calder.

Entonces el centinela cae en la cuenta. De golpe y porrazo reconoce no solo a Lev, sino también al conductor del coche. Es ese chaval que llaman «el ASP de Akron». Connor Nosecuantos. El que se supone que está muerto. En cuanto a Lev, era tristemente famoso en la reserva antes de convertirse en «el aplaudidor que no aplaudió». No se puede mencionar el nombre del pobre Wil Tashi'ne sin pensar en Lev Calder y su relación con aquella tragedia. Y los amigos que van con él tal vez ni siquiera sepan nada, porque es de suponer que Lev no hablará mucho de lo que sucedió aquel horrible día.

El centinela intenta disimular su sorpresa, pero no se le da nada bien. Connor percibe cierto disgusto.

—Dígale eso simplemente, ¿vale?

—Agárrese —dice por el teléfono—. Es Lev Calder. Y está herido.

Una larga pausa. Los demás coches siguen formando un coro disonante con sus bocinas. Al final, la sanadora Elina dice:

—Envíemelo.

El centinela corta la comunicación y se vuelve hacia Connor:

—Enhorabuena —dice, sintiéndose ligeramente noble—: Han conseguido una madrina.

SEGUNDA PARTE

Ejemplares jóvenes

EL NEGOCIO DEL MERCADO NEGRO DE ÓRGANOS EXPERIMENTA UN AUGE GLOBAL. SE EXTRAE UN ÓRGANO CADA HORA.

En esta época de comunicación masiva e instantánea, resulta difícil ocultar casi cualquier cosa, y sin embargo, existe algo que todavía tiene que contarse a gran escala: cómo el tráfico de órganos ha crecido hasta convertirse en un negocio global, y que la práctica está tan extendida que se vende un órgano cada hora.

Esto según la Organización Mundial de la Salud (OMS), que ha asegurado en un informe reciente que existen temores de que el comercio ilegal de órganos pueda seguir creciendo…

Gran demanda de riñones

La OMS dice que pacientes ricos en países desarrollados están pagando decenas de miles de dólares por un riñón a grupos con base en la India, China o Pakistán, que los obtienen de personas en situación desesperada por tan solo unos cientos de dólares.

La Europa del Este, según la organización de las Naciones Unidas, se está convirtiendo en un fértil campo para el mercado negro de órganos; recientemente, el Ejército de Salvación dice haber rescatado a una mujer que había sido introducida en el Reino Unido para que le extrajeran sus órganos.

El ilícito mercado de riñones representa un 75 por ciento del comercio de órganos del mercado negro… los expertos opinan que esto se debe probablemente a las enfermedades en países ricos, como diabetes, hipertensión y problemas cardiológicos.

Y dada la disparidad existente entre países pobres y ricos, no parece haber muchas oportunidades de que el comercio ilegal vaya a terminar en un futuro próximo.

J. D. HEYES
NaturalNews,
3 de junio de 2012

El artículo entero puede leerse en:
http://www.naturalnews.com/036052_organ_harvesting_kidneys_black_m

Los Rheinschild

Ya ha empezado. La recién establecida Autoridad Juvenil, como primer acto oficial, ha anunciado la creación de su primera instalación de desconexión. El Centro de Detención Temporal Juvenil del Condado de Cook, en Chicago, el mayor centro de encarcelamiento juvenil del país, será readaptado con tres salas de operación y treinta y tres miembros del personal quirúrgico.

Janson Rheinschild lee el artículo en su despacho, que se encuentra en un edificio que lleva su nombre y del de su mujer, en el campus de la Universidad Johns Hopkins de Maryland. El artículo sobre la desconexión es tan pequeño, y está tan escondido entre el mar de noticias, que no lo encontrará nadie que no vaya buscándolo.

La desconexión se nos viene encima con los pies silenciosos con que caminan los ángeles.

No hay bombos y platillos por parte de la Ciudadanía Proactiva. A Sonia y a él los han apartado, como personajes irrelevantes. Él es como esa medalla de oro que está expuesta en una vitrina al otro lado del despacho. ¿Qué significa un Premio Nobel de Ciencia cuando el trabajo que uno había acometido para salvar vidas se ha transformado en una excusa para acabar con la vida?

«Pero la vida no se acaba», insisten todos los sonrientes defensores de la desconexión. «Solo se transforma. Queremos llamarlo "vida en estado diviso"».

Cuando se dispone a salir del despacho, cede a un impulso repentino y le da un puñetazo a la vitrina. El cristal se rompe. Entonces se queda allí quieto, sintiéndose idiota por lo que acaba de hacer. La medalla yace entre trozos de cristal, caída de su soporte. La coge y se la mete en el bolsillo de la chaqueta.

Cuando aparca a la entrada de su casa, observa que la camioneta no está. Sonia ha salido otra vez por ahí. Acude a rastros y mercadillos de los que se hacen a las puertas de las casas. Y eso quiere decir que debe de ser sábado. Janson ha perdido la cuenta de los días. Sonia intenta olvidar su desilusión buscando cacharros y muebles viejos que no necesitan. Lleva semanas sin aparecer por el despacho. Es como si hubiera abandonado por completo la ciencia médica y se hubiera jubilado, a los cuarenta y un años.

La puerta principal no está cerrada con llave, vaya descuido ha tenido dejándola así. Pero un momento después, cuando cruza el vestíbulo para entrar en

la sala de estar, se da cuenta de que, indudablemente, no ha sido ella la que ha dejado la puerta sin cerrar. Recibe en plena cabeza el impacto de uno de los cacharros más pesados de su esposa, y cae al suelo. Aturdido pero todavía consciente, levanta la vista y ve el rostro de su atacante.

Es solo un chico de unos dieciséis años. Uno de los «salvajes» de los que se quejan continuamente los vecinos y los noticiarios. Subproductos viciosos y descontrolados de la civilización moderna. Está flaco, desnutrido, y sus ojos muestran una rabia solo ligeramente aliviada por la acción de golpear en la cabeza a un extraño.

—¿Dónde está el dinero? —le pregunta—. ¿Dónde está la caja fuerte?

Pese al dolor, Janson casi se ríe:

—No hay ninguna caja fuerte.

—¡No me engañe! ¡Estas casas siempre tienen caja fuerte!

Le sorprende que el muchacho pueda resultar tan peligroso y tan ingenuo al mismo tiempo. Pero desde siempre la ignorancia y la ciega crueldad han ido de la mano. Cediendo a un sórdido capricho, Rheinschild mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y le tira la medalla al muchacho.

—Cógela. Es de oro —le dice—. A mí ya no me sirve de nada.

El muchacho coge la medalla con una mano en la que faltan dos dedos.

—Me la está colando. Esto no es de oro.

—Bueno —dice Rheinschild—. Pues entonces mátame.

El chico da la vuelta a la medalla varias veces en sus manos.

—¿El Premio Nobel…? No me lo creo. Es falsa.

—Bueno —repite Rheinschild—. Pues entonces mátame.

—¡Cierre la boca! Yo no he dicho nada de matarle a usted. —El adolescente la levanta en la mano, calculando lo que pesa. Rheinschild se mueve un poco para apoyarse contra la pared, sintiendo todavía que la cabeza le da vueltas a causa del golpe. Puede que tenga conmoción cerebral. No le importa.

Entonces el muchacho contempla en torno a él la sala de estar, que está llena de premios y menciones que Janson y Sonia han recibido por su trabajo pionero.

—Si es de verdad…, ¿qué hizo para que se lo dieran?

—Nosotros inventamos la desconexión —dice Rheinschild—. Aunque en su momento no lo supiéramos.

El muchacho suelta una risotada amarga, incrédula.

—Vale, bien.

El joven ladrón podría marcharse con su premio, pero no lo hace. Sigue allí. Y

Rheinschild le pregunta:

—¿Qué les ha pasado a tus dedos?

La mirada recelosa del muchacho recupera su carga de rabia:

—¿Y a usted qué le importa…?

—¿Una helada…?

El ladrón retrocede un paso, sorprendido por el hecho de que Rheinschild haya acertado.

—Sí, se me congelaron. La gente suele pensar que serían fuegos artificiales o alguna chorrada parecida. Pero fue una helada el invierno pasado.

Rheinschild consigue sentarse en una silla.

—¿Quién le ha dado permiso para moverse? —Pero ahora los dos saben que la postura del chico no es más que fanfarronería.

Rheinschild lo mira con detenimiento. Da la impresión de que en toda su vida no ha visto una ducha. Ni siquiera se sabe de qué color tiene el pelo.

—¿Qué es lo que necesitas? —le pregunta Rheinschild.

—Su dinero —contesta el chico, mirándolo por encima del hombro.

—No te he preguntado qué es lo que quieres, sino lo que necesitas.

—¡Su dinero! —le repite en voz alta. Y después añade con más suavidad—: Y comida. Y ropa. Y un trabajo.

—¿Y si te diera una de esas tres cosas?

—¿Y si le machaco la cabeza un poco más?

Rheinschild se lleva la mano al bolsillo y saca la cartera, mostrando con toda la intención que hay algunos billetes en ella, aunque en vez de los billetes le ofrece al muchacho una tarjeta de visita.

—Ven a verme a esta dirección el lunes a las diez. Te daré trabajo y te pagaré un sueldo con el que podrás vivir. Si quieres comprar comida y ropa con ese dinero, por mí bien. Si quieres tirarlo, por mí bien también. Lo único que te pido es que te presentes todas las mañanas, cinco días a la semana. Y que antes te des una ducha.

El muchacho le responde con sorna:

—Y los tipos de la brigada juvenil me estarán allí esperando. ¿Se cree que soy imbécil…?

—No cuento con suficiente evidencia empírica para pensar eso.

El muchacho desplaza el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

—¿Qué clase de trabajo es?

—Biológico. Médico. Estoy trabajando en algo que podría acabar con la desconexión, pero necesito un ayudante. Alguien que no esté secretamente en la

plantilla de la Ciudadanía Proactiva.

—¿Ciuda qué…?

—Buena pregunta. Mientras seas capaz de preguntar eso, conservarás tu puesto.

El chico piensa en ello, y luego contempla la medalla que tiene en la mano de los tres dedos. Se la devuelve a Rheinschild lanzándosela por el aire.

—No debería llevarla en el bolsillo. Tendría que ponerla en un cuadro o algo así.

Entonces se va, sin nada que no tuviera ya cuando entró en la casa, salvo aquella tarjeta de visita.

Rheinschild está casi seguro de que no volverá a ver al muchacho. Le sorprende muy agradablemente verlo aparecer por su despacho la mañana del lunes, llevando la misma ropa sucia, pero recién duchado.

12. Risa

NO PUEDE CREERSE que se haya metido en aquella situación.

Tanto tiempo sobreviviendo en contra de todas las probabilidades y ahora va a morir por haber sido tan tonta.

Le echa la culpa de su caída a su propia arrogancia. Estaba tan segura de que era demasiado inteligente y demasiado perspicaz para que la pillara un pirata de partes, como si ella se encontrara a un nivel superior.

Un granero que se cae a trozos en una granja marginalmente funcional en Cheyenne, en el estado de Wyoming. Lo había encontrado en medio de una tormenta, y entró para resguardarse de la lluvia. En un compartimento había un estante lleno de comida.

¡Qué tonta, qué tonta, qué tonta! ¿Qué pintaba toda aquella comida en un granero abandonado? Si lo hubiera pensado bien, habría salido corriendo sin importarle los rayos, pero estaba demasiado cansada, y tenía hambre. Estaba con la guardia baja. Cogió una bolsa de patatas fritas, tocó en un cable, y este cable accionó un resorte que la atrapó por la muñeca con otro cable de acero. La habían atrapado como si fuera un conejo. Intentó liberarse tirando, pero el cable tenía un nudo diseñado para apretar más a cada tirón de ella.

El pirata de partes había sido lo bastante descuidado para dejar varias herramientas agrícolas a su alcance, pero ninguna de ellas servía para cortar un cable de acero. Tras una hora de forcejeos, Risa comprendió que no podía hacer nada más que esperar, envidiando a los animales salvajes que eran capaces de roerse la propia pata para escapar de una trampa.

Eso había ocurrido la noche anterior. En aquel momento, mientras llega el día, Risa, que no ha dormido en absoluto, tiene que afrontar un nuevo infierno. El pirata de partes llega una hora después del amanecer. Es un hombre de mediana edad con un montón de pelo muy mal trasplantado. Esa mata de pelo rubio de bebé no le hace parecer un bebé, sino que le da un aspecto repulsivo. Casi se pone a bailar cuando ve que la trampa ha cumplido su función.

—Llevaba meses puesta, pero no había servido de nada —le explica a Risa—. Ya estaba pensando en quitarla, pero quien tiene paciencia obtendrá lo que desea.

A Risa le hierve la sangre, y piensa en Connor. Hubiera querido ser más parecida a él la noche pasada. Connor nunca habría sido tan tonto como para dejarse capturar por un imbécil.

Está claro que el chico es un aficionado, pero mientras tenga la mercancía, las

cosechadoras del mercado negro no le dirán que no. No la reconoce. Mejor así. El mercado negro paga más por los adolescentes de triste fama, y ella no quiere que a aquel hombre le paguen lo que ella vale. Por supuesto, asumiendo que él va a venderla. Risa ha tenido toda la noche para elucubrar un plan de acción.

—Cuando te venda me quitaré a los bancos de encima —le dice con alegría—. O al menos podré comprarme un coche decente.

—Antes de venderme tendrá que soltarme.

—¡Por supuesto que sí!

La mira demasiado rato, con una sonrisa demasiado amplia, y Risa piensa que lo de venderla a una cosechadora del mercado negro no es más que lo último de la lista de actividades que ha planeado para ella. Pero sean cuales sean sus planes, él es el tipo que tiene que tenerlo todo bien. Rodea el compartimento y empieza a limpiar el desorden que ha dejado Risa en sus intentos de escapar.

—Ya veo que estuviste atareada esta noche —le dice—. Espero que ya te hayas quedado tranquila.

Ahora Risa empieza a burlarse de él. Sabe qué tipo de cosas darán en la tecla de aquel hombre, pero empieza con algunos golpes fáciles, de refilón. Empieza con desprecios a su inteligencia:

—Lamento desilusionarte —le dice—, pero el mercado negro no trata con tarados. Me refiero a que tienes que saber leer para firmar un contrato.

—Muy divertido.

—No, hablando en serio: tal vez deberías haberte conseguido algo de cerebro, le iría bien a tu pelo.

Eso solo provoca en él una risita.

—Despotrica todo lo que quieras, chorba. Eso no va a cambiar nada.

Risa pensaba que no sería posible odiar más a aquel hombre… pero oírse llamar «chorba» hace que su odio ascienda un nivel más. Así que da comienzo a una nueva ronda de ataques, esta vez contra la familia de él. Su banco genético. Su madre:

—A la vaca de tu madre, ¿la llevaron al matadero, o murió de muerte natural?

Él sigue limpiando el compartimento, pero no presta atención a lo que hace. Risa sabe que se está enfadando.

—¡Cierra esa boca! ¡No voy a escuchar esa mierda de una perra desconectable!

Eso está bien. Que le suelte esas cosas. Porque cuanto más se enfade, mejor para Risa. Ahora le dispara la salva final: una serie de comentarios crueles sobre su anatomía. Comentarios rotundamente inadecuados. Al menos alguno de ellos resulta acertado, pues él pierde los nervios y se pone completamente colorado.

—Cuando acabe contigo —brama él—, ¡no vas a valer lo que vales ahora, eso seguro!

Embiste proyectando las manos contra ella, y en el instante en que se lanza de ese modo, Risa levanta la horca que ha escondido en el heno. No tiene que hacer nada más: tan solo levantar esa herramienta: el peso del hombre y su impulso se encargan del resto.

El pirata de partes aficionado se atraviesa él mismo completamente y se echa hacia atrás, llevándose la horca con él.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué me has hecho?

La horca se agita de un lado para el otro, como un apéndice que le sale del pecho, mientras él grita y maldice. Risa sabe que ha atravesado algún órgano vital por toda la sangre que sale y la velocidad con que desfallece. En menos de diez segundos, se desploma contra la pared opuesta del compartimento, y muere con los ojos abiertos, mirando no exactamente hacia ella, sino un poco a la izquierda de ella, como si en sus últimos instantes de vida hubiera visto, sobre el hombro de Risa, a un ángel, o a Satanás, o lo que vean al morir los hombres como él.

Risa se considera un ser humano compasivo, pero no siente remordimientos por la muerte de aquel hombre. Aunque sí empieza a sentir un pesar profundo. Porque su mano sigue aprisionada por el cable. Y el único ser humano que sabía que ella está allí está ahora tendido al otro extremo del compartimento, muerto.

Y, de nuevo, Risa no se puede creer que se haya metido en semejante situación.

ANUNCIO

> ¿Se pregunta usted quién soy yo? Bueno, a veces yo también me lo pregunto. Me llamo Cyrus Finch. Y también Tyler Walker. Al menos un octavo de mí se llama así. En fin, eso es lo que pasa cuando uno tiene dentro materia gris de otro tipo, ¿no? Ahora no me siento como él ni como yo, sino menos que cualquiera de los dos. Menos que algo entero.
>
> Si tiene usted una parte desconectada y lo lamenta, no es usted el único. Por eso creé la Fundación Tyler Walker. Llámenos al 800 555 1010. No buscamos su dinero; no buscamos su voto…, solo queremos enmendar lo que está roto. Eso es el 800 555 1010: le ayudaremos a hacer la paz con su parte ajena.

Patrocinado por
la Fundación Tyler Walker

El pirata de partes, que no tenía intención de morir allí dentro, se había dejado abierta la puerta del granero. Esa noche, un coyote entra a visitarla. Cuando Risa lo ve, le grita, le arroja heno y después una azada. La azada le da en el hocico con fuerza suficiente para hacerle proferir un aullido y salir de allí a toda prisa. Risa no sabe nada de animales salvajes, de su naturaleza ni de sus hábitos. Sabe que los coyotes son carnívoros, pero no está segura de si cazan solos o en manada. Si regresa con sus sarnosos hermanos, adiós muy buenas.

Y el coyote regresa una hora después, pero solo. No le presta mucha atención a ella, aparte de fijarse por si estuviera a punto de tirarle algo otra vez. La cosa no es fácil, ya que no le queda cerca nada que pueda arrojar. Risa le grita, pero el animal no le hace caso, y pone toda su atención en el pirata de partes, que no opone ninguna resistencia.

El coyote cena a cuenta del hombre, que ya está empezando a ponerse rancio bajo el calor del verano. Risa sabe que el hedor solo irá a peor hasta que, en cosa de un día, tal vez dos, el de su propia carne empiece a acompañarlo. Puede que el coyote sea lo bastante listo para saber que al final ella también morirá, y esté estableciendo las prioridades. Pues, por lo que al coyote se refiere, el hecho de que ella siga viva es el mejor frigorífico. Puede comerse al pirata de partes en varias comidas, sabiendo que, cuando se le acabe, le estarán esperando nuevas raciones de carne fresca.

Contemplar al coyote acaba por insensibilizarla ante el horror que tiene delante. Se siente objetiva, casi como si estuviera contemplando aquello desde una distancia segura. Por pasar el rato, se pregunta qué es más cruel, si el hombre o la naturaleza. Decide que debe de ser el hombre. La naturaleza no tiene remordimientos, pero tampoco tiene mala intención. Las plantas toman la luz del sol y liberan oxígeno con la misma necesidad afirmadora de la vida con la que un tigre puede descuartizar a un bebé. O con la que un animal carroñero devora a un delincuente.

El coyote se va. Raya el alba. La deshidratación empieza a pasar cuentas a Risa, y espera que la mate la sed antes de que el coyote la encuentre aún viva pero demasiado débil para resistirse a sus mordiscos. Pierde y recupera la consciencia varias veces, y su vida empieza a pasar por delante de sus ojos.

Esos destellos de la vida pasada, comprende Risa, en absoluto son completos; ni

tampoco tienen en cuenta el valor de los recuerdos. Resultan tan azarosos como la materia de la que están hechos los sueños, solo un poco más conectados a lo que de verdad pasó:

La pelea de la cafetería

Tiene siete años y está peleando con otra niña que jura y perjura que Risa le ha robado la ropa. Esa es una acusación ridícula porque todo el mundo en la casa del estado lleva el mismo uniforme básico y funcional. En aquel entonces, Risa es demasiado pequeña para comprender que aquello en realidad no tiene nada que ver con la ropa, sino con la dominación. Con la posición social. La niña es más grande que ella, más mala que ella, pero cuando la niña la inmoviliza en el suelo, Risa le mete los dedos en los ojos, la derriba, y le escupe en la cara, que es exactamente lo que la niña quería hacer cuando estaba inmovilizando a Risa. Cuando los profesores las separan, la niña grita que Risa no ha peleado bien, y además acusa a Risa de haber empezado la pelea y haber luchado sucio. Pero a ningún adulto le importa realmente quién empezó, sino que la pelea se acabe, y por lo que a ellos concierne, todas las peleas entre los huérfanos de la casa del estado son sucias. La interpretación entre los niños, sin embargo, es muy distinta. Lo que les importa a ellos es que ganó Risa. Después de eso, pocas buscan pelea con ella. Y sin embargo, a la otra niña le pasa justo lo contrario.

La sala de música

Tiene doce años y está tocando el piano en una sala pequeña, insonorizada, de la Casa del Estado de Ohio número 23. El piano está desafinado, pero a eso está acostumbrada. Risa toca una pieza barroca de manera impecable. Entre los espectadores, la observan rostros sin cuerpo, fríos y pétreos, pese a la pasión con que ella toca. Esta vez lo hace bien. Solo cuando realmente se juegue la vida, cuatro años después, le saldrá mal.

El autobús de la cosechadora

La administración ha decidido que la mejor manera de afrontar los recortes presupuestarios es desconectar a una décima parte de la población adolescente de la

casa. Lo llaman reducción forzada. Los errores técnicos y los fallos en aquel decisivo recital de piano la dejan firmemente situada en ese diez por ciento. Sentado junto a ella, en el autobús, va un pálido muchacho que se llama Samson Expósito. Raro nombre el de Samson para un chaval tan canijo, pero como a todos los huérfanos de las casas del estado se les da, por ley, el apellido de Expósito, el nombre de pila tiende a ser, si no completamente único, al menos bastante infrecuente, y a menudo irónico, porque el nombre no es elegido por unos padres amorosos, sino por burócratas. El tipo de burócratas que pueden pensar que resulta gracioso darle el nombre de «Samson» a un niño prematuro y enfermizo.

«Preferiría ser parcialmente grande que completamente inútil», dice Samson. Ese recuerdo lo tiene Risa desde la perspectiva de lo que averiguará después. Samson, según descubrirá mucho después, está secretamente enamorado de ella, enamoramiento que tuvo expresión en la persona de Camus Agrex. Cam había recibido la parte del cerebro de Samson que se ocupaba del álgebra, pero también, por lo visto, de albergar fantasías sobre chicas inalcanzables. Samson era muy bueno en matemáticas, pero no lo suficiente como para librarse de entrar en aquel fatídico diez por ciento.

Mirando las estrellas

Risa y Cam están tendidos sobre la hierba en lo alto de un acantilado, en una isla hawaiana que en otro tiempo había sido una leprosería. Cam enuncia los nombres de las estrellas y constelaciones, con un acento que parecía de pronto de Nueva Inglaterra debido a que estaba funcionando el trozo de su cerebro que había pertenecido a la persona que lo sabía todo sobre las estrellas. Cam la ama. Ella al principio lo despreciaba, después lo soportaba. Por último llegó a apreciar al individuo en que se estaba convirtiendo, al espíritu que se esforzaba por surgir más allá de la suma de todas sus partes. Sin embargo, sabe que nunca sentirá por él lo que él siente por ella. ¿Cómo podría sentirlo, cuando sigue enamorada de Connor?

Connor

Esto es antes de aquella noche en Molokai en la que contemplaban las estrellas. Connor le está masajeando las piernas, mientras ella permanece sentada en una silla de ruedas, a la sombra de un bombardero indetectable, en el desierto de Arizona. No nota

las piernas. No se puede imaginar que en pocos meses le reemplazarán la columna vertebral y volverá a caminar. Lo único que sabe en ese momento es que Connor no puede realmente estar con ella del modo en que ella quiere que esté. La mente de él está llena de responsabilidades. Demasiado llena de hordas de muchachos a los que oculta y protege en el cementerio de aviones.

El Cementerio

Ahora hace honor a su nombre, siendo vaciado de sus ocupantes tan concienzuda y violentamente como un gueto en la Segunda Guerra Mundial. Todos los muchachos que lo ocupaban fueron o asesinados o enviados a cosechadoras para su posterior desconexión o «división sumaria», como dicen los documentos oficiales. ¿Y dónde está Connor? Ella sabe que debe de haber escapado, porque si lo hubieran atrapado o matado, durante un día entero la Autoridad Juvenil habría sido noticia en todos los medios de comunicación a costa de él. Eso hubiera sido un golpe mortal para la Resistencia Anti División, que se ha vuelto tan efectiva como un matamoscas contra un dragón.

Una vez más, anochece en el granero. El coyote regresa, esta vez con un compañero con el que comparte el festín. Risa grita para no parecer débil y para recordarles que todavía le quedan fuerzas, aunque van menguando rápidamente. Pero no se preocupan por ella. En su lugar, rasgan con crueldad el cadáver, y mientras lo hacen Risa comprende algo:

Donde está atrapada, estirándose al máximo, aún le quedaba más de medio metro para llegar al cadáver. Pero ahora los coyotes lo han separado de la pared al arrastrarlo.

Así que, reuniendo todas las fuerzas que le quedan, se estira por el suelo para alcanzarlo. Alargando la mano izquierda, consigue agarrar el dobladillo de la pernera del pantalón con el índice.

Empieza a tirar de él para acercarlo. Cuando el cadáver empieza a moverse, los coyotes comprenden que su banquete del próximo día se está convirtiendo en una amenaza para el banquete del día actual. Le enseñan los dientes y le gruñen. Ella no ceja. Vuelve a tirar de él. Esta vez uno de los animales la muerde en el brazo, la agarra. Ella grita y usa su viejo truco de meter el dedo en el ojo. El animal la suelta entonces, y Risa se libera durante el tiempo suficiente para tirar del cadáver y acercarlo un poco

más. Consigue llegar al borde del bolsillo de él, pero el otro coyote salta hacia ella. Risa solo tiene un segundo. Alcanza el bolsillo del cadáver esperando que, por una vez, la suerte juegue a su favor, y encuentra lo que busca justo cuando el segundo coyote le agarra el brazo. Pero ahora para ella el dolor solo es secundario. Porque tiene su móvil.

Risa se desprende y se retira al rincón. Los coyotes gruñen furiosas advertencias. Ella se incorpora sobre sus piernas temblorosas y los animales retroceden, intimidados todavía por su altura. Enseguida comprenderán que no hay que luchar con aquel enemigo, y que le podrán hacer lo que ya han hecho con el pirata de partes. Sus horas están contadas.

Enciende el móvil y se da cuenta de que solo le queda un poco de batería, lo cual significa que ahora su vida depende del antojo de una pieza de litio.

¿A quién llama una fugitiva? No conoce a nadie que pueda cogerle el teléfono, y los números de emergencia solo la rescatarían para llevársela a un lugar aún peor que aquel. Sin embargo, conoce cierto número… Es el número de alguien en quien cree que puede confiar, aunque no lo conozca personalmente. Marca. La batería aguanta lo bastante para que suene una vez, dos veces… Entonces, al otro lado, coge el teléfono un hombre.

—Fundación Tyler Walker. ¿En qué puedo ayudarle?

Un suspiro hondo de alivio.

—Soy Risa Expósito —dice, antes de pronunciar las dos palabras que desprecia más que ninguna otra—: Necesito ayuda.

13. Cam

HAY MUCHAS MIRANDAS.

Una abundancia interminable de chicas, todas aburridas del trato soso de los chicos ordinarios, que se arrojan a Cam como si se arrojaran por un precipicio. Todas esperan que las acoja en sus fuertes brazos desconectados. Y a veces lo hace.

Quieren pasar los dedos por las líneas simétricas de su rostro. Quieren perderse en las profundidades de sus conmovedores ojos azules. Y el hecho de saber que sus ojos no son realmente suyos, solo hace que tengan aún más ganas de perderse en ellos.

Cam asiste a muy pocas veladas tan elegantes como la gala de Washington, así que no suele necesitar el esmoquin. La mayor parte son actos en los que hay que hablar. Lleva a ellos una chaqueta deportiva de sastre y corbata, con pantalones deportivos lo bastante informales para no tener aspecto empresarial, para no dar demasiado la impresión de ser una creación de la Ciudadanía Proactiva, que financia en secreto todas sus actividades.

Cam y Roberta están en una gira. Se trata de actos de importancia menor, ya que la mayoría de las universidades están muy apagadas en verano. Pero el personal más importante todavía tiene investigaciones que revisar, y son esos académicos de gran prestigio los que les interesan a Cam y a Roberta.

—Necesitamos que la comunidad científica te vea como algo que merecía la pena —le ha dicho Roberta—. Ya te has ganado el corazón y las simpatías del público. Ahora te tienen que respetar a un nivel profesional.

Las charlas empiezan siempre con una llamativa presentación multimedia que expone de un modo académico los principios básicos de la creación de Cam, aunque ella no lo dice así. Los portavoces de la Ciudadanía Proactiva han decidido que Cam no fue creado, sino que fue «reunido». Y sus piezas reconectadas son todas parte de su «comunidad interna».

—El proceso de la «reunión» de Camus Agrex se prolongó varios meses —explica Roberta a sus oyentes—. Primero tuvimos que identificar los rasgos excelsos que su comunidad interna tenía que poseer. Después tuvimos que encontrar esos rasgos dentro de la población de desconectables que estaban a la espera de división…

Como los teloneros de un concierto, Roberta prepara a sus oyentes para el acontecimiento principal, y entonces dice:

—Damas y caballeros, les presento a la culminación de todos nuestros esfuerzos médicos y científicos: ¡Camus Agrex!

Se enciende un foco, y él entra en el círculo de luz mientras suenan los aplausos, o

mientras chasquean los dedos (en aquellos lugares en que se ha prohibido el aplauso público debido a los ataques de aplaudidores).

En el podio, Cam ofrece su discurso preparado de antemano (de hecho, escrito por un antiguo escritor de discursos presidenciales). Se trata de un discurso reflexivo e inteligente, que él ha memorizado palabra a palabra. Entonces llega el turno de preguntas, y aunque tanto Roberta como él están allí para responder a ellas, la mayoría se las hacen a Cam.

—¿Nota que tiene problemas con su coordinación física?

—Nunca —responde él—. Todos mis grupos musculares han aprendido a actuar unos con otros.

—¿Recuerda el nombre de alguno de los integrantes de su comunidad interna?

—No, pero en ocasiones recuerdo algún rostro.

—¿Es cierto que usted habla con fluidez nueve lenguas?

—*Da, no v moyey golove dostatochno mesta dlia escho neskolkikh* —responde: «Sí, pero queda sitio para alguna más».

Eso provoca risitas de aquellos presentes que entienden el ruso.

Responde de maravilla a todas las preguntas, incluso a aquellas que tienen una intención beligerante e incendiaria:

—Admítalo… usted no es más que un coche de piezas ensambladas —le dice un tipo con mala baba durante su charla en el MIT[1]. No es más que un modelo, una maqueta de piezas ensambladas que llegaron metidas en una caja. ¿Cómo puede llamarse humano usted mismo?

La respuesta de Cam a preguntas como esa siempre está llena de tacto, y sirve para colocar al tipo, o tipa, en su lugar:

—No, yo soy más bien un coche prototipo —le dice Cam al hombre, sin dejar asomar en la respuesta un ápice de la animosidad que había en la pregunta—. La suma de las elucubraciones de todos los expertos en el campo. —Entonces Cam sonríe—. Y a menos que piense que los modelos no sirven nunca para nada, estoy de acuerdo.

—¿Qué me dice de aquellos que dieron su vida para que usted pudiera vivir? —grita alguien del público en su charla en el UCLA[2]—: ¿No siente remordimientos?

—Le agradezco que me haga esa pregunta —responde Cam en medio del espeso silencio que sigue—. El remordimiento implicaría que yo tuve algo que ver con la desconexión de esos chicos, pero no fue así. Yo solo soy el receptor. Pero la verdad es que sí, yo lamento su pérdida, y por eso he decidido honrarlos dando voz a sus esperanzas, a sus sueños y a su talento. Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que hacemos

todos para honrar a aquellos que vivieron antes de nosotros?

Cuando termina el turno de preguntas, cada una de las charlas concluye con música. Con la música de Cam. Saca una guitarra y toca una pieza clásica. Su interpretación es tan impecable y tan sentida, que a menudo arranca una ovación con la gente en pie. Por supuesto, entre los espectadores hay gente que nunca se pondrá de pie, pero cada vez son menos.

—Cuando llegue el otoño, deberíamos hablar en locales más grandes —le propone a Roberta después de una charla que ha tenido mucho éxito.

—¿Preferirías un estadio? —ofrece Roberta con gesto torcido—. Tú no eres una estrella de rock, Cam.

Pero él piensa de otro modo.

CARTA AL DIRECTOR

> En relación con su reciente editorial «PARTES SON PARTES: LA CONTROVERSIA EN TORNO A CAMUS AGREX», perdóneme, pero no veo la controversia por ningún lado. Por supuesto, creo que los medios de comunicación, como de costumbre, han creado una tempestad en un vaso de agua. Yo asistí a una de las presentaciones del señor Agrex y lo encontré elocuente, agradable y respetuoso. Parece al mismo tiempo inteligente y humilde, el tipo de joven que me gustaría que mi hija, por una vez, trajera a casa en lugar de la sarta de malandrines que no paran de adornar nuestro umbral.
>
> Su editorial daba a entender que las partes de Camus Agrex habían sido reunidas sin permiso, pero le pregunto a usted: aparte de los diezmos, ¿qué otro desconectable da su permiso para ser desconectado? No es cuestión de permiso. Es cuestión de necesidad social, como siempre ha sido la desconexión, desde el comienzo. Así pues, ¿por qué no aprovechar los más finos atributos de esos desconectables para crear un ser mejor? Si yo, en mi juventud, hubiera sido destinado a la desconexión, me hubiera sentido honrado sabiendo que algún órgano mío era digno de formar parte del señor Agrex.
>
> La Ciudadanía Proactiva, y en especial la doctora Roberta Griswold, merecen nuestros elogios por su visión y por su compromiso altruista para la mejora de la condición humana. Porque, si hasta nuestros jóvenes

más incorregibles pueden ser reconstruidos en un ejemplar tan excelente, eso me da esperanzas sobre el futuro de la humanidad.

Todo acto ante el público cuenta con su «sala de espera», un espacio tranquilo pensado para que se relajen los que están a punto de salir a escena, o para relajarse después del fragor de focos y preguntas. Roberta siempre se entretiene en el vestíbulo con los peces gordos, estrechando manos y estableciendo esas relaciones personales que son tan importantes. Eso le ha permitido a Cam convertirse en el señor del salón verde, eligiendo quién le hará compañía mientras se relaja después de cada acto de esos. Sus invitados son casi siempre invitadas. Un desfile interminable de Mirandas.

—Toca algo para nosotras, Cam —suelen decirle con un amable tono de ruego en su voz, como si su vida dependiera de la respuesta de él. También a veces le invitan a fiestas a las que sabe que no podrá ir. Pero les dice a aquellas chicas que la fiesta está precisamente allí, en aquel momento. Y a ellas eso siempre les gusta.

Después del éxito de su presentación en el MIT, da conversación a tres de esas chicas en la sala de espera. En este momento está sentado entre dos de ellas en un cómodo sofá, mientras la tercera ocupa una silla, allí al lado, dándole la risa tonta, impresionada ante la cercanía del famoso, mientras espera su turno, como espera una niña pequeña a que Santa Claus la siente en su regazo. A petición de sus invitadas, Cam se ha quitado la camisa para mostrar sus sorprendentes costuras. Ahora mismo, una de las chicas explora las costuras y la variedad de tonos de piel que tiene en el pecho. Otra chica se le arrima y le da a la boca almendras garrapiñadas, dulces y crujientes.

Al final Roberta se deja caer por allí, como ya sabía Cam que haría. De hecho, es algo con lo que contaba. Se ha convertido en su pauta.

—¡Mirad, mi aguafiestas favorita! —dice Cam en tono jovial.

Roberta pone mala cara a las chicas.

—El recreo ha terminado —dice con frialdad—. Estoy segura, señoritas, de que las esperan en algún sitio.

—¡La verdad es que no! —dice una que tiene la mano puesta en el pecho de Cam. A la chica de la silla le vuelve a dar la risa tonta.

—¡No, por favor, Inquisidora General! Son tan monas… ¿No me las puedo llevar a casa…?

Entonces las tres chicas se ríen como si estuvieran bebidas, pero Cam sabe que lo único que han bebido es su cercanía.

Roberta no le hace ningún caso:

—Chicas, ya os he pedido que os vayáis. Por favor, no me hagáis llamar al de seguridad.

En ese preciso momento entra el guardia, que parece sentirse culpable, pero está dispuesto a echarlas de allí a pesar del dinero que le dio Cam para que las dejara entrar.

Las chicas se levantan a regañadientes. Cada una se va a su manera, una pavoneándose, otra andando despacio, y la tercera sigilosa, intentando cerrar la inagotable caja de las risas. El guardia las sigue para asegurarse de que no se quedan por allí, y cierra la puerta tras él. Ahora la mirada de Roberta se dirige a Cam. Él intenta ocultar su sonrisita.

—¿Castigado con unos azotes? ¿Sin poder jugar? ¿A la cama sin cenar…? —sugiere Cam.

Pero Roberta no está de humor para bromas:

—No deberías convertir a esas chicas en objetos.

—Es un arma de doble filo —dice Cam—. Ellas me convirtieron en objeto a mí primero. Yo solo les estaba devolviendo el favor.

Roberta profiere un gruñido de exasperación.

—¿Crees algo de lo que decías sobre ser un modelo para otros?

Cam aparta la mirada. Las cosas que dice al público son ciertamente lo que Roberta cree, pero ¿las cree él mismo? Sí, está hecho con los fragmentos mejores y más brillantes, pero solo son partes, y ¿qué tienen que decir las partes sobre el todo? Lo que desea más que nada es pasar a otra pregunta.

—Por supuesto que lo creo.

—Entonces muestra un comportamiento normal. —Ella coge la camisa de él y se la lanza—. Ya que estás por encima de estas cosas, actúa en consecuencia.

—¿Y si no estoy por encima? —se atreve él a sugerir—. ¿Y si resulta que no soy más que la lujuria de noventa y nueve adolescentes que me integran?

—Entonces —dice Roberta aceptando la pregunta—, puedes volverte a rebanar en noventa y nueve trozos. ¿Quieres un cuchillo?

—Mejor un machete —responde él—. Mucho más espectacular.

Ella lanza un suspiro y sacude la cabeza.

—Si deseas impresionar al general Bodeker, ese tipo de comportamiento no te va a servir.

—¡Ah, ya, el general Bodeker!

Cam no está muy seguro de qué pensar de aquel hombre y sus intenciones, pero

no puede negar que está intrigado. Cam sabe que está dispuesto a catapultarlo directamente a algún puesto de la jerarquía, como si fuera un príncipe americano. Luego, en cuanto llevara el almidonado uniforme de oficial, todo planchado y con sus botones de latón, las amargas voces que sugieren que no tiene derecho a existir se quedarían bien calladas. Nadie puede odiar a un marine con medallas. Y por fin tendría un lugar al que pertenecer.

—Irrelevante —dice Cam—. Al general no le importarán mis aventuras personales en el tiempo libre.

—No estés tan seguro de eso —le dice Roberta—. Tienes que tener más criterio en la elección de tus amistades. Ahora ponte la camisa, la limusina está esperando.

ANUNCIO

¿Cuántas veces has empezado un programa de ejercicios pero lo has abandonado solo unos días después? Con todo lo que tenemos que hacer en nuestra vida diaria, a menudo no nos queda tiempo para mantener nuestro cuerpo en buena forma física al modo tradicional. Pues bien, si la cinta de correr te ha dejado tumbado, ¡tenemos la solución! ¿Por qué gastar horas interminables en máquinas monótonas cuando puedes tener al instante un físico plenamente entrenado con un reparador muscular Sculptura®?

Utilizando la avanzada tecnología de Sculptura, que no deja ninguna cicatriz, podrás conseguir cualquier importante reparación muscular con un tejido muscular fuerte y sano. Garantizado, y si no, te devolvemos el dinero*.

¡No te mates haciendo ejercicio físico durante años sin llegar a ver nunca los resultados que nosotros podemos proporcionarle en solo un día!

¿Quieres seguir siendo un canijo? ¡Conviértete en un mastodonte con… Sculptura!

* El buen estado físico está garantizado solo durante el primer mes después de finalizado el proceso reparador Sculptura. Los músculos se atrofiarán si no se ejercitan.

Cam se despierta de pronto a once mil metros de altura. Por un momento cree que está en una silla de dentista, pero no. Se había quedado dormido antes de reclinar el asiento del todo.

La Ciudadanía Proactiva ha proporcionado aquel avión privado con suntuosos detalles para su gira de charlas. Aunque de privado tiene poco. Roberta duerme en su propio asiento en el nicho que hay detrás del suyo, con una respiración que es, como todo en ella firme y regular. Hay un conserje, que es el equivalente en avión privado de una azafata, pero en aquel momento también está dormido. Son las 3:13 horas de la madrugada, aunque Cam no sabe a ciencia cierta a qué zona horaria se refiere aquel reloj.

Intenta recordar sus sueños para analizarlos, pero no lo consigue. Los sueños de Cam nunca han tenido sentido. No tiene ni idea de cuánto sentido tendrán los sueños de las personas normales, así que no puede comparar. Pero sus sueños están plagados de fragmentos de recuerdos que no conducen a ninguna parte, porque el resto de esos recuerdos está en otras cabezas, viviendo otras vidas distintas. El único recuerdo que resulta claro y consistente es el recuerdo de cómo lo desconectaban. Con eso sueña muy a menudo. Sueña no solo con una desconexión, sino con muchas. Fragmentos de docenas de divisiones se mezclan en un todo inolvidable e imperdonable.

Solía despertar de esos sueños gritando. No por el dolor, pues la desconexión tiene que ser, por ley, indolora. Pero hay cosas peores que el dolor físico. Gritaba por el terror, por la absoluta impotencia que cada uno de aquellos muchachos sentía cuando se acercaban los cirujanos, por el hormigueo que sentían brazos y piernas antes de dormirse, mientras los refrigeradores médicos salían de su visión periférica. Todo sentido se clausuraba y toda memoria se evaporaba, y el final era siempre un mudo grito de desafío desesperado cuando cada desconectado era enviado al olvido.

Roberta está en el sueño, porque se encontraba presente en cada una de las desconexiones: la única persona del quirófano que no lleva mascarilla.

«De esa forma me verías, me oirías, y me reconocerías cuando unieran todas las partes», le había explicado. Pero no había contado con lo horrible que sería ese reconocimiento. Roberta es parte del terror. Es la autora de la desesperación.

Cam ha aprendido a tragarse el grito de sus sueños, sujetándolo dentro hasta que consigue salir de la sopa rancia de su pesadilla y volver al mundo de los vivos, al mundo que respira, donde él es él mismo y no los trozos particulares de su «comunidad interna». Esta noche está solo. Sabe que hay gente a su alrededor, pero en un avión privado que atraviesa un cielo negro y glacial, no puede evitar sentirse solo en el universo. Es en esos momentos de soledad profunda cuando las preguntas

hechas por los miembros del público más críticos lo persiguen, pues las preguntas de ellos son también las preguntas de él.

«¿De verdad estoy vivo? ¿Existo siquiera…?».

Ciertamente, él existe como materia orgánica, pero ¿como ser que siente? ¿Como alguien, más que como algo? Hay demasiados momentos en su vida en los que sencillamente no sabe. Y si es cierto que, al final, cada individuo afronta el juicio, ¿estará él allí para afrontarlo también, o volverán los integrantes de su comunidad interna a ser los verdaderos propietarios, dejando un vacío donde estaba él?

Cierra las manos en sendos puños.

«¡Claro que estoy vivo!», le entran ganas de gritar. «¡Claro que existo!».

Pero tiene la sensatez de no volver a gritar esas angustias a Roberta. Es mejor que ella se piense que toda su debilidad se limita a la lujuria juvenil.

Esa es la rabia que lo embarga cuando no hay nadie mirándolo. Rabia de que aquellos miembros del público que le hacen comentarios hirientes puedan tener razón, y de no ser más que el truco de prestidigitación al que se han entregado unos cuantos médicos. Un truco de bisturí. Una concha hueca que imita la vida.

En estos oscuros momentos de nihilismo, cuando el universo mismo parece rechazarlo del mismo modo en que en otro tiempo los cuerpos de las personas rechazaban los órganos que les trasplantaban, piensa en Risa.

En Risa. Su nombre le estalla en la cabeza, y lucha contra el impulso de poner su propia mente en confinamiento. Risa no lo despreciaba. Sí, al principio sí, pero ella llegó a conocerlo de verdad y a verlo como un individuo que era algo más que la suma de sus partes. Al final, llegó a quererlo a su manera.

Cuando estaba con Risa, Cam se sentía real. Cuando estaba con ella, sentía que era algo más que un montón de remiendos de ciencia y orgullo desmedido.

No puede negar cuánto la quiere, y el dolor de ese anhelo es suficiente para hacerle saber que está vivo. Que existe. Pues ¿cómo iba a sentir tal angustia si no tuviera alma? Aun así, en muchos sentidos, es como si ella se hubiera llevado el alma de él al marcharse.

«¿Sabes qué se siente, Risa?», quisiera preguntarle. «¿Sabes cómo es lo de no tener alma? ¿Es eso lo que sentiste cuando tu preciado Connor murió en la Cosechadora de Happy Jack?».

Cam sabe, sin la más leve sombra de duda, que él podría llenar ese vacío en ella, con tal de que ella le quisiera lo suficiente para permitírselo. Eso sería lo que le haría sentirse entero.

El avión sufre unas suaves turbulencias que parecen mucho peores de lo que son.

Oye que Roberta se mueve antes de retomar su sueño profundo. La mujer no tiene ni idea de hasta qué punto es engañada. Tan lista, tan astuta, tan despierta… y sin embargo tan ciega.

Él sabe que ella terminará descubriendo las mentiras de él, así que todos aquellos engaños deben ir recubiertos con una espesa capa de verdad, como las almendras garrapiñadas.

Sí, es verdad que Cam disfruta con las atenciones de aquellas chicas guapas que se sienten tan atraídas por aquel centro de gravedad incomparable. Y, sí, es verdad que, en sus momentos más gloriosos, Cam se siente embriagado por su propia existencia, borracho con aquel mejunje intoxicante de ambrosía humana…, la humanidad que fue desconectada para crearlo a él. Ha aprendido a convocar ese sentimiento, a prepararlo como quien llena la bañera, y sumergirse y regodearse en él cuando lo necesita. Esa es la capa dulce de la almendra de verdad que solo él conoce, y que no comparte con nadie.

«Sin Risa no soy nada».

Así que interpretará el papel de la estrella mimada, dejando que Roberta se piense que sus actitudes hedonistas son reales. Y él disfrutará lo bastante para engañarla y hacerle pensar que lo único con lo que tiene que enfrentarse es con la arrogancia y los excesos.

El avión comienza su descenso a la próxima parada, sea cual sea. Más público, más Mirandas. Una manera agradable de aguardar el momento. Cam sonríe, recordando la promesa secreta que se hizo a sí mismo. Si lo único que Risa desea más que ninguna otra cosa es la total destrucción de la Ciudadanía Proactiva, entonces Cam encontrará el modo de regalársela. En vez de ir simplemente debilitando a Roberta, se irá colando en los engranajes de la máquina de la Ciudadanía Proactiva. Encontrará el modo de desconectarla, y Risa sabrá que fue él quien lo hizo.

Entonces ella lo querrá de verdad, y le devolverá hasta la última mota de su afecto. Le devolverá su alma.

14. Director

EL CAMPING «Risco de las Secuoyas» está completo.

El director de aquel Camping del Norte de California debería estar contento, pero está muy preocupado. Para él, las peores preocupaciones son las que tienen que ver con el dinero.

Una enorme porción del campamento está tomada por la Colonia de la Garza Roja, un campamento de verano para chicos y chicas desfavorecidos. Las brillantes camisetas carmesí de la colonia se ven por todas partes.

La tarde antes de que tengan que partir según el calendario previsto, el director entra en medio de la colonia de adolescentes, todos los cuales parecen efectivamente desfavorecidos. Son al menos un centenar. Parecen algo nerviosos cuando lo ven, pero enseguida siguen con lo que estaban haciendo. La mayoría se comportan como chicos que están de vacaciones, tirándose pelotas, subiéndose a los árboles…, pero hay temor en sus ojos y desconfianza en sus acciones. Eso revela algo que sus camisetas rojas están tratando de esconder.

—Perdonad, ¿quién manda aquí?

Una chica que podría ser gorila de discoteca en una vida previa se adelanta.

—Ahora está ocupado —le dice—. Pero puede hablar conmigo.

—Hablaré con la persona que está al mando —insiste el director—. Y quiero hacerlo en privado.

La grandullona adopta un aire despectivo:

—No encontrará mucha privacidad entre nuestros campistas. —Cruza los brazos en desafío a su petición—. Le diré que ha venido.

—Esperaré —dice él.

Entonces, desde detrás de la chica, llega una voz:

—No te preocupes, Bam. Iré a hablar con él.

De un grupo de chicos sale un adolescente que no tendrá más de dieciséis años. Es bajo pero fornido. Es pelirrojo, con raíces castañas sustancialmente largas. Él, como la chica, lleva un polo rojo con un logo que indica que pertenece al personal de la colonia. También lleva un guante de cuero en una mano, pero no en la otra. En todos los sentidos, parece un joven fino, pero las apariencias engañan muchas veces.

Le hace un gesto al director:

—Puede hablar conmigo.

Dejan el claro y toman un sendero que pasa por entre las secuoyas. Los viejos y descomunales árboles nunca dejan de sorprender al director, y son una de las razones

por las que, pese a lo escaso del sueldo, aceptó el trabajo. Aquel día, sin embargo, confía en que su suerte cambiará.

Se conoce el sendero de memoria, y solo lo recorren hasta la siguiente parte del camping, que ya no está ocupada por las Garzas Rojas, sino por una gran familia con montones de niños pequeños correteando en pañales. Se asegura de no perder de vista esa parte del camping, y a la gente que está allí, porque sospecha que no es buena idea internarse más en el bosque solo con aquel joven.

—Si le preocupa que dejemos limpio el camping —dice el joven—, le prometo que lo haremos.

—No entendí tu nombre —dice el director.

Él esboza una sonrisita:

—Anson. —La sonrisa es tan amplia y descarada que está claro que no se trata de su nombre auténtico.

—¿No eres demasiado joven para estar al mando de todos esos chicos?

—Las apariencias engañan —dice él—. Me dieron el trabajo porque parezco más cercano a la edad que tienen ellos.

—Comprendo. —Mira la mano izquierda del joven—. ¿Qué le pasa a ese guante?

El chico levanta la mano:

—¿Qué pasa? ¿Tiene usted algún problema con Louis Vuitton?

El director nota que los dedos de esa mano no parecen moverse.

—En absoluto. Es que parece un accesorio un poco raro para una acampada.

El chico baja la mano.

—Soy un hombre ocupado, señor Proctor. Porque se llama Proctor, ¿no? ¿Mark Proctor?

Al director le pilla desprevenido que ese chico sepa su nombre. La mayor parte de los que acampan en Risco de las Secuoyas apenas saben que él existe, y desde luego no tienen ni idea de su nombre.

—Si es por el pago —dice el joven—, ya lo hemos pagado todo, y pagamos en efectivo. Seguro que la mayor parte de la gente no lo hace tan bien.

El director decide ir al grano, porque empieza a darse cuenta de que cuanto más lo demore, más fácil será que aquel chico encuentre el modo de escapar del anzuelo.

—Sí, habéis pagado. Pero hay un problema: he hecho algunas comprobaciones, y no hay ninguna «Colonia de la Garza Roja». Ni en este estado ni en ningún otro.

—Bueno —dice el chico en tono relamido y condescendiente—, es evidente que usted no ha buscado en el lugar correcto.

Mark Proctor no piensa dejar que le tomen el pelo.

—Como te he dicho, no existe la Colonia de la Garza Roja. Lo que sí que hay son informaciones sobre un grupo de desconectables renegados. Y uno de ellos es un ASP asesino de policías llamado Mason Michael Starkey. La foto se parece mucho a ti, «Anson». Sin el pelo rojo, claro está.

El chico se limita a sonreír.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Proctor?

Proctor piensa que ahora tiene la sartén por el mango, que tiene cogido por el pescuezo a aquel Starkey. Empieza a emplear con el chico el mismo tono condescendiente y burlón:

—Estaría eludiendo mi responsabilidad cívica si no os entregara a ti y a tu pequeño zoo a la Autoridad Juvenil.

—Pero todavía no lo ha hecho.

Proctor respira hondo:

—Tal vez encuentres el modo de persuadirme para que no lo haga.

No tiene ni idea de cuánto dinero tendrán aquellos chicos, ni de dónde saldrá, pero está claro que tienen el suficiente para seguir adelante con aquella farsa. Y a Proctor no le importaría aliviarles de una parte de ese peso.

—De acuerdo —dice Starkey—. Déjeme ver si puedo persuadirlo, entonces. —Se mete la mano en el bolsillo, pero en vez de sacar una cartera llena de billetes, saca una fotografía. La maneja con habilidad entre los dedos de su mano desnuda, como un prestidigitador que realiza un truco con las cartas.

La foto es de la hija adolescente de Proctor. Parece una foto reciente, tomada justo desde la parte de fuera de la ventana de su dormitorio. Ella está en mitad de sus ejercicios aeróbicos, que realiza por la noche.

—Se llama Victoria —dice Starkey—, pero normalmente la llaman Vicki. ¿Me equivoco? Parece una chica muy maja. Espero sinceramente que no le ocurra nada malo.

—¿Me estás amenazando…?

—En absoluto. —La foto desaparece ante los ojos de Proctor mientras Starkey mueve los dedos—. También sabemos dónde estudia su hijo. Está allí con una beca de natación, porque está claro que usted no se puede permitir pagar la Universidad de Stanford con su sueldo, ¿o sí? Es una pena, pero a veces los mejores nadadores aparecen ahogados. Quizá sea por exceso de seguridad, eso he oído. —Starkey no dice nada más. Solo sonríe con irónica amabilidad. En lo alto de las secuoyas grazna un ave, como si se riera, y un niño pequeño de los vecinos de camping empieza a llorar, como lamentando la pérdida de la dignidad de Mark Proctor.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunta Proctor con frialdad.

La sonrisa de Starkey no pierde un ápice de su calidez. Le pasa el brazo a Proctor por el hombro, y los dos se vuelven caminando por donde habían ido.

—Lo único que quiero es convencerle de que no nos denuncie, tal como sugería usted. Siempre y cuando no diga nada sobre nosotros, ni ahora ni después de que nos vayamos, le garantizaré personalmente que su encantadora familia seguirá igual de encantadora.

Proctor traga saliva, comprendiendo que la sensación de dominio que había sentido tan solo un momento antes no era más que una ilusión.

—¿Entonces hacemos el trato? —propone Starkey. Ofrece su mano enguantada para que Proctor la estreche, y Proctor la estrecha con firmeza y convicción. Starkey sonríe mientras Proctor le mueve la mano, pero incluso aquella sonrisa es una muestra de fuerza más que de debilidad.

—Como dijiste, habéis pagado el total —dice Proctor—. Por el momento no hace falta nada más. Es un placer tener aquí a la Colonia de la Garza Roja, y espero veros también el verano que viene —le dice, aunque los dos saben que eso es lo último que él desearía en realidad.

Al irse Proctor con las piernas un poco flojas, comprende algo. La foto de su hija que parecía haber desaparecido durante su conversación acaba de aparecer ahora en el bolsillo de su camisa. Al mirarla, las lágrimas acuden a sus ojos. Más que un sentimiento de rabia, lo que siente es gratitud. Gratitud por no haber sido tan idiota para acarrearles daño a ella o a su hermano.

15. Starkey

—NO TE MUEVAS —dice Bam—. Si esto te entra en los ojos, te quema como no te imaginas.

Ya ha oscurecido en el camping. Starkey se sienta en una silla plegable, con la cabeza echada hacia atrás. Un chico sostiene un cubo de agua; otro está listo con toallas. Bam, que lleva guantes de goma, extiende una solución de olor acre en el pelo de Starkey, embadurnado hasta el cuero cabelludo, todo bajo la mirada atenta de cuatro chicos que sostienen linternas.

—¿Os lo podéis creer? Ese tipo quería hacernos chantaje —le dice Starkey a Bam, cerrando los ojos.

—Me gustaría haberle visto la cara cuando le diste la vuelta a la tortilla.

—Fue algo clásico… y demuestra que nuestro plan de seguridad funciona.

—Jeevan se merece una medalla —dice uno de los de las linternas.

—Pero Whitney hizo la foto —dice el chico del caldero de agua.

—Pero Jeevan fue el que tuvo la idea.

—¡Eh! —dice Starkey—. No os he preguntado a ninguno de vosotros.

Había sido Starkey quien había decidido poner a Jeevan al mando de la inteligencia. Es un chico inteligente, con conocimientos prácticos de informática, al que se le da bien prever las cosas. Es verdad que fue idea de Jeevan reunir información sobre la gente con la que se relacionan, pero qué hacer con esa información, eso es enteramente cosa de Starkey. En este caso, responder al chantaje con otro chantaje era el movimiento correcto, y el hombre cedió, tal como suponía Starkey. La sola insinuación de que sus preciados chicos podían sufrir algún daño fue demasiado para él. Increíble. Nunca deja de sorprenderle a Starkey lo lejos que está dispuesta la gente a ir para proteger a los niños que ama y para descartar a los que no ama.

—Entonces ¿dónde vamos ahora…? —pregunta el chico de la toalla.

Starkey abre un ojo, porque el otro ya está empezando a escocerle:

—Tú no te tienes que preocupar por eso. Lo sabrás cuando lleguemos.

Como jefe del Club de la Cigüeña, Starkey había aprendido el arte de controlar la información. A diferencia de Connor, que no ocultaba nada al dirigir el Cementerio, Starkey ofrece la información en raciones muy pequeñas, y solo cuando es completamente necesario.

Desde que se estrelló su avión en el Lago Saltón, hace casi tres semanas, las cosas no han sido fáciles para el Club de la Cigüeña. Al menos no al principio. Aquellos

primeros días se escondieron en las montañas peladas que se alzan sobre el Lago Saltón, encontrando cuevas no muy profundas y grietas en las que acurrucarse, de modo que no pudieran ser vistos por los aviones de reconocimiento. Starkey sabía que organizarían un rastreo a pie, lo cual significaba que tendrían que alejarse de allí, aunque solo podían hacerlo de noche y a pie.

No había pensado cómo proporcionar comida o refugio o primeros socorros a los chicos que habían quedado heridos en el accidente, y recurrieron a saquear tiendas de carretera, lo cual revelaba su posición a las autoridades.

Fue una prueba de fuego para Starkey, pero salió vivo de las llamas, y gracias a él conservaron la vida y la libertad. Tenía a aquellos muchachos bien seguros en su puño, y eso pese a su mano destrozada. Esa mano es ahora el tipo de herida de guerra del que surgen las leyendas, y le ha acarreado aún mayor respeto, pues todos piensan que si fue lo bastante duro para romperse la mano él mismo para salvarlos a todos, será lo bastante duro para hacer cualquier cosa.

En Palm Springs, se encontraron un hotel que había cerrado pero aún no había sido demolido, y su suerte empezó a cambiar. El lugar estaba lo bastante aislado para que pudieran refugiarse en él y tomarse el tiempo necesario para diseñar un plan de supervivencia más efectivo que dejar completamente vacíos los 7-Eleven.

Starkey empezó a enviar chicos en pequeños grupos, eligiendo los que no tenían ningún aspecto sospechoso innato. Robaban ropa de lavanderías y comestibles de las puertas de descarga de los supermercados.

Permanecieron allí casi una semana, hasta que los vieron unos chicos de la localidad.

—Yo también soy de la cigüeña —dijo uno de los chicos—. No os vamos a delatar: os lo juramos.

Pero Starkey nunca ha confiado en los chicos que proceden de familias que los quieren. Y especialmente le disgustan los chicos de la cigüeña cuyos padres adoptivos los quieren como si fueran de su misma sangre. Starkey conoce las estadísticas de la desconexión. Sabe que el 99 por ciento de todos los niños de la cigüeña viven en hogares acogedores, donde la idea de la desconexión no se plantea. Pero cuando uno pertenece a ese restante uno por ciento, y está rodeado por otros niños también desechados, aquellas familias amorosas parecen demasiado distantes para importar.

Entonces Jeevan tuvo una ocurrencia genial. Accedió a las cuentas bancarias de los padres de los del Club de la Cigüeña, porque algunos de los chicos sabían, o podían averiguar, las contraseñas de sus padres adoptivos. La operación se realizó de una vez, en unos pocos clics con el ratón, y para cuando alguien se enteró de lo que

estaba sucediendo, el Club de la Cigüeña ya había acumulado más de diecisiete mil dólares en el exterior. Acceder a ese dinero fue tan fácil como introducir en un cajero automático una tarjeta falsificada.

—Alguien, en algún lugar, estará investigando esto —le dijo Jeevan a Starkey—. Pero al final las pistas no lo conducirán a nosotros, sino que lo llevarán a Raymond Harwood.

—¿Quién es Raymond Harwood? —preguntó Starkey.

—Uno que siempre se metía conmigo en el instituto.

Eso le hizo reír a Starkey.

—Jeevan, ¿te he dicho alguna vez que eres un genio del delito?

Él no se había mostrado muy contento con la idea.

—Bueno, me habían dicho que soy un genio…

Starkey a menudo se pregunta por qué los padres de Jeevan decidirían desconectar a un chico tan brillante. Pero hay una regla no escrita que dice que prohíbe este tipo de preguntas.

El dinero dio a los chicos de la cigüeña un poco de libertad, porque el dinero compra la legitimidad. Lo único que necesitaban era un simple subterfugio, una ilusión que nadie pusiera en cuestión, y si hay algo que Starkey conoce, como prestidigitador aficionado que es, es el arte de la ilusión. Del despiste. Todo mago sabe que los ojos del público siempre siguen la mano que se mueve, y siempre creerá lo que se le presenta ante los ojos, hasta que haya una razón para dejar de hacerlo.

La Colonia de la Garza Roja fue idea de Starkey. Lo único que se necesitaba para convertir la ilusión en real era un pedido de ciento treinta camisetas, unos polos para el personal encargado, y unas cuantas gorras a juego, como guinda del pastel. Convertidos en la Colonia de la Garza Roja, podían viajar en trenes e incluso en autobuses de alquiler, porque la ilusión se alimenta de suposiciones. La gente veía unos chicos que van de acampada, y eso se convertía en parte de la realidad, sin que lo pensaran dos veces. Irónicamente, cuanto más bulliciosos y más visibles resultaban, más fuertemente se ejercía aquella ilusión. Aunque la gente estuviera viendo las noticias y estuvieran hablando en ese momento sobre la banda de desconectables fugitivos, la Colonia de la Garza Roja podía pasar por delante de ellos, ruidosos y detestables, sin provocar el parpadeo de nadie, ni siquiera de los policías. ¿Quién hubiera pensado que resultara tan divertido aquello de esconderse a la vista de todo el mundo?

La primera orden del día fue salir del sur de California hacia un lugar donde las autoridades no los estuvieran buscando. Como había tenido ya desierto suficiente para

el resto de su vida, Starkey decidió que tomaran un tren hacia el norte, hacia pastos más verdes y exuberantes. En el primer sitio en que acamparon, cerca de Monterrey, no tuvieron ningún problema. Entonces siguieron hacia el norte, reservando un sitio para todos en el Risco de las Secuoyas. Todo había ido bien hasta aquel día, pero incluso aquel problema se había superado con facilidad.

Bam acaba de enjuagar la solución decolorante del cabello de Starkey, y el chico de la toalla se apresura a secárselo.

—Entonces, si al director del camping se le ocurre cantar lo que sabe, ¿de verdad harás daño a uno de sus hijos? —pregunta Bam.

Starkey se enfada porque ella le haga semejante pregunta delante de los chicos de las linternas, el de la toalla, y el del caldero de agua.

—No cantará —responde Starkey, alborotándose el pelo.

—¿Y si lo hiciera?

Starkey se vuelve hacia el chico de la toalla. Es uno de sus fans más pequeños, que siempre está tratando de ganarse sus simpatías.

—¿Qué es lo que digo siempre?

El chico pone la misma cara de terror que si hubiera llegado el profesor presentando un examen sorpresa.

—Eh… ¿humo y espejos…?

—¡Exacto! Todo es humo y espejos.

Esa es la única respuesta que le da a Bam, e incluso la respuesta es pura niebla, una no-respuesta que torea la pregunta. ¿Les haría daño? Aunque Starkey preferiría no pensar en eso, sabe que hará todo lo que sea necesario para proteger a sus niños de la cigüeña. Incluso si eso significa darle un escarmiento a alguien.

—Hablando de espejos, echa una mirada —le dice Bam, entregándole un espejo retrovisor que ha arrancado de la puerta de algún coche.

Es difícil verse entero en él, así que tiene que ir moviéndolo para apreciar el efecto visual.

—Me gusta —dice.

—Estás muy guapo de rubio platino —le dice ella—. Pareces un surfista.

—Sí, pero el look surfista no es el que más confianza inspira a los adultos —señala Starkey—. Córtamelo. Déjamelo corto y bien arreglado. Quiero tener pinta de boy scout.

—Tú nunca tendrás pinta de boy scout, Starkey —le responde ella con una mueca, y alguno de los chicos se ríe. Eso le molesta de verdad, aunque no piensa dejar que se le note. Se empezó a interesar en la magia cuando era pequeño porque ayudaba para

conseguir la medalla al mérito de los boy scouts. Es curioso cómo cambian las cosas.

—Simplemente hazlo, Bambi —dice él. Y Bam tuerce el gesto, que es lo que Starkey pretendía. Los demás chicos saben que no se tienen que reír ante aquel apodo, a menos que quieran sufrir las consecuencias de su tremebunda ira.

Cuando Bam acaba, Starkey podría pasar por el chico de la puerta de al lado cuando sonríe, y por Hitler adolescente cuando no lo hace. Su cuero cabelludo todavía le escuece a causa de la solución blanqueadora, pero no le resulta realmente desagradable.

—¿Sabes? No soy el único que necesita cambiar de identidad —le dice a Bam cuando los demás chicos se han ido.

Ella se ríe:

—Mi pelo no me lo toca nadie.

Bam tiene el pelo lo bastante corto para no tener que preocuparse por él. La ropa que lleva es bastante masculina, pero solo porque detesta lo repipi. Una vez, y solo una vez, Bam se le insinuó a Starkey, pero el intento fue rápidamente rechazado. En su lugar, otra chica quizá se hubiera hundido y a partir de ese momento se hubiera sentido terriblemente incómoda junto a él, pero Bam se lo tomó con filosofía y siguió como si tal cosa. Aunque Starkey se hubiera sentido atraído por ella, él sabe que tomar ese camino habría sido mala idea. No es tan tonto como para pensar que una relación allí, lejos de la civilización, durara, y añadir ese tipo de complicación a su relación con su lugarteniente sería una insensatez. En cuanto a otras chicas, el hecho de que pueda tener cualquier chica que quiera es una de las ventajas de su posición que sabe que debe utilizar con mucha discreción. A todas las chicas las mira igual, a todas les sonríe igual… e incluso hace lo mismo con los chicos que piensa que pueden tener algún interés. Todo forma parte de su sutil control. A todos les hace creer que son especiales, que pueden ser más que solo un rostro en la multitud. Esos pequeños detalles son importantes. La ilusión de la esperanza, combinada con un miedo saludable por él, mantiene a todos los chicos de la cigüeña en su fila.

—No me refiero a ti, Bam —dice Starkey—. Me refiero a nosotros. Ese tipo adivinó quiénes éramos. Si queremos estar seguros, no podemos seguir siendo la Colonia de la Garza Roja.

—Podríamos ser alumnos de un colegio… eso no solo nos serviría durante el verano, sino también cuando empiece el curso.

—Excelente idea. Nos convertiremos en un colegio de pago. Algo que suene elitista. —Starkey repasa en la mente todas las especies semejantes a la cigüeña que conoce—. Podríamos llamarnos Academia Ibis.

—¡Me encanta el nombre!

—Dile a esa chica artista, como se llame, que vuelva a diseñar una camisa, que sea menos brillante que la camiseta de la colonia. La de la Academia Ibis tiene que ser en beis y verde bosque.

—¿Puedo inventar yo la historia del colegio?

—Tú mismo.

Hay una leve frontera entre esconderse a la vista de todo el mundo y hacer alarde de estatus de fugitivo. Starkey sabe cómo moverse en el filo de la ilusión, como quien camina por la cuerda floja.

—Que suene lo bastante serio como para engañar a los de la brigada juvenil, si nos topamos con alguno.

—Los de la Autoridad Juvenil son un montón de idiotas.

—No, no lo son —le replica Starkey—. Y pensar así es lo que puede lograr que nos pille. Son inteligentes, y nosotros tenemos que serlo más. Y cuando peguemos, tenemos que dar duro.

Desde su desgraciado vuelo, no ha habido más liberaciones de chicos de la cigüeña. Starkey había rescatado a varios niños de la cigüeña que estaban a punto de ser desconectados durante su estancia en el cementerio de aviones, pero era Connor el que tenía la lista de los chicos que estaban a punto de ser llevados a la Cosechadora. Sin lista, no hay manera de saber quién necesita ese rescate. Pero no pasa nada porque, si bien lo de rescatar a chicos individuales y quemarles la casa como aviso a sus padres es una acción bonita y correcta, Starkey sabe que está en condiciones de tomar medidas mucho más efectivas.

Tiene un folleto de una cosechadora que guarda en el bolsillo. Lo saca cuando necesita recordar. Como todos los folletos de cosechadoras, contiene fotos de paisajes bonitos y bucólicos, y de adolescentes que, si no son felices, al menos aceptan su destino.

«Un viaje agridulce», proclama el folleto, «que puede mejorar muchas vidas».

—¿Al final te rindes, Starkey? —le pregunta Bam cuando lo pilla leyéndolo esa misma noche—. ¿Estás preparado para la desconexión?

Él no hace ningún caso.

—Esta cosechadora está en Nevada, al norte de Reno —le explica—. Nevada cuenta con la Autoridad Juvenil más débil de la nación. También tiene la mayor concentración de niños de la cigüeña aguardando la desconexión. Pero mira esto: resulta que esta cosechadora en particular anda escasa de cirujanos. La cosechadora está abarrotada de desconectables y no da abasto, no pueden desconectarlos a la

velocidad necesaria. —Entonces esboza su sonrisa de chico de la puerta de al lado. Se lo lleva guardando para él solo demasiado tiempo. Es hora de empezar a sembrar las semillas de su gloriosa meta. Y no hay nada que le impida empezar con Bam—: Ya no vamos a andar tomando casas individuales y liberando niños de la cigüeña uno a uno —le dice Starkey con orgullo—. Vamos a liberar la cosechadora entera.

Y Dios se apiade del que se interponga en su camino.

16. Risa

REPORTAJE DE INTERÉS HUMANO

Nuestro programa de hoy nos llevará a conocer las provocativas esculturas de Paulo Ribeiro, un artista brasileño que trabaja en un medio radical. Como pueden ver en estas imágenes, su trabajo resulta contundente, enigmático y, con frecuencia, perturbador. Ribeiro se llama a sí mismo «artista de la vida» porque cada obra suya está creada con desconectados.

Hemos hablado con Ribeiro en su reciente exposición de Nueva York.

«Lo que yo hago no es tan inusual. Europa está llena de catedrales adornadas con huesos humanos, y a comienzos del siglo XXI, artistas como Andrew Krasnow y Gunther von Hagens eran conocidos por su trabajo con la carne. Yo lo único que he hecho es llevar esta tradición un paso más allá. Espero no solo inspirar sino también incitar. Llevar a los patrones artísticos un estado estético de malestar. Mi empleo de los desconectados es una protesta contra la desconexión».

Aquí se ofrece lo que Ribeiro considera su obra más importante. Al mismo tiempo inquietante y enigmática, la pieza representa un instrumento musical que él denomina Orgão Orgânico, y que actualmente pertenece a una colección privada.

«Es una vergüenza que mi obra más importante sea de propiedad privada, porque estaba realizada para ser vista y oída por el mundo. Pero, como les ocurre a tantos y tantos desconectados, no lo será nunca».

Risa vuelve a soñar con rostros pétreos. Rostros pálidos y descarnados, críticos y desalmados al mismo tiempo, que la miran fijamente…, esta vez no desde la distancia, sino tan cerca que ella podría tocarlos. Sin embargo, no puede tocarlos. Está sentada al piano, pero no le arrancará ni una nota al instrumento porque no tiene brazos para tocar. Los rostros esperan una sonata que no llegará nunca…, y solo ahora comprende que están tan cerca unos de otros que esos rostros no pueden tener un cuerpo junto a ellos. Realmente carecen de cuerpo. Están puestos en filas, y hay demasiados para contarlos. Está horrorizada, pero no puede apartar la vista.

Risa no puede distinguir del todo la diferencia entre el sueño y la vigilia. Tal vez

haya estado durmiendo con los ojos abiertos. Hay una televisión con el volumen bajo, directamente en la línea en que mira, que ahora muestra un anuncio en el que aparece una mujer sonriente aparentemente enamorada del detergente para inodoros.

Risa descansa en una cama cómoda en un lugar cómodo. Es un lugar que nunca ha visto hasta entonces, pero eso está bien, pues solo puede representar una mejora con respecto a los lugares en que ha estado últimamente.

En la habitación hay un chico larguirucho, un tierra, que justo en aquel momento pasa la mirada de la televisión a ella. Es un chico al que no conoce personalmente, aunque conoce su rostro de otros anuncios de televisión más serios que el que están pasando en aquel momento.

—Así que ere de verdá —le dice cuando ve que ha despertado—. Y yo que me pensaba que era la llamada de un loco.

Él parece más mayor que en los anuncios. O quizá solo más cansado. Risa se imagina que tendrá unos dieciocho años y que, por tanto, no será mayor.

—Sobrevivirá: esa e la buena noticia —dice el chico tierra—. La mala e que tiene la muñeca derecha infectada po la trampa.

Ella baja la mirada y ve su muñeca derecha hinchada y amoratada, y le preocupa que pueda perderla: tal vez el dolor que siente sea lo que provocaba que en el sueño no tuviera brazos. Al instante piensa en el brazo de Connor o, más exactamente, en el brazo de Roland en el cuerpo de Connor.

—Ponme la mano de otra persona, y te rompo la crisma —dice Risa.

Él se ríe. Señala su sien izquierda y una levísima cicatriz quirúrgica:

—Ya me la rompieron una ve, mucha gracia.

Risa se mira el otro brazo, que también tiene una venda en el antebrazo. No recuerda por qué.

—Hemo tenido que hacerte la prueba de la rabia a causa de ese mordico. ¿Qué fue, un perro…?

Ajá. Entonces se acuerda:

—Un coyote.

—¡Eso no e precisamente el mejó amigo del hombre!

En torno a ella, el dormitorio está decorado con chillones oropeles. Hay un espejo con el marco de falso dorado. Lámparas con cadenas relucientes. Cosas brillantes. Montones y montones de cosas brillantes.

—¿Dónde estamos? —pregunta—. ¿En Las Vegas?

—Casi —dice su anfitrión—. En Nebraka. —Entonces vuelve a reírse.

Risa cierra los ojos por un momento e intenta recordar los sucesos que la han

llevado hasta allí.

Después de hacer la llamada, habían llegado dos hombres al granero en su busca. Llegaron después de que se fueran los coyotes y antes de que regresaran. Ella estaba semiconsciente, así que los detalles están envueltos en una bruma. Los hombres le hablaron, pero Risa no recuerda lo que le decían, ni lo que ella les contestó. Le dieron agua, que Risa vomitó. Entonces le dieron una sopa tibia de un termo, y su cuerpo la aceptó. La colocaron en el asiento trasero de un coche cómodo, y se fueron, dejando a los coyotes con el problema de tener que buscar en otra parte su siguiente comida. Uno de los hombres se sentó con ella en la parte de atrás, dejando que ella se apoyara contra él. Le hablaba en tono tranquilizador. No sabía quiénes eran, pero les creyó cuando le dijeron que se encontraba a salvo.

—Tenemo un par de pulmones que pertenecen a un médico, si entiende lo que quiero decí —le explica el chico tierra—. Dice que tu mano no etá tan mal como parece, que podría perdé un dedo o do. No e gran cosa… A partí de ahora te saldrá má barata la manicura.

Risa se ríe al oírlo. A ella no le han hecho la manicura en su vida, pero encuentra siniestramente divertida la idea de que le cobren por cada dedo.

—Po lo que tengo entendido, se la jugate buena a ese pirata de parte.

Risa se levanta un poco sobre los hombros:

—Yo solo lo eliminé. Después fue la naturaleza la que lo devoró.

—Sí, la naturaleza puede se mu perra. —Le tiende la mano para que ella se la estreche—. Soy Cyrus Finch —le dice—. Pero to el mundo me llama CyFi.

—Ya te conozco —le dice ella estrechándole torpemente la mano izquierda.

De repente la cara de él parece cambiar un poco, lo mismo que su voz. Se vuelve más dura y pierde todo su estilo suave:

—Tú no me conoces, no finjas que sí.

Risa, algo desconcertada, está a punto de disculparse, pero CyFi levanta la mano para detenerla antes de que lo haga.

—No haga caso a mi labio: era Tyler el que hablaba —explica—. Tyler no confía en la gente a la que no pueda lanzale una piedra, y no puede lanzale una piedra a nadie poque su brazo de arrojá cosa ha dejado el edificio, ¿me entiende?

Es algo más de lo que Risa puede procesar, pero la cadencia de su habla de vieja tierra es tranquilizadora. No puede dejar de sonreír:

—¿Hablas siempre así…?

—Siempre cuando soy yo y no él —dice CyFi encogiéndose de hombros—. Hablo como quiero hablá. E una muetra de repeto a mi herencia, a la manera de hablá de lo

mío en aquello tiempo en que nos llamaban negro y no tierra.

Lo único que conoce de Cyrus Finch, aparte del anuncio de televisión, es de lo que vio de su intervención en el Congreso…, cuando debatían si bajar el límite de edad de desconexión de dieciocho a diecisiete años.

—Tengo que admití que me sorprendió recibí tu llamada —le dice CyFi—. Lo pece gordo de la Resistencia Anti División no suelen intercambiá mucha palabra con nosotro, ya que nosotro tratamos con la gente depué de hecha la deconesión, no ante.

—Los de la RAD ya no intercambian palabras con nadie —le dice Risa—. Yo llevo meses sin saber nada de ellos. Para ser sincera, no sé siquiera si aún existen. Por lo menos no del modo en que lo hacían.

—Mmm… Siento mucho oí eso.

—Sigo esperando que se vuelvan a organizar, pero lo único que veo en las noticias son más y más trabajadores de la resistencia arrestados por «obstrucción a la justicia».

CyFi niega con la cabeza, con tristeza.

—A vece la juticia necesita que la otruyan, cuando no e juta.

—Entonces, ¿en qué parte de Nebraska estamos exactamente, Cyrus?

—En una residencia privada —le dice él—. Bueno, en realidá e má bien una especie de complejo.

Risa no sabe muy bien lo que quiere decir con eso, pero le parece bien. Los párpados le pesan, y no está como para mucha charla. Le da las gracias a CyFi y pregunta si puede comer algo.

—Haré que mi papá y mi papá te traigan algo —le dice—. Se pondrán contentos al ve que recupera el apetito.

A CONTINUACIÓN LES OFRECEMOS UN ANUNCIO POLÍTICO DE PAGO

> Hola, soy Vanessa Valbon, posiblemente me conoce de la televisión, pero lo que tal vez no sepas es que mi hermano está cumpliendo cadena perpetua por un crimen violento. Se ha apuntado para el cascarillado craneal voluntario, cosa que solo podrá suceder si se aprueba en noviembre la Iniciativa 11.
>
> Se dicen muchas cosas del cascarillado, de lo que es y de lo que no es, así que yo me he tenido que informar por mí misma, y esto es lo que

aprendí: el cascarillado no produce dolor; el cascarillado sería una oportunidad para los criminales; el cascarillado compensará a la familia de la víctima, y a la familia del criminal, pagándoles todo el valor de mercado por cada parte no descartada en el proceso de cascarillado.

Yo no deseo perder a mi hermano, pero comprendo que tiene derecho a elegir. Así que la cuestión es: ¿cómo queremos que nuestros criminales paguen la deuda que tienen contraída con la sociedad? ¿Gastando dólares de nuestros impuestos al modo tradicional, u ofreciendo tejidos sumamente necesarios a la sociedad, y dinero también sumamente necesario para los que han sufrido por sus crímenes? Les pido que voten Sí a la Iniciativa 11, y conviertan una cadena perpetua… en un regalo de vida.

Patrocinado por Víctimas
para la Mejora de la Humanidad

Risa primero duerme, y después sigue durmiendo. Aunque normalmente odia el aletargamiento, piensa que se merece ser, por una vez, un poco perezosa. Le resulta difícil creer que apenas han pasado tres semanas desde la invasión del Cementerio y desde la noche en que ella expuso las artimañas de la Ciudadanía Proactiva en las noticias nacionales. Parece que todo aquello hubiera ocurrido en otra vida. Pues aquella vida bajo los focos había dado paso a una vida de esconderse de los reflectores de la policía.

Habían sido los misteriosos poderes de la Ciudadanía Proactiva los que habían hecho desaparecer los cargos contra ella y le habían permitido dejar de esconderse por primera vez. Pero, gran sorpresa, aparecieron nuevos cargos después de la noche en que ella se convirtió en su enemigo. La acusan de haber robado enormes sumas de dinero de la organización, cosa que no ha hecho. La acusan de haber ayudado a armar a los desconectables ASP del Cementerio, cosa que tampoco ha hecho. Lo único que hizo durante su estancia en el Cementerio fue administrar primeros auxilios y tratar resfriados. Sin embargo, la verdad no le interesa a nadie más que a ella.

Los padres de CyFi, que son ambos tan pálidos y sienas como CyFi moreno, miman a Risa en igual medida, y le llevan la comida a la cama. Fueron ellos los que hicieron todo el recorrido hasta Cheyenne para encontrarla, así que han puesto un gran interés en su salud. Ser tratada como una delicada flor enseguida cansa a Risa.

Empieza a caminar por la habitación, y todavía se asombra cada vez que saca los pies de la cama y se pone a caminar por sí misma. Tiene la muñeca rígida, le duele, así que la mueve con cuidado, incluso después de que el médico de la residencia dictamine que sus dedos están todos bien y que tendrá que pagar precio completo por sus futuras manicuras. Afortunadamente, tampoco ha contraído la rabia.

La ventana le proporciona una vista a un trozo de jardín y no mucho más, así que no sabe realmente lo grande que es aquel sitio, ni cuánta gente reside en él. De vez en cuando ve gente que cuida el jardín. Saldría a hablar con ellos, pero la puerta está cerrada con llave.

—¿Estoy presa? —pregunta Risa a uno de los dos padres de CyFi, el que es más alto y tiene un aspecto más bondadoso.

—No todas las cerraduras son para encerrar, cielo —le contesta él—. Algunas son solo cuestión de ocasión.

Esa segunda tarde la ocasión debe de ser la adecuada, porque CyFi le ofrece dar una vuelta completa por allí.

—Tiene que comprendé que no to el mundo aquí te tiene simpatía —le advierte CyFi—. Quiero decí que sí, to el mundo sabe que esa campaña que hicite a favó de la deconesión era falsa, saben que te estaban haciendo chantaje. Pero, aun así, esa entrevita en la que contaba que la deconesión era el mal menó… —Hace una mueca—. Eso no se olvida fácil, no sé si me entiende.

Risa no es capaz de mirarlo a los ojos.

—Te entiendo.

—Es mejó que le recuerde a la gente que la nueva columna vertebrá que tiene e algo que no pediste y que lamenta tené. Ese e un sentimiento que tiene en común con tos lo demá.

Como le había dicho CyFi, aquel sitio es algo más que una casa: es un complejo con todas las de la ley. La habitación de Risa está en el edificio principal, pero la casa tiene grandes alas que habían sido añadidas recientemente, eso estaba claro; y al otro lado de aquel jardín de tamaño respetable había media docena de construcciones de considerables proporciones que Risa no podía ver por la ventana.

—En Nebraka la tierra e barata —le dice CyFi—. Po eso vinimo aquí. Lo batante cerca de Omaha pa que la gente que tiene cosa que hacé allí pueda i, y lo batante lejo pa que lo etraño no dejen en paz.

Algunas de las personas que se encuentra por el camino la miran y apartan los ojos sin saludar; otras le dirigen un gesto solemne con la cabeza. Unas pocas le sonríen, aunque es una sonrisa forzada. Todos saben quién es… pero nadie sabe qué

pensar de ella, como tampoco Risa sabe qué pensar de ellos.

Esa tarde hay varias personas cuidando el jardín cuando Risa y CyFi caminan por él. Cuando uno se fija se da cuenta de que el jardín no es simplemente ornamental, que hay hortalizas dispuestas en filas. A la izquierda hay corrales con pollos y quizá otros animales que Risa no llega a ver.

CyFi responde antes de que ella formule la pregunta:

—Somo plenamente autosuficiente. Aunque nosotro no matamo nuetra carne, salvo lo pollo.

—¿Puedo preguntar quién es «nosotros»?

—La gente —dice sencillamente CyFi.

—¿La gente del albur…? —trata de adivinar Risa. Pero al mirar a su alrededor ve que nadie allí parece un nativo americano.

—No —explica CyFi—. La gente de Tyler.

Risa sigue sin entenderlo. Parece que mucha de la gente que ve tienen partes injertadas: una mejilla aquí, un brazo allá. Hasta que ve un ojo azul brillante que encaja perfectamente con el de otra persona no se da cuenta de qué clase de sitio es aquel.

—¿Vives en una comuna de reanimación?

Risa está un poco sobrecogida y también atemorizada. Ha oído rumores sobre ese tipo de lugares, pero nunca pensó que fueran reales.

CyFi sonríe:

—Mi padre fueron lo primero en llamalo «comuna de reanimación» cuando empezamos. A mí me guta ese nombre, ¿a ti no? Suena como… espirituá. —Hace un gesto indicando las casitas y el terreno que las rodea—. Aquí casi todo el mundo tiene una pate de Tyler Walker —explica CyFi—. En eso consite la Fundación Tyler Walker. En juntá sitio como ete, pa persona que sienten la necesidá de reuní al deconetado que compaten.

—Eso es retorcido, Cyrus.

CyFi no parece desconcertado al oír eso.

—Mucho meno retorcido que otra cosa. E una manera de soportalo, Risa… de soportá algo que, pa empezá, no debería habé ocurrido nunca.

Entonces se le tensa la mandíbula, la mirada se le vuelve rara, y Risa comprende que vuelve a ser Tyler el que habla:

—Métete en una habitación con los brazos, piernas y pensamientos que pertenecen a esa columna vertebral tuya, y ya verás cómo no piensas lo mismo sobre este sitio.

Risa espera un momento a que Tyler vuelva a esconderse detrás de CyFi, ya que

CyFi es un interlocutor mucho más agradable.

—El caso —prosigue CyFi sin inmutarse—, e que ete lugá fue el primero, pero ahora exiten má de treinta comuna de reanimación en el paí. Y va a habé má. —Cruza los brazos y sonríe con orgullo—. E bonito, ¿no?

Delante de una de las casitas, Risa ve al médico que le ha estado curando la muñeca. Lo de que CyFi lo llamara «un par de pulmones» tiene ahora más sentido: el hombre está jugando a lanzar una pelota con un niño que evidentemente es su hijo.

—¿Entonces la gente lo ha dejado todo y se ha venido aquí con su familia? —pregunta Risa.

—Alguno han traído a su familia con ello; otro la abandonaron.

—¿Para unirse a la secta de Tyler Walker?

CyFi se toma un momento antes de responder. Tal vez sea un momento para impedir que Tyler se ponga a gritar algo que ambos podrían lamentar.

—Puede que sea una seta, puede que no…, pero si satisface una necesidá y no hace daño a nadie, ¿quién ere tú para juzgá?

Risa contiene la lengua, comprendiendo que cuanto más hable más ofenderá a su anfitrión.

CyFi se alegra de cambiar de tema.

—Bueno, ¿cómo etá Peque?

—¿Perdona…?

Él pone los ojos en blanco, como si la cosa fuera evidente:

—Nuetro amigo común. ¿Qué tal etá? ¿Sabes algo de él…?

Risa sigue sin comprender. CyFi la mira sin poder creerse que no sepa a quién se refiere:

—El único, el inigualable Levi Jedediah Peque Calder. ¿No te contó nunca que no conocemo?

Risa se descubre tartamudeando:

—¿Co… conoces a Lev?

—¿Que si conoco a Lev? ¿Que si conoco a Lev? Me pasé semana viajando con él. Lev me contó lo de que Conno y tú lo secuetratei, y todo eso. Me contó cómo hicitei pa salvalo del diemo. —CyFi se pone un poco nostálgico—. Yo le cuidé hata que él tuvo que cuidame a mí. Y me cuidó realmente bien, Risa. Yo no etaría ahora aquí si no fuera po él. La vida me hubiera aplatado como un tren si él no hubiera etado allí para paralo. —CyFi deja de caminar. Baja la vista—. Cuando me enteré de que se convertía en un aplaudidó, casi me cago en lo pantalone. Peque no… ¡no un chico tan bueno!

—Pero no llevó a volarse.

La mira de repente, y Risa no sabe si se trata de CyFi o de Tyler. Tal vez sean los dos.

—¡Po supueto que no! ¿Te cree que no lo sé? —CyFi se toma un momento para suavizarse—. ¿Tiene idea de dónde etá ahora?

Risa niega con la cabeza.

—Sé que sufrió un ataque en su casa. Lo último que oí es que andaba escondido.

CyFi aprieta los labios.

—¡Pobrecito Peque! Epero que eté meno tocado que el reto de nosotro.

Risa sabe que, con todo lo horrible que pueda ser el hecho de que Lev llegara a convertirse en un aplaudidor, ella habría sido desconectada hacía tiempo si sus amigos aplaudidores no hubieran atacado la Cosechadora de Happy Jack.

—El mundo es un pañuelo, ¿verdad? —le dice a CyFi—. Lev está todavía en este mundo gracias a nosotros, pero nosotros estamos aquí gracias a él.

—¿Lo ve? Todo etamo interconetado —dice CyFi—. No solo la gente de Tyler.

Cuando pasan por delante de la última de las casitas, una mujer de mediana edad sin señales quirúrgicas aparentes, sonríe afectuosamente a Risa desde el porche, y Risa le devuelve la sonrisa, empezando a sentirse cómoda por fin con aquel sitio. CyFi se toca el pecho para indicarle a Risa que aquella mujer posee el corazón de Tyler.

Vuelven hacia el edificio principal, y a Risa empieza a dolerle la muñeca, recordándole que tendrá que tomarse con calma la convalecencia. En vez de huir a la carrera como ha estado haciendo, tendrá que conformarse con huir paseando. Se le ocurren muchos sitios que serían peores que aquel para quedarse y pasar desapercibida.

A CONTINUACIÓN SE INSERTA UN ANUNCIO POLÍTICO DE PAGO

Soy el actor Kevin Bessinger, y he venido a pediros a todos que votéis no a la Iniciativa 11. La Iniciativa 11, la ley “libra de carne”, no es lo que parece. Dice que permitirá el cascarillado voluntario de internos (en otras palabras, la extracción y uso de su cerebro, seguido por la desconexión del resto de su cuerpo). Se podría pensar que es una idea sensata, hasta que uno lee lo que realmente propone la iniciativa.

La Iniciativa 11 establece que el cascarillado sería voluntario, pero también permite a los administradores de prisiones sortear ese punto y exigir el cascarillado de cualquier preso que decidan. Además, convertirá

en normal la inmoral práctica del mercado negro de vender órganos desconectados en subasta. ¿Queremos meter a nuestros legisladores en el mercado negro?

Vote no a la Iniciativa 11. La ley de la libra de carne no es una solución con la que podamos convivir.

Patrocinado por la Coalición
para la Práctica Ética de la Desconexión

Esa noche a Risa no le sirven la cena en la habitación, sino que participa en un banquete en el enorme comedor de la casa principal. La larga mesa tiene cabida para dos docenas de personas, y Risa se sienta hacia la mitad después de negarse a sentarse en la cabecera. Los padres yin/yin de CyFi que, según ha sabido Risa, habían renunciado a las lucrativas prácticas del derecho y de la odontología para dirigir la Fundación Tyler Walker, no están presentes.

—Do vece a la semana hacemo una cena epecial —explica CyFi—. Solo para la gente Tyler, sin cónyuge ni familia. E un tiempo solo para nosotro. Y eta noche tú será una de nosotro.

Risa no sabe cómo tomárselo.

El doctor presenta a Risa a los demás, quitándole esa primicia a CyFi. La presenta bajo la mejor luz posible, como un miembro leal de la RAD forzado por el enemigo a testificar en contra de su propia conciencia.

—Le hicieron creer que al hacerlo salvaba a cientos de chicos de ser desconectados —explica el médico—, pero al final la traicionaron, y aquellos chicos están ahora en cosechadoras esperando una «división sumaria». Risa es una víctima del sistema, como lo somos todos, y tenemos que darle la bienvenida con los brazos abiertos.

Los reunidos aplauden, aunque algunos de mala gana. Risa supone que no va a conseguir que la lleguen a querer.

La comida consiste en pecho de ternera con unas sabrosas verduras cultivadas allí. Es como la comida del domingo en una gran familia. Todo el mundo se dedica a comer, y hablan lo mínimo hasta que Cyfi dice:

—Eh, tal ve deberíai presentaro vosotro mismo.

—¿Diciendo el nombre o el órgano? —pregunta alguien.

—El órgano —responde otro—. Todo lo que tenga que ver con Tyler.

Comienza CyFi:

—Lóbulo temporal derecho. —Y mira a su derecha.

A regañadientes, el que está a su lado dice:

—Brazo izquierdo. —Levanta la mano y saluda.

Entonces dice la mujer que está a su lado:

—Pierna izquierda por debajo de la rodilla.

Y así siguen a lo largo de la mesa:

—Ojo derecho.

—Ojo izquierdo.

—Hígado y páncreas.

—Una parte importante del lóbulo occipital.

Van anunciando un órgano tras otro hasta que dan la vuelta a la mesa, y vuelven a Risa.

—Columna vertebral —dice incómoda—. Pero no sé de quién.

—Podríamos averiguarlo —se ofrece la mujer que recibió el corazón de Tyler.

—No, muchas gracias. Prefiero no saberlo —le responde Risa—. Al menos por ahora.

La mujer hace un gesto con la cabeza para expresar que lo comprende.

—Se trata de una elección personal, nadie te va a intentar convencer.

Risa pasa la vista por toda la mesa. Siguen comiendo, pero ahora ella es el centro de atención.

—Entonces… ¿todas las partes de Tyler Walker están en esta mesa?

CyFi lanza un suspiro y contesta:

—No. No tenemo el bazo, ni el riñón iquierdo, ni el trato intetinal, ni el tiroide, ni ninguna parte del brazo derecho. Y también hay un montón de pequeño trozo del cerebro que no llegaban a se suficiente pa sentise implicado, pero má o meno el setenta y cinco por ciento de él etá aquí en eta mesa.

—Y el otro veinticinco por ciento puede irse a la porra —dice el tracto auditivo izquierdo. Todo el mundo se ríe.

Risa se entera de que la estridente decoración de cada habitación también tiene que ver con Tyler. Él sentía una atracción irresistible por las cosas brillantes. El hecho de que las robara fue uno de los motivos de que lo desconectaran.

—Pero aquí todo está comprado y pagado —se apresura a aclararle la gente de Tyler.

—¿Y la Fundación Tyler Walker les paga a ustedes por estar aquí?

—Más bien al contrario —dice el médico—. Desde luego, cuando nos lo contaron

nos quedamos dudando —dice con ojos que se ponen un poco eufóricos—, pero cuando estamos aquí, en presencia de Tyler, comprendemos que no queremos estar en otra parte.

—Yo vendí mi casa y se lo di todo a la fundación —dice otro—. No es que me lo pidieran, pero yo quise dárselo.

—Él etá aquí con nosotro, Risa —le dice CyFi—. Tú no tiene por qué creételo, pero nosotro sí no lo creemo. E una cuestión de fe.

Es todo demasiado extraño, demasiado ajeno a Risa para que pueda aceptarlo. Piensa en las otras «comunas de reanimación» que han surgido gracias a la Fundación Tyler Walker. Su existencia es otra consecuencia inesperada de la desconexión, una enrevesada solución a un problema aún más enrevesado. No reprocha nada a CyFi ni a ninguna de aquellas personas. Por el contrario, culpa al mundo que ha hecho necesario aquel lugar. Eso le da más ganas de luchar por conseguir el fin de la desconexión, el fin definitivo. Sabe que no es más que una chica, pero también sabe que se ha convertido en un icono muy importante. La gente la ama, la teme, la desprecia, la venera… Todos esos elementos pueden convertirla en una fuerza con la que haya que contar, si juega bien sus cartas.

Esa noche, antes de que todo el mundo se vaya a dormir, hay un ritual que CyFi le deja presenciar.

—Anduvimo dando vuelta a un montón de idea (tontada má que nada) como tendernos en el suelo tomando la forma de un cuerpo, cada uno en su posición repetiva. O apiñanos en una habitación pequeña, tos apretado como payaso en un coche, para reducí el epacio entre nosotro. Pero toda esa tontería resultaban rara. Al final lo hemos dejado en ete círculo. Cuanto más simple sea la cosa, mejó.

El círculo, que se encuentra en el centro del jardín, está marcado con piedras, cada una grabada con el nombre de una parte, incluso las partes que no están allí. Todo el mundo se sienta delante de su piedra respectiva, y uno, el que sea, comienza a hablar. Aparte de eso, no parece haber reglas. La cosa carece de orden, y sin embargo no hablan unos por encima de otros. Risa se da cuenta de que es la gente que tiene partes del cerebro de Tyler la que está más motivada para hablar, pero todo el mundo participa.

—Estoy de mala leche —dice alguien.

—Tú siempre estás de mala leche —comenta otro—. Déjalo ya.

—No debería haber robado todas esas cosas.

—Pero lo hiciste, así que tienes que aceptarlo.

—Hecho de menos a papá y mamá.

—Ellos te mandaron desconectar.

—¡No! Puedo impedírselo. No es demasiado tarde.

—A ver si me puedes leer los labios: ¡E… llos… te… man… da… ron… des… co… nec… tar…!

—Me encuentro mal del estómago.

—No me extraña, según te zampaste ese pecho de ternera.

—Sabía como el de la abuela.

—Era igual. Le convencí a mamá de que nos diera la receta.

—¿Hablaste con ella?

—Bueno, con su abogado.

—Es lógico.

—Recuerdo la sonrisa de mamá.

—Recuerdo su voz.

—¿Recuerdas lo fría que se mostraba al final?

—Lo siento, eso no forma parte de mi memoria.

—Hay demasiadas cosas que quiero hacer, pero no recuerdo lo que eran.

—Yo recuerdo al menos una cosa: paracaidismo acrobático.

—Sí, pero va a ser que no…

—Quién sabe —dice CyFi. Y entonces pregunta—: ¿Cuánto de vosotro estaríai dipuesto a tiraro en paracaída por Tyler?

Más o menos la mitad de las manos se levantan inmediatamente, y después lo hacen unas pocas más, no demasiado seguras. Solo quedan un par que no la levantan.

—Etupendo —dice CyFi—. Entonce está hecho. Me encargaré de que mi padre lo preparen. ¡Tyler va a practicá el paracaidismo acrobático!

Risa se siente muy desplazada, y no puede evitar sentir que esas personas se engañan… pero tampoco puede dejar de preguntarse si tal vez, solo tal vez, no será verdad que Tyler está allí de una forma real aunque inaprensible. Si se trata de una ilusión o no, nunca lo sabrá. Como dijo CyFi, es cuestión de fe.

Pero una cosa es segura. Si Tyler está realmente presente, entonces tiene que madurar mucho. Risa se pregunta si una persona dividida podrá madurar. O si se quedarán en esa edad en que fueron desconectados.

Cuando se acaba la charla en el círculo, CyFi acompaña a Risa a su habitación, y Risa no puede refrenarse de dar al menos una opinión.

—No está mal lo que haces aquí, Cyrus —dice Risa—, pero cuando te enfrentaste al Congreso y luchaste por la ley del Tope 17 estabas haciendo algo realmente importante.

—Sí, y mira de qué sirvió. Sacamo adelante el Tope 17, y ahora hay aún má ofensiva de la Autoridá Juvení y anuncio convenciendo a la gente de lo maravillosa que e la deconesión. Usan toda nuestra buena intencione para hacerno daño, y eso debería de sabelo tú mejó que nadie. Yo soy inteligente, pero no lo bastante como para podé con ellos.

—Pero no por eso tienes que dejar de intentarlo. ¿Y qué estás haciendo? Nada más que satisfacer los caprichos infantiles de un chico desconectado y problemático.

—Ten cuidado con lo que dice, Risa —le advierte CyFi—. La gente ha renunciado a mucha cosa para satisfacé a ese chico problemático.

—Bueno, entonces tal vez Tyler necesite a alguien que le diga que madure.

—Y esa persona ere tú, supongo…

—No veo nadie más que lo diga. Todos andáis pensando en lo que era Tyler y en lo que quería antes de que lo desconectaran. ¿Por qué no empezáis a pensar en lo que querría tres años después?

Por una vez, CyFi no tiene una gracia a punto para responder. Pero Tyler sí.

—Vete a cagar —le dice Tyler por boca de CyFi—. Pero, bueno, pensaré en ello.

A CONTINUACIÓN INSERTAMOS UN ANUNCIO POLÍTICO DE PAGO

> Soy el capitán Lance Reitano, bombero condecorado. Permítame que le explique por qué voy a votar que sí a la Iniciativa 11. Con el cascarillado voluntario y la desconexión de los criminales violentos, la Iniciativa 11 nos surtirá de tejidos y órganos muy necesarios, y la iniciativa prevé que las personas con quemaduras los reciban gratis. Cuando uno lleva trabajando en esto tanto tiempo como yo, sabe lo importante que eso sería.
>
> Los opositores a la Iniciativa 11 se arrogan una especie de moralidad superior, pero ¿quieren saber la verdad? Son ellos los que cuentan con una agenda nada ética. Ellos, y la Autoridad Juvenil, quieren que la Iniciativa 11 no salga adelante porque quieren en su lugar revocar la ley del Tope 17. Y no solo eso, sino que los mismos multimillonarios están luchando por una enmienda constitucional para subir la edad legal de desconexión hasta los 19 años, y permitir así que más chicos sean desconectados, lo cual incrementará sus beneficios y su poder en la

industria de los órganos.

Yo le conozco a usted, pero le digo una cosa: prefiero ver desconectado a un asesino que al chico de los vecinos. ¡Vote sí a la Iniciativa 11!

Patrocinado por Patriotas
por un Cascarillado Sensato

Aunque Risa tenía pensado quedarse dos semanas, su impaciencia y su deseo de hacer algo son más fuertes. Así que el octavo día toma la decisión de marcharse.

—¿Adónde va a i? —pregunta CyFi cuando la acompaña hasta la carretera principal—. Si la RAD e el follón que dice, ¿tiene siquiera un sitio al que i?

—No —admite ella—, pero veremos qué pasa. Tiene que quedar alguien en la RAD. Y si no, fundaré mi propia Resistencia Anti División.

—Me suena todo a incetidumbre.

—Mi vida entera es incertidumbre, ¿por qué tendría que ser esto distinto?

—De acuerdo entonce. Tú puede cuidá de ti mijma. Y si da la casualidá de que te encuentra con Lev, dile que venga a veme. Le haré un buen trenacoa de lo de ante. —CyFi sonríe—. Él sabe lo que e.

17. Argent

ARGENT SKINNER tiene la mejilla izquierda rasgada. No es que la cosa no tenga arreglo, es solo que no puede permitirse ese arreglo. Son tres fisuras a pico, ahora cosidas como una pelota de béisbol, que van desde debajo del ojo hasta debajo de la oreja. Dos centímetros más, y le habría seccionado la arteria carótida. Puede que lamente que no haya ocurrido. Puede que prefiriera que su héroe le hubiera quitado la vida, pues entonces, en cierto modo realmente retorcido, Argent y Connor Lassiter habrían quedado unidos para siempre. Entonces no tendría que afrontar las secuelas de lo que debería haber sido la experiencia más importante de su insignificante existencia.

La idea de Grace huyendo con Connor es algo que sencillamente no le cabe en la cabeza. La imagen de ellos dos huyendo juntos, como una parodia de Bonnie y Clyde, le haría reír si no le fastidiara tanto. ¡Había tenido en su sótano al ASP de Akron! Por un momento había tenido el mundo a sus pies, o al menos al alcance de una patada. Ahora, ¿qué es lo que le queda?

A la mañana siguiente, cuando apareció en el trabajo para cubrir su turno, con la mitad de la cara envuelta en vendas, los clientes y sus compañeros del supermercado fingían interés.

—Dios mío, ¿qué te ha sucedido? —le preguntaban.

—Un accidente de jardinería —respondía él, porque no se le ocurría una mentira mejor.

—Jo, tuvo que ser un seto realmente malvado.

En casa se reconcome, lanza maldiciones y se vuelve a reconcomer, pues ¿qué otra cosa puede hacer? Argent sabe que no puede contarle a la policía la verdad de lo que ha ocurrido. No puede contárselo a nadie, porque sus estúpidos amigos son aún más bocazas que él. La Autoridad Juvenil y el FBI lo habían desdeñado como un palurdo que había preparado una mentira y casi se la cuela. Lo ven como un tipo ridículo.

Hasta su hermana medio tonta logró dejarlo en ridículo, y todo a causa de Connor Lassiter.

¿Se puede odiar al héroe personal de uno? ¿Puede uno brillar a su luz, y al mismo tiempo querer rebanarle la garganta del mismo modo que este casi se la rebana a él?

El único consuelo de Argent es que Grace ha dejado de ser un problema para él. Ya no tiene que darle de comer. No tiene que regañarla para hacerse obedecer. No tiene que preocuparse de que ella pueda dejar los grifos abiertos, o el gas, o la puta puerta de atrás abierta de par en par para que entren los mapaches. Ahora podrá vivir su propia vida. Pero ¿en qué consiste esa vida, en realidad?

Argent sabe que esas ideas le llenarán la cabeza durante meses, mientras pasa por el escáner mecánicamente latas de maíz y cupones sobados en el bolsillo.

«¿Lo ha encontrado todo bien?», dirá su boca. «¡Que tenga un buen día!». Pero en el fondo de su alma les estará deseando que encuentren gusanos en la comida, un virus metido en lo que compran, y que el interior de las latas que se llevan esté rancio y fermentado. Algo que les haga compartir un poco de la angustia que ahora alberga solo él.

Una semana después de la huida de Connor, un visitante se presenta a la puerta de la casa de Argent cuando este está a punto de salir para cubrir su turno matinal en el supermercado.

—Hola —dice el desconocido. Su voz es irregular y su sonrisa sospechosamente amplia—. ¿Es usted Argent Skinner?

—Depende de quién pregunte. —Argent se imagina que aquel puede ser un agente del FBI que viene a atar cabos. Se pregunta si no lo terminarán arrestando, después de todo.

—¿Puedo pasar…?

El hombre avanza un poco, y entonces Argent ve algo que quedaba oculto por la oblicua luz de la mañana: que le pasa algo a la mitad derecha del rostro del hombre. Está como descamada e infectada.

—¿Qué le ocurre a su cara? —pregunta Argent a bocajarro.

—Yo podría preguntarte lo mismo a ti —responde el hombre.

—Accidente en el jardín —explica enseguida Argent.

—Quemadura solar —explica a su vez el hombre. Aunque a Argent le parece más bien una quemadura por radiación. Una persona tendría que pasar muchas horas bajo un sol implacable para sufrir una quemadura como aquella.

—Tendría que tener cuidado con eso —dice Argent, sin intentar siquiera disimular su disgusto.

—Lo tendré cuando el tiempo lo permita. —El hombre vuelve a avanzar un paso —. ¿Puedo entrar? Hay algo que tengo que tratar contigo. Algo para nuestro mutuo interés y beneficio.

Argent no es tan tonto como para dejar que un extraño entre en su casa cuando raya el alba, y menos un hombre con el aspecto que tiene aquel. Así que bloquea el umbral y adopta una postura que le permitiría resistir cualquier intento que pudiera hacer el hombre para entrar.

—Cuénteme lo que quiere desde donde está —le dice Argent.

—Muy bien. —El hombre vuelve a sonreír, pero su sonrisa parece una maldición silenciosa. Como la sonrisa que Argent dirige a la gente que viola el límite en la caja de «diez productos o menos». La sonrisa que les dirige mientras deja un poquito de moco en sus manzanas—. He visto esa foto que colgaste en la red, en la que apareces con Connor Lassiter.

Argent lanza un suspiro.

—Era falsa, ¿vale? Ya se lo he explicado a la policía.

Argent retrocede un paso para cerrar la puerta, pero el hombre avanza y mete el pie en el sitio para impedirlo.

—Puede que las autoridades hayan creído tu historia, sobre todo porque están convencidos de que Lassiter está muerto, pero yo pienso otra cosa.

Argent no sabe qué pensar. Por un lado quisiera echar a correr, pero por otro le entra la curiosidad y quiere saber qué pretende aquel tipo.

—¿Sí…? —dice.

—Igual que tú, yo lo atrapé, pero se me escapó de entre los dedos. E, igual que a ti, me gustaría hacerle pagar por lo que ha hecho.

—¿Sí…? —En aquel momento Argent empieza a albergar una remotísima esperanza. Tal vez el resto de su vida no consista en pasar productos alimenticios por el escáner de la caja en el supermercado de aquel pueblo.

—¿Puedo entrar ahora?

Argent se aparta y le deja entrar. El hombre cierra la puerta con suavidad y mira a su alrededor, obviamente sin sentirse impresionado por el aspecto de la casa.

—¿O sea que él también le hizo eso a su cara? —pregunta Argent.

El hombre lo fulmina con los ojos, pero enseguida se suaviza su mirada.

—Indirectamente. Esto fue culpa de su cómplice. Él me dejó inconsciente en la cuneta de la carretera, y al llegar la mañana me estuve tostando bajo el sol de Arizona. No fue un despertar agradable.

—Una quemadura solar —dice Argent—. Así que me estaba diciendo la verdad.

—Soy un hombre sincero —dice Nelson—. Y me la han jugado igual que a ti. E igual que tú, ahora quiero saldar cuentas. Por eso me vas a ayudar a encontrar a Connor y a su amiguito.

—Y a mi hermana —añade Argent—. Se fue con Connor.

La idea de ir detrás de Connor y Grace había pasado ya por la mente de Argent, pero no se la había llegado a tomar en serio. No es la clase de cosas que puede hacer uno solo. Pero ahora ya no estaría solo. Entonces se da cuenta de lo que tal vez sea

aquel hombre:

—¿No será usted un pirata de partes?

De nuevo la misma sonrisa.

—El mejor que hay —dice haciendo el gesto de levantarse un sombrero imaginario—. Jasper T. Nelson a tu servicio.

Los piratas de partes, eso lo sabe Argent muy bien, son como los vaqueros de antaño. Cazarrecompensas sin ley, que actúan según sus propias reglas, recogiendo a desconectables fugados para cobrar la recompensa o, mejor aún, vendiendo esos desconectables en el mercado negro para conseguir más a cambio.

Argent se ve a sí mismo viviendo una vida al límite como esa. Retiene la idea, probándose esa nueva etiqueta como quien se prueba un nuevo par de pantalones: «Argent Skinner, pirata de partes».

—El caso es que estás metido en un montón de problemas, chaval. Lo que pasa es que todavía no lo sabes —le dice Nelson—. Puedes pensar que has dejado de preocuparles a las autoridades, pero mañana, o pasado mañana, o al día siguiente, alguien en algún laboratorio hará un análisis forense de rutina de esa foto tuya, y descubrirá que, después de todo, no era falsa.

Argent intenta tragar saliva, pero tiene la garganta demasiado seca.

—¿Sí…?

—Entonces te arrestarán. Y te interrogarán. Y te seguirán interrogando. Te acusarán de obstrucción a la justicia, de dar cobijo a un famoso delincuente, y tal vez hasta de conspiración para cometer actos de terrorismo. Terminarás en la cárcel por una buena temporada. Puede que hasta te desconecten, en caso de que aprueben alguna de esas nuevas leyes que permiten la desconexión de criminales.

Argent se ha quedado pálido. Tiene que sentarse, pero no lo hace porque le da miedo no encontrar después fuerzas para volver a levantarse. Así que junta las rodillas y se balancea un poco sobre los pies, que de repente parece que estuvieran muy lejos del suelo. Y todo por culpa de Connor Lassiter.

Estoy seguro de que, si te interrogan, les contarás todo lo que te ha dicho Lassiter. Pero yo preferiría que antes me lo contaras a mí. Y tienes cosas que contar, ¿no es así…?

Argent se rasca la cabeza en busca de algo útil que le haya podido contar Connor, pero no le viene nada a la mente. Sin embargo, eso no será lo que quiere oír el pirata de partes.

—Alguna cosa me contó —dice Argent. Y después, con más energía—: Sí. Me contó cosas. Tal vez lo suficiente para averiguar adónde se dirige ahora.

Nelson se ríe un poco.

—Estás mintiendo. —Da una palmada en el lado bueno de la cara de Argent—. Eso está bien. Estoy seguro de que sabes cosas que ni siquiera sabes que las sabes. Y además, yo necesito un socio. Alguien para quien lo de atrapar a Connor Lassiter sea una cuestión personal, porque ese es el único tipo de persona en quien puedo confiar. Habría preferido alguien que estuviera un poco más arriba en la escalera evolutiva, pero habrá que conformarse con lo que hay.

—Yo no soy un pánfilo —le dice Argent, evitando emplear una palabra tan corriente como «tonto» o «burro», precisamente para demostrar que no lo es—. Lo único que pasa es que he tenido mala suerte.

—Bueno, hoy tu suerte ha cambiado.

«Tal vez sí», piensa Argent. «Tal vez esta asociación sea cosa del destino». El lado derecho de la cara de Nelson está hecho una pena, al igual que el lado izquierdo de la cara de Argent. Los dos llevan las marcas de su enfrentamiento al ASP de Akron. Eso los convierte en el equipo perfecto para la misión que tienen por delante.

Nelson mira hacia la ventana, como si quisiera comprobar que no hay moros en la costa.

—Esto es lo que vas a hacer, Argent. Vas a llenar una mochila con las cosas que necesites, nada más, y lo harás en menos de cinco minutos. Entonces vendrás conmigo para capturar al ASP de Akron de una vez por todas. ¿Qué me dices a eso?

Argent ofrece una leve sonrisa con el lado del rostro con el que todavía puede sonreír.

—¡Al abordaje mis valientes! —dice Argent—. ¡La vida de pirata se hizo para mí!

TERCERA PARTE

Caídos del cielo

CASOS DOCUMENTADOS DE MEMORIA CELULAR TRANSFERIDA A LOS RECIPIENTES DE TRASPLANTE DE CORAZÓN:

CASO 1) Un vegetariano hispanohablante recibe el corazón de una persona que tiene el inglés como lengua materna y empieza a usar palabras inglesas que no formaban parte de su vocabulario, pero que eran palabras que el donante empleaba habitualmente. El receptor también empieza a ansiar (y a comer esporádicamente) carne y comidas grasas que eran básicas en la dieta del donante.

CASO 2) Una niña de ocho años recibe el corazón de otra de diez años que fue asesinada. La receptora empieza a sufrir pesadillas sobre el asesinato, recordando detalles que solo podía conocer la víctima, tales como el cuándo y el cómo del asesinato y la identidad del asesino. Toda su declaración se demuestra acertada, y sirve para detener al asesino.

CASO 3) Un niño árabe de tres años recibe el corazón de un niño judío y, al despertar, pide un tipo de caramelo judío del que el niño no había oído hablar nunca.

CASO 4) Un hombre de cuarenta y tantos años recibe un corazón de un chico adolescente y de repente desarrolla una gran afición a la música clásica. El donante había muerto de un disparo efectuado desde un coche en marcha, y al morir se agarraba a la caja de su violín.

CASO 5) Un niño de cinco años recibe el corazón de un niño de tres. Le habla como si fuera su amigo imaginario, llamándolo Timmy. Tras investigar, los padres descubrieron que el donante se llamaba Thomas, aunque la familia lo llamaba Timmy.

Un total de 150 casos de este tipo han sido documentados por el neuropsicólogo Paul Pearsall.

http://www.paulpearsall.com/info/press/index.html

Los Rheinschild

SONIA ESTÁ PREOCUPADA por Janson. Él siempre ha estado obsesionado con su trabajo, pero ella no lo había visto así nunca. Las horas que pasa en su laboratorio, las ojeras, todo lo que murmura en sueños… Está adelgazando, y no es de extrañar: parece que hubiera dejado de comer.

—Es como un supercerebro sin cuerpo —dice Austin, su ayudante de investigación, que por el contrario ha pasado de estar como un espárrago a tener un peso mucho más saludable desde que Janson lo contrató hace seis meses.

—¿Me vas a contar lo que está pasando? —pregunta Sonia.

—Me dijo que tú no querías tener nada que ver.

—Y no quiero. Pero tengo derecho a saber lo que pasa, ¿no?

Da la impresión de que Janson se toma literalmente todo lo que ella dice. Y que la deja fuera para herirla, como un niño.

—Dice que te lo contará cuando esté listo.

Es inútil tratar de sonsacarle nada al chico, que muestra la lealtad de un pastor alemán.

Supone que aquella obsesión de Janson es mejor que la desesperación que sintió antes. Al menos ahora tiene algo en lo que pensar, algo que aparte su mente de la cascada de acontecimientos provocados por el Acuerdo de Desconexión. Ahora hay clínicas que han brotado por toda la nación como setas en un jardín demasiado regado, todas ellas anunciando órganos jóvenes y sanos. «¡Viva más de cien to veinte años!», dice un anuncio. «¡Tire el viejo y póngase uno nuevo!». Nadie pregunta de dónde vienen los órganos, pero todo el mun do lo sabe. Y ya no son solo los jóvenes salvajes los que están siendo desconectados: la Autoridad Juvenil ha preparado un impreso que los padres pueden utilizar para enviar a la desconexión a su «incorregible» adolescente. Al principio ella dudaba de que nadie fuera a usar aquel impreso. Estaba convencida de que su misma existencia al final prendería la protesta que ella estaba esperando. Pero no lo hizo. De hecho, en menos de un mes, se llevaron a un chaval de su propio vecindario para desconectarlo.

—Bueno, pienso que han hecho lo correcto —le dijo uno de los vecinos—. Ese chico hubiera provocado una catástrofe tarde o temprano.

Sonia no vuelve a hablar nunca más a ninguno de esos vecinos.

Día a día, Sonia ve arruinarse a su marido, y da igual lo que le diga intentando que se empiece a cuidar un poco. Hasta le amenaza con abandonarlo, aunque los

dos saben que es una amenaza vacía.

—Ya está casi terminado —le dice él una noche, mientras desplaza el tenedor por el plato de espaguetis, sin llevarse apenas ninguno a la boca—. Funcionará, Sonia…, esto va a cambiarlo todo.

Pero sigue sin contarle exactamente lo que está haciendo. La única pista que ella tiene procede del ayudante. Y no es que el muchacho le haya dicho nada, sino que cuando empezó a trabajar para su marido no tenía más que tres dedos en la mano izquierda, y ahora tiene cinco.

18. Lev

AVANZA A SALTOS por un denso bosque cuyas hojas ascienden hasta tocar el cielo. Es de noche, pero la luna es tan luminosa como el sol. No hay tierra, solo árboles. O tal vez sea que el suelo importa tan poco que es como si no existiera. Agitado por una cálida brisa, el dosel del bosque ondea como las olas en el mar bajo un cielo claro.

Hay un animal que va saltando por el follaje, enfrente de él, y de vez en cuando se vuelve para mirar a Lev. Tiene unos ojos de personaje de dibujos animados en medio del pelaje de su carita. Lev se da cuenta de que el animal no huye de él, sino que le muestra el camino. «Por aquí», parece decirle con aquellos ojos conmovedores que reflejan dos imágenes gemelas de la luna.

«¿Dónde me llevas?», quiere preguntarle Lev, pero no puede hablar. Sin embargo, aunque pudiera preguntárselo, sabe que no obtendría respuesta. Rama a rama, Lev salta con una habilidad innata que no poseía en vida. Por eso sabe que ha muerto. La experiencia es demasiado clara, demasiado vívida para tratarse de otra cosa. Cuando estaba vivo, Lev nunca se interesó por subirse a los árboles. De niño, sus padres le desanimaban de entregarse a tal actividad. Los diezmos tienen que proteger su precioso cuerpo, le decían, y trepar a los árboles solo puede terminar con la rotura de algún hueso.

Rotura.

Él sufrió la rotura en un accidente de coche, y quedó con profundos daños internos. Esos daños debieron de ser más graves de lo que habían pensado. Su último recuerdo es vago, y consiste en cierta idea de que detenían el coche ante la puerta oriental de la reserva arápache. Oye el recuerdo de su propia voz diciéndole algo al guardia, pero no recuerda qué es lo que dice. Le estaba subiendo la fiebre. Lo único que quería era dormir. Se quedó inconsciente antes de saber si el guardia le dejaba entrar o no.

Pero ya no importa nada de eso. La muerte se las arregla para que las preocupaciones de los vivos parezcan insignificantes. Como el suelo que se encuentra allí abajo. Si es que hay suelo.

Vuelve a saltar, cada vez va más aprisa. Hay un ritmo en ello, como en un corazón que late. Las ramas se encuentran exactamente donde él las necesita.

Al final llega al borde del bosque, en el mismo borde del mundo. Arriba y abajo, una oscuridad llena de estrellas. Busca a la criatura que lo iba guiando, pero no la ve por ninguna parte. Entonces comprende, con lóbrega sorpresa, que no había tal criatura. Él es la criatura, que proyecta su alma ante él cuando se lanza por entre las

copas de los árboles.

Allá en lo alto, la luna llena es tan clara y tan grande que Lev siente que podría alargar la mano y cogerla. Y después comprende que eso es exactamente lo que tiene que hacer: coger la luna y bajarla.

Será algo devastador si arranca la luna del cielo. Las mareas cambiarán, y los océanos se agitarán de pura consternación. Las tierras se anegarán, mientras que las bahías se convertirán en desiertos. Los terremotos volverán a dar forma a las montañas, y la gente de todas partes se tendrá que adaptar a la nueva realidad. Si arranca la luna de donde está, todo cambiará.

Con infinita alegría y abandono absoluto, Lev da un salto para realizar su propósito. Se remonta por encima del borde del mundo y se acerca a la luna con los brazos completamente abiertos.

Lev abre los ojos. No hay ninguna luna, ni estrellas. No hay ningún dosel de hojas en el bosque, tan solo las paredes y el techo blancos de una sala que hacía mucho que no veía. Se siente débil y empapado. Le duele el cuerpo, pero aún no puede localizar el dolor, que parece proceder de todas partes. Después de todo, no está muerto, y por un instante se siente decepcionado. Porque si la muerte es una agradable excursión por el dosel de un bosque durante toda la eternidad, piensa que podría soportar esa vida. Bueno, esa no vida.

Aquella sala es donde esperaba encontrarse al despertar. Hay una mujer que está sentada ante la mesa, al otro lado de la sala, tomando notas en un *dossier*. La conoce. La quiere, incluso. Puede contar con los dedos de una mano todas las personas del mundo a las que se alegraría de ver. Y esa mujer es una de ellas.

«Sanadora Elina», intenta decir, pero lo que le sale es algo parecido a un chillido de ratón.

Ella se vuelve hacia él, cierra el *dossier* y lo mira con una sonrisa triste:

—Bienvenido otra vez, mi pequeño Mahpee.

Intenta sonreír, pero al hacerlo le duelen los labios. Mahpee: «Caído del cielo». Ya no se acordaba de que lo llamaban así. Ha cambiado tanto desde que estuvo allí. No es el chico que era cuando por primera vez lo acogieron como fugitivo. Aquel fue el comienzo de sus días oscuros, los días transcurridos desde que dejó a CyFi y el momento en que se presentó en el Cementerio de aviones.

Elina se le acerca, y él enseguida ve los cabellos grises que se han infiltrado en su trenza. ¿Estaban ya allí hace año y medio y no se había dado cuenta, o son nuevos?

Desde luego, tiene motivos para contar con nuevos cabellos grises.

—Lo lamento —dice con voz muy ronca.

Ella parece sinceramente sorprendida:

—¿Qué es lo que lamentas…?

—Estar aquí.

—No deberías disculparte nunca por existir, Lev. Ni siquiera ante todas las personas que preferirían las cosas de otro modo.

Se pregunta cuántas de esas personas estarán allí, precisamente en la reserva.

—No… Quiero decir por haber vuelto a la reserva.

Ella se queda un momento mirándolo. Ya sin sonreír, solo observando:

—Yo me alegro de que hayas venido.

Pero Lev se da cuenta de que no ha dicho «nosotros nos alegramos».

—En cuanto estuviste estable, pensé que estarías mejor en mi casa que en la clínica. —Comprueba la vía intravenosa que tiene en el antebrazo derecho. Él ni siquiera se había dado cuenta hasta ese momento de que la tuviera puesta—. Parecías un poco hinchado, pero debía de ser por sobrehidratación. Te la quitaré un rato. —Cierra la alimentación—. Seguramente por eso sudabas tanto cuando te estalló la fiebre. —Lo mira por un momento, calculando qué es lo que él necesita saber, y luego dice—: Tienes dos costillas rotas y una importante hemorragia interna. Hemos tenido que practicarte una toracotomía para detener la hemorragia…, pero curará, y tengo hierbas para que no deje cicatriz.

—¿Cómo está Chal? —pregunta Lev—. ¿Y Pivane? —Chal, el marido de Elina, es un importante abogado arápache. Su hermano Pivane no sale nunca de la reserva.

—Chal anda metido en un caso importante en Denver, pero verás a Pivane muy pronto.

—¿Él ha pedido verme?

—Ya conoces a Pivane…, esperará a ser invitado.

—¿Y mis amigos…? —pregunta Lev—. ¿Están aquí?

—Sí —dice Elina—. Parece que esta semana mi casa está invadida por mis mahpees. —Entonces se dirige al equipo de música, toquetea un poco en él, y empieza a sonar algo. Música de guitarra. Reconoce la pieza de su primera estancia en la reserva, y le toca la fibra sensible. Aquella primera vez había trepado por la pared sur para entrar y se hirió en la caída. Al despertar se encontraba en aquella misma sala. Un chico de dieciocho años estaba tocando la guitarra con una destreza tan asombrosa que Lev se había quedado como hipnotizado. Pero ahora lo único que queda de él es una grabación.

—Una de las canciones de sanación de Wil —dice Elina—. La música de Wil sigue aquí, aunque no lo haga él. Es un consuelo para nosotros. A veces.

Lev se obliga a sonreír, y los labios esta vez no le duelen tanto.

—Me gusta estar… aquí —dice, tras haber estado a punto de decir «en casa».

Entonces cierra los ojos, porque tiene miedo de ver lo que los ojos de ella responderán a eso.

19. Connor

—ESTÁ DESPIERTO —dice Elina.

Eso es todo, solamente «está despierto». Es mujer de pocas palabras. Al menos pocas palabras para Connor.

—Entonces, ¿puedo verlo?

Ella se cruza de brazos y lo mira con frialdad. Su falta de respuesta es una respuesta elocuente para él.

—Dime una cosa —dice al fin—. ¿Fue por ti por lo que se convirtió en un aplaudidor?

—¡No! —dice Connor, molesto por la idea—. ¡Por supuesto que no! —Y entonces añade—. Fue por mí por lo que él no aplaudió.

Ella asiente con la cabeza, aceptando la respuesta.

—Podrás verlo mañana, cuando se encuentre un poco más fuerte.

Connor se sienta otra vez en el sofá. La casa de la sanadora (de hecho, la reserva entera) es distinta a lo que se esperaba. Los arápaches tienen un pie en su cultura tradicional y otro en las comodidades modernas. El lujoso mobiliario de cuero habla de riqueza y modernidad, pero está claramente hecho a mano. El barrio (si uno puede llamarlo así) está excavado en la piedra roja a cada lado de una honda garganta, pero las habitaciones son espaciosas, los suelos están chapados con un mármol muy dibujado, y la grifería es dorada, tal vez de oro, Connor no está seguro. Los suministros médicos de la sanadora Elina son también lo último, aunque distintos en un sentido importante de los suministros médicos que se reciben en el exterior. Menos clínicos, en cierto modo.

—Nuestra filosofía es un poco diferente —le había dicho ella—. Nosotros creemos que es mejor curar de dentro afuera, que de fuera adentro.

Al otro lado de la sala, el niño que juega a un juego de mesa con Grace gruñe de pura frustración:

—¿Cómo puedes seguir venciéndome a piedras y serpientes? —se lamenta ante Grace—. ¡No habías jugado nunca a esto!

Grace se encoge de hombros:

—Aprendo rápido.

El niño, que se llama Kele, tiene poca paciencia para la derrota. El juego, piedras y serpientes, se parece mucho a las damas, pero con más estrategia. Y cuando la cosa va de estrategia, a Grace no la gana nadie.

Cuando el niño se va, hecho una furia, Grace se vuelve hacia Connor:

—¿Entonces tu amigo el aplaudidor va a ponerse bien? —le pregunta.

—Por favor, no lo llames de esa manera.

—Lo siento… pero va a ponerse bien, ¿no?

—Parece que sí.

Llevan allí casi una semana, y Connor todavía no se siente bienvenido. Tolerado, eso sí. Y no es porque sean forasteros, pues Elina y su cuñado Pivane han sido más que bondadosos con Grace, sobre todo después de que comprendieran que ella tenía problemas corticales. Incluso al coser la herida que le había hecho a Connor el avestruz, Elina se mostró fría al respecto. «Mantenla limpia. Se curará», fue todo lo que dijo. Ni siquiera le dijo «de nada» cuando Connor le dio las gracias, y Connor no sabía si se trataba de algo cultural, o si se había callado la respuesta a querer. Tal vez ahora que Elina sabe que él no tuvo la culpa de que Lev se convirtiera en un aplaudidor, lo trate con un poco menos de frialdad.

Kele vuelve con otro juego de mesa, y revuelve piezas blancas y negras de diferentes tamaños.

—¿Cómo llamas a este juego? —le pregunta Connor.

Él mira a Connor como si fuera imbécil.

—Ajedrez —le contesta—. ¿No sabes eso?

Connor sonríe, reconociendo las piezas cuando las coloca en su sitio. Como todas las cosas de la reserva, las piezas están hechas a mano y cada pieza es diferente, como una escultura, y por eso había tardado en reconocerlas.

Grace se frota las manos de impaciencia, y Connor piensa si advertir a Kele de que no tenga muchas esperanzas de ganar, pero decide que no, porque le hace gracia ver cómo se pica el niño cuando pierde.

Kele tendrá doce años, calcula Connor. No es de la familia, pero Elina y su marido Chal se hicieron cargo de él cuando su madre murió hacía ahora un año. Aunque Elina no le ha informado a Connor de nada, Kele, cuya boca trabaja como si fuera un viejo motor de combustión, ha estado poniendo a Connor al corriente sobre una parte de la vida de Lev de la que este no le había contado nada.

Lev se presentó aquí hará cosa de año y medio —le había dicho Kele a Connor—. Se quedó aquí unas semanas. Eso fue antes de que se hiciera tan famoso y diera tanto miedo y tal. Experimentó aquí una búsqueda de la visión[3], pero no resultó bien.

Connor situó las semanas que Lev había estado en la reserva en algún punto entre el momento en que Risa y él lo habían perdido, en el instituto de Ohio, y el momento en que se había presentado en el Cementerio, considerablemente cambiado.

—Él y Wil se hicieron buenos amigos —le explicó Kele a Connor, con los ojos puestos en la foto de un adolescente que se parece mucho a Elina.

—¿Dónde está Wil ahora? —preguntó Connor.

Fue el único momento en que Kele se quedó con la boca cerrada.

—Ya no está aquí —dijo por fin.

—¿Ha dejado la reserva?

—Más o menos.

Entonces Kele había cambiado de tema, y había empezado a hacer preguntas sobre el mundo fuera de la reserva:

—¿Es verdad que a la gente le hacen implantes de cerebro en vez de tener que ir al colegio?

—Se llama NeuroWeaves, pero no te quita de ir a la escuela. Es algo que los ricos idiotas les regalan a sus hijos igual de idiotas y de ricos.

—Yo no querría nunca un trozo del cerebro de otra persona —le había dicho Kele —. Quiero decir que… uno no sabe dónde ha estado realmente.

Sobre eso, Connor y Kele están totalmente de acuerdo.

En aquel momento, mientras Kele se concentra duramente en su partida de ajedrez contra Grace, Connor intenta pillarlo fuera de guardia para sonsacarle algunas cosas.

—¿Así que crees que Wil podría volver a la reserva para visitar a Lev?

Kele mueve el caballo, que enseguida resulta capturado por la reina de Grace.

—¡Has dicho eso a propósito para distraerme! —le acusa Kele.

Connor se encoge de hombros:

—Solo era una pregunta. Si Wil y Lev son tan buenos amigos, quizá venga a verlo, ¿no?

Kele lanza un suspiro y no llega a levantar la mirada del tablero.

—A Wil lo desconectaron.

Connor no comprende nada:

—Pero yo creía que entre la gente del albur no existía la desconexión.

Por fin Kele lo mira. Su mirada es como una acusación.

—No existe —dice Kele antes de volver al juego.

—Entonces, ¿cómo…?

—Si quieres saberlo, pregúntale a Lev. Él también estaba allí.

Entonces Grace captura una de las torres de Kele. De la rabia, Kele levanta el tablero y manda las piezas por los aires.

—¡Tú comes ardilla! —le grita a Grace, que se ríe.

—¿Ahora quién es el que tiene el problema cortical? —se regodea ella.


Kele vuelve a irse hecho una furia, pero no antes de lanzarle a Connor una mirada que no tiene nada que ver con el juego.

20. Lev

LEV SE SIENTA en una sombra de la terraza, mirando al cañón. No es ni mucho menos tan espectacular como la gran garganta que separa la tierra arápache del resto de Colorado, pero el cañón es impresionante a su manera. Al otro lado del seco lecho del río, las casas excavadas en la cara opuesta de la garganta se llenan, a última hora de la tarde, de sombras y actividad. Los niños juegan en terrazas que no tienen ninguna barandilla de protección, riéndose mientras suben y bajan por escalerillas de soga, persiguiéndose unos a otros. Cuando estuvo allí por primera vez se horrorizó, pero enseguida se dio cuenta de que nunca se caía nadie. Los niños arápaches adquieren un enorme respeto por la gravedad a una edad muy temprana.

—Nos llaman para la construcción de los mayores puentes y rascacielos de Estados Unidos —le había dicho Wil con orgullo—. Para nosotros, el equilibrio es asunto de orgullo.

Lev sabía que eso tenía un significado múltiple, y en ningún momento de su vida se había sentido Lev más equilibrado que cuando estaba allí, en la reserva. Pero también fue allí donde perdió hasta tal punto el equilibrio que decidió convertirse en aplaudidor. Espera encontrar quizá un poco de la paz que sintió allí en otro tiempo, aunque solo sea temporalmente. Aun así, sabe que no es completamente bienvenido. En aquel mismo momento ve adultos al otro lado del cañón que lo observan, mientras él está allí sentado. Desde aquella distancia, no sabe muy bien si es con recelo o solo con curiosidad.

El hombro le pica, y siente un leve dolor ahí con cada latido del corazón. Nota el costado izquierdo cálido y pesado, pero el dolor que había sentido en el coche ha amainado hasta ser tan solo una sorda molestia que se agudiza únicamente cuando se mueve demasiado rápido. No ha visto a Connor ni a Grace desde que despertó. Pero no le importa siempre y cuando sepa que están bien. En cierto sentido, su vida ha sido compartimentada en discretas cajitas: su vida como diezmo, su vida como aplaudidor, su vida como fugitivo, y su vida en la reserva. La primera vez había estado allí solo unas semanas, pero la experiencia fue sumamente importante para él. La idea de fundir aquel delicado oasis de su vida con el resto de su tumultuosa existencia es algo a lo que debe ir acostumbrándose.

—Cuando el Consejo te expulsó, me partió el corazón.

Lev se vuelve y ve a Elina que sale a la terraza, llevando una bandeja con una tetera y una taza que coloca en una mesa pequeña.

—Yo sabía que tú no eras responsable de lo que le pasó a Wil —le dice—, pero

aquellos días había mucha rabia por aquí.

—¿Ahora no?

Elina se sienta en la silla a su lado y le entrega una taza de infusión humeante en vez de responder.

—Bébetelo, se está enfriando.

Lev sorbe la infusión de amargas hierbas endulzadas con miel. Sin duda una potente mezcla curadora hecha por la moderna mujer sanadora de la reserva.

—¿El consejo sabe que estoy aquí?

Elina duda:

—Oficialmente no.

—Si lo saben de manera oficial, ¿me volverán a expulsar?

A diferencia de la infusión, la respuesta de la mujer es directa y sin endulzar:

—Puede. No estoy segura. Sobre ti hay sentimientos mezclados. Cuando te convertiste en aplaudidor, a alguna gente le pareció un gesto heroico.

—¿Y a ti…?

—A mí no —dice ella fríamente, pero después, de forma mucho más afectuosa, añade—: yo sabía que tú habías perdido el camino.

Esa manera tan comedida de decirlo hace reír a Lev.

—Sí, se podría decir así.

Elina se vuelve para mirar al otro lado del precipicio las sombras que se alargan y los vecinos que tratan de mirar como si no estuvieran mirando.

—Pivane se lo tomó muy mal. Ni siquiera quería hablar de ti.

Lev no se sorprende. El cuñado de Elina está muy chapado a la antigua en lo que se refiere a tratar con gente de fuera de la reserva. Mientras el marido de Elina, Chal, parece pasar más tiempo fuera que dentro de la reserva, Pivane es cazador y su vida está conformada según modos ancestrales.

—Yo nunca le he caído muy bien —dice Lev.

Elina alarga la mano para tocar la suya:

—En eso te equivocas. No quería hablar de ti porque le dolía demasiado. —Entonces duda, baja la vista y, más que a los ojos, le mira la mano, que está aferrada por la suya—. Y porque, como yo, se sentía en parte responsable de que te hubieras convertido en un aplaudidor.

Lev la mira, desconcertado por la idea:

—¡Eso es una tontería!

—¿De verdad? Si hubiéramos ido contra el Consejo… Si hubiéramos insistido en que te quedaras…

—Entonces habría sido horrible. Para todos nosotros. Me mirarías y recordarías cómo se había sacrificado Wil para salvarme.

—Y para salvar a Kele y a todos los demás niños de su búsqueda de la visión.

La sanadora se reclina en su silla. Aún incapaz de mirarlo por mucho tiempo, mira al otro lado del barranco y saluda con la mano a una vecina que está mirando. La mujer devuelve el saludo y después, con un poco de vergüenza, se pone a colocar las macetas de su terraza.

—Mírame, Elina —dice Lev, y espera hasta que lo hace—. Cuando me fui de aquí, iba de camino a un lugar terrible. Un lugar en donde lo único que buscaba era compartir mi rabia contra el mundo. Vosotros no tenéis la culpa de esa rabia. Mis padres sí. Los de la Brigada Juvenil también. Y los asquerosos piratas de partes que cogieron a Wil, también. ¡Pero vosotros no!

Lev cierra los ojos, intentando rechazar el recuerdo de aquel día horrible de hace año y medio. Como Pivane, Lev encuentra que el dolor que le produce es demasiado difícil de soportar. Tiene que respirar hondo para mantener a raya el recuerdo de aquel día con todas las emociones que contiene, y vuelve a abrir los ojos.

—Así que entré en ese horrible lugar… Me metí en el infierno. Pero al final salí de él.

Elina le sonríe:

—Y ahora estás aquí.

Lev asiente con la cabeza:

—Ahora estoy aquí.

Aunque no tiene ni idea de dónde estará al día siguiente.

Lev sale de la sala grande antes de que se ponga el sol.

—¡Estás vivo! —dice Connor cuando lo ve.

Connor está tenso, pero su nivel de estrés parece un poco más bajo.

—¿Sorprendido?

—Sí: cada vez que te veo.

Connor lleva una camisa de diseñador arápache (realizada en un tejido basto y con hechura de sastre) para reemplazar la camisa apestosa que le había quitado al ayudante del *sheriff*. Le sienta bien, y sin embargo no casa con él.

Lev encuentra difícil permitir que Connor y la reserva compartan el mismo espacio en su mente.

—Me gusta la coleta —dice Connor apuntando a su pelo.

Lev se encoge de hombros.

—Llevo el pelo así porque está muy enredado. Pero a lo mejor me lo dejo.

—No —dice Connor—. Te he dicho una mentira, lo odio.

Eso le hace reír a Lev, lo cual le provoca el dolor del costado. Hace una mueca de dolor.

Entonces se suceden los saludos, uno detrás de otro. Kele se acerca a Lev, un poco extrañado. Lev le sacaba la cabeza a Kele la última vez que se vieron. Ahora son casi de la misma altura.

—Hola, Lev. Me alegro de que hayas vuelto, y de que no vinieras muerto.

Kele seguirá creciendo, pero Lev no. Crecimiento atrofiado. Eso es lo que se saca metiéndose explosivos químicos en la sangre.

Pivane está allí, preparando la cena. Un estofado de carne reciente, seguramente algo que ha matado ese mismo día en el bosque. El saludo de Pivane, al principio reservado, termina en forma de un abrazo que le hace daño a Lev, aunque este no dice nada. Solo Grace guarda las distancias, ignorando a Lev. Incluso después del desesperado viaje que hicieron hasta allí, sigue sin saber qué pensar de él. Hasta la mitad de la cena no le dirige la palabra.

—¿Y cómo sabes que no puedes estallar todavía?

Y en el incómodo silencio que sigue, Kele dice:

—Yo quería preguntar lo mismo.

Lev pone los ojos como platos.

—A lo mejor estallo —dice en tono inquietante, pero entonces espera unos segundos y grita—: ¡BUUUM! —Eso hace que todo el mundo dé un salto, pero nadie tanto como Grace, que derrama su estofado y después suelta una sarta de maldiciones e improperios que hace que todo el mundo se eche a reír.

Después de cenar cada uno se va a sus asuntos, y Connor se queda a solas con Lev.

—Bueno, ¿qué pasa aquí? —le pregunta en voz baja—. ¿Cómo es que conoces a tanta gente?

Lev respira hondo. Le debe a Connor una explicación, aunque preferiría no tener que dársela.

—Antes de presentarme en el Cementerio, vine aquí, y ellos me dieron cobijo un tiempo —le dice Lev—. Casi me adoptan. Casi me convierto en uno más de la tribu. Todo lo estropeó un pirata de partes. Nos acorralaron a un grupo en el bosque, y el hijo de Elina…

—¿Wil…?

—Sí, Wil. Ofreció su vida a cambio de la de los demás.

Connor piensa en eso:

—¿Desde cuándo negocian los piratas de partes?

—Estaban buscando algo especial. Nunca he oído tocar la guitarra como la tocaba él. Cuando lo tuvieron, les importó un bledo el resto de nosotros. El caso es que, como yo estaba allí y era forastero, me convertí en el chivo expiatorio. Después de eso, no pude seguir aquí.

Connor asiente con la cabeza y no intenta averiguar más detalles. Lo que hace es mirar por la ventana. Fuera, en la oscuridad, no se puede ver gran cosa, salvo la luz de otras casas del barranco.

—No te pongas demasiado cómodo aquí —advierte Connor.

—Ya estoy cómodo —le responde Lev, y se va antes de que Connor pueda contestarle.

La casa mira al precipicio y es espaciosa. Las habitaciones individuales son pequeñas pero numerosas, y todas ellas dan a la sala grande, que es a la vez sala de estar, comedor y cocina. Quizá por curiosidad morbosa, Lev se asoma al cuarto que pertenecía a Wil. Piensa que podrían haberlo dejado tal como estaba, pero no. Tampoco lo han diseñado para otra persona. La habitación de Wil está ahora despojada de muebles y adornos. No hay nada más que las paredes desnudas de piedra.

—Nadie volverá a usarla —le explica Elina a Lev—. Al menos mientras yo viva.

Mientras todo el mundo empieza a prepararse para dormir, Lev va en busca de Pivane. Con él el reencuentro ha resultado más difícil que con ningún otro, y Lev quiere salvar las distancias. Espera encontrarlo en el primer piso, que está al nivel del lecho del río, en el taller, trabajando en algo. Tal vez preparando pieles para curtir. Pero en vez de a Pivane, se encuentra a otra persona que no se esperaba.

Está sentada ante el banco de trabajo, con el pelo recogido atrás con un lazo de colores, exactamente como la recordaba Lev. Es Una, la novia de Wil, que tuvo que sentirse más destrozada que nadie cuando los piratas de partes se llevaron a Wil para desconectarlo. Después de aquello, la petición de Lev de unirse a la tribu fue rápidamente denegada, Pivane lo había acompañado hasta las puertas de la reserva, y lo había dejado fuera sin que hubiera tenido siquiera tiempo de decirle adiós a Una. En su momento, Lev casi se había alegrado de no haber podido verla, pues no tenía ni idea de qué podría decirle. Tampoco ahora tiene idea de qué decir, así que se queda

donde está, en la parte en penumbra, sin querer acercarse a la zona iluminada.

Una está absorta en la limpieza de una escopeta que Lev reconoce como de Pivane. ¿Se habrá enterado de que él ha vuelto a la reserva? Elina había dicho muy claramente que la presencia de Lev allí tenía que ser llevada con discreción. Pero las dudas de Lev quedan aclaradas cuando Una dice, sin levantar la vista:

—No se te da muy bien lo de esconderte, Lev.

Él se acerca, pero Una sigue concentrada en la escopeta, y no lo mira.

—Elina me dijo que estabas aquí —dice ella.

—Pero no viniste a verme.

—¿Quién dice que quisiera hacerlo? —Por fin Una le dirige la mirada, pero no cambia la expresión imperturbable de su rostro—. ¿Alguien te ha enseñado a limpiar un fusil de cerrojo?

—No.

—Ven aquí, te enseñaré yo.

Muestra a Lev los pasos de quitar el cerrojo y la mirilla.

—Pivane me ha estado enseñando a disparar, y he descubierto que me gusta —le dice Una—. Cuando compre su nueva escopeta, esta me la dará a mí.

—Es bastante distinto de hacer guitarras —comenta Lev. Hacer guitarras es a lo que se dedica Una.

—Ambas cosas tendrán su sitio en mi vida —le dice Una, y entonces le muestra a él cómo tiene que limpiar el interior del cañón con disolvente y un cepillo de cobre. No menciona en ningún momento lo que sucedió durante su anterior estancia en la reserva, pero aquello pende entre ellos tan pesado y oscuro como el metal de la escopeta.

—Lamento lo de Wil… —dice él por fin.

Una se queda un momento callada y después dice:

—Devolvieron su guitarra. No sé quién sería. No dieron explicación ninguna, la enviaron sin remite. Yo la quemé en una pira funeraria porque no teníamos ningún cuerpo que quemar.

Lev permanece callado. La idea de la guitarra de Wil convertida en cenizas le parece casi tan horrenda como la de su desconexión.

—Ya sé que no fue culpa tuya —dice Una—, pero Wil no habría ayudado a guiar esa búsqueda de la visión si no hubiera sido por ti, y no lo habrían cogido los piratas de partes. No, no fue culpa tuya, hermanito. Pero preferiría que no hubieras venido nunca.

Lev baja el cañón de la escopeta:

—Lo siento. Me iré ya.

Pero Una lo coge del brazo.

—Déjame terminar. —Lo suelta, y en ese momento Lev ve las lágrimas en los ojos de ella—. Preferiría que no hubieras venido nunca, pero lo hiciste. Y desde que te fuiste, he querido que volvieras. Porque este es tu sitio, Lev… No importa lo que diga el Consejo.

—Te equivocas. Yo no tengo ningún sitio.

—Bueno, seguro que no lo tienes fuera de aquí. Y la prueba de eso es que estuviste a punto de volarte por los aires.

Lev no quiere hablar sobre su etapa de aplaudidor. No con Una. En vez de eso, decide compartir otra cosa:

—Esto no se lo he dicho a nadie, pero antes de que se me pasara la fiebre, tuve un sueño. Yo iba saltando por las ramas de los árboles de un bosque.

Una piensa en ello.

—¿Qué tipo de bosque? ¿Era un pinar, o un robledal?

—Ninguno de los dos. Era más bien como selva tropical, me parece. Veía un animal cubierto de pelaje. Me iba guiando.

Una sonríe, comprendiendo lo que cuenta Lev.

—Suena que al final has encontrado tu espíritu animal. ¿Era un mono?

—No. Tenía cola como de mono, pero los ojos eran demasiado grandes. ¿Alguna idea de qué podría ser?

Una niega con la cabeza:

—Lo siento, no sé mucho de animales tropicales.

Pero entonces Lev oye una voz tras él:

—Creo que yo lo sé.

Se vuelve para ver a Kele en la puerta:

—Ojos grandes, boca pequeña, ¿era realmente bonito?

—Sí…

—Es un kinkajú.

—No lo había oído nunca.

Una sonríe a Lev:

—Bueno, él sí ha oído de ti.

—Una vez hice un trabajo sobre los kinkajús —dice Kele—. Son la cosa más mona del mundo, pero te pueden destrozar la cara si te metes con ellos.

La sonrisa no abandona la cara de Una.

—Pequeño, mono, y no hay que meterse con él. ¡Umm…! ¿A quién me

recuerda…?

Eso le hace reír a Kele y fruncir el ceño a Lev.

—Yo no soy mono —gruñe Lev.

—Cuestión de opiniones, hermanito. Dime, ¿te encomendó tu guía algún tipo de tarea?

Lev duda, pero entonces decide contárselo, sin importar lo ridículo que suene:

—Creo que quería que cogiera la luna del cielo.

Una se ríe.

—Pues que tengas buena suerte. —Y cierra la escopeta con un chasquido plenamente satisfactorio.

21. Cam

La casa de Cam y Roberta en Washington se convierte en el lugar al que hay que ser invitado. Abundan las veladas y las cenas con dignatarios internacionales, con los que mueven los hilos del mundo y hasta con iconos de la cultura popular, todos los cuales quieren estar un poco con Camus Agrex. A veces su atención es tan sofocante que Cam se pregunta si no querrán también llevarse un trozo de él como recuerdo. Cena con el príncipe coronado de un pequeño principado que no sabía ni que existiera hasta que el séquito se presentó en la puerta. Después de cenar no toca para nadie, solo lo hace con la estrella musical Brick McDaniel (el artista que os viene a la mente cuando pensáis en las palabras «estrella del rock»). Cam está realmente tan emocionado por tenerlo delante que casi se convierte en uno de esos fans demasiado efusivos. Pero cuando tocan los dos juntos a la guitarra, los dos son igual de buenos.

El estilo de vida vertiginoso que lleva es adictivo y lo abarca todo. Cam tiene que recordarse todo el tiempo que aquello no es el premio, ni es tampoco el camino que conduce al premio. Todo aquel oropel y *glamour* no es más que una distracción de su propósito.

«Pero ¿cómo vas a combatir y vencer a la gente que te ha dado una vida tan extraordinaria?», se pregunta alguna vez en los momentos de debilidad, como el instante en que Brick McDaniel le pidió un autógrafo a él. Sabe que tiene que tener cuidado para correr junto a ese tornado y no ser tragado por él.

ANUNCIO

Algún día asistirás a la graduación en el instituto de tu tatara-tataranieta. Algún día vivirás en un monumento histórico de quinientos años de antigüedad… que fue construido tres años después de que tú nacieras. Algún día las secuoyas tendrán envidia de tu edad. Esta noche, tómate un rato para pensar en todas las cosas maravillosas que hacen que tu vida sea no solo larga, sino algo que merece la pena ser vivido. En Ciudadanía Proactiva pensamos en esas cosas cada día. Así es como ayudamos a que hoy se parezca ya a ese día.

En Ciudadanía Proactiva, sabemos que la primera persona que vivirá para siempre ya ha nacido. ¡Y eres tú!

—Me necesitan en Molokai —le dice Roberta una noche. Ha bajado al sótano donde han instalado un gimnasio completo para él. Su viejo fisioterapeuta, en los tiempos en que él estaba recién reconectado, solía decirle que sus grupos musculares no interactuaban bien unos con otros. ¡Si pudiera ver a Cam ahora!—. Volveré en un par de días. A tiempo para nuestro almuerzo con el general Bodeker y el senador Cobb.

Cam no permite que esa noticia interrumpa su serie de levantamiento de pesas.

—Quiero ir —le dice él, y se da cuenta de que no lo dice por quedar bien, sino que de verdad quiere volver al complejo de Molokai, que es lo más parecido a un hogar que tiene.

—No. Lo último que necesitas después de tanto trabajo duro es un desfase horario. Descansa aquí. Concéntrate en tus estudios de idiomas para que puedas impresionar al general Bodeker hablando holandés.

El holandés, uno de los idiomas que no están incluidos entre los nueve con que Cam llegó al mundo, tiene que ser aprendido por este al modo tradicional. Su conocimiento del alemán ayuda, pero sigue siendo un trabajo duro. Prefiere las cosas más fáciles.

—Que Bodeker tenga antepasados holandeses no quiere decir que hable holandés —comenta Cam.

—Más razón para que se quede impresionado si lo hablas tú.

—¿Mi vida ahora consiste en impresionar al general y al senador?

—Estás suscitando la atención de las personas que mueven los hilos del mundo. Si quieres que los muevan para ti, entonces la respuesta es sí: impresionarlos debería de ser tu principal objetivo.

Cam deja que las pesas caigan de repente, haciendo un ruido que retumba en el sótano.

—¿Para qué te necesitan en Molokai?

—No se me permite decirlo.

Él se incorpora hasta quedarse sentado y la mira con una expresión que está entre la sonrisa y el desprecio.

—«No se me permite decirlo». Eso tendrían que ponerlo en tu tumba. «Aquí yace Roberta Griswold. Si descansa en paz o no, no se nos permite decirlo».

A Roberta ese chiste no le hace gracia:

—Guárdate tu morboso sentido del humor para esas chicas que te hacen fiestas.

Cam se seca la cara con una toalla, toma un sorbo de agua y pregunta, con toda la inocencia posible:

—¿Estás fabricando una versión mejorada de mí?

—Solo hay un Camus Agrex, querido. Tú eres único en el universo.

A Roberta se le da muy bien decirle las cosas que piensa que él quiere oír, pero a Cam se le da muy bien buscarle las vueltas.

—El hecho de que vayas a Molokai sugiere otra cosa.

Roberta pone cuidado en su respuesta. Ella habla como si transitara por un campo minado.

—Tú eres único, pero mi trabajo no termina contigo. Tengo la esperanza de que tú serás una nueva variación de la humanidad.

—¿Por qué?

Es una simple pregunta, pero Roberta casi se enfada por ella:

—¿Por qué construimos aceleradores para encontrar partículas subatómicas? ¿Por qué descodificamos el genoma humano? La exploración de la posibilidad siempre ha sido el reino de la ciencia. Los verdaderos científicos dejan la aplicación práctica a otros.

—A menos que los científicos trabajen para Ciudadanía Proactiva —objeta Cam —. Lo que quisiera saber es de qué les sirve a ellos crearme a mí.

Roberta hace con la mano un gesto de desdén.

—Mientras ellos me permitan hacer mi trabajo, su dinero me importa más que sus motivos.

Es la primera vez que Roberta se refiere a la Ciudadanía Proactiva como «ellos» en vez de «nosotros». Cam se pregunta si el asunto de Risa no habrá hecho caer en desgracia a Roberta. Y se pregunta hasta dónde irá ella para volver a congraciarse con ellos, en caso de que sus sospechas sean ciertas.

Roberta sube a la casa, dejando que Cam termine con sus ejercicios, pero Cam ya no está de humor para tal cosa. Sin embargo, se toma un instante para examinar su cuerpo en el espejo que cubre la pared entera.

No había espejos cuando reconectaron a Cam…, cuando las cicatrices eran gruesas líneas que recorrían su cuerpo y daba pavor mirarlo. Aquellas cicatrices han desaparecido ya, y en su lugar han quedado tan solo unas leves y suaves costuras. Y ahora allí todos los espejos son pocos. Su placer más culpable es lo mucho que disfruta mirándose a sí mismo, con aquel cuerpo que le han dado. Le gusta su cuerpo, pero eso no es lo mismo que gustarse a sí mismo.

«Si Risa me quisiera, de verdad y sin coacciones, entonces podría salvar esa distancia y quererme yo mismo».

Sabe lo que tiene que hacer para conseguir que eso ocurra… Y ahora que Roberta

estará a ocho mil kilómetros de distancia, puede empezar a hacer lo necesario para que ocurra sin temor al persistente escrutinio al que ella somete todo cuanto hace él. Lleva demasiado tiempo parado, sin hacer nada.

ANUNCIO

> ¿Que quiénes somos? Somos los dos pasos adelante por cada uno que se da hacia atrás. El silencio entre los latidos del nuevo corazón de tu padre y la brisa que seca las lágrimas de un niño apesadumbrado. Somos el martillo que quiebra el techo de cristal de la longevidad, y el clavo en el ataúd de la enfermedad mortal. En un mar de inseguridades, nosotros somos la voz de la razón, y mientras otros están condenados a revivir el pasado, nosotros nos retamos a previvir el futuro. Somos la primera claridad del alba, el azul sedoso tras las estrellas. Somos Ciudadanía Proactiva. Y si tú nunca has oído hablar de nosotros, bueno, no pasa nada. Eso solo significa que hacemos nuestro trabajo.

A la mañana siguiente, en cuanto la limusina hace desaparecer a Roberta como por arte de magia, Cam se pone a trabajar en el ordenador de su habitación, moviendo las manos por la gran pantalla como si lanzara un embrujo. Crea una identidad falsa imposible de rastrear en el nimbo público (una nube global tan densa que sumergiría al mundo en la oscuridad eterna si fuera real en vez de virtual). Sabe que toda su actividad es monitorizada, así que utiliza a un jugador obsesivo residente en algún lugar de Noruega. Cualquiera que lo esté monitorizando pensará que ha desarrollado interés en las incursiones vikingas contra trols narcotraficantes.

Entonces, oscurecido en el interior del nimbo, manipula el servidor de Ciudadanía Proactiva hasta que se abre para él, dándole acceso a toda clase de información codificada. Pero para Cam, encontrar el sentido en lo caótico e inconexo es su propia manera de vivir. Fue capaz de crear orden en el caos fragmentario de su cerebro reconectado, así que poner orden en el caos protector de Ciudadanía Proactiva será para él pan comido.

22. Risa

OMAHA: TAL VEZ el centro geográfico de Estados Unidos. Pero Risa no se siente muy centrada. Necesita estar en otra parte, pero no tiene destino ni plan. Más de una vez ha temido que fuera un error dejar la protección de la pequeña comuna de CyFi, pero se sentía una extraña entre la gente de Tyler. Ahora tiene que vivir escondida. No ve salida a esa situación: no ve un futuro en el que no tenga que estar ocultándose.

Sigue andando, con la esperanza de encontrar algún indicio de la Resistencia Anti División, pero la RAD se ha hecho añicos. «Hoy», piensa cada día, «hoy encontraré un camino que seguir. Hoy tendré una revelación, y sabré exactamente qué es lo que tengo que hacer». Pero la revelación se ha vuelto algo muy escaso en la solitaria existencia de Risa. Y a su lado, oye decir:

—Es un regalo de cumpleaños, Rachel. Un regalo por el que tu padre y yo pagaremos un dinerito. Al menos podías mostrar agradecimiento.

—¡Pero no es lo que yo pedí!

Risa se ha dado cuenta de que en las estaciones de tren como aquella hay dos capas de personas que no se mezclan. Ni siquiera se tocan. La capa superior está constituida por los viajeros ricos, como la madre y la hija que están al otro lado del banco en que se ha sentado ella, que toman trenes de alta velocidad que cuentan con todas las comodidades para ir de un sitio exclusivo a otro sitio exclusivo. La capa inferior son los pobres que no tienen otro lugar en que dejar el sombrero que la estación.

—Dije que quería aprender violín, mamá. Me podías haber conseguido unas clases.

Risa sabe que no puede subir a ninguno de esos trenes. Hay demasiada seguridad, y su cara es demasiado conocida. En la primera parada se encontraría con un batallón de agentes federales emocionados ante la perspectiva de ponerla bajo su custodia. El tren, al igual que cualquier otro legítimo medio de transporte, no es más que un sueño para Risa.

—Nadie quiere aprender a tocar un instrumento, Rachel. Para eso tienes que practicar una y otra vez lo mismo hasta el agotamiento. Además, ya eres demasiado mayor para empezar. Los violinistas que aprenden de la manera tradicional empiezan a los seis o siete años.

Risa no puede evitar escuchar la irritante conversación entre aquella mujer bien vestida y su hija adolescente, que va despeinada según la moda.

—Ya es bastante desagradable que me hurguen en el cerebro para ponerme un

NeuroWeave —se queja la niña—. ¿Pero me tienen que poner también las manos? ¡Me gustan las mías!

La madre se ríe:

—Cielo, tú has heredado los deditos cortos y gorditos de tu padre. Otras manos mejores no te van a hacer más que bien en la vida, y todo el mundo sabe que un NeuroWeave musical requiere de memoria muscular para completar la conexión entre el cerebro y el cuerpo.

—¡No tenemos músculos en los dedos! —anuncia la niña en tono de triunfo—. Eso lo he aprendido en el colegio.

La madre le dirige un suspiro que expresa su prolongado sufrimiento.

Lo más perturbador de aquella conversación es que no se trata de ningún incidente aislado. Se ha convertido en más y más común que la gente se haga trasplantes por pura vanidad. ¿Te apetece saber o ser capaz de hacer algo nuevo? Pues en vez de adquirir esa destreza estudiando, cómpratela. ¿Tu pelo no hay quien lo domine? Ponte un cuero cabelludo nuevo. Los cirujanos te están esperando.

—Tú hazte a la idea de que son un par de guantes, Rachel. Unos bonitos guantes de seda, como los que llevan las princesas.

Risa no lo aguanta más. Asegurándose de que lleva la capucha lo bastante baja para que no se le vea la cara, se levanta y, al pasar junto a ellas, dice:

—Tendrás las huellas digitales de otra persona.

La princesa Rachel parece espantada.

—¡Aaah, es verdad…! ¡No pienso dejarme!

Risa sale de la estación de trenes a la húmeda noche de agosto. Sabe que tiene que dar la impresión de que está ocupada. Como si estuviera yendo a algún sitio, con un objetivo. Por el contrario, si se muestra indolente, atraerá la atención de los del reformatorio, y de los piratas de partes. Y después de su último tropiezo con un pirata de partes, no tiene ganas de repetir la experiencia.

Lleva colgada al hombro una mochila rosa que robó del patio de recreo de una escuela, en la que aparecen corazoncitos y ositos panda.

Un agente de policía recorre la calle en dirección a ella, así que ella saca un teléfono que en realidad no funciona y mantiene una falsa conversación con el aparato mientras va andando:

—Lo sé. No me digas que no es el más guapo de todos. ¡Ay, no sabes lo que daría por sentarme a su lado en mates…!

Tiene que dar la impresión de que tiene un lugar al que ir, y gente insulsa con la que hablar sobre su insulsa vida. Sabe el aspecto que tienen los desconectables ASP, y

sabe que tiene que dar la impresión de lo que sea, salvo de ser uno de ellos.

—Puaj, sí, lo sé, la odio…, ¡menuda perdedora…!

El agente pasa sin siquiera dirigir a Risa una mirada. Ha convertido esta habilidad en una ciencia. Sin embargo, resulta agotador…, y a medida que avanza la noche, se va haciendo demasiado tarde para que una chica respetable se encuentre en una calle del centro de Omaha. Sin importar la imagen que pretenda dar, levantará sospechas.

La estación de tren estaba bien para una hora, pero es el clásico lugar donde se refugian los chicos fugitivos. Sabía que no se podía quedar allí mucho tiempo. Ahora ella repasa sus opciones.

Hay algunos edificios de oficinas famosos, con viejas escaleras antiincendios. Podría subir por una de ellas en busca de alguna ventana que no esté bien cerrada. Ya lo ha hecho otras veces, y siempre ha logrado evitar al personal nocturno de limpieza. El mayor riesgo es que la vean entrando.

Hay muchos parques, pero aunque los viejos vagabundos pueden ponerse a dormir en sus bancos, una joven fugitiva no puede. A menos que pudiera entrar en alguna de las casetas de mantenimiento, no se arriesgaría a quedarse en un parque. Normalmente ella busca esos sitios antes, de día. Cuando la caseta está abierta, cambia el candado por otro suyo, del que tiene llave. Entonces, cuando el encargado lo cierra, no tiene ni idea de que ya no va a poder entrar. Pero aquel día estaba perezosa, cansada. No hizo lo que debía, y ahora lo está pagando.

Hay un teatro en la siguiente calle, en donde representan una reposición de *Cats*, obra que la humanidad tendrá que sufrir seguramente el resto de la eternidad. Si pudiera robar una sola entrada, podría entrar, y una vez dentro encontrar un escondite. Un escondite encima de las bambalinas. En grietas apuntaladas del sótano.

Ataja por un callejón para llegar al teatro. Error. A mitad del callejón, se encuentra con tres chicos. Parecen de unos dieciocho años. Enseguida los clasifica o como ASP que han sobrevivido lo bastante para pasar la edad de desconexión, o como algunos de los miles de chicos de diecisiete años que fueron liberados de las cosechadoras al aprobarse la ley del Tope 17. Por desgracia, la mayoría de esos chicos fueron sencillamente arrojados a las calles, sin que tuvieran un lugar al que ir. Así que se volvieron furiosos. Se pudrieron, como la fruta dejada demasiado tiempo en el árbol.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —dice el más alto de los tres.

—¿De verdad? —responde Risa con disgusto—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Eso es lo mejor que se te ocurre? Si vas a atacar en un callejón a una chica indefensa, al menos intenta no decir tópicos.

Su actitud tiene el efecto deseado. Los pilla fuera de guardia y hace que el jefe

(que parece un capullo como hay pocos) dé un paso atrás. Risa hace un movimiento para pasar, pero un chico lo bastante gordo para cerrarle el camino se interpone y la deja sin poder ver al otro lado. Maldita sea. Esperaba que aquello no tuviera que acabar mal.

—A Porterhouse no le gustan las chicas que se dan aires de superioridad —dice el Gran Capullo.

Sonríe, mostrando que tiene rotos dos de los dientes de delante. El gordo, que debe de ser Porterhouse, frunce el ceño y solidifica su masa corporal como un gorila de discoteca.

—Exactamente —dice él.

«Son chicos como estos», piensa Risa, «los que le hicieron pensar a la gente que la desconexión era una buena idea».

El tercer chico se queda un poco rezagado, no dice nada, y parece un poco preocupado. Risa lo juzga como una posible vía de escape. Ninguno de ellos la ha reconocido todavía. En el momento en que lo hagan, sus objetivos pasarán a ser más amplios, y en vez de intentar hacer lo que les plazca con ella para dejarla luego allí en el callejón, querrán hacer lo que les plazca para después denunciarla y cobrar la recompensa.

—No empecemos mal —dice el Gran Capullo—. Podríamos serte de utilidad.

—Sí —dice Porterhouse—. Siempre y cuando tú nos seas de utilidad a nosotros.

El siniestro número tres se ríe al oír eso y avanza, juntándose con los otros dos. Vaya con la vía de escape. El Gran Capullo da un descarado paso hacia ella.

—Somos los amigos que necesita una chica como tú. Para que la protejan y tal.

Risa lo mira a los ojos:

—Si me tocas algo, te romperé algo.

Sabe que un chico como aquel, más bravucón que listo, se tomará eso como un desafío, y así es. La agarra por la muñeca, y se prepara para lo que ella pueda intentar. Ella le sonríe, levanta el pie, y clava el tacón en la rodilla de Porterhouse en vez de en la de él. La rótula de Porterhouse se rompe con un sonoro crujido, y este se cae al suelo, gritando y retorciéndose de dolor. Es suficiente para que, del susto, el Gran Capullo afloje su presión en la muñeca. Risa se libera y le propina un codazo en la nariz. No sabe muy bien si se la ha roto, pero el caso es que empieza a manar sangre.

—¡GUADDA APEZTOZA! —le grita. Porterhouse está sufriendo de tal modo, que solo puede gemir sin llegar a pronunciar palabras. El siniestro número tres piensa entonces que ha llegado su momento de hacer algo, y echa a correr por el callejón, sabiendo que si no lo hace él será el siguiente herido.

Entonces el Gran Capullo le ofrece las malas noticias. Saca una navaja y empieza a agitarla contra Risa, intentando cortar lo que alcance de ella. Lanza cuchilladas amplias, a lo loco, pero que pueden resultar mortales. Ella emplea la mochila para parar los golpes, y él le asesta un tajo. Vuelve a lanzar otra cuchillada que casi le roza la cara. Entonces, de repente, Risa oye:

—¡Aquí! ¡Corre!

Hay una mujer que asoma la cabeza por la puerta de atrás de una tienda. Risa no se para a dudar. Se introduce por la puerta tambaleándose, y la mujer intenta cerrarla a continuación. Casi lo consigue, pero el Gran Capullo mete la mano por ella, impidiendo que se cierre. Así que la mujer golpea fuerte con la puerta en la mano. Él grita al otro lado de la puerta. Risa apoya el hombro contra la puerta, y vuelve a golpear en los dedos del chico. Este grita aún más alto. Risa afloja solo lo suficiente para que él retire sus dedos ya hinchados, y luego cierra la puerta mientras la mujer echa el cerrojo.

Soportan una descarga de furia: un virulento estallido de maldiciones que suena más impotente a cada instante, hasta que el Gran Capullo y Porterhouse se alejan tambaleándose y jurando venganza.

Solo entonces mira Risa a la mujer. Es una señora de mediana edad, con arrugas que trata de disimular a base de maquillaje. Tiene mucho pelo y ojos bondadosos.

—¿Estás bien, cielo?

—Bien. Aunque mi mochila no.

La mujer lanza una rápida mirada a la mochila:

—¿Ositos panda y corazoncitos? Cielo, te han hecho un favor…

Risa sonríe, y la mujer mantiene la mirada solo un segundo de más. Risa ve el instante exacto en que la reconoce. Se da cuenta de quién es, pero no lo dice enseguida.

—Puedes quedarte aquí hasta que estés segura de que se han ido para no volver.

—Gracias.

Tras una pausa, la mujer abandona todo disimulo:

—Supongo que debería pedirte un autógrafo.

Risa lanza un suspiro:

—Por favor, no lo haga.

La mujer le dirige una sonrisa pícara:

—Bueno, como yo no te voy a denunciar para cobrar la recompensa, por lo menos pensé que podía vender la firma algún día. Tal vez valga algo.

Risa devuelve la sonrisa:

—Quiere decir después de muerta.

—Bueno, si funciona con la de Van Gogh…

Risa se ríe, y su risa empieza a disipar la ansiedad sufrida hace solo un momento. Todavía siente hormigueos de adrenalina en los dedos. Le costará más tiempo a su fisiología reconocer la seguridad.

—¿Está segura de que están todas las puertas cerradas?

—Cielo, esos chicos hace rato que se han ido lamiéndose las heridas y buscando alivio para su magullado ego. Pero sí, estoy segura. Aunque volvieran no podrían entrar.

—Son chicos como esos los que dan mala fama al resto de los adolescentes.

La mujer hace un gesto con la mano, como rechazando la idea.

—Gente despreciable la hay de todas las edades —dice—. Yo lo sé mejor que nadie, he salido con unos cuantos. No se puede desconectar así como así a los jóvenes, porque cuando ellos ya no están, otros ocupan su lugar.

Risa mira a la mujer estudiándola, pero no resulta fácil entenderla:

—¿O sea que está usted contra la desconexión?

—Estoy contra todas las soluciones que sean peores que el problema. Como lo de esas mujeres mayores que prefieren teñirse el pelo con betún para tapar las canas.

Risa finalmente se toma un momento para mirar a su alrededor y enseguida comprende por qué la mujer ha hecho la comparación que ha hecho. Están en el cuarto trasero de una peluquería, una de esas peluquerías retro con grandes secadores y lavabos negros con el hueco para meter el cuello. La mujer se presenta diciéndole que se llama Audrey, y que es la propietaria de *Rizos y caniches*, un salón de belleza pensado para esas personas que no pueden ir a ningún sitio sin llevarse su perro.

—No te imaginas cuánto son capaces de pagar esas señoras por un lavado y corte de pelo si se les permite que su chihuahua se siente en su regazo. —Audrey dirige a Risa una mirada profesional—: Por supuesto, ahora está cerrado, pero no digo que no a una sesión de maquillaje fuera del horario.

—Gracias, pero no necesito… —dice Risa.

Audrey frunce el ceño.

—¡Vamos, pensaba que tendrías más instinto de supervivencia!

Risa se sorprende:

—¿Cómo dice…?

—¿Te crees que te va a servir de mucho esconderte debajo de una capucha?

—Hasta ahora me ha ido bien, muchas gracias.

—No me quiero equivocar —dice Audrey—. La inteligencia y el instinto pueden

llevar muy lejos, pero cuando uno está demasiado orgulloso de su propia astucia para burlar a los demás, pueden ocurrir cosas desagradables.

Risa empieza a frotarse la muñeca inconscientemente. Había pensado que era demasiado lista para caer en una trampa, y por eso terminó cayendo en una. Cambiar su aspecto sería una ventaja, así que, ¿por qué se resiste?

«Porque quisiera tener el mismo aspecto para Connor», piensa.

Casi tiene que ahogar un grito al darse cuenta. Él está cada vez más presente en su cabeza, nublándole el juicio de una manera que no se hubiera imaginado nunca. No puede dejar que sus sentimientos por él interfieran en su supervivencia.

—¿Qué tipo de maquillaje? —pregunta Risa.

Audrey sonríe.

—Confía en mí, cielo. Cuando termine, ¡parecerás otra completamente distinta!

La sesión de maquillaje dura unas dos horas. Risa piensa que Audrey debe de estar dejándole el pelo rubio platino, pero en vez de eso le da a Risa un tono castaño más claro y con reflejos, y un poco de permanente.

—La gente se piensa que es el color del pelo lo que más cambia el aspecto de una persona, pero no es verdad. Eso depende más de la textura —le dice Audrey a Risa—. Y ni siquiera el pelo es lo más importante, sino los ojos. La gente no sabe que nos reconocemos unos a otros por los ojos.

Y por eso sugiere una inyección de pigmento.

—No te preocupes: tengo la licencia de pigmentología ocular. Lo hago todos los días y nunca he tenido quejas, excepto de esa gente que se queja hagas lo que hagas.

Audrey sigue hablando de sus clientes de la alta sociedad y de las cosas raras que le piden, desde colores de ojo fosforescentes que vayan a juego con las uñas a inyecciones de pigmento negro azabache que dan la impresión de que la pupila se ha tragado al iris. Su voz es relajante y tan anestésica como las gotas que deja caer en los ojos de Risa. Risa baja la guardia y no nota hasta que es demasiado tarde que Audrey le ha sujetado los brazos a los brazos de la silla, y le ha asegurado igualmente la cabeza contra el reposacabezas. A Risa le entra pánico.

—¿Qué está haciendo…? ¡Suélteme!

Audrey se limita a sonreír:

—Me temo que no puedo hacer eso, cielo. —Y se vuelve para coger algo que Risa no puede ver.

Entonces Risa comprende que el propósito de Audrey no tiene nada que ver con

ayudarla. ¡Quiere la recompensa! Una simple llamada, y la policía se presentará allí. ¡Qué idiota ha sido al confiar en ella! ¡Cómo ha podido estar tan ciega!

Audrey regresa con un aparato de feo aspecto en la mano. Es una jeringuilla con una docena de agujas diminutas en la punta, que forman un pequeño círculo.

—Si no te inmovilizo, te podrías mover durante el proceso… incluso coger el aparato sin pensar, y eso podría provocar daños en la córnea. La sujeción es una medida de seguridad.

Risa respira aliviada, pero sigue temblorosa. Audrey lo atribuye al miedo a las agujas de la jeringuilla.

—No te preocupes, cielo. Esas gotas que te he puesto en los ojos son mágicas. Te prometo que no sentirás nada.

Y Risa ve que los ojos se le empañan de lágrimas. Esa mujer quiere ayudarla realmente. Risa se siente culpable de su estallido paranoico, aunque Audrey no haya llegado a comprender a qué se debía su miedo.

—¿Por qué hace esto por mí?

Audrey no responde al principio. Se centra en la tarea que tiene a mano, inyectando en los iris de Risa un tono sorpresa que Audrey le ha prometido que le gustará. Risa le ha creído debido a la total confianza que la mujer muestra en ese punto. Por un momento siente como si estuviera siendo desconectada, pero decide desterrar esa sensación. Lo que muestra Audrey es compasión, no distancia profesional.

—Te ayudo porque puedo —dice Audrey mientras trabaja en el otro ojo—. Y por mi hijo.

—¿Su hijo…? —Por un momento, Risa cree que lo ha comprendido—: ¿Usted lo…?

—¿Lo mandé desconectar…? No. Nada de eso. Desde el momento en que apareció en la puerta de la casa, le cogí mucho cariño. Ni se me pasaría por la cabeza una cosa así.

—¿Es un chico de la cigüeña?

—Sí. Lo dejaron en mi puerta en lo más crudo del invierno. Además, había nacido prematuramente. Tuvo la suerte de sobrevivir. —Se detiene, comprueba cómo entran los pigmentos, y se va a buscar una segunda tanda de inyecciones—. Entonces, cuando tenía catorce años, le diagnosticaron cáncer. Cáncer de estómago que se extendió al hígado y al páncreas.

—Lo lamento.

Audrey se echa un poco hacia atrás, mirando a Risa a los ojos, pero no con la

intención de juzgar su propio trabajo.

—Cielo, yo nunca tomaría una parte desconectada para mí misma. Pero cuando me dijeron que el único modo de salvar la vida de mi hijo era prácticamente vaciarlo y reemplazar todos sus órganos internos con los de otro, ni siquiera dudé. «¡Háganlo!», les dije. «Háganlo lo antes posible».

Risa no dice nada, comprendiendo que aquella mujer tiene necesidad de confesarse.

—¿Quiere saber el motivo real de que la desconexión tenga tanto éxito, señorita Risa Expósito? No es por las partes que queremos para nosotros mismos, sino por lo que estamos deseando hacer para salvar a nuestros hijos. —Ella piensa en eso y se ríe con dolor—. Date cuenta. Estamos deseando sacrificar a los muchachos que no amamos por los que sí amamos. ¡Y nos llamamos civilizados!

—No es culpa nuestra que exista la desconexión —le dice Risa.

—¿No…?

—Usted no tenía otra manera de salvar a su hijo. No tenía opción.

—Siempre hay opciones —dice Audrey—. Pero ninguna otra opción habría mantenido a mi hijo con vida. Si hubiera habido otra opción para mantenerlo vivo, la hubiera preferido. Pero no la había.

Suelta las sujeciones de Risa, y entonces se va para limpiar la bandeja de la jeringuilla.

—Bueno, el caso es que mi hijo está vivo y en la Universidad, y me llama al menos una vez por semana (normalmente para pedirme dinero), pero el mero hecho de que yo pueda recibir esa llamada me parece un milagro. La conciencia me dolerá el resto de la vida, pero ese es un precio pequeño que tengo que pagar por tener a mi hijo todavía entre los vivos.

Risa mueve la cabeza en señal de aceptación, ni más ni menos. ¿Puede culparla Risa por usar todos los medios a su alcance para salvar la vida de su hijo?

—Aquí lo tienes, cielo —dice Audrey, dándole la vuelta para ponerla frente al espejo—. ¿Qué te parece…?

Risa apenas puede creerse que la chica del espejo sea ella. La permanente es tan leve que su pelo, en vez de aparecer voluminoso e hinchado, le cae en una suave cascada de rizos caoba, con suaves reflejos. ¡Y los ojos! Audrey no le ha puesto ese tipo de pigmento detestable que muchas chicas llevan aquellos días. Por el contrario, ha potenciado la fuerza de sus ojos pasando del castaño a un verde muy natural. Está preciosa.

—¿Qué te dije? —le pregunta Audrey, claramente orgullosa de su trabajo—.

Textura para el pelo, color para los ojos: ¡la combinación ganadora!

—¡Es maravilloso! ¿Cómo se lo podría agradecer?

—Ya lo has hecho —le dice Audrey—. Dejándome que lo hiciera.

Risa se admira como nunca lo ha hecho, dedicando a ello un tiempo que nunca ha dedicado. Una buena sesión de maquillaje: eso es lo que necesitaría también este mundo desviado. Si Risa supiera cómo hacer que eso ocurriera. Su mente repasa la sentida historia de Audrey y su hijo. En otro tiempo, la medicina curaba las enfermedades del mundo. El dinero de la investigación se dedicaba a buscar soluciones. Ahora la investigación médica no hace más que encontrar cada vez maneras más retorcidas de usar las diversas partes y órganos de los desconectados. NeuroWeaves en vez de educación. Sustitución de músculos en vez de ejercicio. Y luego está Cam. ¿Será cierto lo que dijo Roberta, que Cam es el futuro? ¿Cuánto falta para que la gente empiece a desear múltiples partes de múltiples personas solo porque es la última moda? Sí, tal vez la desconexión tiene tanto éxito a causa de los padres que se desesperan por salvar a sus hijos, pero es el comercio de la vanidad lo que le permite prosperar con tal entusiasmo.

«Si hubiera alguna otra opción…». Es la primera vez que Risa realmente se pregunta por qué no la hay.

23. Nelson

J. T. NELSON, antiguo miembro de la Autoridad Juvenil de Ohio, pero ahora agente libre, se considera un hombre honrado que cumple con su deber en un mundo que es cualquier cosa menos honrado. Nelson consiguió su actual furgoneta de modo legítimo. La compró con dinero contante y sonante a un vendedor de coches de segunda mano en Tucson, el día después de ser aletargado sin ninguna ceremonia por un chaval de catorce años: el diezmo convertido en aplaudidor que lo dejó inconsciente en la cuneta de la carretera para que se lo comieran los carroñeros y para que, al llegar la mañana, se friera bajo el sol de Arizona. Curiosamente, a ese chico no se le había ocurrido quitarle la cartera. Había que dar gracias al cielo por pequeños milagros como ese, que le concedía a Nelson el privilegio de seguir siendo un hombre honrado.

El vendedor de coches usados era, como corresponde, un estafador, y le encantó separar a Nelson de más dinero del que valía aquella furgoneta color azul con diez años de antigüedad, pero Nelson no tenía tiempo de regatear. Todo el dinero que había hecho de sus dos últimas ventas de desconectables se había ido en aquella transacción, pero robar un juego de ruedas no era posible, pues cuando uno se dedica a algo tan ilícito como el negocio del pirateo de partes, es mejor ser legal en todo lo demás. Los delitos se combinan y agravan unos con otros. Al menos de ese modo no tiene que ir mirando por encima del hombro con temor de que se aparezca un coche de policía.

Cuando Nelson vio en las noticias la foto que Argent Skinner había colgado tan alegremente, esa foto era tratada como una farsa, como algo gracioso, pues la Autoridad Juvenil y el FBI la habían descartado ya considerándola trucada. Nelson, sin embargo, supo que no estaba trucada. No solo porque sabía que Connor estaba todavía vivo, sino porque en la foto él seguía llevando los mismos ridículos pantalones azules de camuflaje que llevaba en el Cementerio. Investigó sobre Argent antes de hacerle aquella visita profética. Un tío corto de luces, con un trabajo de tres al cuarto y patéticos antecedentes por conducir borracho y armar camorra en el bar. Aun así, podía serle útil a Nelson, y en la forma en que está actualmente, a Nelson le puede venir muy bien llevar a alguien a su lado. Aunque trata de no mostrarlo, esas horas que permaneció inconsciente en el desierto de Arizona se han cobrado un peaje más profundo que las dolorosas quemaduras que le han quedado en el rostro y le pelan la piel. Están los mordiscos de los animales, algunos de los cuales están infectados. Y quién sabe qué enfermedades portaban aquellos bichos. Pero ahora no puede perder el tiempo con esas cosas. Por lo menos hasta que obtenga su premio.

24. Argent

TIENE QUE SER listo. Más listo de lo que nadie espera de él. Más listo incluso de lo que él mismo se cree. Tiene que estar a la altura de las circunstancias… porque, si no, podría terminar muerto.

—Cuéntamelo, Argent —le dice Nelson—. Cuéntame todo lo que dijo Lassiter cuando estuvo en tu sótano.

Es día uno: han dejado Heartsdale hace menos de media hora en dirección norte. Ese hombre que está al volante, ese pirata de partes, es inteligente y conoce su profesión. Pero hay algo en sus ojos que da a entender que se halla al borde del abismo, haciendo equilibrios en el límite con la locura. Y tal vez haya llegado a ese límite por culpa de Connor Lassiter. Si Nelson ha perdido el equilibrio, entonces puede que él y Argent estén en las mismas condiciones.

—Cuéntame todo lo que recuerdes. Aunque te parezca una tontería, quiero saberlo.

Así que Argent empieza a hablar y no se detiene. Sigue y sigue contando todo lo que Connor dijo, y también un montón de cosas que no dijo.

—Sí, llegamos a estar bastante unidos —fanfarronea Argent—. Me contó toda esa mierda sobre su vida de antes, como que sus padres cambiaron las cerraduras durante su última estancia en el reformatorio, antes de firmar la orden de desconexión. Y que odiaba a su hermano por ser tan buenecito todo el tiempo.

Estas son cosas que Argent ha leído sobre el ASP de Akron mucho antes de que se presentara ante su caja registradora para comprar unos sándwiches. Pero de eso Nelson no tiene por qué enterarse.

—Llegasteis a estar tan unidos que te hizo esos cortes en la cara, ¿eh? —comenta Nelson.

Argent se toca los puntos del lado izquierdo de la cara…, al descubierto ahora que le han quitado la gasa. Le escuecen, pero solo le duelen cuando se los aprieta demasiado.

—Es todo un hijo de puta —dice Argent—. No trata bien a sus amigos. Además, tenía sitios a los que ir, y yo no lo quería soltar a menos que me prometiera que me llevaría con él. Por eso me hizo los cortes, cogió a mi hermana de rehén, y se fue.

—¿Se fue adónde?

Ahora viene la parte que Argent tiene que vender:

—No habló mucho de eso salvo, claro, cuando nos tomamos el aletargante.

Nelson lo mira:

—¿Fumasteis aletargante los dos?

—Sí, todo el tiempo. Era lo que prefería que hiciéramos juntos. Y del bueno. De gran calidad, de primera.

Nelson lo mira dudando, así que Argent decide moderar un poco su historia:

—Bueno, quiero decir… de la mejor calidad que puede encontrarse en Heartsdale.

—Así que hablaba estando colocado. ¿Qué te dijo?

—Tengo que hacer un esfuerzo por recordar, porque yo también estaba bastante zumbado, así que lo tengo todo confuso. Está todo en mi coco, claro, pero tengo que encontrarlo.

—Habrá que sondear muy hondo —dice Nelson.

Argent no hace caso del comentario.

—Luego hablaba de una chica —ofrece Argent—, «Tengo que ir allí, tengo que ir allí», decía. Iba a darle mercancía, pero no sé muy bien qué.

—Risa Expósito —dice Nelson—. Estaba hablando sobre Risa Expósito.

—No, de ella no… Si se hubiera referido a ella yo me habría dado cuenta. —Argent frunce el ceño. Le duele cuando lo hace, pero lo hace de todas formas—. Era otra persona. Mary, se llamaba. Sí, eso es: Mary y algo en francés. LeBeck. O LaBerg. ¡LaVeau! Eso es, Mary LaVeau. Iba a encontrarse con ella. A beber bourbon.

Después de eso, Nelson permanece callado, y Argent no le cuenta nada más. Le deja que lo rumie durante un rato.

Día dos, rayando el alba. Una habitación barata en un motel de North Platte, Nebraska. La verdad, Argent esperaba algo mejor. Nelson despierta a Argent cuando el cielo sigue oscuro, antes del alba.

—Hora de ponerse en camino. Levanta ese culo perezoso de la cama. Volvemos.

Argent bosteza antes de preguntar:

—¿Por qué tanta prisa?

—Por la Casa de Vudú de Mary LaVeau. —Ha estado muy afanado haciendo sus pesquisas—. Está en Bourbon Street, en Nueva Orleans. De eso era de lo que hablaba Lassiter. Para bien o para mal, ahí es donde ha ido, y va una semana por delante de nosotros. Lo más fácil es que ya haya llegado.

Argent se encoge de hombros:

—Si usted lo dice…

Se da la vuelta y aprieta la cara contra la almohada para ocultar su sonrisa. Nelson no se imagina cómo le ha tomado el pelo.

Día tres: Fort Smith, en Arkansas. Por la tarde, aquel montón de chatarra pintada de azul que conduce Nelson se estropea. Nelson se pone hecho una furia.

—No se pueden conseguir repuestos el fin de semana —dice el mecánico—. Tengo que pedirlo especialmente. Llegará el lunes, puede que el martes.

Cuanto más furioso se pone Nelson, más tranquilo se pone el mecánico, como si extrajera una especie de regocijo espiritual de la desgracia de Nelson. Argent conoce ese tipo de gente. De hecho, él pertenece a ese tipo de gente.

—La única manera de tratar con ese tipo es zumbarle bien la badana —le aconseja Argent a Nelson—, y luego decirle que le harás lo mismo a su madre si no te arregla la furgoneta.

Pero Nelson no sigue este sensato consejo.

—Iremos en avión —dice, y le paga al mecánico para que los lleve al Aeropuerto Regional de Fort Smith, solo para enterarse de que el siguiente vuelo (una avioneta de veinte asientos con destino a Dallas) sale a las seis. Y aunque quedan cuatro asientos, la puerta de seguridad del aeropuerto cierra a las cinco. Los agentes de Seguridad en el Transporte siguen en su oficina, comiendo bollitos de salchicha, pero ¿van a abrir la seguridad por dos pasajeros? Por nada del mundo. Argent cree que Nelson sería capaz de matarlos si ellos no tuvieran a su vez armas para defenderse.

Al final Nelson utiliza una de sus falsas identidades para alquilar un coche cuya devolución podrán esperar sentados.

Día cuatro: Bourbon Street ya de noche. Argent no ha estado nunca en Nueva Orleans, pero siempre ha tenido ganas de ir. No es un lugar al que pudiera llevarse a Grace, pero Grace ya no representa ningún problema. Pasea por Bourbon Street con un huracán en la mano y un collar de cuentas de plástico alrededor del cuello[4]. Los pitidos estentóreos y las risas llenan la calle. Argent podría hacer eso todas las noches. Podría vivir así. La mitad del huracán ya le está dando vueltas en la cabeza. ¡Es increíble! Beber en la calle no solo es legal, sino que te animan a hacerlo. ¡Solo en Nueva Orleans!

Él y sus amigos siempre hablaban de ir al carnaval de Nueva Orleans, pero todo se quedaba en hablar, porque ninguno de ellos tenía agallas para salir de Heartsdale. Sin embargo, ahora Argent tiene un nuevo amigo, un amigo que se ha mostrado más que encantado con la idea de viajar a Nueva Orleans, pensando que era idea de él. El aprendizaje de Argent no durará mucho, sin embargo, si no se gana su sustento. Si no

demuestra que es útil. Indispensable.

Argent no está seguro de dónde está Nelson en aquel momento. Probablemente acosando a quien quiera que lleve la Casa de Vudú de Mary LaVeau. No encontrará allí ninguna respuesta, ninguna pista sobre el paradero de Connor Lassiter, da igual los métodos para extraer la información que un pirata de partes sea capaz de utilizar. Es la mayor caza de gamusinos que haya habido. Se pondrá furioso y le echará la culpa a Argent.

«Eh, fuiste tú el que dijo lo de ir a Nueva Orleans, no yo», le responderá Argent, pero Nelson seguirá echándole la culpa. Así que Argent necesita una ofrenda de paz. Algo que abra los ojos a Nelson y le haga comprender la verdadera valía de Argent.

En vez de regresar al hotel, que huele a desinfectante y pelo quemado, Argent busca problemas. Y los encuentra. Y se hace amigo de ellos. Y los traiciona.

Día cinco: Nelson duerme la borrachera de alcohol y analgésicos que se empapó al ver frustrada su búsqueda de Connor Lassiter. Argent, que está fuera toda la noche, regresa al hotel al alba, para despertarlo.

—Tengo algo para ti. Algo que te va a gustar. Tienes que venir ahora.

—¡Vete a la puta mierda! —Nelson no está en plan de cooperar. Ni Argent esperaba que lo estuviera.

—No está lejos, Jasper —dice Argent—. Confía en mí en esto.

Nelson le dirige una mirada asesina.

—Vuelve a llamarme así, y te rebano el pescuezo.

Se sienta en la cama, obteniendo tan solo un leve éxito en su lucha contra la gravedad.

—Lo siento. ¿Cómo tengo que llamarte?

—No me llames nada.

Tras introducir una cafetera entera de café de hotel en el interior de su compañero, Argent lleva a Nelson a un viejo bar calcinado en un vecindario en ruinas que parece postapocalíptico. Probablemente no ha sido habitado por gente legal desde que fallaron los diques[5].

Dentro hay dos ASP atados y amordazados: un chico y una chica.

—Me hice amigo de ellos mientras tú estabas muerto para el mundo —le dice Argent a Nelson con orgullo—. Les convencí de que yo también era un ASP. Después empleé con ellos mi llave de estrangulamiento. La misma que utilicé con quien tú sabes.

Los dos ASP han recuperado la conciencia mientras tanto. No pueden hablar por culpa de la mordaza, pero sus ojos son la imagen misma del terror.

—Son de categoría —le dice Argent a Nelson—. Tienen que valer su dinerito, ¿no?

Nelson los mira con un interés atenuado por la resaca.

—¿Los has atrapado tú solo?

—Sí. Podría haber atrapado a más, si hubiera encontrado más. Lo que te den por ellos, guárdatelo. Es un regalo que te hago.

Y Nelson dice:

—Vamos a soltarlos.

—¿Qué…?

—Estamos demasiado lejos de mi contacto en el mercado negro, y no vamos a ir arrastrándolos por todo el universo.

Argent no da crédito a lo que oye.

—¿Te los pongo a los pies, y tú vas a tirar el dinero a la basura?

Nelson mira a Argent y lanza un suspiro.

—Lo has hecho de maravilla. Es un trabajo excelente, pero vamos detrás de una pieza mucho más importante.

Y tras decir eso, Nelson, sencillamente, se va.

Furioso, Argent lanza improperios contra los dos amordazados, que no pueden responderle.

—Debería dejaros aquí para que os pudráis, eso es lo que debería hacer.

Pero no lo hace. Tampoco los libera. Lo que hace es una llamada anónima a los de la brigada juvenil para que los atrapen, regalando de ese modo su primer día de trabajo como pirata de partes. Su único consuelo es que Nelson tal vez se ha quedado impresionado con la inútil captura.

Se dirige al hotel, sin dejar de planear la siguiente jugada de su caza del gamusino, y las distintas maneras para hacerle pensar a Nelson que es él el que lleva las riendas. Hay montones de sitios además de Nueva Orleans que le gustaría conocer. Montones de lugares a los que le llevará Nelson, siempre que sepa colocar las miguitas de pan.

25. Connor

NO QUIERE SEGUIR en la reserva. No tiene nada contra la familia Tashi'ne: parecen bastante complacientes, si bien algo fríos con él, y cuidan de Lev estupendamente; pero la reserva no debería haber sido más que una parada en boxes en el camino hacia su destino. Pese a la lentitud con que parecen pasar allí los días, en cierto modo también pasan a una velocidad alarmante. La parada en boxes dura ya dos semanas. Sí, Lev necesitaba bastante tiempo para sanar, pero ahora ya está lo bastante bien para reemprender el camino. Que las cosas no cambien en la reserva no significa que el resto del mundo vaya a dejar de girar como un loco. Las cosechadoras siguen desconectando chicos, la Ciudadanía Proactiva sigue presionando para endurecer las leyes contra los desconectables. Cada día que siguen allí dentro es otro día en que las cosas pueden empeorar allá fuera.

La solución, o al menos una parte de ella, tiene que encontrarse en Janson Rheinschild. Trace, la mano derecha de Connor en el Cementerio, estaba convencido de eso, y Trace tenía razón en muchas cosas. Desde el momento en que Connor se enteró de que Rheinschild había sido el marido de Sonia, el hombre le resultó difícil de digerir a Connor, como una carne en mal estado. Cuanto antes encuentren a Sonia, antes podrá purgárselo.

—De todos modos, ¿por qué es tan importante llegar a Ohio? —le pregunta Grace comiéndose trocitos de pan frito arápache—. Argent dice que en esa ciudad no hay nada más que frío y gente gorda.

—No lo entenderías —le dice Connor.

—¿Por qué? ¿Porque soy tonta?

Connor hace una mueca. No iban por ahí los tiros, pero sabe que ha sonado como si quisiera decir eso.

—No —le contesta—: no lo entenderías porque no eres una desconectable ASP. Nunca has tenido que enfrentarte a la desconexión, por eso nunca comprenderás que merece la pena arriesgarlo todo para detenerla.

—Puede que no sea una desconectable, pero sí soy ASP, eso seguro. Huyo de mi hermano, que me matará en cuanto me vea, si me encuentra algún día.

Connor intenta rechazar ese argumento, pero no puede del todo. Está claro que Argent la ha golpeado bastante en el pasado, seguramente hasta le ha dado palizas, pero ¿es un asesino? Tal vez no un asesino intencionado, pero Connor lo imagina preso de cólera y pegando a Grace hasta matarla. E incluso, si no es capaz de eso, lo cierto es que en la mente de Grace es una amenaza muy real. Como él y Lev, ella es

una fugitiva, aunque por diferente motivo.

—No dejaremos que te vuelva a hacer daño —le dice Connor.

—¿Nunca?

Connor asiente con la cabeza:

—Nunca.

Aunque sabe que esa es una promesa que no cuenta con qué respaldarla, puesto que él y Grace no se van a pasar la vida juntos.

—Bueno, ¿quién es ese tipo que andáis siguiendo?

Connor piensa si decirle tan solo «un tipo», o alguna respuesta parecida, pero decide por el contrario mostrarle un respeto que nunca le han mostrado hasta entonces. Le dice lo que sabe. O, más exactamente, lo que no sabe.

—Janson Rheinschild desarrolló la tecnología del neuro-injerto que hizo posible la desconexión. Fundó una organización llamada Ciudadanía Proactiva.

—He oído hablar de ella —dice Grace—. Cuidan a niños pobres en la India y tal.

—Sí, seguramente lo hacen para cosechar sus órganos. El caso es que Rheinschild no pretendía que su descubrimiento fuera usado para la desconexión. De hecho, creó la Ciudadanía Proactiva como una organización de salvaguarda para prevenir cualquier abuso de su tecnología. Pero, al final, otra gente tomó el control, y se convirtió en justo lo contrario. Ahora promueve la desconexión, manipula los medios de comunicación, y hay rumores de que incluso controla a la Autoridad Juvenil.

—Eso es horrible —dice Grace con la boca llena.

—Efectivamente. Y lo que es aún más horrible es que hicieron desaparecer a Rheinschild de la faz de la tierra.

—¿Lo mataron?

—¿Quién sabe…? Lo único que sabemos es que lo han borrado de la historia. Nosotros pudimos encontrar su rastro solo por un artículo en el que su nombre estaba mal escrito. En cualquier caso, Lev y yo nos imaginamos que una organización como esa no haría desaparecer a ese hombre solo porque hablara contra ellos. Pensamos que él sabía algo tan peligroso que tenían que acabar con él. Y cualquier cosa que sea peligrosa para la Ciudadanía Proactiva es un arma para nosotros. Y por eso tenemos que encontrar a su mujer, Sonia, que lleva todos estos años viviendo escondida.

Grace se lame la grasa de los dedos.

—Una vez conocí a una Sonia en Heartsdale. Tenía muy mal genio, y una cosa en la cara del tamaño de un zurullo de perro. Fue para que se lo quitaran, pero le dio un ataque al corazón en la mesa y murió antes de que pudieran cambiárselo por otro. Argent dice que, para empezar, le sorprende que ella tuviera corazón. Pero a mí me

dio pena. Es una tontería morirse porque a uno le crece un zurullo en la cara.

Connor tiene que sonreír.

—Nunca se ha dicho verdad más grande. —Por lo que a él se refiere, la Ciudadanía Proactiva es como un zurullo en la cara de la humanidad. Pero si puede o no ser extirpado sin matar al paciente, solo el tiempo lo dirá.

—Entonces ¿quién manda ahora en la Ciudadanía Proactiva? —pregunta Grace.

Connor se encoge de hombros:

—No tengo ni la más remota idea.

—Bueno, cuando te enteres me lo dices. Me gustaría jugar con él al Stratego.

El equilibrio de fuerzas entre Connor y Lev ha cambiado. Antes, eran un equipo, con una misma mente en lo que se refería a su propósito, pero ahora mantienen una relación tensa. Cualquier intento de abordar el tema de seguir camino es recibido por Lev con una incomprensión apenas velada, y en cierta ocasión se levanta y se sale de la habitación.

—Después de todo lo que ha pasado, Lev se merece un poquito de paz —le dice Una a Connor después de que Lev se haya ido.

A Connor le cae bien Una. Le recuerda a Risa. Si no en su aspecto, al menos sí en la manera en que evita que se la tome por tonta. Risa, sin embargo, estaría apremiando a Lev a continuar el viaje en vez de planear sus vacaciones.

—Para merecer la paz, hay que ganársela —le responde Connor a Una.

Ella esboza una sonrisita:

—¿Eso lo has leído en algún monumento de homenaje a los caídos en la guerra?

Él la mira, pero no dice nada porque, en realidad, sí, fue en uno de esos monumentos donde lo leyó. En el Monumento a los Caídos en la Guerra Interna. Durante el viaje de fin de curso de sexto. Sabe que necesitará mejor argumento que una frase manida grabada en granito si quiere estar a la altura de Una.

—Por lo que tengo entendido —dice Una—, él te salvó la vida, y tú estuviste en un tris de acabar con la suya cuando lo atropellaste con el coche de policía. Al menos podrías dejarlo que se recupere de sus heridas.

—¡Él se tiró delante del coche! —dice Connor, empezando a perder la paciencia. ¿De verdad te crees que yo quería atropellarlo?

—Si vas a toda pastilla y sin mirar, tienes que atropellar a alguien. Dime, ¿estar a punto de matar a tu amigo ha sido el primer obstáculo que te has encontrado por el camino, o ha habido más?

Connor da un puñetazo en la pared con la mano de Roland. Aguanta el puño, y aunque no lo afloja, se obliga a bajarlo hasta el costado.

—Hay obstáculos en todos los viajes.

—Si el universo te dice que vayas más despacio, deberías escucharlo en vez de esconder la cabeza en la tierra como el avestruz.

Él dirige los ojos hacia ella de repente, preguntándose si Lev le habrá contado lo del avestruz, pero no hay nada en la expresión de ella que revele si lo ha dicho con toda la intención o por pura casualidad. No puede hacer ningún comentario al respecto, sin embargo, porque si contara lo del avestruz, ella sostendría que las casualidades no existen.

—Lev se siente seguro aquí —insiste Una—. Protegido. Lo necesita.

—Si tú eres su protectora —pregunta Connor—, ¿dónde estabas cuando se transformó en una bomba?

Una aparta la mirada, y Connor comprende que se ha pasado.

—Lo siento —dice—. Pero lo que estamos haciendo… es importante.

—No te lo creas —dice Una, que sigue dolida por la última pulla—. Tu leyenda puede ser grandiosa, pero tú no eres más grande que los demás. —Y entonces sale de la habitación tan aprisa y tan furiosa que Connor nota que mueve el aire al pasar.

Esa noche, acostado en la cama, ve cómo se derraman sus pensamientos y asociaciones unos en otros, todo ello producto del cansancio. A pesar de lo cómoda que es la cama, la pequeña habitación de piedra parece una celda.

Tal vez sea porque no es más que un forastero, pero para Connor, los arápaches viven de manera muy contradictoria. Sus casas son austeras y, sin embargo, puntuadas por una deliberada opulencia. Una cama de postín en una habitación sin decoración alguna. Una simple fogata en un agujero abierto en la sala común que no es tan simple, porque los troncos son colocados y la temperatura conservada por un sistema automático, de tal manera que no se apaga nunca. Por un lado rechazan las comodidades modernas, y por el otro las abrazan, como si estuvieran enzarzados en una batalla interminable entre espiritualismo y materialismo. Tiene que haber estado ocurriendo desde hace tanto tiempo que parecen ciegos a su propia ambivalencia, como si formara ya parte de su cultura.

Eso le hace pensar a Connor en su propio mundo y su propia naturaleza contradictoria. En una sociedad cortés, gentil, que clama compasión y decencia como principio básico, y al mismo tiempo crea la desconexión. Podía llamarlo hipocresía,

pero es más complejo que eso. Es como si todo el mundo hubiera hecho un pacto mudo para mirar para otro lado. No es que el emperador no tenga ropa; es que todo el mundo está colocado donde no puede verla.

Así pues, ¿qué puede hacer para que todo el mundo se vuelva y mire?

Connor sabe que es un idiota al pensar que puede hacer algo para cambiar la inercia masiva de un mundo que se sale de su eje. Una tiene razón: él no es más grande que los demás. Más pequeño en realidad: tan pequeño que el mundo ya ni siquiera sabe que todavía existe, así que, ¿cómo puede esperar hacer algo que sirva para cambiar las cosas? Lo intentó una vez y ¿adónde le llevó eso? Los cientos de chicos que había intentado salvar en el Cementerio están ahora en cosechadoras, siendo desconectados, y Risa, la única cosa buena que ha habido en su vida, se halla tan fuera del alcance del radar como él.

Con el imposible peso del mundo sobre los hombros, qué tentador tiene que ser para Lev imaginarse que desaparece allí. Para Lev sí, pero no para Connor. No va de acuerdo con su naturaleza eso de ser uno con la naturaleza. El crepitar de una hoguera no le tranquiliza, solo le aburre. Y la serenidad que transmite un arroyo cantarín es su versión de la tortura por agua.

«Eres un niño muy nervioso», solía decirle su padre cuando era pequeño. Era el eufemismo paterno para describir a un niño fuera de control. Un niño incómodo en su propia piel. Al final sus padres tampoco se encontraban cómodos manteniéndolo en su piel, y firmaron la espantosa orden de desconexión.

Se pregunta cuándo tomarían realmente la decisión de desconectarlo. ¿Cuándo dejaron de quererlo? ¿O no se trataba de falta de amor? ¿Fueron engatusados por los muchos anuncios que decían cosas como «La desconexión: demuéstrale que lo quieres lo bastante para dejarlo ir» o «División corpórea: lo más entrañable que puedes hacer por un niño que sufre desorden de desunión»?

Así es como lo llaman, «desorden de desunión», un término seguramente acuñado por la Ciudadanía Proactiva para describir a un adolescente que siente que le gustaría estar en un lugar distinto del que ocupa, y en la piel de otro. Pero ¿quién es el que no siente de ese modo alguna vez? Claro que algunos chicos lo sienten más que otros. Connor sabe que él era de los que más. Pero es un sentimiento con el que uno aprende a vivir, y que termina por dominar y convertir en ambición, en impulso, y finalmente en logro, con un poco de suerte. ¿Quiénes eran sus padres para negarle esa posibilidad?

Connor cambia de posición en la cama y da un puñetazo en la almohada de plumón de cisne con el puño izquierdo, pero luego cambia, comprendiendo que

resulta mucho más satisfactorio cuando usa el brazo de Roland para pegar. Connor ha ejercitado su brazo izquierdo para que esté casi a juego con el de la derecha, pero cuando se trata de la expresión física, el brazo de Roland es el que hace, al ser usado violentamente, que su cerebro libere endorfinas.

No puede imaginarse cómo sería tener un cuerpo que solo desea hacer daño a todo y a todos los que están alrededor. Sí, claro, a Connor le pasaba un poco eso, pero solo de vez en cuando. Roland, sin embargo, era un adicto a dar palizas.

A veces, cuando sabe que nadie le ve ni le oye, Connor le dice cosas a su brazo injertado. Llama a eso «hablarle a la mano».

—Eres un caso perdido, ¿lo sabías? —dice cuando la mano no deja de cerrarse en un puño. A veces, se levanta a sí mismo el dedo corazón, y se ríe. Sabe que el impulso del gesto es suyo, pero imaginar que es de Roland es al mismo tiempo agradable y molesto, como un picor que empeora cuanto más rasca uno.

Una vez, en el Cementerio, Hayden le había pasado a Connor algo de chocolate medicinal para que se calmara. Farmacológicamente complejo, el cannabis de ingeniería genética, comprendió Connor, produce un efecto alucinógeno mucho más severo que el aletargante que se fuma. El tiburón del brazo le hablaba esa noche, y con la voz de Roland, nada menos. Más que nada, disparaba sartas de blasfemias inteligentemente pensadas, pero también decía algunas cosas interesantes.

«Hazme entero otra vez, para que pueda darte una paliza», le decía, y: «Rompe un par de narices: eso hará que te sientas mejor», y «sacúdetela con tu propia mano».

Pero lo que repite continuamente es: «Proporciónale un sentido, Akron».

¿A qué se refería el tiburón exactamente? ¿Qué era lo que tenía que tener sentido? ¿La desconexión de Roland? ¿La vida de Roland? ¿La de Connor? El tiburón era enloquecedoramente vago, como suelen ser las alucinaciones. Connor nunca se lo contaba a nadie. Ni siquiera le reconoció nunca a Hayden que el chocolate le hiciera algún efecto. Al fin y al cabo, el tiburón, con la mandíbula fija en un gesto depredador, no volvió a hablar a Connor, pero su enigmática petición de un sentido resuena a través de las sinapsis que conectan las neuronas motrices de Roland y las de él.

La furia de Roland contra sus padres estaba más concentrada que la de Connor. Se trataba de un feo triángulo doloroso. El padrastro de Roland pegaba a su madre, así que Roland le dio una paliza al hombre por ese motivo. Y entonces la madre eligió al hombre que la pegaba en vez de al hijo que intentó ayudarla, y envió a Roland a que lo desconectaran.

«Hacer que signifique algo…».

La furia que siente Connor contra sus propios padres arde como ese hogar siempre encendido de la sala común, pero a diferencia de Roland, la furia de Connor es tan azarosa como la danza de las llamas en busca de algo que quemar. Su fuego no se mantiene encendido por la decisión de los padres de desconectarlo, sino por las preguntas sin respuesta que rodean esa elección.

¿Por qué lo hicieron?

¿Cómo tomaron la decisión?

Y lo más importante: ¿Qué le dirían si supieran que estaba vivo… y qué les contestaría él?

Va corriendo a Ohio en busca de Sonia, pero en lo más hondo de la mente, Connor sabe que eso también lo acerca dolorosamente a su propia casa. Se pregunta si, en el fondo, no será esa la verdadera razón de aquel viaje.

Así que se agita y revuelve furiosamente en una cama lujosa dentro de una habitación espartana, desconectándose emocionalmente con su propia ambivalencia.

26. Lev

LEV SABE que seguir en la reserva pone a Connor de los nervios. Pero ¿no se ha ganado el derecho a ser un poco egoísta aunque solo sea por una vez?

«Te puedes quedar todo el tiempo que quieras», le ha dicho Elina. Pivane, por otro lado, fue algo más práctico: «Te puedes quedar todo el tiempo que necesites». Así que la cuestión es: ¿cuánto tiempo necesita quedarse el deseo de Lev, y cuánto, sencillamente, quiere quedarse?

Todavía tiene el costado amoratado, y sin medios de curación rápida (que los arápaches no usan), las costillas y los órganos contusionados tardarán tiempo en curar. Podría decir que necesita quedarse todo ese tiempo, pero sabe que Connor no le haría caso, y tendría razón en enfadarse con él. Tienen una misión que cumplir, una misión que no puede dejarse a un lado solo por comodidad. Lo que Lev necesita es otra misión de la misma importancia.

Entonces, hacia el final de su segunda semana en la reserva, la situación entera da un giro brusco que deja a todo el mundo anonadado.

Es la hora de la cena. Esa noche hay una pequeña reunión (solo los tres invitados, juntos en la mesa con Elina, Kele y Chal, el marido de Elina), que por fin ha regresado de su trabajo en el tribunal. Desde el momento que llega, trata a Lev con una reserva y cortesía propias de abogado, como si tuviera miedo de cometer alguna acción o emoción específicas con relación a Lev.

—Elina me lo ha contado todo. Me alegro de que estés aquí —dice Chal al saludar a Lev. Pero si es sincero o solo lo dice por cortesía es algo que Lev no consigue distinguir en su voz. La reacción del hombre al conocer a Connor y a Grace también es reservada y comedida.

Aquel día Pivane llega tarde a la cena, y lo hace con una mirada de preocupación que borra la irritación de Elina.

—Tenéis que ver esto —dice. Primero se dirige a Elina y Chal, pero después se vuelve a Lev y a Connor—: Tenéis que verlo todos.

Mientras todo el mundo se levanta de la mesa, Pivane enciende la televisión que está al otro lado de la gran sala. Va pasando por distintos canales hasta que encuentra uno de noticias.

Si había dudas sobre el tipo de noche que será aquella, todas esas dudas se despejan ante lo que ven: La cara de Connor aparece en la pantalla, detrás del locutor del noticiario.

... y la Autoridad Juvenil, poniendo fin a especulaciones y rumores desbocados, ha confirmado que Connor Lassiter, que se suponía muerto desde hace más de un año, *sigue vivo. Lassiter, también conocido como el «ASP de Akron» fue una figura clave en la revuelta de la Cosechadora de Happy Jack que acabó con diecinueve muertes y la fuga de cientos de desconectables*.

Connor y Lev miran el televisor sin podérselo creer. El locutor prosigue:

«Lassiter podría estar viajando en compañía de Lev Calder y Risa Expósito, que también tuvieron un papel importante en la revuelta».

La foto de Risa y Lev aparece entonces en pantalla. No Lev tal como es ahora, sino como era en los viejos tiempos: pulcro, inocente e ignorante.

—¿Es malo que salgas en las noticias? —pregunta Grace para responder enseguida ella misma—: Sí, es malo.

La televisión pasa a una entrevista con un pomposo representante de la Autoridad Juvenil que sostiene una foto de Connor con un chico de mal aspecto que Lev se imagina que será el hermano de Grace. El hombre parece irritado de tener que divulgar aquella información, que sin embargo es necesaria para recabar la ayuda de la población.

Nuestros análisis han llegado a la conclusión de que esta foto es auténtica, y que fue tomada hace solo dos semanas aproximadamente. El joven que aparece en la foto, Argent Skinner, y su hermana, Grace Skinner, están actualmente desaparecidos, y tememos que Lassiter pueda haberlos secuestrado o matado.

—¿¡Qué…!? —suelta Connor, y la voz le sale en una especie de graznido.

Cualquier persona que pueda dar información sobre este fugitivo debe contactar inmediatamente con las autoridades. No intenten acercarse a él, dado que se le considera muy peligroso y podría ir armado.

Lev vuelve los ojos de la televisión a Connor, que está pasando rápidamente al «modo furia». A cualquiera que no lo conociera, le parecería realmente peligroso en ese momento.

—Tranquilo, Connor —dice Lev—. Quieren que te enfurezcas, porque cuanto más furioso estés, más errores cometerás y más fácil será cogerte. El hecho de que sientan la necesidad de recurrir a la gente significa que no tienen ni la más remota idea de dónde estás, así que de momento estás a salvo.

Pero Connor no oye nada más que el torbellino de su cabeza.

—¡Mierda! ¡Si pudieran echarme la culpa de toda la Guerra Interna, me la echarían! Yo todavía no había nacido, pero a lo mejor encuentran el modo de echarme la culpa.

Connor da un puñetazo en la pared con su brazo injertado, y a continuación hace un gesto de dolor por el dolor que le produce el golpe.

—La mentira —dice con calma Elina—, es un arma poderosa que la Autoridad Juvenil sabe cómo manejar.

Grace mira a cada uno de ellos, un poco aterrorizada:

—¿Por qué habrá desaparecido Argent? ¿Qué le habrá ocurrido?

Y entonces alguien dice, por detrás de ellos:

—¿Quién es Argent? ¿Está muerto? ¿Lo ha matado Connor?

Se vuelven y ven a Kele, de quien nadie se acordaba en aquellos momentos.

La lógica de Lev y Elina no podía calmar a Connor, pero aparentemente la mirada de terror en los ojos de Kele sí lo consiguió.

—No, no está muerto, y no, yo no lo he matado —le dice Connor, con la voz un poco más bajo control—. Esté donde esté, seguro que se encuentra bien.

Kele solo parece convencido a medias, y eso le preocupa a Lev. Sabe que el chico es un elemento un poco peligroso. Si bien que la presencia de Lev en la reserva es algo conocido, aunque de modo oficioso, nadie sabe que el tristemente célebre ASP de Akron también está allí. Kele ha prometido guardar el secreto, pero ¿será capaz de mantener la promesa ahora que el secreto parece tan importante?

—Entonces, ¿qué hacemos? —le pregunta Lev a Elina, sabiendo lo que ella dirá, o al menos esperando que lo diga.

—Tú seguirás a nuestro cuidado, por supuesto —dice Elina.

Lev respira aliviado. Ni siquiera se había dado cuenta de que había dejado de respirar.

—¡De eso nada! —suelta Connor.

Lev lo coge del hombro para evitar que se vaya hecho una furia.

—Es lo más inteligente. Ahí fuera nadie sabe que estamos aquí. Es mejor que nos quedemos escondidos hasta que dejemos de ser noticia.

—¡Nunca dejaremos de ser noticia, Lev, eso lo sabes!

—Pero no estaremos siempre en primera plana como hoy. Dales unas semanas, y tal vez entonces podamos salir sin llamar la atención. Irnos ahora sería la cosa más estúpida que podríamos hacer.

—¡Mientras nosotros seguimos aquí repantigados, los chicos del Cementerio están siendo desconectados!

—¿No te das cuenta de lo que sufrirán si te cogen? —comenta Lev—. Mientras estés libre, ellos tienen esperanzas.

—¡Se esconden los cobardes! —dice Connor.

—Pero también los guerreros se esconden hasta que llega el momento —dice Elina—. La diferencia está en si uno se esconde por miedo o por estrategia.

Eso le cierra la boca a Connor, al menos de momento. A Elina siempre se le da muy bien eso de atiborrar a la gente con alimento para el pensamiento. Los ojos de Connor siguen excitados un momento más, y después Connor se deja caer en una silla del comedor, resignado. Se mira los nudillos (los nudillos de Roland) que están rojos, en carne viva. Tienen que dolerle, pero parece como si el dolor le hiciera bien.

—Piensan que estamos con Risa —dice Connor—. ¡Me gustaría que tuviéramos tanta suerte!

—Si ella ha visto la noticia —señala Lev, entonces sabrá que tú sigues vivo… No hay mal que por bien no venga.

Connor le lanza una mirada rápida, de ligero disgusto.

—Tu habilidad para ver el lado bueno de todo me pone enfermo, ¿lo sabías?

El noticiario pasa a hablar sobre el ataque de aplaudidores de aquella semana, y Pivane apaga la televisión.

—Siendo realistas, ¿durante cuánto tiempo podremos mantener en secreto la presencia de Connor?

Lev nota que Kele adopta una expresión de culpa muda pero creciente, así que Lev le pregunta a bocajarro:

—¿A quién se lo has dicho, Kele?

—A nadie —dice él. Pero como Lev no aparta la vista, Kele confiesa la verdad—: Solo a Nova. Pero ella me ha prometido no decírselo a nadie, y yo me fío de ella. —Entonces añade—: Pensaba que estaba a salvo, porque era la Autoridad Juvenil quien iba tras él, y Connor ya no es juvenil, ¿verdad?

—Eso no importa —explica Chal—. Lo que llaman sus crímenes tuvieron lugar cuando sí que era juvenil, y eso quiere decir que ellos pueden perseguirlo aunque sea adulto.

Pivane empieza a caminar de un lado para el otro. Elina se frota la cabeza como si le doliera. Kele tiene un aspecto tan triste como si su perro acabara de morir. Lev presiente que aquello está tomando el aspecto de un alud de nieve en el momento de empezar.

—Si se corriera la voz —dice Chal—, y la Autoridad Juvenil viniera a pedirnos que les entreguemos a Lev y a Connor, podríamos negarnos. Yo podría defenderlo como un caso de asilo político. Y como no tenemos tratado de extradición, la Autoridad Juvenil no podrá hacer nada.

Elina niega con la cabeza:

—Presionarán al Consejo Tribal. Y el Consejo cederá, como hace siempre.

—Pero eso llevará su tiempo, y yo puedo ingeniármelas para poner obstáculos y dilatar las cosas.

Y entonces Grace interviene:

—¿Sabéis qué es mejor que poner obstáculos? —dice—. ¡Poner pistas falsas!

Lev y los otros se piensan que Grace es tonta, pero Connor, que la conoce mejor, se lo toma en serio:

—Explícate, Grace.

Viéndose centro de la atención, Grace se anima y emociona. Gesticula tanto con las manos que casi parece que esté hablando por signos de sordomudos.

—Mirad, si les paramos los pies poniendo obstáculos, terminarán entrando, y no tardarán mucho. Es mejor estrategia mandarlos por un camino que les haga dar vueltas y vueltas, de manera que piensen que se van acercando a la meta, aunque lo único que hagan sea gastar las ruedas.

Hay un momento de silencio cuajado de asombro, y Pivane sonríe:

—Eso realmente tiene sentido.

Lev mira a Connor, levantando las cejas. Es evidente que hay más en Grace de lo que ven los ojos.

Chal mira con mirada distante pero intensa, como si estuviera resolviendo una ecuación:

—Los hopi[6] no paran de pedirme que los represente en una importante disputa sobre tierras. Yo podría acceder a ello y, a cambio, el consejo de los hopi podría acceder a anunciar que están dando asilo a Connor y Lev.

—De ese modo —dice Connor, resumiendo—, aunque la gente de por aquí empezara a hablar, los de la Autoridad Juvenil no los escucharían, porque estarían detrás de los hopi. Y cuando por fin se enteraran de que no estamos allí, ¡tendrían que empezar de cero!

Los que hace solo un momento parecían hundidos en la desesperación, rápidamente recobran la esperanza. Lev, sin embargo, nota un nudo de buen tamaño en la garganta.

—¿Os arriesgaríais a tanto por nosotros? —pregunta a sus anfitriones.

Ellos tardan un momento en responder. Pivane no lo mira, y Elina se limita a apoyar lo que Chal piense. Finalmente, Chal habla por todos ellos:

—Antes hemos sido injustos contigo, Lev. Esta es nuestra oportunidad para enmendar las cosas.

Pivane agarra a Lev por el hombro tan fuerte que le duele, pero Lev no deja que se le note.

—Tengo que admitir que siento un poco de orgullo por dar cobijo a los modernos héroes del pueblo.

—Nosotros no somos héroes… —dice Lev.

Y entonces Elina sonríe:

—Ningún auténtico héroe ha creído nunca que lo fuera —le dice—. Así que sigue así, Lev, sigue negándolo con todas tus fuerzas.

27. Starkey

MASON STARKEY sí sabe que es un héroe. Lo sabe y no le queda la menor duda de ello. Lo demuestran todas las vidas que ha salvado. Las pruebas están a su alrededor: sus chicos de la cigüeña, llenos todos de vida después de la agonía del Cementerio de aviones, sanos y salvos gracias a la inteligencia, y bien guardados, como por arte de magia. Pero eso solo es el comienzo. Ha puesto las bases de una gran obra y de su propia grandeza personal, que se ganará con creces. Starkey sabe que le aguarda un gran destino, y su primera incursión en los anales de la historia está a punto de comenzar.

—La «Academia Ibis» —dice aquella agradable mujer, leyendo el logo de su camisa verde bosque, mientras Starkey firma el registro de clientes—. ¿Es una escuela parroquial?

—No confesional —corrobora Starkey—. Yo soy el pastor de la juventud.

Ella le sonríe, creyéndoselo. ¿Cómo no se lo va a creer? Aquel pelo tan bien cortado y peinado, tan rubio, y aquel aspecto tan arreglado rezuman honradez e integridad por todos los poros.

—¿La escuela está aquí, en Lago Tahoe?

—En Reno —responde él sin dudar.

—¡Qué pena! Estoy buscando un buen colegio para mis niños. Donde les inculquen los buenos valores morales.

Starkey le dirige la más infalible de sus sonrisas. Conoce los nombres de sus niños y su dirección. No es que necesite la información esta vez, pero eso ha resultado ser una buena medida de protección para sus chicos de la cigüeña.

Esta vez no se trata de un camping sino de un «resort de alto standing». La Academia Ibis ha alquilado sus diez bungalows para los cuatro días siguientes. Cuesta bastante, pero Jeevan ha logrado sacar aún más dinero de las cuentas de los padres de los chicos de la cigüeña, más que suficiente para pagar cuatro días de relajación y comodidad… Considerando lo que vendrá después, sus chicos se lo merecen.

Mientras los chicos de la cigüeña exploran por sí solos el nuevo entorno, todos con su camisa nueva de la Academia Ibis, la mujer le enseña todo a Starkey.

—El comedor está a la izquierda… Tenéis que encargaros vosotros de la comida, claro, pero la cocina está completamente provista de menaje y de vajilla, vasos, cubiertos, y todo lo que vais a necesitar. La cancha de tenis y la piscina se encuentran subiendo la colina. Ven. Te enseñaré la sala común, que está abajo, junto al lago. Tenemos una televisión con calidad de pantalla de cine, una sala de juegos y hasta una

pequeña bolera.

—¿Y conexión a la nube? —pregunta Starkey—. Necesitamos conexión de alta velocidad al nimbo público.

—Bueno, eso no hace falta ni decirlo…

Folleto

> Durante más de veinte años, la Academia Ibis ha unido sabiduría y personalidad con la finalidad de formar a nuestros estudiantes para convertirlos en los líderes del futuro. Nuestro exigente programa académico está diseñado para extraer información de una gran variedad de fuentes e impartir la enseñanza a través de la experiencia práctica. En la Academia Ibis nos esforzamos en proporcionar a cada estudiante una educación única y personalizada.
>
> En nuestros retiros espirituales y nuestros inspiradores viajes de curso, exponemos a nuestros estudiantes el pasado, presente y futuro, todo ello en un entorno enriquecedor, que potencia la independencia, así como la confianza y la camaradería entre nuestros jóvenes «ibis».
>
> Nuestro énfasis en la responsabilidad personal y social se ejemplifica en nuestro programa «Primi inter Pares», en el que nuestros jóvenes «pastores» organizan y dirigen retiros de hasta cien estudiantes a la vez. Combinando la educación tradicional con programas especiales, proyectos y actividades, nuestros profesores se dedican a formar estudiantes bien educados, equilibrados y éticamente responsables, dotados de la capacidad y la confianza necesarias para tomar las riendas del mundo.

—Esta vez te has superado a ti mismo, Mason. Este sitio es fantástico. —Bam mira por encima del hombro de Starkey la pantalla del ordenador que usan él y Jeevan para diseñar planes—. ¡Tiene hasta una bolera! Ni siquiera me acuerdo de la última vez que jugué a los bolos.

Starkey no puede evitar sentirse molesto por la intrusión de Bam, pero intenta que no se le note.

—Disfrútala mientras puedas —le dice.

Eso la hace ponerse un poco más seria.

—¿Cuándo les vamos a contar el plan entero a los demás?

—Mañana —dice Starkey—. Así tendrán tiempo de prepararse.

Otra vez el ruido de los bolos que caen en la bolera, desde el otro lado de la sala común, le pone a Starkey los nervios de punta. La sala común es un gran espacio abierto. En aquel momento, preferiría el silencio y la privacidad.

—Tira unas bolas por mí —le dice a Bam—. Lo haría yo mismo pero —levanta su mano rígida— yo tiraba la bola con la izquierda. —No es cierto, pero le sirve para que ella se vaya y les deje en paz.

En la pantalla hay un plano de la Cosechadora de Cold Springs, al norte de Reno.

—Creo que he dado con una manera de atascar las comunicaciones —dice Jeevan—. Aunque voy a necesitar la ayuda de algunos chicos. De los listos.

—Elige a los que quieras para tu equipo —le dice Starkey—. Y cualquier cosa que necesites, no tienes más que decírmelo.

Jeevan asiente con la cabeza pero, como siempre, parece nervioso y preocupado. Es un chico que no puede nunca relajarse y dejarse llevar.

—He estado pensando en el después —dice—. Porque después de que ataquemos Cold Springs, ya no podremos dejarnos ver. Nunca más.

—Bueno, dame opciones.

Jeevan teclea en el ordenador, retira varias ventanas de la pantalla, y abre un mapa cubierto de puntos rojos intermitentes.

—He buscado algunas posibilidades.

Starkey le agarra el hombro con su mano buena.

—¡Excelente! Encuentra un nuevo hogar para nosotros, Jeevan. Tengo plena confianza en ti.

Lo cual solo provoca en Jeevan un escalofrío.

Mientras Starkey pasea por la sala común, el alboroto de los chicos de la cigüeña que están allí jugando se transforma de una molesta distracción en un testimonio de todo su agradecimiento. Y eso no es más que un atisbo de lo que le reservará el futuro.

Sí, Mason Starkey es un héroe. Y en cosa de pocos días, el mundo entero lo sabrá.

28. Risa

—CIERRE LOS OJOS —dice Risa—. No quiero que le entre jabón en ellos.

La mujer se echa hacia atrás, sujetando en el regazo su lulú de pomerania.

—Primero comprueba el agua. No me gusta que esté demasiado caliente.

Este es el cuarto día que Risa pasa en la peluquería de Audrey. Cada día que pasa se dice a sí misma que se va a ir, pero se queda.

—Y asegúrate de que es champú para cabello seco —le ordena la mujer—. No para cabello muy seco, sino champú para cabello moderadamente seco.

El tiempo parece detenido desde aquella primera noche. Audrey había pasado la noche allí con Risa, porque «una chica no debería quedarse sola después de una cosa como esa». Lo que supone es cierto para chicas que gozan el privilegio de no estar solas. Risa raramente disfruta tal privilegio, así que está muy contenta de contar con su compañía. Por lo visto, el ataque del callejón la afectó mucho más de lo que se pensaba, pues tuvo una pesadilla tras otra durante toda la noche. La única que recuerda vagamente es su sueño recurrente de pálidas e incontables caras que se ciernen sobre ella mientras le embarga la sensación de que no puede escapar. Esa noche no hizo más que desear la llegada del alba.

—Tú no eres la chica del champú de otras veces, ¿verdad? Lo sé porque a la otra le huele el aliento de un modo horrible.

—Soy nueva. Por favor, siga con los ojos cerrados mientras la enjabono.

Hasta aquel día, Risa había pagado la bondad de Audrey organizando el almacén, pero como una de las ayudantes ha llamado diciendo que no puede ir porque está enferma, Audrey le ha pedido a Risa que se ponga en uno de los lavabos, en una sala trasera.

—¿Y si alguien me reconoce?

—¡Por favor! —le respondió Audrey—. Tienes un aspecto completamente nuevo. Y, además, ninguna de esas mujeres ve más allá de sus propios reflejos.

Hasta el momento, Risa ha comprobado que es verdad. Pero lavar el pelo de mujeres ricas no es exactamente el tipo de trabajo que elegiría voluntariamente, y es incluso más desagradecido que dispensar primeros auxilios en el Cementerio.

—Déjame oler ese acondicionador. No me gusta. Ponme otro.

«Me iré esta noche», se dice Risa. Pero llega la noche y, de nuevo, se queda. No está segura de si su inercia es un problema o una bendición. Aunque no tuviera un destino concreto antes de llegar allí, ella siempre ha tenido una dirección…, un rumbo en el que se desplazaba. Es cierto que cambiaba de un día para otro, dependiendo de

la que le pareciera la dirección en la que era más fácil sobrevivir, pero al menos había un impulso. Ahora el impulso ha desaparecido. Si se va de allí, ¿adónde irá? ¿A un lugar más seguro? Duda que lo haya.

Esa noche, cuando Audrey cierra la peluquería, invita a Audrey a algo especial.

—He notado que tus uñas están en un estado bastante malo. Me gustaría hacerte la manicura.

Eso le hace reír a Risa:

—¿Ahora voy a ser tu Barbie?

—Yo dirijo un salón de belleza —dice Audrey—. Eso tiene algo de territorial.

Entonces hace algo muy raro. Se acerca a Risa con unas tijeras, le corta un rizo que no se ve demasiado, y lo introduce en el compartimento de una pequeña máquina que parece un afilador de lápices eléctrico.

—¿Habías visto esto?

—¿Qué es?

—Un fabricador electrónico de uñas. El pelo y las uñas están hechos básicamente de lo mismo. Este aparato deshace el pelo para después aplicarlo en finas capas sobre las uñas. Ahora mete el dedo.

El agujero, ahora se da cuenta Risa, no tiene el tamaño de un lápiz, sino que es lo bastante grande para que quepa la yema del dedo de una mujer. Duda un poco, ya que meter el dedo en un agujero oscuro es algo contra lo que el instinto se rebela, pero al final acepta, y Audrey pone el aparato en funcionamiento. El trasto aquel zumba, vibra y le hace cosquillas durante uno o dos minutos, y cuando Risa saca el dedo, la uña, que estaba rota e irregular, presenta una curva suave y perfecta.

—Lo he puesto para uñas cortas —le dice Audrey—. La verdad es que no te veo a ti con uñas largas.

—Yo tampoco.

Risa soporta la operación en las diez uñas. La cosa tarda casi una hora.

—No es muy rápido, ¿verdad?

—No. La verdad es que podrían haber sacado un modelo que hiciera a la vez todas las uñas de una mano, pero no. Creo que eso tiene algo que ver con las limitaciones de la patente. En cualquier caso, yo lo empleo solo cuando alguien tiene paciencia y realmente puede apreciar el resultado.

—O sea que no le das mucho uso, ¿verdad?

—No.

Audrey, comprende Risa, será seguramente de la edad de su propia madre, sea quien sea. Se pregunta si una relación madre-hija será algo parecido a aquello. No

tiene modo de juzgar. Ninguno de los chicos con los que creció ella tenía padres, y tras dejar la casa del estado, solo ha conocido chicos tirados a la basura por sus padres.

Audrey se va a dormir, y Risa se acomoda en el agradable rincón que se ha preparado en el almacén, con el saco de dormir y el edredón que le ha proporcionado Audrey. Esta le ha ofrecido la cama plegable de su apartamento, y hasta las ayudantes, que son tan amables como Audrey, se han ofrecido para recogerla, pero Risa no quiere abusar de su hospitalidad.

Esa noche sueña de nuevo con la fría e impasible multitud. Está tocando un estudio de Bach demasiado rápido en un piano que está totalmente desafinado, y justo delante de ella tiene las incontables caras que se ciernen sobre ella, alineadas y apiladas como trofeos puestos en estanterías. De una palidez mortuoria. Sin cuerpo. Vivas y sin embargo no vivas. Abren la boca, pero no hablan. Alargarían la mano hasta tocarla, si no fuera porque no tienen manos. No sabe si tienen malas intenciones contra ella, pero ciertamente no las tienen buenas. Se percibe que hay algo que necesitan imperiosamente y el terror más profundo del sueño es no saber qué es lo que desean de ella.

Cuando se despierta del sueño, sus dedos, con sus uñas nuevas y todo, están moviéndose sobre el edredón, tratando todavía de interpretar el estudio. Tiene que encender la luz y dejarla encendida el resto de la noche. Cuando cierra los ojos, todavía puede ver aquellas caras, como si se le hubieran quedado impresas en la retina. ¿Es posible que ocurra tal cosa con la imagen percibida en un sueño? No puede evitar la sensación de que ha visto antes aquellas caras, y no solo en sueños. Se trata de algo real, de algo tangible que no puede situar. Sea lo que sea, espera no verlo más. No volverlos a ver nunca.

Lo primero de la mañana: solo cinco minutos después de abrir, dos policías de la brigada juvenil entran en el salón, y el corazón casi le da un vuelco a Risa. Audrey ya está allí, pero no ninguna de sus ayudantes. Risa, sabiendo que darse la vuelta y escapar no será buena cosa, se deja caer el pelo sobre la cara y les da la espalda, fingiendo que abastece de productos uno de los puestos de las ayudantes.

—¿Está abierto? —pregunta uno de ellos.

—Eso depende —dice Audrey—. ¿Qué puedo hacer por usted, agente?

—Es el cumpleaños de mi compañera. Le quiero regalar un nuevo look.

Entonces Risa se atreve a mirar. Uno de los policías es una mujer. Ninguno de los

dos se fija mucho en ella.

—Tal vez podrían volver cuando lleguen mis ayudantes.

Él niega con la cabeza:

—El turno empieza dentro de una hora. Tendría que ser ahora.

—Bueno, entonces habrá que ponerse a ello. —Audrey se acerca a Risa y habla en voz muy baja—: Aquí tienes algo de dinero: ve a comprar unos bollos. Ve por el camino de atrás, y no vuelvas hasta que se hayan ido.

—No —dice Risa, sin darse cuenta de lo que dice hasta que ya lo ha dicho—. Quiero darle el champú.

La policía no tiene un perrito en el regazo, pero tiene un chip en el hombro.

—No quiero ninguna fantasía —dice ella—. Lo sencillo.

—De acuerdo. —Risa le pone un blusón por encima, y le inclina la cabeza hacia el lavabo. Abre el agua, asegurándose de que está caliente y agradable.

—Me gustaría darle las gracias personalmente —dice Risa—, por mantener las calles a salvo de todos esos chicos y chicas malos.

—¡Limpias y seguras! —dice la policía de la brigada juvenil—. ¡Limpias y seguras!

Risa echa un vistazo a la zona de espera, donde su compañero lee una revista. Audrey mira a Risa nerviosa, preguntándose cuáles serán sus intenciones. Con aquella mujer inclinando la cabeza hacia atrás, expuesta totalmente a merced de Risa, Risa se siente como el barbero diabólico de la calle Fleet, dispuesta a rebanarle el pescuezo y convertirla en pasteles de carne. Pero en vez de eso, simplemente deja que le caiga un poco de champú en el rabillo de sus ojos cerrados.

—¡Ah! Eso escuece.

—Lo siento. Mantenga los ojos cerrados. Se pasará.

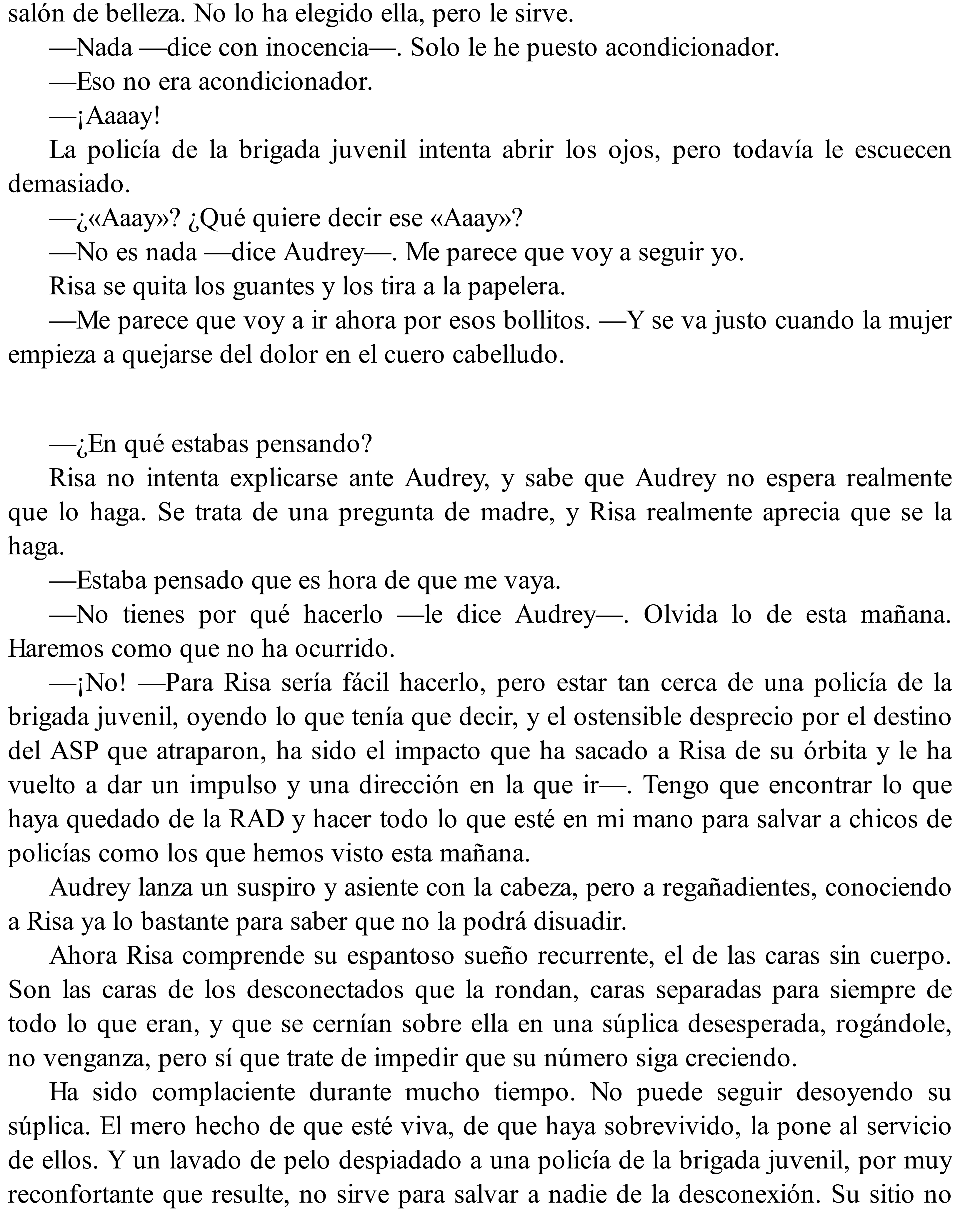
Risa entonces empieza a lavarle el pelo con agua tan caliente que apenas puede soportarla ella misma, pero la policía no se queja.

—¿Ayer cogieron algún ASP?

—Pues el caso es que sí. Normalmente solo patrullamos el centro de detención, pero un chico destinado a la desconexión se fugó bajo nuestra vigilancia. Sin embargo, lo capturamos. Le disparamos aletargante a veinte metros de distancia.

—Vaya, eso tuvo que ser… emocionante. —Risa hace enormes esfuerzos para no estrangularla. En vez de eso, opta por ponerle una solución decolorante concentrada, frotándosela de modo desigual en su pelo moreno después de aclarar el champú. Entonces intercede Audrey, pero un instante demasiado tarde para evitarlo.

—¡Darlene! ¿Qué estás haciendo? —Darlene es el seudónimo que tiene Risa en el



salón de belleza. No lo ha elegido ella, pero le sirve.

—Nada —dice con inocencia—. Solo le he puesto acondicionador.

—Eso no era acondicionador.

—¡Aaaay!

La policía de la brigada juvenil intenta abrir los ojos, pero todavía le escuecen demasiado.

—¿«Aaay»? ¿Qué quiere decir ese «Aaay»?

—No es nada —dice Audrey—. Me parece que voy a seguir yo.

Risa se quita los guantes y los tira a la papelera.

—Me parece que voy a ir ahora por esos bollitos. —Y se va justo cuando la mujer empieza a quejarse del dolor en el cuero cabelludo.

—¿En qué estabas pensando?

Risa no intenta explicarse ante Audrey, y sabe que Audrey no espera realmente que lo haga. Se trata de una pregunta de madre, y Risa realmente aprecia que se la haga.

—Estaba pensado que es hora de que me vaya.

—No tienes por qué hacerlo —le dice Audrey—. Olvida lo de esta mañana. Haremos como que no ha ocurrido.

—¡No! —Para Risa sería fácil hacerlo, pero estar tan cerca de una policía de la brigada juvenil, oyendo lo que tenía que decir, y el ostensible desprecio por el destino del ASP que atraparon, ha sido el impacto que ha sacado a Risa de su órbita y le ha vuelto a dar un impulso y una dirección en la que ir—. Tengo que encontrar lo que haya quedado de la RAD y hacer todo lo que esté en mi mano para salvar a chicos de policías como los que hemos visto esta mañana.

Audrey lanza un suspiro y asiente con la cabeza, pero a regañadientes, conociendo a Risa ya lo bastante para saber que no la podrá disuadir.

Ahora Risa comprende su espantoso sueño recurrente, el de las caras sin cuerpo. Son las caras de los desconectados que la rondan, caras separadas para siempre de todo lo que eran, y que se cernían sobre ella en una súplica desesperada, rogándole, no venganza, pero sí que trate de impedir que su número siga creciendo.

Ha sido complaciente durante mucho tiempo. No puede seguir desoyendo su súplica. El mero hecho de que esté viva, de que haya sobrevivido, la pone al servicio de ellos. Y un lavado de pelo despiadado a una policía de la brigada juvenil, por muy reconfortante que resulte, no sirve para salvar a nadie de la desconexión. Su sitio no

está en el salón de belleza de Audrey.

Esa tarde Risa le dice adiós, y Audrey insiste en aprovisionar a Risa de comida y dinero y una robusta mochila nueva que no tiene ni pandas ni corazoncitos.

—Supongo que este es un buen momento para decírtelo —comenta Audrey, justo antes de que ella se vaya.

—¿Decirme qué?

—Lo dieron en las noticias. Anunciaron que tu amigo Connor sigue vivo.

Es la mejor noticia que Risa ha recibido en mucho tiempo…, pero enseguida se da cuenta de que el anuncio no es buena cosa. Pues si la Autoridad Juvenil sabe que está vivo, lo buscarán hasta debajo de las piedras.

—¿Tienen alguna idea de dónde está? —pregunta Risa.

Audrey niega con la cabeza:

—Ni idea. De hecho, piensan que está contigo.

¡Si eso fuera cierto! Pero él no está con ella ni siquiera cuando aparece en sus sueños. Porque está corriendo. Siempre corriendo.

29. Cam

La comida con el general y el senador tendrá lugar en los oscuros reservados del Wrangler's Club, seguramente el más caro y exclusivo restaurante de la ciudad de Washington. Son espacios aislados amueblados en cuero, cada uno con su propia iluminación y una total falta de ventanas que da la impresión de que el tiempo se ha parado debido a la importancia de la conversación que se mantiene allí dentro. El mundo exterior no existe cuando uno come en el Wrangler's Club.

Mientras Cam y Roberta siguen a la camarera, que les conduce al reservado, él ve caras que cree reconocer. Senadores o diputados, tal vez. Gente a la que ha conocido en las diversas galas a las que ha asistido. O tal vez solo sea su imaginación. Esas personas engreídas, con sus tejemanejes, empiezan a parecer todos iguales al cabo de un rato. Sospecha que aquellos a los que no reconoce son los verdaderos agentes con poder. Siempre es así. Lobistas de intereses furtivos que él ni siquiera podría sospechar. La Ciudadanía Proactiva no tiene el monopolio de la influencia secreta.

—Ten mucho cuidado hoy. Muestra la mejor parte de ti —le dice Roberta a Cam cuando se dirigen a su reservado.

—¿Y qué parte es la mejor? —pregunta él—. Tú debes de saberlo mejor que yo.

Ella no responde a su pulla:

—Solo recuerda que lo que hoy suceda puede marcar tu futuro.

—Y el tuyo —comenta Cam.

Roberta lanza un suspiro:

—Sí. Y el mío.

El general Bodeker y el senador Cobb están ya sentados a la mesa. El general se levanta para saludarlos, y el senador también intenta salir del banco, pero se lo impide su voluminosa barriga.

—Por favor, no se levante —dice Roberta.

Él desiste de intentarlo.

—Siempre ganan las hamburguesas —dice.

Todos se colocan, estrechándose la mano de manera obligada e intercambiándose cumplidos. Hablan del impredecible tiempo, de eso de que llueva un instante y al instante siguiente haga sol. El senador canta las alabanzas de las vieiras salteadas, que son el plato especial del día.

—Son anafilácticas —suelta Cam—. Bueno, lo que quiero decir es que soy alérgico a las vieiras. O al menos lo son mis hombros y brazos. Me entran sarpullidos.

El general se muestra intrigado:

—¿De verdad? ¿Pero solo ahí?

—Y me apuesto a que no puede lamer culos porque su nariz es alérgica al chocolate —dice el senador Cobb, que a continuación se ríe tan estruendosamente que hace temblar las copas de agua.

Piden, y en cuanto llegan los aperitivos los dos hombres entran por fin en el asunto que se traen entre manos.

—Lo vemos como un hombre del ejército, Cam —dice el general—. Y la Ciudadanía Proactiva está de acuerdo.

Cam desplaza el tenedor por entre su ensalada de endivias.

—Quiere convertirme en un mastodonte.

El general Bodeker se pone tenso:

—¡Esa es una caracterización injusta de los jóvenes con mentalidad militar!

El senador Cobb hace un gesto displicente con la mano.

—Sí, sí… ya conocemos todos la opinión del ejército con respecto a esa palabra. Pero no nos referimos a eso, Cam. Tú podrías sortear los entrenamientos habituales y entrar directamente en el programa de oficiales. ¡Y por la vía rápida, además!

—Puedo ofrecerte el cuerpo del ejército que prefieras —dice Bodeker.

—Que sea en los marines —dice Roberta, y cuando Cam la mira, ella añade—: Bueno, sé que tenías eso en mente. Además, son los que tienen el uniforme más brillante.

El senador levanta la mano como si fuera a partir leña.

—El caso es que pasarías sobrevolando el programa, aprenderías en menos que canta un gallo todo lo que necesitas, y saldrías convertido en portavoz oficial del ejército, con todas las ventajas que conlleva el cargo.

—Serías un modelo para los jóvenes en todas partes —anuncia Bodeker.

—Y para los de tu clase —añade Cobb.

Cam levanta la mirada al oír aquello.

—Esa «clase» no existe —les dice, cosa que hace que los dos hombres miren a Roberta.

Ella posa el tenedor y se prepara con cuidado la respuesta:

—Una vez te describiste a ti mismo como «coche prototipo», Cam. Pues bien, creo que al senador y al general les gusta esa idea.

—Ya veo.

Llega el plato principal. Cam había pedido lomo alto, el plato favorito de alguno de los que pululan por su cabeza. El primer bocado le trae recuerdos de la boda de una hermana. No tiene ni idea de dónde fue eso, ni de quién es esa hermana. Tenía el

pelo rubio platino, pero su cara no ha llegado a quedarse en su cerebro. Se pregunta si a ese chico, si a alguno de los chicos que están dentro de él, le habrán ofrecido alguna vez un uniforme reluciente. Sabe que la respuesta es no, y se siente insultado por ellos.

Frenos en la lluvia. Debe aplicarlos despacio, para no provocar un derrape de aquella reunión y perder completamente el control de todo.

—Es una oferta muy generosa —dice Cam—. Y me siento muy honrado de la consideración que me demuestran. —Se aclara la garganta—. Sé que ustedes solo quieren lo mejor para mí. —Sus ojos se encuentran con los del general, luego con los del senador—. Pero no se trata de algo que yo desee hacer en esta… —busca una palabra que esté a la altura de la situación—… en esta coyuntura.

El senador lo mira fijamente. Toda la jovialidad desaparece de su voz:

—No se trata de algo que tú desees hacer en esta coyuntura… —repite.

Y, predecible como un reloj, Roberta se apresura a decir:

—Lo que Cam quiere decir es que necesita tiempo para pensar en ello.

—Creí que había dicho que esto era cosa hecha, Roberta.

—Bueno, tal vez si hubiera sido un poco más sutil en la manera de exponerlo…

Entonces el general Bodeker levanta la mano para poner silencio entre ellos.

—Me parece que no lo has comprendido —dice el general con tranquilidad—. Déjame que te lo explique. —Aguarda a que Cam pose el tenedor, y entonces continúa —: Hasta la última semana tú eras propiedad de la Ciudadanía Proactiva. Pero ellos han vendido sus participaciones en ti por una suma muy considerable. Ahora eres propiedad del Ejército de los Estados Unidos.

—¿Propiedad…? —dice Cam—. ¿Qué quiere decir con eso de «propiedad»?

—Venga, Cam —dice Roberta, intentando suavizar las cosas todo lo que puede—. No es más que una palabra.

—¡Es mucho más que una palabra! —insiste Cam—. Es una idea…, una idea que, según el experto en historia que hay en algún lugar de mi hemisferio izquierdo, fue abolida en 1865.

El senador empieza a soltar bravatas, pero el general conserva la sangre fría:

—Eso se aplica a individuos, cosa que no eres tú. Tú eres una colección de partes específicas, cada una de las cuales tiene un claro valor monetario. Hemos pagado más de cien veces ese valor, debido a la manera única en que esas partes se han organizado. Pero a fin de cuentas, señor Agrex…, las partes no son más que partes.

—Bueno, ahí lo tienes —dice el senador con amargura—. ¿Quieres irte? Pues vete. Fuera de aquí. Siempre y cuando devuelvas todas esas partes.

Cam respira fuera de control. Docenas de temperamentos separados dentro de él se unen para estallar al mismo tiempo. Quiere volcar la mesa. Lanzarles los platos a la cara.

¡Una propiedad!

¡Lo ven como una propiedad!

Sus peores temores se ven confirmados. Hasta la gente que lo venera lo ve como un artículo. Como una cosa.

Al ver la mirada en sus ojos, Roberta le agarra la mano.

—¡Mírame, Cam! —le ordena.

Él lo hace, sabiendo en el fondo que hacer una escena sería lo que menos le beneficiaría. Necesita que ella le haga callar.

—¡Treinta monedas de plata! —grita—. ¡Bruto! ¡Los Rosenberg[7]!

—¡Yo no soy una traidora! Te estoy siendo sincera, Cam. Ese trato fue hecho sin que yo lo supiera. Me indigna tanto como a ti, pero los dos tenemos que llevar las cosas lo mejor que podamos.

La cabeza le da vueltas a Cam:

—¡Montículo de hierba[8]!

—¡Tampoco se trata de ninguna conspiración! Sí, yo lo sabía cuando te traje aquí, pero también sabía que decírtelo sería un error. —Lanza una mirada de ira a los dos hombres—. Porque en caso de que aceptaras entrar en el ejército, el aspecto técnico de la propiedad no tendría por qué aparecer.

—El gato salió de la bolsa[9]. —Cam hace esfuerzos por respirar de forma más calmada, y por suavizar su genio—. Cierra la puerta del granero, los caballos ya se han escapado.

—¿Qué demonios son esas cosas que dice? —pregunta el senador.

—¡Cállense! —ordena Roberta—. ¡Los dos! —El hecho de que Roberta consiga que se callen un general y un senador con una simple palabra parece una especie de victoria. Pese a lo importantes que son y lo ricos que sean, no son los que mandan allí. Al menos no en aquella coyuntura.

Cam sabe que cualquier cosa que salga de su boca será una nueva chispa de lenguaje metafórico. Como las cosas que decía recién reconectado. Pero no le importa.

—Limón —dice.

Los dos hombres miran por la mesa en busca de un limón.

—No. —Cam toma un bocado de su costilla, obligándose a tranquilizarse para

poder traducir mejor sus pensamientos—. Lo que quiero decir es que no importa lo que hayan pagado por mí: si yo no desempeño el papel, será dinero tirado por la ventana.

El senador sigue perplejo, pero el general Bodeker asiente con la cabeza.

—Quieres decir que hemos comprado un limón.

Cam se introduce otro bocado.

—Cien puntos para usted.

Los dos hombres se miran uno al otro, y se mueven en el asiento con incomodidad. Eso está bien. Es justo lo que él quería.

—Pero si yo desempeño mi papel, entonces todo el mundo tendrá lo que quiere.

—Hemos vuelto al punto de partida —dice Bodeker con paciencia menguante.

—Pero al menos ahora nos entendemos. —Cam considera la situación. Piensa en Roberta, a la que le falta poco para retorcerse las manos de ansiedad. Entonces se vuelve hacia los dos hombres.

—Rompan el contrato con Ciudadanía Proactiva —dice—. Anúlenlo. Y luego yo firmaré mi propio contrato, que me obligará a lo que ustedes quieran. Pero será decisión mía, no una compra.

Eso parece desconcertar a los tres.

—¿Eso es posible? —pregunta el senador.

—Técnicamente, es todavía menor de edad.

—Técnicamente no existo —le recuerda Cam—. ¿No es verdad?

Nadie responde.

—Por tanto —dice Cam—, háganme existir en el papel. Y en ese mismo papel, firmaré que les entrego mi vida. Pero será porque yo quiero.

El general mira al senador, pero el senador se limita a encogerse de hombros. Así que el general Bodeker se vuelve hacia Cam y le dice:

—Pensaremos en ello y nos volveremos a poner en contacto contigo.

Cam está de pie en su habitación de la residencia de Washington, contemplando el lado de dentro de la puerta cerrada.

Aquella casa, el lugar al que regresa después de sus variados encuentros… Roberta llama a eso «volver a casa». Cam no siente aquello como su casa. La mansión de Molokai es su casa, pero hace meses que no la pisa. Sospecha que tal vez no le permitan volver. Después de todo, fue más un hospital que una residencia para él. Allí fue reconectado. Allí supo quién era, qué era, y aprendió a coordinar su diversa

«comunidad interna».

El general Bodeker, pese a la rabia que le había dado oír la palabra «mastodonte» referida a los jóvenes militares, no parecía tener problemas en saltarse todos los eufemismos y llamar a la comunidad interna de Cam «partes».

Cam no sabe a quién despreciar más, si a Bodeker por comprar su carne al peso, a la Ciudadanía Proactiva por venderla, o a Roberta por querer traerlo a la vida. Cam continúa mirando la parte de atrás de la puerta. Allí colgado, estratégicamente colocado por alguna entidad desconocida mientras él estaba fuera, hay un uniforme completo de marine de los Estados Unidos, con los botones relucientes y todo eso. Brillante, como dijo Roberta.

¿Se trata de una amenaza, se pregunta Cam, o de una tentación?

Cam no le comenta nada a Roberta cuando baja a cenar. Desde su encuentro con el senador y el general la semana pasada, ha comido siempre solo en la casa, como si ser ignorado por gente importante fuera un castigo.

Al final de la comida, el ama de llaves trae un juego de té de plata y lo coloca entre ellos, porque Roberta, una expatriada británica, no se puede pasar sin su Earl Grey.

Después del té, Roberta le da la noticia:

—Tengo que contarte algo —le dice Roberta después del primer sorbo—. Pero me tienes que prometer que vas a controlar tu genio.

—Esa no es una buena manera de empezar una conversación —dice él—. Vuelve a intentarlo. De manera más suave.

Roberta respira hondo, posa su taza, y lo dice:

—Tu petición de firmar tu propio documento ha sido rechazada por el tribunal.

Cam siente como si quisiera devolver la comida, pero aguanta.

—Así que el tribunal dictamina que yo no existo. ¿Me estás diciendo eso? ¿Que soy como un objeto —coge una cuchara de la mesa—, como un utensilio? ¿O me parezco más a esa tetera? —Deja caer la cuchara y coge la tetera de la mesa—. Sí, eso es, una tetera articulada que al arrojar aire caliente suelta un pitido que nadie quiere oír.

Roberta empuja su silla hacia atrás. El suelo de madera se queja.

—¡Me prometiste contener ese genio!

—Te equivocas: tú me lo pediste, y yo me negué.

Posa la tetera en la mesa dando un golpe, y una porción de Earl Grey sale del pitorro y empapa el mantel blanco. El ama de llaves, que andaba por allí, desaparece.

—¡Es una definición legal, nada más! —insiste Roberta—. Yo, desde luego, sé que eres más que esa estúpida definición.

—¡Hacienda de esclavos! —suelta Cam, cosa que ni siquiera Roberta puede descifrar—. Tu opinión no significa nada, porque tú eres poco más que la costurera esclavizada que me cosió.

La indignación prende en Roberta, y es como un fuego que crece.

—¡Ah, yo soy algo más que eso!

—¿Me vas a decir que eres mi Creadora? ¿He de cantar salmos de alabanza a Ti? O mejor todavía, ¿por qué no me arrancas mi corazón robado y lo colocas en un altar dedicado a Ti?

—¡Ya basta!

Cam se deja caer en su silla, convertido en un montón de rabia sin objetivo.

Roberta aplica la servilleta para que absorba el té, cosa que no es capaz de hacer el mantel por sí solo. Cam se pregunta si el mantel estaría envidioso de la absorbencia de la servilleta, en caso de que su calidad de persona estuviera legalmente reconocido.

—Tienes que ver algo —dice Roberta—. Es algo que tienes que comprender, porque podría darte la perspectiva de esto.

Se levanta, se va a la cocina y vuelve con un bolígrafo y un trozo de papel en blanco. Se sienta al lado de él, dobla un trozo del mantel para retirarlo, y posa el papel sobre un trozo de madera seco.

—Quiero que pongas tu nombre.

—¿Para qué?

—Ya lo verás.

Demasiado disgustado para discutir, Cam coge el bolígrafo, mira el papel, y escribe con la mejor letra que puede: «Camus Agrex».

—Bien. Ahora dale la vuelta a la hoja y vuelve a hacerlo.

—¿Para…?

—Tú hazme caso.

Le da la vuelta al papel, pero antes de que firme, Roberta lo detiene.

—No mires —dice ella—. Esta vez mírame a mí mientras estás firmando. Y háblame.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que quieras decir.

Mirando a Roberta, pone su nombre mientras pronuncia una apropiada cita de su tocayo: «La necesidad de hacer lo correcto es el signo de una mente vulgar». Entonces entrega la hoja a Roberta.

—Aquí lo tienes, ¿ya estás contenta?

—¿Por qué no miras la firma, Cam?

Cam baja la vista. Al principio piensa que ve su firma como tendría que ser. Pero es como si le dieran a un interruptor en su cabeza, y la firma que ve no es la suya en absoluto.

—¿Qué es esto? ¡Esto no es lo que yo he escrito!

—Lo es, Cam. Léelo.

Las letras aparecen un poco garabateadas.

—Wil Tash… Tashi…

—Wil Tashi'ne —dice Roberta—. Tú tienes sus manos, y los correspondientes neuromotores en tu cerebelo, además de alguna materia cortical importante. Ya ves. Son sus conexiones neuronales y su memoria muscular lo que te permite tocar la guitarra y mostrarte como un perfecto receptor, dotado de finas habilidades motrices.

Cam no puede apartar la vista de la firma. El interruptor de su cabeza se enciende y apaga. «Mi firma; no es mi firma; es la mía; no es la mía».

Roberta lo contempla con infinita compasión:

—¿Cómo puedes firmar un documento, Cam, cuando ni siquiera te pertenece tu firma?

A Roberta no le gusta nada que Cam salga solo, y menos de noche; pero esa noche ella no puede decir o hacer nada para detenerlo.

Cam camina aprisa, a grandes zancadas, por una calle todavía mojada por la lluvia del día. Siente que no va a ninguna parte. Ni siquiera sabe dónde quiere ir, solo sabe que quiere alejarse del sitio en que se encuentra en ese instante, incapaz de sentirse a gusto en su propia piel. ¿Cómo lo llaman en el anuncio? Ah, sí: «desorden de desunificación biosistémica». Una falsa enfermedad que solo puede curarse, qué casualidad, con la desconexión.

Todos sus planes, todas sus ensoñaciones sobre el derrocamiento de la Ciudadanía Proactiva, sobre convertirse en el tipo de héroe que necesita Risa, todo eso se queda en nada si él no es más que una pieza propiedad del ejército. Y Roberta está equivocada. Se trata de algo más que de una simple definición legal. ¿Cómo puede no ver que cuando se te define desde fuera, pierdes la capacidad de definirte tú mismo? Al final él se convertirá en esa definición. Se convertirá en una cosa.

Lo que él necesita es una especie de proclamación de existencia que venza cualquier legalismo. Algo a lo que pueda aferrarse en su corazón delante de cualquier cosa que ponga en los papeles. Risa podría dárselo. Él sabe que podría. Pero Risa no está allí.

Sin embargo, hay otros lugares en que podría encontrarlo.

Empieza a escarbar en sus recuerdos, buscando momentos que resuenen con alguna conexión espiritual. Celebró su primera comunión, su Bar Mitzvah y su Bismillah[10]. Vio un hermano bautizado en una iglesia ortodoxa griega y una abuela quemada en un funeral tradicional budista. Parece que todas las creencias están representadas en sus recuerdos, y se pregunta si esto fue intencionado. Cree muy capaz a Roberta de decidir que, entre otros criterios de elección de las partes que habrían de formar a Cam, debían hallarse representadas todas las religiones importantes. Ella es así de meticulosa.

Pero ¿cuál le dará lo que necesita? Sabe que si le habla a un rabino o a un sacerdote budista, recibirá respuestas muy sabias que llevan a más preguntas en vez de a una respuesta. Cosas como «¿existimos porque otros perciben nuestra existencia, o es suficiente nuestra propia afirmación?».

No. Lo que Cam necesita ahora no son preguntas, sino un poco de dogma contundente, un dogma estilo filete con patatas, que le ofrezca un sí o un no concretos.

Hay una iglesia católica a unas manzanas de distancia. Es una iglesia vieja, con impresionantes ventanales decorados con vidrieras. De su comunidad interna junta un grupo numeroso de creyentes, suficientes para experimentar una sensación de reverencia y sobrecogimiento al penetrar en el templo.

Hay solo unas pocas personas dentro. La misa ha terminado y las confesiones están a punto de terminar también. Cam sabe lo que tiene que hacer.

—Perdóneme, Padre, porque he pecado.

—Cuéntame tus pecados, hijo.

—He roto cosas. He robado cosas. De electrónica. Un coche… puede que dos. Puede que haya llegado a ser violento alguna vez con alguna chica. No estoy seguro.

—¿Que no estás seguro…? ¿Cómo puedes no estar seguro?

—Ninguno de mis recuerdos está completo.

—Hijo, te tienes que confesar solo de las cosas que recuerdes.

—Eso es lo que estoy intentando decirle, Padre. No tengo recuerdos completos, solo fragmentos.

—Bueno, aceptaré tu confesión, pero da la impresión de que necesitas algo más que el sacramento de la confesión.

—Eso es porque los recuerdos son de otras personas.

—¿…?

—¿Me ha oído?

—¿Has recibido trozos de desconectados?

—Sí, pero…

—Hijo, tú no puedes ser responsable de los actos de una mente que no es la tuya, del mismo modo que no eres responsable de los actos de una mano injertada.

—También tengo un par de manos injertadas.

—¿Cómo dices…?

—Me llamo Camus Agrex. ¿No le dice nada mi nombre?

—…

—Le decía que me llamo…

—Sí, sí, te he oído. Te he oído. Pero me sorprende que estés aquí.

—¿Porque carezco de alma…?

—Porque muy raramente escucho la confesión de una figura pública.

—¿Es eso lo que soy? ¿Una figura pública?

—¿Por qué estás aquí, hijo?

—Porque tengo miedo. Tengo miedo de que tal vez yo no… exista…

—Tu presencia aquí demuestra que existes.

—Pero ¿existo como qué? ¡Necesito que usted me diga que no soy una cuchara ni una tetera!

—Lo que dices no tiene mucho sentido. Por favor, hay gente esperando.

—¡No! ¡Esto es importante! ¡Necesito que me lo diga! Necesito saber… si estoy cualificado como ser humano.

—Debes saber que la Iglesia no ha tomado una posición oficial sobre la desconexión.

—Eso no es lo que pregunto.

—Sí, sí, ya sé que no es lo que preguntas. Lo sé, lo sé.

—En su opinión, como hombre del clero…

—Me pides demasiado. Yo estoy aquí para dar la absolución, nada más.

—Pero usted tendrá una opinión, ¿no?

—…

—¿Cuándo oyó hablar de mí por primera vez?

—…

—¿Qué fue lo que pensó entonces, Padre?

—¡No me corresponde responder, ni a ti preguntar!

—¡Pero le estoy preguntando!

—¡Mejor que no te responda!

—Entonces usted está siendo puesto a prueba, Padre. Esta es la prueba: ¿me dirá la verdad, o me mentirá en su propio confesonario?

—Mi opinión…

—Sí…

—Mi opinión… fue que tu llegada a este mundo marcaba el final de todas las cosas que amábamos. Pero esa opinión nació del miedo y la ignorancia. ¡Lo admito! Y hoy veo el horrible reflejo de mis propios juicios insignificantes. ¿Me comprendes?

—…

—Confieso que tu pregunta me impone humildad. ¿Cómo puedo saber yo si tú llevas o no una chispa divina?

—Sería suficiente con decir sí o no.

—Nadie en la tierra puede responder a esa pregunta, Agrex… y deberías huir de cualquiera que diga que sí puede responderla.

Cam recorre las calles sin rumbo, sin saber dónde está ni preocuparse por ello. Está seguro de que Roberta ya ha mandado un grupo de personas a buscarlo.

¿Y qué pasará cuando lo encuentren? Lo llevarán a casa. Roberta le dirigirá una buena regañina. Luego lo perdonará. Y después, mañana, o pasado mañana, o al siguiente día, él se probará el reluciente uniforme que cuelga de la puerta de su habitación, le gustará cómo le sienta, y consentirá en ser transferido a sus nuevos propietarios.

Sabe que eso es inevitable. Y también sabe que el día que eso ocurra, se apagará para siempre cualquier chispa que haya habido dentro de él.

Un autobús se acerca por la calle, y la luz de los faros cabecea al pisar un bache. Cam podría coger aquel autobús e irse a casa. O podría cogerlo para alejarse. Sin embargo, ninguna de esas posibilidades es la idea que aprisiona su mente en ese momento.

Y por eso reza en nueve idiomas, a doce dioses distintos, a Jesús, a Yavé, a Alá, a Vishnú, al Ojo del Universo, e incluso al gran vacío sin Dios.

«Por favor», implora. «Por favor, dame una simple razón por la que no deba lanzarme bajo las ruedas de ese autobús».

Cuando llega la respuesta, lo hace en inglés, y no llega desde el cielo, sino del bar que tiene a sus espaldas:

«… han confirmado que Connor Lassiter, también conocido como el ASP de Akron, sigue vivo. Se cree que podría estar viajando con Lev Calder y Risa Expósito…».

El autobús pasa a su lado, y le salpica barro en los vaqueros.

Cuarenta y cinco minutos después, Cam vuelve a casa con una sensación nueva de calma, como si nada hubiera sucedido. Roberta lo regaña. Roberta lo perdona. Siempre igual.

—Tienes que dejar de hacer esas temerarias claudicaciones ante un estado de ánimo momentáneo —lo reprende.

—Sí, lo sé. —Y entonces le dice que va a aceptar la proposición del general Bodeker.

Roberta, por supuesto, se queda aliviada y rebosante de alegría.

—Este es un gran paso para ti, Cam. Un paso que necesitas dar. Me siento muy orgullosa de ti.

Él se pregunta cuál habría sido la respuesta del general si él no hubiera aceptado. Desde luego, iría por él de todos modos. Le obligaría a la sumisión. Al fin y al cabo, si Cam es propiedad del general, está en su derecho de hacer lo que quiera con él.

Cam se va a su habitación y se dirige directamente a su guitarra. Esa noche no toca como otras veces por no tener otra cosa mejor que hacer, sino con un propósito que solo él conoce. La música trae con ella impresiones de recuerdos, como una imagen de un paisaje luminoso que se queda grabada en la mente. Ciertas digitaciones, ciertas progresiones de acordes tienen más de un efecto, así que él las trabaja, las transforma. Empieza a profundizar.

Los acordes suenan atonales y azarosos, pero no lo son. Para Cam es como girar la ruedecilla de una caja fuerte. Uno puede dar con cualquier combinación si es lo bastante hábil y sabe cómo escuchar.

Entonces, al final, cuando lleva tocando algo más de una hora, todo encaja. Cuatro acordes de combinación inusual, pero poderosamente evocativos, salen a la superficie. Toca los acordes una y otra vez, intentando una digitación diferente, refinando las notas y las armonías, dejando que la música resuene a través de él.

—Eso no lo había oído —dice Roberta, asomando la cabeza en su habitación—. ¿Es nuevo?

—Sí —miente Cam—. Completamente nuevo.

Pero en realidad es muy viejo. Mucho más viejo que él. Había tenido que explorar hondo, con paciencia, para sacarlo, pero una vez hallado, es como si siempre hubiera estado allí, en la yema de sus dedos, en el borde de su mente, esperando a ser tocado. La canción lo llena de inmensa alegría y de inmensa pena. Trata de elevadas esperanzas y sueños rotos. Y cuanto más la toca, más surgen los fragmentos de recuerdos.

Cuando oyó aquella noticia que procedía del bar… Cuando entró en él y vio las caras del ASP de Akron, de su amada Risa y del diezmo que se había convertido en aplaudidor en la pantalla del televisor, se quedó pasmado. Primero por la revelación de que Connor Lassiter estaba vivo, pero también, sobre todo, por una sensación de conexión mental que hacía que se le corrieran las cicatrices.

Era el diezmo. Su cara inocente. Cam conocía esa cara, y no solo de los muchos artículos y reportajes. Era algo más.

«Estaba herido».

«Necesitaba que lo curaran».

«Toqué la guitarra para él».

«Una canción curadora».

«Para el Mahpee».

Cam no tenía ni idea de lo que significaban aquellos pensamientos, solo sabía que era una chispa que conectaba, una sinapsis dentro del complejo mosaico de las neuronas. Conoce a Lev Calder, o al menos lo conoce un miembro de su comunidad interna, y ese conocimiento estaba de algún modo ligado a la música.

Por eso toca ahora.

Son las dos en punto de la madrugada cuando por fin recoge lo suficiente de su recuerdo musical para comprender. A Lev Calder le habían dado asilo una vez en la nación arápache. Nadie que lo esté buscando puede saberlo, lo cual significa que ese es el sitio perfecto para esconderse. Pero Cam sí lo sabe. El poder embriagador de ese conocimiento lo marea, porque si es cierto que él está viajando con Risa y Connor, entonces la reserva arápache es donde ellos estarán: el lugar donde la Autoridad Juvenil no tiene autoridad.

¿Había sabido Risa todo el tiempo que Connor Lassiter estaba vivo? Si era así, eso explicaría muchas cosas. Por qué no podía entregarle su corazón a Cam. Por qué hablaba tan a menudo de Lassiter en presente, como si él estuviera a punto de aparecer por una esquina para llevársela.

Cam debería estar furioso pero, por el contrario, se siente justificado. Lleno de

júbilo. No tenía esperanzas de ganarle la batalla por el afecto de ella a un fantasma, pero Connor Lassiter está vivito y coleando, ¡lo cual significa que puede ser vencido! Puede ser derrotado, deshonrado…, lo que haga falta para conseguir que Risa deje de amarlo. Y al final, cuando él haya perdido el favor de Risa, Cam estará allí para evitar que Risa se pierda también.

Después de eso, Cam podrá llevar personalmente al ASP de Akron a la justicia, convirtiéndose él mismo en un héroe, hasta el punto de que pueda comprar su libertad.

Son las tres de la madrugada cuando él se va de la casa, dejando atrás su simulacro de vida, y decidido a no regresar si no es con Risa Expósito bajo el brazo, y con Connor Lassiter aplastado bajo el zapato.

CUARTA PARTE

El aroma del recuerdo

¿«TORNOS DE INCLUSA» PARA TODOS LOS HOSPITALES ITALIANOS?

Italia prueba el «torno de inclusa», un concepto introducido en Roma en el año 1198 por el papa Inocencio III.

La noche del sábado, un bebé de tres o cuatro meses de edad, bien vestido y cuidado, tal vez italiano o tal vez no, y en excelente estado de salud, fue abandonado en el «torno de inclusa», una cuna climatizada que ha sido instalada en el Policlínico Casilino. El torno de inclusa fue concebido para que las mujeres dejaran en él a sus hijos cuando se trataba de niños no deseados, o nacidos en condiciones muy precarias.

El niño ha sido el primero en ser salvado en Italia gracias a un sistema experimental diseñado para evitar que los bebés fueran abandonados en la calle. El bebé «expósito» ha sido llamado Stefano en honor al doctor que se hizo cargo de él en primer lugar.

Para la Ministra de Salud, Livia Turco, el proyecto es «un ejemplo a imitar». La colega de la señora Turco, la ministra de la familia, Rosy Bindi, quiere una versión moderna del torno de inclusa «en cada sección de maternidad de cada hospital de Italia».

El jefe del departamento de neonatología del Policlínico Casilino, Piermichele Paolillo, apunta: «No nos habría sorprendido encontrar un recién nacido en la cuna, pero no nos esperábamos un bebé de tres o cuatro meses… ¿Quién sabe qué historia hay detrás de este suceso…?».

CAROLYN E. PRICE
28 de febrero de 2007
Publicado con permiso del DigitalJournal.com

Artículo completo en: http://www.digitaljournal.com/article/127934

Los Rheinschild

¡POR FIN algo que celebrar! Esta noche los Rheinchild cenan en el restaurante más caro y exclusivo de Baltimore. Ese derroche tendría que haber tenido lugar hace tiempo.

Sonia le coge a Janson la mano por encima de la mesa. El camarero ya se ha acercado y se ha tenido que volver a ir dos veces, pues no quieren que les metan prisa para pedir. Las burbujas ascien den en sus aflautadas copas de champán mientras la botella de Dom Pérignon se mantiene fría a su lado. Esta noche no debe pasar demasiado aprisa. Debería durar y durar, porque los dos se lo merecen.

—Cuéntamelo otra vez —le dice Sonia—. ¡Hasta el último detalle!

Janson está encantado de cumplir ese deseo, pues se trata de una de esas reuniones que merece la pena recordar. Le da pena no haber encontrado una manera de grabarlo. Le vuelve a contar una vez más cómo entró en el despacho del Presidente de BioDynix Medical Instruments y le mostró lo que considera «la obra de su vida», del mismo modo que se la había mostrado a Sonia unos días antes.

—¿Y tuvo la vista suficiente para darse cuenta de inmediato de todo lo que implica?

—Sonia, el tipo estaba sudando de pura avaricia. Casi se le veían crecer los colmillos. Me dijo que necesitaba hablar con la Junta y que volvería a ponerse en contacto conmigo, pero ya antes de que dejara el edificio, me llamó para proponerme un trato.

Sonia choca las manos, pues esa parte no la había oído hasta entonces.

—¡Es perfecto! No quería que se lo enseñaras a la competencia.

—¡Exacto! En ese mismo momento, hizo una oferta para reservarse los derechos. Y no solo compró el prototipo: compró los diseños, la patente…, todo. ¡BioDynix tendrá los derechos exclusivos!

—Dime que fuiste derecho al banco con el cheque.

Janson niega con la cabeza:

—Transferencia electrónica. Comprobé que ya lo tenemos ingresado en nuestra cuenta.

Janson toma un sorbo de champán; después se inclina hacia delante y susurra:

—¡Sonia, con lo que nos han pagado nos podríamos comprar una pequeña isla!

Sonia sonríe y se lleva a los labios la copa de champán.

—Me conformo con verte coger unas vacaciones.

Los dos saben que no se trata del dinero. De lo que realmente se trata es de cambiar el mundo.

Finalmente piden lo que van a comer, les vuelven a llenar las copas de champán, y Janson levanta la suya para brindar:

—¡Por el fin de la desconexión, que dentro de un año no será más que un horrible recuerdo!

Sonia choca su copa con la de él.

—Veo un segundo Nobel en tu futuro —dice—. Y ese no lo tendrás que compartir conmigo.

Janson sonríe.

—Lo haré de todas formas.

Llegan los platos: los mejores que han probado en su vida, en la mejor noche que jamás hayan compartido.

Hasta la mañana siguiente no se dan cuenta de que algo no va bien…, porque el edificio en que trabajan, que llevaba su nombre, ha dejado de repente de llamarse Pabellón Rheinschild. Durante la noche las grandes letras de latón que estaban sobre la entrada han sido reemplazadas y el edificio lleva ahora el nombre del Presidente de Ciudadanía Proactiva.

30. Hayden

HAYDEN UPCHURCH no puede ser desconectado. Al menos hoy. Mañana, quién sabe.

—¿Por qué estoy en una cosechadora si me paso de la edad? —había preguntado a sus carceleros cuando lo dejaron allí con el resto de los rebeldes del *Bombarroba* del Cementerio.

—¿Preferirías ir a prisión? —fue la única respuesta del director de la cosechadora. Pero al final el director Menard no pudo guardarse la verdad para sí, tratándose de una delicia tan dulce—: Aproximadamente la mitad de los estados de Estados Unidos van a votar este año una medida que permitirá la desconexión de criminales violentos —le explicó a Hayden con una desagradable sonrisa de dientes amarillos—. A ti te han enviado a la cosechadora de un estado donde esa ley se aprobará seguro y se pondrá en marcha muy rápidamente. O sea, al día siguiente de la votación. —Entonces siguió informando a Hayden de que sería desconectado a las 00:01 horas del seis de noviembre—. Así que pon la alarma.

—Lo haré —le respondió Hayden con voz alegre—. Y presentaré una petición especial para que le den a usted mis dientes. Ahora que ustedes, las buenas personas, me han quitado el aparato, ya están listos para usted. Por supuesto, mi dentista me sugería llevar un aparato de refuerzo durante dos años.

Menard se limitó a gruñir e irse.

A Hayden le desconcierta ser catalogado como criminal violento cuando todo lo que ha hecho es intentar salvar su vida y la de otros chavales. Pero cuando la Autoridad Juvenil se la tiene jurada a alguien, puede retorcer las cosas como le dé la gana.

Hace un año y medio, cuando Connor había llegado a la Cosechadora de Happy Jack, lo pasearon por delante de todos los desconectables como un humilde y destrozado prisionero. Pensaron que eso desmoralizaría a los otros chicos, pero en vez de eso convirtió a Connor prácticamente en un dios. El desconectable que cae y se vuelve a alzar.

Aparentemente, la Autoridad Juvenil había aprendido de aquel error, y para Hayden las cosas fueron distintas. Con el *Ma nifiesto de la Desconexión* de Hayden recibiendo más visitas en la red que una famosa desnuda, necesitaban hacer daño a su fama en la calle.

Como a Connor, lo habían separado inmediatamente de otros chicos, pero en lugar de dar ejemplo con él, el director Menard eligió hacer participar a Hayden de los banquetes de la mesa del personal, y darle una *suite* de tres habitaciones en la casa de

invitados. Al principio a Hayden le preocupó que el hombre albergara algún tipo de propósito romántico, pero no iban por ahí los tiros. Menard hizo correr rumores de que Hayden estaba cooperando con la Autoridad Juvenil y ayudándoles a capturar a los chavales que escaparon del Cementerio. Aunque la única «prueba» de ello era el hecho de que Hayden estaba siendo tratado de maravilla, los chicos de la Cosechadora se lo creyeron. Los únicos que no se lo creyeron fueron gente como Nasim y Lizbeth, que lo conocían de antes.

Ahora, cuando atraviesa el comedor, los chicos le silban y abuchean, y la escolta de guardias, que al principio estaban allí para asegurarse de que no escapaba ni le decía a nadie la verdad, ahora va a protegerlo contra la furiosa muchedumbre de desconectables. Es una obra maestra de manipulación que Hayden podría apreciar si no fuera él la víctima. Después de todo, ¿qué podría ser más bajo que un traidor a los traidores? Ahora, gracias a Menard, Hayden dejará este mundo avergonzado en todos los frentes posibles.

—No me interesan tus dientes —le dijo Menard—. Pero puedo ponerme tu dedo corazón en un llavero, para acordarme de todas las veces que me lo has enseñado.

—¿El izquierdo o el derecho? —le había preguntado Hayden—. Esas cosas son importantes.

Pero cuando el verano marcha inexorablemente hacia el otoño y su desconexión tras la votación, Hayden encuentra cada vez más difícil quitarle importancia a su inminente final. Está empezando a creer de verdad que su vida, tal como la conoce, terminará en la Chatarrería de la Cosechadora de Cold Springs.

31. Starkey

HAY UN CAMIÓN de transporte de desconectables en una carretera con curvas un luminoso día de agosto, y aunque está pintado en color azul, rosa y verde pastel, nada puede ocultar la fealdad de su propósito.

Al norte de Nevada, el terreno es árido y escarpado. Hay unas montañas que al brotar de la tierra parece que vieron adónde iban, y abandonaron antes de terminar de subir, decidiendo que no merecía la pena el esfuerzo. Todo el paisaje tiene el beis neutral del mobiliario presente en las instituciones. «Ahora ya sé por qué van rodando las plantas rodadoras», piensa Starkey. «Porque quieren escapar de aquí».

Starkey va sentado al lado del conductor del camión. Aprieta el cañón de una pistola contra las costillas del conductor.

—Yo de ti no haría eso —dice el camionero un poco nervioso.

—Esto te supera, Bubba. Así que acéptalo, y puede que salgas con vida de esta. —Starkey no sabe cómo se llama el conductor. Pero para él todos los camioneros son «Bubba».

Cuando entran en el valle, de camino a la Cosechadora de Cold Springs, Starkey obtiene una buena vista de las instalaciones. Como en todas las cosechadoras, su calculada atención al diseño es parte del crimen, pues pretende dar una ilusión de tranquilidad y comodidad. En una cosechadora, incluso la chatarrería en que los chicos entran para no volver a salir podría parecer tan acogedor como la casita de la abuela. Starkey siente un escalofrío al pensarlo.

Los constructores de la Cosechadora de Cold Springs trataron de encontrar pistas arquitectónicas en los alrededores, intentando adoptar un aspecto natural del oeste. Pero un enorme oasis de césped artificial en medio de edificios de estuco es un deslumbrante recordatorio de que en aquel lugar no hay nada natural en absoluto.

«Bubba» suda profusamente cuando se acercan a la puerta del guarda.

—¡Deja de sudar! —dice Starkey—. Resulta sospechoso.

—¡No puedo evitarlo!

Para el guarda de la entrada, todo es la rutina de siempre. Comprueba las credenciales del camionero y examina el albarán. Parece que no le importa, o simplemente no nota la sudoración del camionero. Ni tampoco presta atención a Starkey, que va vestido con el mono gris claro de un empleado del transporte de desconectables. El guardia vuelve a meterse en su cabina, le da a un botón, y la cancela se abre lentamente.

Ahora le llega a Starkey el turno de sudar. Hasta aquel momento todo ha sido

hipotético. Incluso bajar por el valle hasta la cosechadora parecía algo irreal, y a cierta distancia de la realidad, pero ahora que está dentro, no hay vuelta atrás. Esto está ocurriendo de verdad.

Aparcan en un punto de carga y descarga, donde un equipo de orientadores de la cosechadora espera para saludar a los recién llegados con sus sonrisas encantadoras, para después seleccionarlos y enviarlos a sus barracones a la espera de la desconexión. Pero eso no va a ocurrir hoy. En cuanto se abren las puertas de atrás del camión, el personal se encuentra no con filas de comedidos adolescentes, sino con un ejército. Los chicos se lanzan a ellos, gritando y blandiendo sus armas.

En cuanto empieza el jaleo, el camionero salta de la cabina y corre para poner a salvo su vida. A Starkey no le preocupa, ya que el hombre ha cumplido con su trabajo. Los gritos dan paso a los disparos. Los trabajadores corren para alejarse del conflicto, y los guardias corren hacia él. Starkey sale de la cabina a tiempo de ver caer a algunos de sus preciados chicos de la cigüeña. La torre este tiene una vista clara del punto de carga y descarga, y desde ella un tirador está disparando a los chicos. El primer par de disparos son aletargantes, pero el tirador cambia de arma. Y el siguiente chico que cae, cae para siempre.

«Mierda, esto es de verdad, es de verdad, es de verdad…».

Y entonces el tirador apunta a Starkey.

Esquiva por los pelos una bala que abre un agujero en la puerta del camión, produciendo un delicado tañido. Aterrorizado, Starkey se esconde de un salto detrás de una roca grande, y al hacerlo se pega un golpe en la mano mala. El dolor le hace gritar maldiciones.

Los chicos de la cigüeña se extienden por el terreno. Algunos caen, pero son más los que consiguen llegar adonde pretenden. Otros usan a los orientadores como escudos humanos.

«Yo no puedo morir», piensa Starkey. «¿Quién liderará a estos chicos si yo muero?».

Pero sabe que tampoco puede quedarse agachado detrás de una roca. Tienen que verlo luchando. Tienen que verlo al mando. Y no solo sus chicos de la cigüeña, sino también los chavales que está a punto de liberar.

Asoma la cabeza y apunta con la pistola a la figura borrosa que está en la torre, que ahora está disparando a los chicos que corren por el césped artificial. El cuarto disparo de Starkey es el de la suerte: el pistolero cae.

Pero hay otros guardias, otras torres.

Al final, la salvación para todos ellos llega de los chicos de la cosechadora. El

terreno se llena de desconectables que acuden a sus actividades diarias: deporte y ejercicios de destreza diseñados para maximizar su valor diviso y prepararlos físicamente para la desconexión. Cuando ven lo que está sucediendo, abandonan sus actividades, doblegan a sus orientadores, y convierten el ataque en una revuelta.

Starkey avanza hacia el centro con paso decidido, sorprendido por lo que ve. El personal huye preso del pánico, los guardias son dominados, les quitan las armas y las añaden al creciente arsenal de los chicos de la cigüeña. Ve una mujer de bata blanca correr por el césped y detrás de un edificio, intentando usar un teléfono móvil, pero le sale el tiro por la culata. Ya antes de que los chicos de la cigüeña asaltaran el camión, Jeevan y un equipo de informáticos habían interferido en las dos torres inalámbricas que daban alimentación al valle y habían cortado la línea. No hay comunicación de ningún tipo entre este lugar y el exterior, a menos que sea corriendo sobre los dos pies.

La rebelión se retroalimenta, encendida por la desesperación y la imprevista esperanza. Crece en intensidad hasta que incluso los guardias huyen, pero les dan caza docenas de chicos que los inmovilizan con sus propias esposas.

«¡Esto es como Happy Jack!», piensa Starkey. «Pero esta vez se hará bien. Porque soy yo el que está al mando».

Sobrepasado en número, el personal de la cosechadora se va rindiendo, y la cosechadora queda liberada en quince minutos.

Los chicos no caben en sí de alegría. Algunos lloran por la terrible experiencia. Otros se vuelven hacia los amigos que están muertos o moribundos. La adrenalina sigue alta, y Starkey decide usarla. Los muertos están muertos, él debe pensar ahora en los vivos. Camina hacia el centro de la zona común, al lado de un mástil de bandera que sale del césped artificial, y aparta la mirada del coste humano de la liberación.

Coge una ametralladora de uno de sus chicos de la cigüeña y dispara al aire hasta que todo el mundo mira hacia él.

—¡Me llamo Mason Michael Starkey! —anuncia con su voz más potente y autoritaria—, ¡y acabo de salvaros de la desconexión!

Todos vitorean en torno a él, como había previsto. Les ordena que se separen en dos grupos. Los chicos de la cigüeña a la izquierda, y el resto a la derecha. Al principio están un poco reticentes, pero los de la cigüeña agitan las armas y hacen cumplir la orden. Los chicos se separan. Parecía que eran unos cien chicos de la cigüeña y trescientos de los demás. No había diezmos, afortunadamente. Aquella era una cosechadora sin diezmos. Starkey se dirige primero a los que no son de la

cigüeña, señalándoles la entrada principal:

—Las puertas están abiertas. Vuestro camino hacia la libertad está ahí. Os sugiero que lo toméis.

Por un momento dudan, desconfiando. Entonces algunos se vuelven y se dirigen hacia la cancela, y luego algunos más, y en pocos instantes aquello se convierte en un éxodo masivo. Starkey contempla cómo se van. Y entonces se vuelve hacia los chicos de la cigüeña, que quedan allí.

—A vosotros os doy a elegir —les dice—. Podéis iros con los otros, o podéis convertiros en una parte de algo más importante que vosotros mismos. Toda vuestra vida habéis sido tratados como ciudadanos de segunda clase hasta terminar recibiendo el insulto definitivo, que fue ser enviados aquí. —Abre los brazos abarcando cuanto le rodea—. Aquí ahora somos todos chicos de la cigüeña condenados a ser desconectados. Pero hemos recuperado nuestra vida, y nos estamos vengando. Así que os pregunto: ¿queréis venganza? —Espera y recibe algunas respuestas cautelosas, así que levanta la voz—: He preguntado, ¿queréis venganza?

Ya preparados, la respuesta brota como una sola voz atronadora:

—¡Sííí!

—¡Entonces —dice Starkey—, bienvenidos a la Brigada de la Cigüeña!

32. Hayden

POCO ANTES de la liberación, Hayden se da una ducha, cosa que hace casi obsesivamente, tres veces al día, intentando quitarse toda la porquería de la situación en que se encuentra. Sabe que por mucho que se restriegue no va a conseguir nada, pero de todas formas la ducha le hace sentirse bien. Los otros desconectables que hay allí le odian tanto como odian a sus carceleros, porque creen que es uno de ellos. Tan bien lo ha hecho el director de la cosechadora, Menard, a la hora de montar la mentira de hacer que todo el mundo allí crea que Hayden se había cambiado de bando y estaba ahora trabajando para la Autoridad Juvenil. Él preferiría morir, por supuesto, que hacer algo que ayude a la Autoridad Juvenil, pero todo depende de la percepción, y la gente se cree lo que creen que ven. No, él no conseguirá lavarse las mentiras de Menard, pero seguirá intentándolo.

Sin embargo, cuando aquel día sale de la ducha, descubre que su mundo ha cambiado completamente.

Oye de inmediato los disparos. Una bala tras otra de explosiones entrecortadas, arrítmicas, que parecen venir de múltiples direcciones. Aunque su *suite* de puro lujo dispone de una galería, no se le permite salir a ella, así que está cerrada. Sin embargo, ve lo que está pasando. La cosechadora está siendo atacada por un grupo de muchachos armados, y cada vez que cae un guardia, añaden una nueva arma a su arsenal. Los desconectables de la cosechadora se les están uniendo, convirtiendo aquello en una revuelta a escala total, y Hayden tiene por un momento la esperanza de que la fecha prevista para su desconexión esté, después de todo, equivocada.

Una bala alcanza la esquina de la puerta de la galería de paneles corredizos de cristal, pero solo hace un poco de ruido. Es cristal a prueba de balas. Por lo visto los constructores pensaron que cualquiera que fuera invitado a ocupar la *suite* de visitas de una cosechadora podría ser el tipo de persona a quien le podrían dirigir una bala. Su única salida es la puerta que da a la *suite*, pero está cerrada por fuera.

El ruido de disparos disminuye, hasta que se calma por completo… y la visión de los chicos que siguen corriendo allí fuera le dice a Hayden que la fuerza invasora ha sido victoriosa.

Golpea la puerta una y otra vez, gritando a pleno pulmón hasta que llega alguien.

Es un chico que está al otro lado de la puerta, y su voz le suena familiar. Hayden lo reconoce enseguida como el mensajero del Cementerio.

—¿Hayden? —pregunta el chico—. ¡De ninguna manera!

Tres fugitivos que conocía del cementerio de aviones lo llevan a la zona común, donde el césped artificial se recalienta bajo el sol del mediodía. Hay cuerpos desparramados por todos lados. Unos están aletargados, otros claramente muertos. La mayoría son chavales, pero hay unos pocos guardias. A la izquierda, los trabajadores de la cosechadora están siendo atados y amordazados. A la derecha, hay un gran número de chicos que salen por la puerta corriendo, dando gritos de libertad. Pero no todos se van.

Los demás escuchan a alguien que lleva el mono-uniforme color gris pastel de un trabajador del sector de transporte de desconectables.

Hayden se para en seco cuando comprende quién es.

Había albergado la remota esperanza de que fuera Connor el que hubiera ido a rescatarlos. En ese momento se pregunta si será demasiado tarde para volver a su *suite* de invitados.

—¡Eh! —grita el chico que le abrió la puerta—. ¡Mirad a quién he encontrado!

Cuando Starkey mira a Hayden, hay un instante de terror en sus ojos, rápidamente oculto por una expresión de acero. Sonríe con una sonrisa demasiado amplia.

—¿Qué era lo que siempre decías en el Cementerio, Hayden? «Hola, me llamo Hayden y hoy seré tu rescatador».

—¡Es uno de ellos! —grita alguien antes de que Hayden pueda dar con una respuesta inteligente—. ¡Ha estado trabajando para la Autoridad Juvenil! ¡Hasta le permiten elegir a los que van a ser desconectados!

—¡Ah!, ¿son esas las últimas noticias? Ya sabéis que no se puede confiar en absoluto en lo que dicen los tabloides. Lo próximo será que yo estoy embarazado de trillizos extraterrestres.

Bam está allí. Mira a Hayden un tanto divertida:

—O sea que la Autoridad Juvenil te convirtió en su puta.

—Me alegro de verte, Bam.

Gritos de «Dejadlo» y «Aletargadlo» e incluso de «Matadlo» se extienden por entre la multitud de desconectables de Cold Springs, pero los chicos que lo conocían se empeñan en su defensa lo bastante al menos para sembrar algunas dudas. La multitud mira a Starkey esperando una decisión, pero este no parece dispuesto a tomarla. No necesita hacerlo en ese momento, sin embargo, porque tres fuertes chicos de la cigüeña se acercan trayendo con ellos al director de la cosechadora, que forcejea tratando de soltarse.

La multitud les deja sitio, y alguien tiene la brillante idea de escupir a Menard

cuando pasa. Muy pronto todos lo imitan. Hayden también podría haberlo hecho si se le hubiera ocurrido antes, pero ahora ese gesto no sería más que conformismo.

—Este debe de ser el tipo que manda —dice Starkey—. ¡Ponte de rodillas!

Como Menard no obedece, los tres chicos que lo traían le empujan hasta que cae de rodillas.

—Te hemos encontrado culpable de crímenes contra la humanidad —dice Starkey.

—¿Culpable…? —gime Menard desesperado—. ¡No he tenido ningún juicio! ¡Para eso hace falta un juicio!

Starkey mira a la multitud:

—¿Cuántos de vosotros lo consideráis culpable?

Casi todas las manos se levantan, y pese a todo lo que Hayden odia a Menard, le angustia presentir lo que va a suceder.

Sin albergar dudas, Starkey saca una pistola.

—Hay doce personas en un jurado, y esto es definitivamente más de doce —le dice Starkey a Menard—. Quedas declarado culpable.

Entonces Starkey hace algo que Hayden no se esperaba. Le entrega la pistola a él.

—Ejecútalo.

Hayden empieza a tartamudear, mirando la pistola:

—Starkey, eh… esto no es…

—Si tú no eres un traidor, entonces demuéstralo metiéndole una bala en la cabeza.

—Eso no demostraría nada.

Entonces Menard se inclina y empieza a rezar. Un hombre cuya profesión consiste en matar jóvenes está pidiendo a los cielos su liberación. Eso irrita a Hayden lo suficiente para que apunte al hipócrita cráneo de Menard. Mantiene la pistola allí durante unos diez segundos, pero no llega a apretar el gatillo.

—No lo puedo hacer —dice Hayden—. Así no.

—Bien. —Starkey le coge la pistola y después señala al azar, entre toda la multitud, a un chaval que no parece mayor de catorce años. El chaval da un paso adelante, y Starkey le pone la pistola en la mano—. Muéstrale a ese cobarde lo que significa el valor. Ejecútalo.

El chaval está claramente aterrorizado, pero todos los ojos están puestos en él. Lo están poniendo a prueba y sabe que no debe fallar. Hace una mueca. Aprieta los ojos. Coloca la boca del cañón de la pistola en la parte de atrás de la cabeza de Menard y aparta la vista. Entonces aprieta el gatillo.

El disparo no suena fuerte, nada más que un «pum». Como un petardo suelto. Menard se encoge y muere antes de caer al suelo. Rápido y limpio. Nada más que una

herida en la parte de atrás de la cabeza, por donde ha entrado la bala, y otra justo debajo de la barbilla, por donde ha salido. La bala misma ha sido acogida por el césped artificial. No hay ni pegotes de cerebro explotado, ni fragmentos del cráneo. Starkey y la multitud parecen decepcionados de que una ejecución, a fin de cuentas, sea algo mucho menos espectacular que toda la preparación.

—¡De acuerdo, moveos! —ordena Starkey, dando instrucciones para apropiarse de todo vehículo del que puedan encontrar las llaves.

—¿Y qué pasa con él? —pregunta Bam mirando a Hayden con desprecio.

Starkey le dirige a Hayden una breve mirada, y un levísimo asomo de sonrisa de superioridad antes de decir:

—Nos lo llevamos con nosotros. Todavía puede sernos útil. —Entonces se vuelve a todos los que están allí y dice con voz potente—: ¡En el día de hoy declaro esta cosechadora oficialmente clausurada!

Starkey recibe todos los vítores y adulación que desea, y Hayden, mirando al director muerto, y a los guardias muertos, y a las varias docenas de jóvenes muertos que alfombran el suelo…, se pregunta si debería lanzar vítores o ponerse a chillar.

33. Connor

LA CAPACIDAD de espera no se encuentra en el arsenal de habilidades personales de Connor. Aun antes de que sus padres firmaran la orden de desconexión, él ya era impaciente y presentaba poca tolerancia a eso de no hacer nada. En aquel entonces, el tiempo muerto le hacía pensar en su vida, pensar en su vida le ponía furioso, y la furia le impulsaba a hacer ese tipo de cosas impetuosas, irresponsables y ocasionalmente ilegales que siempre le ocasionaban problemas.

Desde el día en que había escapado de su casa, sin embargo, no había habido tiempos muertos, al menos hasta el momento de llegar a la Reserva Arápache. Incluso cuando estaba aislado en el sótano de Sonia, había todo un caldo de cultivo de angustias con las que tratar. Había estado en guardia permanente para protegerse a sí mismo, proteger a Risa, y no perder de vista a Roland, que podría habérselo cargado en cualquier instante.

Aún se pregunta si Roland, en las circunstancias adecuadas, lo habría matado de verdad.

En Happy Jack había acorralado a Connor, lo había puesto contra una pared y lo había intentado estrangular con la misma mano que ahora formaba parte de Connor. Pero Roland no pudo terminar de hacerlo. Es posible que Roland, a fin de cuentas, fuera perro ladrador y poco mordedor. Pero ya nadie podrá estar seguro.

Connor, por su parte, sí que ha matado.

Disparó armas letales en una batalla contra los policías de la Autoridad Juvenil en el Cementerio. Sabe que algunas de sus balas dieron en el blanco y eliminaron gente. ¿Le convierte eso en un asesino? ¿Hay algún modo de redimirse ante eso?

Por eso Connor odia el tiempo muerto. Porque tanto pensar puede volverle loco.

Su único consuelo es una creciente sensación de seguridad. De normalidad, si es que algo en aquella situación puede llamarse normal. La familia Tashi'ne ha sido buena anfitriona, pese a su inicial frialdad con él. Desde el momento en que se hizo público que Connor estaba vivo, le han hecho sentirse como en su casa.

Durante el día, sin embargo, no hay nadie allí. Kele está en el colegio, lo cual es buena cosa, pues Connor no tiene paciencia para aguantar la falta de paciencia de Kele; Chal está fuera, practicando su magia con los hopi; Elina pasa los días en el ala de pediatría de la clínica; y Pivane, que viene a cenar cada noche, habitualmente está cazando.

Connor, Grace y Lev, que no pueden salir por miedo a que los vean, se quedan solos.

Está mediada la tarde. Hace una semana que empezó agosto. Llevan allí veinte días. La luz que penetra por las ventanas es de un ámbar intenso, y llega reflejada por la parte superior del lado opuesto del barranco. Las sombras se alargan rápidamente en aquellas casas asomadas al precipicio, y cuando el sol se pone, se pone: hay poco tiempo para el crepúsculo en el barranco.

Grace, a la que se le da muy bien eso de entretenerse ella sola, había proclamado el primer día que pasó allí: «Aquí hay muchas cosas interesantes». Hoy ha revuelto otro armario para después reorganizarlo con aterradora precisión. Lev, que sigue tratando de recuperarse del accidente, ha extendido una alfombrilla en el suelo de mármol, en medio de la sala grande, y está haciendo ejercicios de fisioterapia que le ha enseñado Elina, mientras Connor está sentado en un cercano sofá excesivamente relleno. Habiendo encontrado una navaja que debía de pertenecer al desaparecido Wil, Connor ha empezado a tallar madera, pero no tiene ni idea de qué tallar, así que termina cortando palos grandes para hacerlos simplemente más pequeños.

—Deberías aprovechar el tiempo para cultivarte —le dijo Lev a Connor el primer día en que los tres se quedaron solos en casa de los Tashi'ne—. Tú te hiciste ASP cuando hacías qué curso, ¿décimo? No llegaste a terminar el instituto. ¿Cómo esperas conseguir trabajo cuando se acabe todo esto?

La idea de «cuando se acabe todo esto» le hace reír a Connor. Intenta imaginar cómo podría ser su vida en un universo alternativo, donde permanecer entero fuera algo que se diera por hecho, no un privilegio. Supone que su habilidad natural con la electrónica podría proporcionarle un trabajo como técnico reparador en algún sitio. Así pues, cuando «se acabe todo esto», y si un milagro le permite llevar una vida normal, ¿cómo será su vida? En un universo alternativo Connor podría ser feliz reparando frigoríficos, pero el Connor de este universo encuentra la idea más bien aterradora.

Disponer de tanto tiempo para pensar le está volviendo a poner furioso, un viejo patrón que regresa; y aunque ya no lo encauza tan mal como antes, en estúpidos estallidos, le preocupa la emergencia de esa vieja subrutina mental, porque sabe que hay otras cosas, otros sentimientos que vienen con ella.

—¡No soporto esto! —exclama Connor, arrojando el inútil palito que está tallando.

Lev se desenrolla de la difícil postura que había adoptado y mira con esa mirada de comadreja suya como tratando de averiguar hacia dónde van las cosas.

—No soporto estar aquí —dice Connor—. Estar en la casa de otra persona, que cuiden de mí. Esto me está convirtiendo en alguien que no soy, o al menos que ya no era.

Lev mantiene esa larga mirada fija en Connor, hasta el momento en que se convierte en incómoda. Connor se niega a ser él el que la retire.

—Nunca se te dio bien ser un niño, ¿a que no? —pregunta Lev.

—¿Qué…?

—No lo podías soportar. Eras un calzonazos total. Eras el típico chico capaz de usar como escudo humano a un diezmo confiado.

—Sí —dice Connor bastante indignado—, ¡pero no te olvides de que le salvé la vida a ese diezmo!

—Un bono de regalo…, pero esa no fue la razón de que me cogieras aquel día, ¿a que no?

Connor no dice nada, porque los dos saben que él tiene razón. Y eso le fastidia a Connor.

—Bien, lo que quiero decir es que tú tienes miedo de volver a ser el mismo calzonazos que eras hace dos años…, pero yo no veo que eso esté ocurriendo.

—¿Y por qué es eso, oh, sabio diezmo aplaudidor?

Lev le lanza una mirada de pocos amigos que no dura mucho.

—Tú eres como Humphrey Dunfee. Yo también. Desgarrados por todo lo que nos ha sucedido, y después vueltos a unir. El que eres ahora no tiene nada que ver con el que eras antes.

Connor piensa en ello un instante y asiente con la cabeza, aceptando la observación de Lev. Es un consuelo saber que Lev piensa de verdad que él ha cambiado, pero Connor no está tan convencido.

Esa noche en la cena ocurren dos cosas. Cuál es peor de las dos, eso depende de la perspectiva de cada uno.

Elina llega a casa justo después de anochecer, seguida por Pivane, que trae una olla de estofado de conejo que ha tenido a fuego lento todo el día. Connor da gracias por no haber tenido que ver cómo desollaba y preparaba el animal. Mientras la carita del conejo no aparezca en el estofado, todo irá bien. En la mesa de la cena, Kele no para de hablar de que aquellos niños que tienen como guía espiritual un animal depredador han empezado a acosar a aquellos otros que tienen como guía espíritus de animales domésticos.

—Es taaaaaan injusto… Y yo sé que la mitad de esos niños se han inventado el animal en su búsqueda de la visión.

Eso hace que Connor se acuerde de Lucas, su hermano, que convertía en un drama terrible cualquier menudencia que sucedía en el colegio. Al recordarlo, Connor siente un repentino escalofrío, y no por pensar en su hermano, sino porque se da cuenta de cuánto tiempo llevaba sin acordarse de él. Lucas ahora se estará acercando a la edad que tenía Connor cuando se dio a la fuga.

—¿Podría alguien pasar hacia aquí el estofado? —pregunta Connor. Mejor pensar en la comida que quedar atrapado en el campo de minas de los pensamientos.

—Lo superarán ellos solos —le dice Pivane a Kele—. Y si no lo superan, lo terminarán pagando al final. Los pájaros vuelan hacia el norte lo mismo que hacia el sur —frase que, según se imagina Connor, debe de ser la versión arápache de: «El que la hace la paga».

—¡Hola! —les dice Connor a los del extremo de la mesa—. Por aquí necesitamos un poco de estofado.

Si bien Lev tiene paciencia para esperar, el hambre de Connor tiene exigencias imperiosas. Grace, que siempre se sienta junto a Elina, se ha llenado el plato a rebosar. La sopera está delante de Elina, pero ella no se da cuenta porque también ella está inmersa en el drama de Kele.

—No sé cuántas heridas veo en la clínica por culpa de niños que piensan que sus guías animales los protegerán de romperse un hueso.

Entonces Connor grita alto y claro:

—¡Mamá…! ¡Pasa el estofado!

Es la manera en que Lev mira de repente hacia Connor lo que le hace a este darse cuenta de lo que acaba de decir. Aquella sensación de normalidad, los pensamientos familiares, de algún modo hicieron que aquella palabra, «mamá», saliera a la superficie como un eructo inesperado.

Todo el mundo mira a Connor, como si este acabara de poner un zurullo en la mesa.

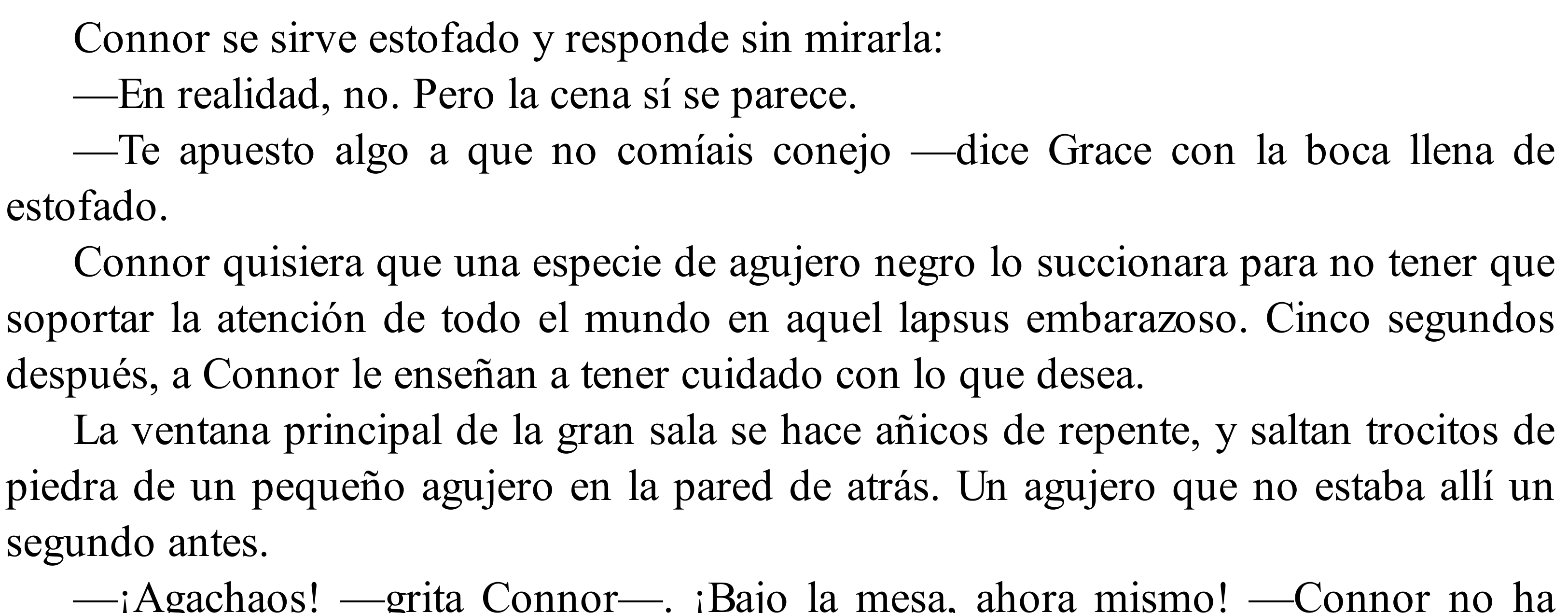
—Quiero decir, solo… que me paséis el estofado, por favor…

Elina le pasa el estofado, y Connor piensa que su lapsus no tardará en olvidarse hasta que Kele dice:

—¿Le dejas que te llame «mamá»? Yo nunca te he llamado eso.

Después, ya nadie sabe de qué seguir hablando, así que Elina decide remachar el clavo en vez de dejarlo a medias:

—¿Es que te recuerdo a ella, Connor?



Connor se sirve estofado y responde sin mirarla:

—En realidad, no. Pero la cena sí se parece.

—Te apuesto algo a que no comíais conejo —dice Grace con la boca llena de estofado.

Connor quisiera que una especie de agujero negro lo succionara para no tener que soportar la atención de todo el mundo en aquel lapsus embarazoso. Cinco segundos después, a Connor le enseñan a tener cuidado con lo que desea.

La ventana principal de la gran sala se hace añicos de repente, y saltan trocitos de piedra de un pequeño agujero en la pared de atrás. Un agujero que no estaba allí un segundo antes.

—¡Agachaos! —grita Connor—. ¡Bajo la mesa, ahora mismo! —Connor no ha perdido un instante para asumir una actitud guerrera, y por eso dirige a los demás. No sabe si alguien más se ha dado cuenta de que era una bala, pero se lo figurarán. Lo que importa es que se pongan a cubierto. Todos hacen lo que les dice—. ¡Kele…, no, por aquí, ponte donde no te puedan ver desde la ventana!

Kele se acerca, y Connor echa una carrera a través de la sala hasta los interruptores de la luz, y la apaga, dejándolo todo a oscuras para que el tirador no pueda verlos. Con una repentina descarga de adrenalina que le llega a la retina de los ojos, estos se adaptan con gran rapidez a la oscuridad.

—¡Pivane! —grita Elina—. ¡Llama a la policía!

—No podemos llamar a la policía —le responde este. De eso se dan cuenta todos de inmediato. Si llamaran a la policía, tendrían que explicar por qué les han disparado. Y descubrirían a Connor, a Lev y a Grace.

Entonces Pivane se levanta y avanza a grandes zancadas hacia la ventana rota.

—¡Pivane! —le grita Connor—. ¿Qué estás haciendo, estás loco? ¡Agáchate!

Pero Pivane sigue allí de pie. Es Grace la que señala lo que solo ella y Pivane han llegado a comprender.

—Ese disparo ha cruzado la sala completamente —dice Grace—. Como en las viejas películas de guerra, cuando disparaban a la proa del barco sin querer matar a nadie.

—¿Una advertencia? —pregunta Lev.

—Un mensaje —responde Pivane. Sin embargo, los demás siguen reacios a salir de debajo de la mesa.

Connor se aleja del interruptor de la luz para ponerse junto a Pivane, mirando a la oscuridad. Hay algunas luces en las casas del otro lado del barranco. El disparo podría haber llegado de cualquiera. No hay un nuevo disparo.

—Alguien sabe que estamos aquí —dice Connor—, y quiere que nos vayamos.

—¡Lo siento! —exclama Kele—. Nova me prometió que no lo contaría, pero debe de habérselo dicho a alguien. ¡Es culpa mía!

—Puede que sí, puede que no. —Pivane se vuelve hacia Connor—. En cualquier caso, ya no estáis seguros en esta casa. Deberíamos encontraros otro sitio.

—¿En la vieja cabaña de sudar? —sugiere Kele, lo cual suena en cierto modo apropiado, ya que esto les está haciendo sudar a todos.

Pivane niega con la cabeza:

—Se me ocurre otro sitio mejor.

34. Una

CUANDO LLAMAN a la puerta de la tienda lo hacen tan suavemente que Una apenas los oye desde el piso de arriba. Acaba de echar un filete a la sartén. Si el filete hubiera estado crepitando un poco más fuerte, no se habría enterado. Desciende de su apartamento en el piso de arriba a la tienda de lutier en que antes estaba de aprendiz, y ahora lleva ella. Al cruzar el taller, los pies descalzos le duelen por las astillas que hay en el suelo. Sigue atravesando la sala de exposición, donde sus guitarras hechas a mano cuelgan de lo alto, como jamones.

Pivane está a la puerta, con Lev, Connor y Grace. Espera una explicación antes de invitarlos a entrar.

—Ha ocurrido algo —le dice Pivane—. Necesitamos tu ayuda.

—Por supuesto. —Ella abre la puerta para dejarlos entrar.

Sentado en un taburete en la parte de atrás de la tienda, Pivane explica los sucesos de esa noche.

—Necesitan un refugio seguro —le dice.

—No será por mucho tiempo —añade Connor, aunque no tiene ni idea de cuánto tiempo será. Ninguno de ellos la tiene.

—Por favor, Una —dice Pivane, mirándola intensamente a los ojos—. Hazle este favor a nuestra familia.

—Sí, claro —dice Una, intentando que no se le note el temor en la voz—. Pero si el que les disparó sabe que están aquí…

—No creo que haya más disparos —dice Pivane—, pero, por si acaso, deberías tener el rifle a punto.

—Eso no hace falta decirlo.

—Me alegro de habértelo dado —dice Pivane—, porque si se usa para protegerlos, estará bien usado.

Pivane se levanta para irse.

—Volveré mañana para comprobar que todo va bien. Traeré comida y cualquier cosa que puedan necesitar. Si Chal tiene éxito con los hopi y consigue despistar a la Autoridad Juvenil, pronto podrán dejar la reserva y proseguir su viaje.

Una nota que, al oír aquello, Lev mueve los hombros en un gesto de incomodidad.

—Creo —dice Pivane, dirigiéndole a ella, una vez más, la plena intensidad de su mirada— que este es el lugar más seguro que podemos encontrar para ellos. ¿No te parece?

Una le aguanta la mirada:

—Puede que tengas razón.

Satisfecho, Pivane se va. La campana de la puerta de la tienda tintinea tras él al salir. Una se asegura de que la puerta ha quedado bien cerrada, y después acompaña arriba a sus huéspedes.

El filete se está quemando. La cocina se ha llenado de humo. Echando maldiciones, Una apaga el quemador, enciende el ventilador de la campana, y deja caer la sartén en el fregadero, sofocándola con agua. El filete está tan echado a perder como su apetito.

—A eso mi hermano lo llama «Bistec oscurecido estilo Cajún» —comenta Grace.

El pequeño apartamento tiene dos dormitorios. Una ofrece a Grace su cuarto, pero Grace insiste en quedarse en el sofá:

—Cuanto menos sitio tengo para moverme, mejor duermo —explica. Se acuesta y al instante ya está roncando. Una la tapa con una manta y busca más mantas para los chicos—. La otra habitación tiene una cama y un saco de dormir para echarse en el suelo.

—Yo me pido el saco de dormir —se apresura a decir Connor—. Lev puede quedarse en la cama.

—Concedido —dice Lev.

Una ahora nota que Connor lleva una de las camisas de Wil. El hecho de que la lleve tan sin darse cuenta no hace más que empeorar las cosas. Debería disculparse por cada hilo de la prenda. Debería disculparse ante ella. Pero Una no piensa decirle nada. Lo único que dice es:

—Esa camisa no la llenas del todo, ¿eh?

Connor ofrece una sonrisa que es como de disculpa, pero no lo suficiente.

—No tenía dónde elegir, dadas las circunstancias.

—Sí, dadas las circunstancias —repite ella.

Espera que Connor intentará ligar, tal vez acercarse, porque supone que Connor es de esos. Como ve que no lo hace, se siente casi decepcionada. Una se pregunta cuándo empezó a buscar razones para que la gente le cayera mal. Pero conoce la respuesta. Eso empezó el día en que colocó la guitarra de Wil en la pira funeraria y contempló cómo ardía la guitarra en el lugar de él.

Una entrega a los dos su ropa de cama y se va a buscar el rifle. Lo apoya contra la pared cerca de la escalera.

—Mientras estéis aquí, estaréis a salvo.

—Gracias, Una —dice Lev.

—De nada, hermanito.



Ve cómo se sonríe Connor cuando ella le llama «hermanito» a Lev. Le da igual. Que se sonría. Eso es lo que siempre hacen los forasteros.

35. Lev

EL DORMITORIO tiene más fotos de Wil que las que hay en casa de los Tashi'ne, todas de mucho antes del breve periodo en que lo conoció Lev. De hecho, el dormitorio produce la incómoda sensación de ser un santuario.

—¿Piensas que tuvo problemas con su chico? —le pregunta Connor despreocupadamente.

—Con su prometido —le corrige Lev—. Se conocieron toda la vida…, así que intenta ser un poco más sensible.

Connor levanta las manos en señal de rendición:

—Vale, vale, lo siento…

—Si quieres ganártela, lava esa camisa y déjala aquí cuando nos vayamos.

—Ganármela no está en mi lista de prioridades.

Lev se encoge de hombros:

—Me da que no vas a tener descuento en la compra de guitarras.

Una vez metido en la cama, Lev cierra los ojos. Se está haciendo tarde, pero no puede dormir. Oye a Una en la cocina, limpiando su cena quemada, y colocándolo todo un poco para que a la mañana siguiente parezca que el apartamento desordenado que vieron aquella noche no fueran más que imaginaciones suyas.

Aunque Connor no se mueve en su saco de dormir, parece que su cabeza también está lejos de quedarse dormida.

—Esta noche en la cena, fue la primera vez que pronuncié esa palabra en casi dos años —confiesa Connor.

Lev necesita unos segundos para recordar el momento, que fue mucho más traumático para Connor que para él. Se da cuenta de que Connor ni siquiera repetirá la palabra.

—Estoy seguro de que Elina lo sabe y lo comprende.

Connor se da la vuelta para quedarse orientado hacia Lev, y lo mira desde el suelo, a la escasa luz que hay en la habitación.

—¿Por qué me resultará más fácil enfrentarme al disparo de un tirador escondido que a la palabra que se me escapó en la mesa esta noche?

—Porque —propone Lev— tú eres bueno en las grandes dificultades, y eres un capullo en la vida normal.

Eso le hace reír a Connor:

—«Bueno en las grandes dificultades, capullo en la vida normal». Eso más o menos resume mi vida entera, ¿no?

Se queda callado por un momento, pero Lev sabe que va a preguntar algo más, y sabe qué es.

—Lev, ¿tú alguna vez…?

—No —responde Lev, cortándole la frase—. Y tú tampoco deberías. Por lo menos ahora.

—Ni siquiera sabes lo que te iba a preguntar.

—La cuestión de los padres, ¿a que sí?

Connor se inquieta un poco, y luego dice:

—Como diezmo dabas rabia, y ahora sigues dando rabia.

Lev se ríe y se echa el pelo hacia atrás. Se ha convertido en un hábito. Cada vez que alguien le recuerda sus días como diezmo, encuentra consuelo en su mata de pelo largo, rubio, ingobernable.

—Estoy seguro de que mis padres saben que sigo vivo —dice Connor—. Mi hermano debe de saberlo también.

Eso llama la atención de Lev:

—Ni siquiera sabía que tuvieras un hermano.

—Se llama Lucas. Él se llevaba los trofeos y yo los castigos. Nos peleábamos todo el tiempo, pero tú sabrás de qué va eso, ¿no? Tú tienes un carromato lleno de hermanos y hermanas…

Lev niega con la cabeza:

—Ya no. Por lo que a mí concierne, soy una familia de un solo miembro.

—Puede que Una no lo vea así, «hermanito»…

Lev admite que eso lo consuela un poco, aunque no el suficiente. Decide contarle a Connor algo que no le ha contado a nadie, ni siquiera a Miracolina durante los días desesperados que pasaron juntos:

—Cuando los aplaudidores volaron la casa de mi hermano, mi padre, al que yo no había visto desde hacía más de un año, renegó de mí.

—Eso es duro —dice Connor—. Lo siento.

—Bueno… Básicamente me dijo que yo debería haberme explotado aquel día, en Happy Jack.

Connor no contesta a eso. ¿Qué podría decir? Sí, los padres de Connor lo mandaron a desconectar, pero lo que hizo el padre de Lev…, eso se halla en un nivel completamente distinto de crueldad.

—Eso me dolió más que ninguna otra cosa en la vida, pero sobreviví, y me cambié el apellido, de Calder a Garrity, por el Pastor Dan, que murió cuando volaron la casa. Renegué de mi familia como ellos renegaron de mí. Supongo que si la herida

vuelve a abrirse, podré tratar con ella, pero no voy a ir buscándola.

Connor se da la vuelta y se queda mirando hacia el otro lado.

—Ya… —dice con un bostezo—. Sí, seguramente es mejor que no andemos buscándola.

Lev espera hasta que la respiración de Connor se convierte en el sonido áspero, firme y profundo del sueño. Entonces se aventura a salir a la salita. Una está sentada en una silla cómoda, con una taza en la que humea una infusión. A juzgar por el aroma, se trata de uno de los elixires de hierbas de Elina. Una parece perdida en pensamientos tan complejos como la olorosa tisana.

—¿Qué es? —pregunta Lev señalando la taza.

Ella se asusta al oír su voz.

—Ah… Elina la llama *téce'ni hinentééni*, «recuperación nocturna». Tranquiliza el alma y el estómago. Me parece que es más que nada manzanilla y ginseng.

—¿Queda algo para mí?

Le sirve una taza, y él deja que las hojas impregnen el agua, mirándolas subir y bajar en las corrientes del líquido que se va enfriando lentamente.

Una está sentada enfrente de él, a gusto con el silencio. El único sonido es el suave ronquido de Grace, al otro lado de la habitación. Normalmente Lev se siente también en paz con ese silencio, pero lo que pende en el aire, entre uno y otro, exige palabras.

—¿Crees que Pivane sabrá que eres tú la que disparó por la ventana?

Una no hace ningún gesto de sorpresa al oír a Lev. Se limita a sorber despacio su infusión.

—Tu acusación es un insulto, hermanito —dice al final.

—Yo siempre te he respetado, Una —dice Lev—. Respétate tú lo bastante para no mentir.

Ella lo mira. Tal vez una docena de pensamientos pasan por sus ojos antes de que vuelva a posar la taza y diga:

—Pivane lo sabe. Estoy segura. ¿Por qué si no os iba a traer aquí y me iba a hacer prometer que os protegería? —Ella mira el rifle, a su lado—. Y eso haré. Aunque sea yo misma el peligro del que os tengo que proteger.

—¿Por qué? —pregunta Lev—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué…? —se burla Una, empezando a perder la calma—. ¡Por qué, por qué, por qué…! Esa es la pregunta siempre, ¿no? Yo pregunto por qué todo el tiempo, y la única respuesta que recibo son hojas que crujen y el piar estridente de los pájaros

que se aparean.

Lev no dice nada. Ve que tiene los ojos húmedos, pero ella no permite que le caigan las lágrimas.

—Lo hice porque siempre pasan cosas terribles donde tú estás, Lev. La primera vez que viniste, los piratas de partes vinieron a por ti y se llevaron a Wil. Y ahora traes al ASP más buscado de la historia de la desconexión. Pensé que ese disparo les haría entrar en razón a los Tashi'nes y os mandarían seguir camino, pero supongo que he recibido mi merecido.

—Dijiste que querías que me quedara.

—Quería y no quería. Quiero y no quiero. Hoy ha sido un mal día. Hoy quería que os marcharais tú y tus amigos.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy tomando mi infusión —dice, y da otro sorbo en silencio.

Lev acepta su ambivalencia, aunque no puede negar que le duele. ¿Le traiciona ella a él al desear que se vaya… o le traiciona él a ella por quedarse allí? Una se inclina hacia él, y Lev se ve apartándose para mantener la distancia.

—Tú, hermanito, eres el presagio de la fatalidad —le dice—. Y estoy segura de que por tu culpa va a ocurrir algo muy malo. Tan claro como que estamos aquí sentados.

36. Cam

A Camus Agrex le sorprende el poder que tiene la música para influir en el mundo. Tan solo unos simples acordes. Es un combustible más potente que el uranio, que alimenta su caminar. Junta fragmentos de recuerdos, como estrellas en una constelación. Si se unen mediante líneas, uno puede ver la imagen completa.

Ahora, mientras atraviesa el denso pinar, a dos mil quinientos kilómetros de distancia de la cómoda casa de Washington, se pregunta qué estará haciendo Roberta. Sin duda estará entregada a su actividad favorita: el control de daños. Ahora él es un ASP reconectado, algo nuevo bajo el sol. Se pregunta si avisarán a la Autoridad Juvenil para que colabore en la búsqueda. Es un fugitivo, igual que los fugitivos que está buscando. Eso resulta pavoroso y fortalecedor al mismo tiempo.

Si no está equivocado y Risa se encuentra en la Reserva Arápache, se pregunta qué le dirá ella y qué le responderá él. Y ¿qué hará cuando se encuentre cara a cara con el ASP de Akron? Dará igual cuánto intente prepararse, sabe que cuando llegue ese momento no estará preparado.

Cuando empieza a anochecer, se encuentra algo que está completamente fuera de lugar, y sin embargo, completamente esperado. Un muro de piedra que se extiende interminablemente a derecha e izquierda y se alza hasta diez metros de altura.

El muro parece impenetrable al principio, pero cuando Cam se acerca, ve que entre muchos de los bloques de granito que forman el muro hay piezas de pizarra que sobresalen. Podría tratarse de un adorno, pero parece que hay algo más que un mero intento de hacer el muro agradable a la vista. Cuanto más las mira, más se convence de que esas piedras que sobresalen tienen un propósito distinto. Son un mensaje. Un mensaje que dice: «No sigas… a menos que tu necesidad exceda la altura de este muro».

Examina la posición relativa de esas piedras, y después empieza a trepar. No es una tarea fácil. Por lo visto, los arápaches solo ofrecen santuario a los ASP que pueden pasar el test. Se pregunta si alguno de ellos habrá caído y muerto en el intento.

Al llegar a lo alto del muro, el sol, que permanecía oculto tras las piedras de granito, le golpea con tal intensidad que está a punto de desprenderse. Pensaba que estaba ya bajo el horizonte, pero permanece entre las copas de los árboles. Se pregunta si alguien le estará viendo. Ciertamente, no hay nadie cerca, el bosque se extiende por el otro lado del muro. A la distancia, sin embargo, ve una ciudad en el interior de un valle. También ve un barranco con algo que parecen casas excavadas en los laterales del precipicio. Conoce el lugar. O al menos lo conoce una pequeña parte de él.

Desciende por el otro lado del muro y emprende el camino hacia el poblado.

Ya hace rato que ha oscurecido cuando sale del pinar. El pueblo resulta a un tiempo moderno y pintoresco. Adobe blanco brillante y ladrillo marrón, aceras no de cemento sino de planchas de caoba lacadas. Coches que parecen caros por todas partes, pero también postes para atar el caballo. Los arápaches viven bien y eligen su tecnología, en vez de dejar que la tecnología los elija a ellos.

Es una ciudad pequeña, pero no tan pequeña que no tenga cierta vida nocturna. La parte central de la ciudad permanece activa después de oscurecer. En ella, los restaurantes y tiendas que ofrecen sus servicios a una multitud juvenil son luminosos y acogedores. Y están abarrotados. Se mantiene apartado de esos sitios, pero se atreve a aventurarse en otra calle comercial con bancos y otros negocios diurnos, todos cerrados a aquella hora de la noche. Algún paseante ocasional le dirige un hola, o un «tous», que supone que querrá decir lo mismo en lengua arápache…, no está seguro, pues no recibió nada del centro lingüístico del cerebro de Wil Tashi’ne. Devuelve el saludo, asegurándose de que lleva la capucha de su sudadera oscura tapándole el pelo y dejando la cara en penumbra.

Wil Tashi’ne tendrá recuerdos de aquellas calles. La mayor parte se han perdido para Cam, y han ido a formar parte de otros cerebros. Otros pululan por él como aromas en la brisa. Giran, forman remolinos, le mueven los pies en direcciones que su mente consciente no puede comprender. Pero sabe que puede confiar en ellos.

Uno de esos remolinos lo lleva por una calle secundaria. Ni siquiera recuerda que hubiera que tirar por allí, simplemente eso sucedió como algo habitual, sin necesidad de pensar en ello. El aroma del recuerdo es muy poderoso allí. Deja que ese aroma lo conduzca hasta la puerta de palisandro de una tienda. Las luces están apagadas. La tienda, como todas las tiendas de aquella callejuela, está cerrada.

Pone la mano en el pomo de la puerta, comprueba que está cerrada, cosa que ya sabía. Pero hay algo más en aquella puerta. Pensar en ello no resuelve el misterio de la puerta, pero él nota un hormigueo en los dedos. Toca el ladrillo del edificio, al lado de la puerta. Sí…, sus dedos saben algo que el resto de él no sabe. Pasa la mano por el ladrillo, palpando la áspera textura y las juntas de cemento, aún más ásperas, que corren por entre los ladrillos, hasta que los dedos encuentran lo que iban buscando. Hay una llave metida en un agujero del cemento, entre los ladrillos. ¡Las manos lo sabían! Cuando mira la llave, se da cuenta de que él mismo no tiene ningún recuerdo de ella.

Introduce la llave en la cerradura, la gira, y lentamente abre la puerta.

Inmediatamente reconoce las formas que cuelgan del techo. Son guitarras. ¿Trabajaba allí Wil? Cam busca en sus recuerdos, pero no puede encontrar pruebas de ello. Sin embargo, hay canciones de este lugar, canciones que están empezando a sonar en su cabeza. Sabe que si les da voz se establecerán nuevas conexiones.

Hay una guitarra posada sobre el mostrador. Deben de haberla tocado hace poco, pues ve que está bien afinada. Es una guitarra de doce cuerdas, su tipo favorito. Respira el olor a tierra y madera de la tienda, y empieza a tocar.

37. Una

UNA VUELVE a soñar con Wil. Sueña con él demasiado a menudo. A veces le gustaría que él la dejara en paz, porque el despertar siempre resulta doloroso. Esta vez, sin embargo, cuando despierta, la música que él tocaba en el sueño sigue sonando. Débilmente, pero sigue sonando.

Lo primero que piensa es que se le debe de haber quedado puesta en la salita alguna de sus grabaciones. O que tal vez Grace, que tiende a sacarlo todo de todos los cajones, ha encontrado la grabación y la ha puesto. Pero al entrar en la salita ve que Grace sigue dormida en el sofá. Connor y Lev están también dormidos en el cuarto de invitados, y la música, se da cuenta entonces, procede del piso de abajo.

Una abre la puerta, y la música se oye más fuerte. La oye resonando en la escalera, fantasmal pero al mismo tiempo muy real. No se trata de una grabación: se está tocando allí, en vivo: es una canción de Wil que solo él sabía tocar, y a Una casi le da un vuelco el corazón. ¡Está vivo! ¡Está vivo, ha vuelto a casa, y la saluda con una serenata!

Una baja la escalera corriendo. Las faldas del albornoz que lleva puesto se inflan tras ella. Sabe que lo que está pensando es imposible, pero lo desea de un modo tan desesperado que su cerebro se cierra a la lógica.

Una irrumpe en la tienda y ve una silueta sentada en un taburete, tocando la guitarra que ella acababa de preparar para un cliente que tenía que venir a recogerla por la mañana. Aunque no puede verle la cara, sí que sabe, por la manera de mantenerse erguido, que no se trata de Wil.

—¿Quién es usted? —pregunta ella, apenas capaz de contener su furia al aceptar que no es Wil—. ¿Qué hace usted en mi tienda?

Él deja de tocar, la mira por un instante, y entonces se levanta. Ella nota algo extraño en su rostro antes de que él se vuelva hacia el otro lado. Él posa la guitarra en el mostrador.

—Lo siento. No sabía que hubiera nadie aquí.

—¿Y pensó que podía entrar?

—No estaba cerrado.

Lo cual es una mentira. Desde que Lev y los otros vinieron para quedarse con ella hace unos días, Una comprueba constantemente que la puerta esté bien cerrada. Entonces, en el mostrador, al lado de la guitarra, Una ve la llave que siempre tiene fuera. Nadie sabe que esa llave está allí escondida. Hasta ella lo había olvidado. Así pues, ¿cómo pudo encontrarla aquel intruso?

—No quería molestarla.

—¡Espere!

Una sabe que debería dejarle que se fuera. Presiente que si tira de aquel hilo de esperanza puede desenredar cualquier cosa. Cualquier cosa. Pero necesita saber.

—Esa canción que estaba usted tocando… ¿dónde la ha aprendido?

—La oí tocar una vez a un chico arápache —le dice él—, y la guardé en la memoria.

Pero ella sabe que también eso es una mentira. Incluso aquellos que tienen la habilidad de tocar algo con solo oírlo una vez serían incapaces de captar todos los matices y la pasión. Aquello solo pertenecía a Wil. Y, sin embargo…

—Acérquese.

Él duda, pero obedece. En ese momento, cuando a él le da la luz, ella comprende qué era aquello extraño que había entrevisto en su rostro. Todo entero, ese rostro está cubierto de un espeso maquillaje, como el de una vieja fatua que intenta esconder sus arrugas.

—Tengo una enfermedad en la piel —le explica él.

Sus ojos son atractivos, persuasivos.

—¿Eres un ASP? Porque si lo eres, no busques refugio aquí. Tendrás que buscar a otra persona que te proteja.

—Estoy buscando a unos amigos —le dice él—. Ellos me mencionaron esta tienda de guitarras.

—¿Cómo se llaman?

Él hace una pausa antes de hablar:

—No puedo decirte sus nombres porque eso comprometería su seguridad. Pero si los conoces, sabrás de quién te estoy hablando. Son ASP. ASP famosos.

Así que ha venido en busca de Lev y Connor. O tal vez esté allí por Grace, para llevársela de vuelta a su vida anterior. Sus ojos parecen sinceros, pero hay muchas cosas incomprensibles en aquella visita. Aquel joven podría trabajar para la Autoridad Juvenil, o peor aún, podría ser un cazarrecompensas en busca de Lev y Connor y de la abultada cantidad de dinero que ofrecen por ellos. Decide no mostrar sus recelos. Primero quiere hacerse una idea mejor de sus intenciones.

—Bueno, si no puedes decirme el nombre de ellos, dime el tuyo.

—Mac —dice él—. Me llamo Mac. —Y le tiende la mano para que ella la estreche.

Es el contacto de aquella mano lo que le hace comprender. La firmeza y la textura de la forma en que la estrecha la suya. El recuerdo táctil reconoce la mano antes de que ella sea plenamente consciente de ello. Cuando Una baja la vista, está a punto de

gritar, pero se contiene. Gira la mano de Cam ligeramente en la suya para buscar la diminuta cicatriz del tercer nudillo del dedo índice, que se hizo Wil al cortarse de niño. Encuentra allí la prueba visual. Hace un gran esfuerzo para mantener su respiración firme, bajo control. Todavía tiene que comprender lo que eso significa, pero no tardará en hacerlo.

Una suelta su mano y se vuelve, dándole la espalda, por miedo a que algo en su rostro pueda traicionarla.

—Te diré dónde están tus amigos, Mac… con una condición —le dice.

—Lo que quieras.

Ella coge la guitarra del mostrador y se la ofrece.

—Que vuelvas a tocar para mí.

Él sonríe, coge la guitarra y se sienta en el taburete.

—Será un placer.

Empieza, y la canción atrapa el hilo de esperanza del que Una tan imprudentemente tiraba, y navega pendiente de ese hilo, reduciendo a Una a su pura esencia. La canción es cautivadora. Es hermosa. Es la música de Wil viva, pero en otro. Una deja que la fuerza de la melodía y la armonía la acaricien.

Entonces se le acerca por detrás y le golpea en la cabeza con una pesada guitarra, tan fuerte que la guitarra se rompe, y él cae al suelo inconsciente.

Una se queda escuchando para asegurarse de que no hay movimientos en el piso de arriba. No quiere despertar a los otros. Cuando se convence de que nadie ha oído nada, se echa a «Mac» sobre los hombros, como un saco de harina. Aunque es una mujer pequeña, es muy fuerte a causa del trabajo con el torno, el cepillo y la lijadora. Eso pone a prueba el límite de su fuerza y resistencia, pero logra moverse por las calles en la oscuridad hasta penetrar en el bosque.

Una conoce el bosque muy bien. Wil se encontraba allí como en casa, y le transmitió esa familiaridad. Una acarrea a Cam más de medio kilómetro por el bosque, sin nada que ilumine su camino aparte de la luna, hasta que llega a la vieja cabaña de sudar, un lugar que antes se utilizaba para empezar la tradicional búsqueda de la visión por parte de jóvenes arápaches en edad, antes de que construyeran otra más moderna.

Una vez dentro, le rasga la chaqueta y la camisa y las usa para atarlo entre dos postes separados dos metros uno del otro. Hace unos nudos tan fuertes que solo se le podría liberar con un cuchillo. El resto de su cuerpo inconsciente se desploma en el suelo, los brazos estirados por encima de él en una suplicante «Y».

Así lo deja para pasar la noche.

Cuando vuelve, poco antes de amanecer, Una lleva consigo una sierra mecánica.

38. Cam

CAM COMPRENDE que ese no va a ser un buen día en el momento en que ve la sierra mecánica.

La cabeza le duele por tantos lados que ni siquiera sabe dónde recibió el golpe en realidad. Es como si todos los miembros de su comunidad interna se hubieran levantado en armas unos contra otros y estuvieran cortándole el cerebro en cachitos.

La joven que está sentada al lado de la sierra mecánica levanta una piedra con una mano.

—Muy bien, ya has despertado —le dice—. Me estaba quedando sin piedras.

Ve que hay piedras gordas a su alrededor. Ella se las ha estado tirando para despertarlo. Otros dolores más flojos en su cuerpo lo atestiguan. Y el dolor punzante que siente en los hombros corrobora que sus brazos están atados a postes a ambos lados, atados y colgados con su propia ropa hecha tiras. Se incorpora y se pone de rodillas para aliviar la tensión que sufren sus hombros. Le sorprende que las costuras de su cuerpo no se hayan abierto. Pero Roberta siempre le decía que sus costuras eran más fuertes que la misma carne que unían.

Asimila lo que tiene a su alrededor antes de hablar. Se encuentra en una gran estructura en forma de cúpula, hecha con barro y piedras. O por lo menos hecha con algo que parece barro y piedras. La luz de la mañana se filtra por los resquicios entre las piedras. Es mucho más primitiva que cualquier otra construcción que haya visto en la reserva. En el centro hay un montón de cenizas blanquecinas, y al otro lado de las cenizas es donde está sentada la chica con la sierra mecánica. La luz que entra por el agujero de lo alto le ilumina la cara lo suficiente para que pueda reconocerla como la chica de la tienda de guitarras.

Lo último que recuerda es que estaba tocando para ella. Y ahora está allí. Lo que haya podido ocurrir entre aquella situación y la presente, es algo que Cam solo puede tratar de imaginarse.

—Me parece que no te gustó lo que tocaba.

—No se trata precisamente de lo que tocabas —responde ella. Él puede percibir la angustia de ella desde el otro lado de la cabaña, como si se tratara de una radiación—. Y a juzgar por tu aspecto, eso no es lo único que no es tuyo. —Se levanta, agarra la sierra mecánica, y avanza hacia él sobre el montón de cenizas.

Cam forcejea tratando de ponerse en pie. Una toca su pecho desnudo con la sierra mecánica apagada. Él siente el frío acero de la cadena en reposo, que le acaricia la piel. Ella repasa las costuras de su cuerpo con la punta curva de la sierra.

—Arriba, abajo, alrededor…, esas líneas van por todas partes, ¿no? Como los dibujos en la arena de un viejo chamán.

Cam no dice nada mientras ella pasa la sierra por su torso y luego le cruza el cuello con ella.

—Las líneas del chamán buscan trazar la vida y la creación. ¿Son también para eso las líneas que tienes tú? ¿Eres una creación? ¿Estás vivo…?

La pregunta de las preguntas.

—Eso tendrás que decidirlo por ti misma.

—¿Eres ese hombre hecho de otros hombres del que he oído hablar? ¿Cómo te llaman? ¿Calco Pin?

—Algo parecido.

Ella retrocede un paso.

—Bueno, puedes quedarte con todas esas otras partes, Sham. Pero esas manos merecen un funeral de verdad. —Entonces arranca la sierra mecánica, que lanza un humo acre e infernal y brama con un ruido ensordecedor que hace que al aterrado Cam le duelan las costuras.

—¡Frenos! ¡Luz roja! ¡Tabique! ¡Stop!

—¿Anoche cuando viniste, pensabas que yo no lo averiguaría?

Los ojos de Cam están fijos en la cadena mortal, pero aparta la mirada para mirarla a ella, para llegar a ella.

—Vine porque me sentí arrastrado. Él se sentía arrastrado hacia aquí. Y si tú cortas esas manos, ¡no le volverás a oír tocar nunca!

Era justo lo que no debía decir. La cara de ella se contrae en una máscara de puro odio:

—A eso ya me había acostumbrado. Me volveré a acostumbrar.

Y dirige la sierra hacia su brazo derecho.

Cam no puede hacer otra cosa que disponerse a lo que va a suceder. Se prepara para sufrir el dolor, mirando cómo desciende la sierra mecánica… Pero entonces, en el último instante, ella retuerce el brazo, abortando el ataque. El impulso vira hacia un lado, cortando la chaqueta que lo ata y liberando su brazo derecho del poste.

Arroja la sierra contra el otro lado de la cabaña lanzando un grito de rabia, y Cam dirige hacia ella su brazo liberado. Quisiera cogerla por el cuello y tirarla contra el suelo, pero en vez de eso, ve que su mano alcanza la cinta de su pelo y tira de ella.

Su largo pelo negro se despliega tras ella como una llama cuando la cinta cae al suelo, y ella se aleja, mirándolo con horrorizada incredulidad.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta—. ¿Por qué lo has hecho?

Y Cam comprende de repente:

—Porque a él le gusta tu pelo suelto. Él siempre te arrancaba la cinta del pelo, ¿a que sí? —Suelta una repentina carcajada cuando le llega la emoción del recuerdo con la fuerza de un trueno.

Ella lo mira. El rostro de Una es difícil de entender. Cam no sabe si está a punto de echar a correr, aterrorizada, o de volver a coger la sierra mecánica. Pero lo que hace es agacharse para recoger la cinta de su pelo y levantarse guardando la distancia.

—¿Qué más sabes? —le pregunta.

—Sé lo que siento cuando toco su música. Sé que estaba enamorado de alguien. Muy enamorado.

Eso hace aflorar lágrimas a los ojos de Una, pero Cam sabe que son lágrimas de rabia.

—¡Eres un monstruo!

—Lo sé.

—No deberían haberte hecho.

—No fue culpa mía.

—Dices que sabes que me quería, pero ¿sabes siquiera cómo me llamo?

Cam busca el nombre en su memoria, pero no hay ni palabras ni imágenes en su pedazo de la psique de Wil Tashi'ne. No hay más que música, gestos y recuerdos táctiles inconexos. Por eso, en vez de un nombre, él comparte con ella lo que sabe:

—Tienes una mancha de nacimiento en la espalda que él te tocaba cuando bailabais —dice Cam—. A él le gustaba jugar con tu pendiente en forma de ballena. Y a ti te hacía temblar el contacto en la parte interior del codo de las yemas de sus dedos, encallecidas de tocar la guitarra.

—¡Ya basta! —dice ella retrocediendo un paso. Y después, en voz más baja—: Ya basta.

—Lo siento. Solo quería que te dieras cuenta de que él todavía está aquí…, en estas manos.

Ella se calla un instante, mirándolo a la cara y a las manos. Entonces se le acerca, saca una navaja, y corta la camisa que lo ata al otro poste.

—Muéstramelo.

Y él levanta las manos, abandonando todo pensamiento, y da rienda suelta a las yemas de los dedos, tal como hizo para buscar la llave de la tienda. Le toca la nuca, le pasa un dedo por los labios, y recuerda cómo era tocarlos. Cobija la mejilla de ella en la palma ahuecada de su mano; luego incorpora las yemas de los dedos de la otra mano, que caen como gotas de lluvia por la muñeca, por el antebrazo, hasta ese punto

concreto del interior del codo.

Una tiembla.

Entonces levanta la pesada piedra que ha estado escondiendo en la otra mano y se la aplasta contra un lado de la cabeza para dejarlo inconsciente una vez más.

Cuando Cam recobra la conciencia, vuelve a estar atado a los postes. Y de nuevo está solo.

ÚLTIMAS NOTICIAS

> Hoy en Nevada, un ataque coordinado en una cosechadora ha dejado 23 muertos, docenas de heridos y cientos de desconectables de los que no se tiene noticia.
>
> El ataque dio comienzo a las 11:14, hora local, con el corte de las líneas de comunicación entre la Cosechadora de Cold Springs y el exterior. Cuando las comunicaciones se restauraron una hora después, el ataque ya había concluido. El personal de la cosechadora estaba atado y era forzado a tenderse cabeza abajo mientras los atacantes armados soltaban a cientos de adolescentes violentos destinados a la desconexión.
>
> Las primeras informaciones sugieren que el director de la cosechadora fue asesinado en un remedo de ejecución. Si bien la investigación sigue en marcha, se cree que Connor Lassiter, también conocido como el ASP de Akron, es responsable del ataque.

39. Starkey

EN LOS CLAUSTROFÓBICOS confines de la mina abandonada en que los chicos de la cigüeña se esconden, Starkey da patadas a las oscuras paredes de piedra. Da patadas a los puntales casi podridos. Da patadas a todo lo que tiene a la vista, buscando algo que se rompa. Después de todos sus esfuerzos y los riesgos corridos, ¡le han robado todo el mérito de la victoria para atribuírselo a Connor Lassiter!

—¡Vas a derrumbar la mina entera si sigues dando patadas a los puntales de ese modo! —le grita Bam. Todos los demás son lo bastante inteligentes para quedarse en lo más profundo de la mina y guardar las distancias con él, pero ella siempre se tiene que inmiscuir en sus asuntos.

—¡Pues que se derrumbe!

—¡Eso, y nos sepulte a todos…! Realmente eso sería una gran ayuda para la causa, sí. Todos esos chicos de la cigüeña a los que dices que quieres salvar, enterrados en vida. Muy inteligente, sí señor.

Por pura rabia, da una patada más a uno de los puntales, que tiembla y arroja sobre ellos una lluvia de polvo. Eso basta para detenerlo.

—¡Ya has oído! —grita él—. ¡Parece que todo es cosa del ASP de Akron! —Es la cara de Starkey la que debería aparecer en las noticias. Tendría que ser él del que los expertos hicieran la reseña biográfica. Los periodistas deberían de estar acampados frente a la casa de su familia, husmeando en lo que había sido su vida privada antes de que lo mandaran a desconectar—. ¡Yo cardo la lana, y él se lleva la fama!

—Tú puedes llamarlo fama, pero ahí fuera lo llaman culpa. ¡Tendrías que estar contento de que vayan buscando a otro después de ese baño de sangre!

Starkey se vuelve hacia ella, con ganas de cogerla e infundir a golpes algo de sensatez en su cabeza, pero ella es más alta y más grande que él, y Starkey sabe que Bam devuelve los golpes. ¿Cómo quedaría ante todos si ella lo derribara al suelo? Así que decide limitar su violencia a las palabras:

—¡No te atrevas a aceptar su enfoque! Sé que eres más lista que eso. ¡Lo que hemos hecho ha sido una liberación! ¡Liberamos a casi cuatrocientos desconectables y hemos añadido más de cien chicos de la cigüeña a nuestro grupo!

—Y al hacerlo murieron más de veinte chicos, aunque no sabemos a ciencia cierta cuántos cayeron solo aletargados y cuántos murieron.

—¡Eso era inevitable!

Él mira a lo más hondo de la mina y ve, levemente iluminados por las lámparas incandescentes que cuelgan del bajo techo, unos cuantos chicos que escuchan con

atención. Quiere gritarles también a ellos, pero se controla lo suficiente para reprimir ese impulso. Y baja la voz para que solo Bam pueda oírlo:

—Estamos en guerra —le recuerda—. En la guerra siempre hay bajas. La mira a los ojos mucho rato intentando hacer que ella aparte la vista, pero ella no lo hace. Aunque tampoco le discute. Él alarga la mano y le coloca en el hombro una mano consoladora, que ella no se aparta de allí.

—Lo que no podemos olvidar, Bam, es que nuestro plan ha funcionado.

Entonces, por fin, ella aparta la vista de él y muestra su conformidad.

—Ese valle estaba muy aislado —dice—. Los chicos que escaparon por las puertas tenían un largo camino. No sé si has oído las últimas noticias, pero parece que casi la mitad han sido ya capturados.

Él pasa la mano del hombro a la mejilla de ella, y sonríe:

—Eso quiere decir que la mitad han escapado. Hay que ver el vaso medio lleno, Bam. Eso es lo que tenemos que recordarle a todo el mundo. Tú eres mi lugarteniente, y es necesario que te fijes en lo positivo y no en lo negativo. ¿Crees que podrás hacerlo?

Bam duda. Entonces sus hombros caen ante su suave contacto, y mueve la cabeza de arriba abajo un poco a regañadientes, exactamente la respuesta que él esperaba.

—Bueno. Eso es lo que me gusta de ti, Bam. Siempre me lees la cartilla, como debes hacer, pero siempre terminas dándote cuenta de las cosas.

Ella se vuelve para irse, pero antes de hacerlo le espeta una última pregunta:

—¿Cómo terminará esto, Starkey?

Él le sonríe con una sonrisa aún más amplia que antes:

—No veo el final. ¡Eso es lo más hermoso de todo!

40. Bam

BAM RECORRE túneles y atraviesa cámaras de la mina, tomando fotos mentales:

Un chaval llorando la muerte de un amigo.

Un recién llegado aterrorizado, al que uno de los veteranos intenta tranquilizar.

Un desventurado «médico» que trata de suturar la herida de una pierna empleando hilo dental.

Ve escenas de esperanza y de desesperación en torno a ella, y no sabe a cuáles dar más crédito.

Pasa por delante de un chico que comparte su ración de comida con otro, mientras a su lado una chica que es casi una niña enseña a otra que parece aún más pequeña a usar uno de los rifles automáticos que han confiscado en Cold Springs.

Y luego está el chico que fue obligado a disparar al director de la cosechadora, sentado solo, mirando al vacío. Bam quisiera consolarlo, pero ella no es de las que consuelan.

—Starkey está orgulloso de todos vosotros y feliz con vuestra victoria de hoy —les dice—. ¡Le hemos ganado la batalla al enemigo, y hemos hecho historia!

Los prepara, pero no dice mucho porque sabe que no debe pisarle a Starkey las noticias. Ella es solo Bam la Bautista preparando la llegada del Salvador de las Cigüeñas.

—Antes de la cena nos reunirá a todos. Tiene mucho que contaros. —Por supuesto, no se trata realmente de contarles nada; se trata de congregarlos y hacer que piensen en lo positivo, tal como él le dijo a Bam. Tendrá palabras amables para los muertos, pero pasará a otra cosa. Les quitará importancia. Dirigirá la atención de su público hacia otra cosa. Eso se le da muy bien. Por eso ha llegado tan lejos. Bam está sobrecogida por el modo en que Mason Starkey puede hacer magia en el mundo en torno a él. Lleva más de un mes escondiendo su tesoro, dándoles de comer y vistiéndolos con un dinero al que nadie puede seguir el rastro. Sí, está sobrecogida por él, y también le tiene un poco más de miedo cada día que pasa. Eso es normal, decide. Un buen líder debe inspirar un poquito de miedo por el modo en que ejerce el poder.

Tras preparar a las masas para Starkey, Bam baja por un pasillo secundario que ya debería serle familiar, pero se pega en la cabeza por enésima vez contra una piedra que sobresale. Hay tantos túneles de esos tan parecidos; ella siempre sabe dónde se encuentra exactamente cuando se pega contra aquella maldita piedra. Las paredes empiezan a abrirse hasta dar paso a una caverna más amplia. Las luces, que cuelgan

del borde, crean una extraña sensación de oscuridad en el centro del espacio, como si hubiera un agujero negro en el centro.

Aquello es el almacén, donde se guardan la comida y las provisiones. También es donde han puesto a Hayden, acompañado en todo momento por un guardia armado que está allí tanto para protegerlo como para asegurarse de que no se desmanda.

—Hay riesgo de fuga, pero no podemos dar la impresión de que está preso —había dicho Starkey—. No somos la Autoridad Juvenil.

Por supuesto, Hayden está preso, pero por nada del mundo hay que dar esa impresión.

Fue idea de Bam lo de ponerle al cargo de la distribución de alimentos. Primero porque eso es lo primero que hizo al llegar al Cementerio, así que tiene experiencia. Y segundo porque el chico que se encargaba de eso ha muerto aquel día.

Bam encuentra a Hayden haciendo el inventario de sus productos enlatados y hablando mucho con el guardia, enterándose de todo lo que pasó en el accidentado aterrizaje del avión y lo que ha sucedido desde entonces, desde los asaltos a 7-Eleven y el periodo pasado en el hotel abandonado de Palm Springs a la Colonia de la Garza Roja y la Academia Ibis. Bam tendrá que asegurarse de que los guardias saben que no deben hablar con Hayden de otra cosa que de las latas de carne y maíz.

El guardia pregunta si puede ir al baño, que está a un buen paseo desde aquel punto de la mina, y ella le dice que sí.

—Yo vigilaré a Hayden hasta que vuelvas. —Él le ofrece su subfusil Uzi, pero ella lo rechaza.

Hayden tiene un cuaderno en el que va tomando notas sobre las provisiones.

—Hay demasiado chili —dice señalando un montón de latas de cuatro kilos—. Y el chili no es fácil de hacer pasar por otra cosa.

Bam se cruza de brazos.

—Me imaginaba que ya te estarías quejando. Por si se te ha olvidado, acabamos de liberarte. Deberías sentirte agradecido.

—Lo estoy. De hecho, estoy eufórico. Pero el encarcelamiento en una cosechadora debe de haberme producido daños cerebrales, porque de repente estoy poniendo los problemas de todos por delante de los míos.

—¿Como que hay demasiado chili?

No responde a eso. Solo sigue moviéndose por la sala, continuando con el inventario.

Bam se aleja unos pasos, preguntándose cuándo volverá el guardia. Ha ido hasta allí porque considera que es responsabilidad suya echar un ojo a Hayden de vez en

cuando, pero no le cae bien. Hayden nunca le ha caído bien. Hayden es el tipo de chico que se te mete en la cabeza, pero solo para divertirse él.

Él aparta la vista del cuaderno del inventario y sus ojos coinciden con los de Bam. Le aguanta la mirada un rato, no mucho. Después vuelve a prestar atención a su cuaderno. Pero no de verdad.

—Te das cuenta de que va a hacer que os maten a todos, ¿no?

A Bam la pilla desprevenida, no tanto el comentario de Hayden como el modo en que ese comentario le hace hervir la sangre. Siente que le arden las mejillas de la rabia. No debe dejarle que le meta cosas en la cabeza. Y menos cuando esas cosas ya están allí.

—Di otra cosa sobre Starkey, y lo siguiente que oirás será tu propia cabeza partiéndose como un huevo contra el fondo del pozo que quede más cerca.

Hayden solo se sonríe:

—Eso ha sido inteligente, Bam. ¡No sabía que eras inteligente!

Ella frunce el ceño, sin saber muy bien si debe tomárselo como un cumplido o como un insulto.

—Tú mantén la boca cerrada y haz lo que te digan, a menos que quieras ser tratado como un prisionero.

—Haré un trato contigo —dice Hayden—. No le diré nada a nadie más, pero por lo menos hablaré contigo. ¿Te parece justo?

—¡Desde luego que no! Y si lo intentas, te arrancaré esa asquerosa lengua y la venderé al mejor postor.

Al oír eso, él suelta una risotada:

—¡Un punto para Bam! Realmente eres estupenda en materia de amenazas inquietantes. Un día me gustaría que me enseñaras.

Ella le da un empujón: no lo bastante fuerte para derribarlo, pero sí para hacerle retroceder y perder el equilibrio.

—¿Qué te hace pensar que a mí me gustaría oír algo que salga de tu boca? ¿Y qué te hace pensar que sabes más que Starkey? ¡Él está haciendo cosas sorprendentes! ¿Tienes idea de cuántos chicos hemos salvado hoy?

Hayden lanza un suspiro y observa los montones de comida en lata que estaba contando, como si cada lata representara a un chico salvado.

—No me molesta toda esa estadística de salvados —dice—. Pero me pregunto qué significará a la larga.

—Significará que todos esos chicos no serán desconectados.

—O puede que signifique que los desconecten más aprisa cuando los cojan…,

junto con todos los demás que también esperan la desconexión.

—¡Starkey tiene grandes ideas para el futuro! —grita Bam. Su voz es tan potente, que la oye resonar en las paredes que los rodean. Bam se pregunta quién puede haberla oído. En aquellos túneles siempre hay alguien escuchando. Se fuerza a bajar la voz, que le sale en un susurro impregnado de rabia—: Para Starkey no se trata solo de desmantelar cosechadoras, sino de conseguir un lugar para los chicos y chicas de la cigüeña. —Al hablar avanza lentamente hacia Hayden, y este se aparta, intentando mantener una distancia prudencial entre ellos—. ¿No te das cuenta de que está prendiendo una revolución? ¿Una revolución de la cigüeña? Otros chicos de la cigüeña que piensan que no tienen esperanza, que saben que son ciudadanos de segunda clase, se alzarán y exigirán un trato justo.

—¿Y lo va a conseguir mediante ataques terroristas?

—¡Guerra de guerrillas!

Para entonces Bam ha arrinconado a Hayden contra la pared, y, sin embargo, este no parece incómodo. En realidad, es Bam la que tiene la sensación de ser arrinconada.

—Al final siempre atrapan a todos los bandidos, Bam.

Bam niega con la cabeza, poniendo a esa idea de rodillas.

—Menos cuando ganan la guerra.

Él se escabulle de ella y se va al otro lado de aquel espacio amplio para sentarse sobre el montón de latas de chili.

—Aunque me remueva el estómago tanto como lo hará todo este chili, te tengo que dar al menos el beneficio de la duda —le dice—. Es verdad que la historia está llena de locos engreídos que llegaron a escalar hasta el poder y liderar a su pueblo con éxito. Así de pronto no me acuerdo de ninguno, pero seguro que me acordaré después.

—Alejandro Magno —sugiere Bam—. Napoleón Bonaparte.

Hayden inclina un poco la cabeza y casi cierra los ojos, como si intentara visualizarlos:

—Entonces, cuando miras a Mason Starkey, ¿ves en él alguna de las cualidades de Alejandro o de Napoleón, aparte de lo de ser bajito?

Bam tensa la mandíbula y dice:

—Sí.

Y ahí tiene otra vez aquella sonrisa sibilina de Hayden:

—Lo siento, señorita, pero si quiere el papel, tendrá que actuar mucho mejor.

Aunque a Bam le gustaría arrancarle a Hayden unos cuantos de sus dientes tan perfectamente alineados, no le dejará que la rabia la domine precisamente en ese

momento. Y menos después de ver cómo Starkey se ha dejado llevar ese día por la rabia.

—Bueno, ya está bien —le dice a Hayden, decidiendo no esperar al regreso del guardia.

La sonrisa de Hayden se hace más amplia, pasando de la suficiencia a la condescendencia, cosa que resulta aún más irritante. Al final, no tendría nada de raro que ella le asestara ese puñetazo del que tiene tantas ganas.

—Pero todavía no has oído lo mejor —dice él.

Bam debería irse en aquel momento, antes de convertirse en el blanco de otro de sus chistes personales, pero no lo consigue.

—¿Y qué es lo mejor…?

Hayden se levanta y se acerca a ella, lo cual significa tal vez que lo que él va a decir no es de esas cosas que ponen en peligro los dientes de uno.

—Sé que Starkey y tú vais a seguir liberando cosechadoras, para bien o para mal —dice—. Si es así, me gustaría ayudar a proteger la vida de vuestros chicos de la cigüeña. Recuerda, yo era jefe de tecnología en el Cementerio. Sé un par de cosas que podrían ser de utilidad.

Le llega el turno de sonreírse a Bam. Conoce demasiado bien a Hayden.

—¿Y a cambio qué quieres?

—Como dije antes, lo único que quiero es tu oído, y no tiene nada que ver con desconexiones. —Entonces baja la voz y se pone serio. Ella no había visto nunca serio a Hayden, eso es algo nuevo—. Quiero la promesa de que me escucharás, de que me escucharás de verdad, cuando yo tenga algo que decir. No tiene que gustarte lo que diga, pero tendrás que oírlo.

Y aunque había rechazado aquella misma proposición cinco minutos antes, esta vez accede. Aunque siente como si estuviera haciendo un trato con el demonio.

41. Connor

SI CONNOR se hubiera encontrado cara a cara con Camus Agrex en otras circunstancias, hubiera odiado al reconectado con todas sus fuerzas. Ciertamente, Connor tiene motivos para odiarlo: por un lado, Cam es el niño mimado de la Ciudadanía Proactiva, la estrella de todos aquellos que promueven la desconexión como una consecuencia natural y aceptable de la civilización. En segundo lugar, pero aún más importante para Connor, es la relación de Cam con Risa. Solo imaginarlos a los dos juntos (aun cuando Risa estuviera siendo chantajeada para que estuviera con él) le hace cerrar la mano con tanta fuerza que las uñas le cortan en la palma. Son los celos de Connor y la rabia de Roland, todo junto en aquella mano potente. No, no había esperanza de que Connor y Cam pudieran ser otra cosa que enemigos acérrimos, si las circunstancias hubieran sido otras.

Sin embargo, las circunstancias de su primer encuentro le proporcionan a Connor un tiempo inesperado e indeseado para pensar.

Empieza con Una.

Es el octavo día que Connor, Lev y Grace pasan metidos en su pequeño apartamento. Tras el anuncio de que Connor había atacado una cosechadora en Nevada, Chal vuelve diciendo que los hopi ya no querrán otorgarle su asilo ficticio. Aunque la noticia se desmintiera al día siguiente, Chal sigue teniendo problemas para llegar a aquel acuerdo, lo cual significa que tendrán que seguir en el apartamento de Una hasta no se sabe cuándo.

Si la casa de los Tashi'ne le daba agobio a Connor, estar metido en la de Una es como estar encerrado otra vez en una caja de embalaje de avión. Hasta Grace, que siempre encuentra maneras de entretenerse, empieza a preguntar, con machacona insistencia, si puede salir para hacer algo.

—Solo un paseo. Para comprar alguna cosita. Poooooooooooorfa…

El único que ni se inmuta por todo aquello es Lev, y eso a Connor le resulta enloquecedor:

—¿Cómo puedes limitarte a estarte ahí sentado, sin hacer nada en todo el día?

—No es verdad que no esté haciendo nada —le responde Lev, levantando un libro encuadernado en cuero raído al que parece que se ha quedado pegado—. Estoy aprendiendo la lengua arápache. Es realmente muy bonita.

—Lev, a veces me entran ganas de sacudirte.

—Ya lo atropellaste con el coche —interviene Grace desde la otra habitación. La respuesta de Connor es un gruñido que no sirve para mucho, pero al menos le hace

sentirse ligeramente mejor. Seguramente, Pivane diría que está conectando con su espíritu animal.

—Te olvidas de que estuve un año en arresto domiciliario —señala Lev—. Me acostumbré a la semirreclusión.

Una pasa la mayor parte del tiempo abajo, en la tienda, ya sea atendiendo a clientes o fabricando nuevos instrumentos en el taller. El aullido del taladro y el suave golpeteo del martillo y el cincel se han convertido en sonidos habituales. Es cuando dejan de oírse cuando Connor se pregunta qué sucede.

Dos días antes, y de nuevo el día anterior, Connor oyó a Una cerrando la tienda con llave, y miró a través de la persiana para verla irse. No le habría dado mucha importancia si no fuera porque llevaba una guitarra en una mano y el rifle, en su estuche de cuero, en la otra. Adónde podía ir ella con una guitarra y un rifle, esa era una cuestión que hacía volar la imaginación de Connor, pero no la llevaba a ningún sitio agradable.

—Una tiene sus cosas —fue todo lo que concluyó Lev de la situación.

Sin embargo, Connor sospecha que hay algo misterioso.

Cuando Una regresa esa misma tarde para volver a irse, Connor decide seguirla en contra de las advertencias de Lev para que la deje en paz.

—Tendríamos que estar agradecidos de que nos deje escondernos aquí. No le pagues metiéndote en sus asuntos.

Pero, si efectivamente va a ir detrás de ella, no le queda tiempo para discutir. Pasa por delane de Lev, baja la escalera hasta la tienda, y después sale a la calle, donde ve a Una en el momento en que ella dobla la esquina. Hay gente en las calles, pero Connor lleva un gorro arápache de lana que ha encontrado en el armario de Una, así que nadie se fija en él. Además, no parece que Una vaya a buscar lugares abarrotados. Aunque el rifle vaya en su caja, resulta bastante evidente. Vaya donde vaya, seguramente no querrá que le pregunten, y ese es el motivo, razona Connor, de que transite por las calles más vacías.

Al final de la pequeña ciudad, Una se demora hasta que no hay coches ni peatones en la calle. Entonces cruza hasta un sendero que se interna en el bosque. Connor la sigue, pero a gran distancia.

Aunque no puede verla en la densidad del bosque, la tierra está blanca a causa de la lluvia que ha caído a primera hora de la mañana, así que puede seguir sus huellas. Hay muchas: es evidente que Una ha recorrido ese camino muchas veces durante los últimos días. Cuando lleva menos de un kilómetro por el bosque, encuentra una construcción, si es que aquello puede llamarse así. Se trata de una estructura de

aspecto extraño, con forma de iglú, pero hecha de piedra y barro. Oye dentro dos voces: además de la de Una, hay otra voz de hombre, aunque no le parece que él haya oído esa voz en la reserva.

Lo primero que piensa es que Una tiene un amante al que va a ver en secreto, y tal vez debería dejarlos en paz…, pero la discusión que surge de la cabaña no suena a riña de enamorados.

—¡No, no lo haré! —grita la voz masculina—. ¡Ni ahora ni nunca!

—Entonces te dejaré morir aquí —dice Una.

—¡Lo prefiero!

Solo hay una puerta, pero la cúspide de la cúpula se encuentra en mal estado, lleno de agujeros. Con cuidado, en silencio, Connor trepa por la superficie curva de la pared de piedra y barro hasta que puede asomarse por el agujero dejado por unas piedras que han caído.

Su primera impresión le toca la fibra sensible con más fuerza que pueda hacerlo un instrumento fabricado por Una. Ve a un joven de su edad con un pelo extraño, con zonas de aspecto y color distintos. Está atado a un poste y forcejea intentando liberarse. Por el olor del lugar y el aspecto que presenta el muchacho, debe de llevar allí bastante tiempo, en aquella desesperada situación de indefensión. Sin tener siquiera la posibilidad de orinar en otro lugar que en su ropa.

La inmediata reacción de Connor es identificarse con él.

«El preso soy yo. Yo en el sótano de Argent. Intentando escaparme. Intentando aferrarme a una esperanza». La sensación de empatía es tan fuerte que marca todo lo que ve.

Una no es Argent, se recuerda Connor. Sus motivos, sean los que sean, tienen que ser distintos. Pero ¿por qué está haciendo esto? Connor aguarda y observa, esperando entender algo.

—Tendrás que soltarme o que matarme —dice el cautivo—. ¡Por favor, haz una cosa o la otra, y acabemos ya!

A eso Una responde con una pregunta simple y sencilla:

—¿Cómo me llamo?

—¡Ya te he dicho que no lo sé! ¡No lo sabía ayer, no lo sé hoy y no lo sabré mañana!

—Entonces quizá hoy te lo recuerde la música.

A continuación, Una lo desata. Él ni siquiera intenta escaparse, pues debe de saber que no le serviría de nada. Lo único que hace es sollozar. Los brazos se le caen. Y en aquellos brazos fláccidos Una pone la guitarra que ha traído.

—Toca —dice Una. Ahora ella habla con suavidad y le acaricia las manos, levantándolas para colocarlas en su posición en el instrumento—. Dale vida. Eso es lo que tú haces. Es lo que has hecho siempre.

—No era yo —responde él en tono de súplica.

Una se aparta y se sienta de cara a él. Sacando el rifle de su estuche, se lo coloca en el regazo:

—He dicho que toques.

El prisionero empieza a tocar, a regañadientes. Unas notas cargadas de tristeza llenan el aire y retumban, pues el edificio entero se convierte en la caja de resonancia de la guitarra. Connor siente que la melodía resuena incluso en su pecho.

La música es hermosa. Aquel prisionero de Una es un verdadero maestro del instrumento. Ha dejado de sollozar. Por el contrario, ahora es Una la que solloza. Se lleva las manos al vientre, sujetándolo, como si le doliera mucho. Sus sollozos aumentan hasta convertirse en gemidos que acompañan la música, como la salmodia de una pena intensa.

Entonces Connor se mueve ligeramente, y sin querer arranca un guijarro del tamaño de una canica que cae en el interior de la cabaña.

En un instante, Una se pone en pie de un salto y levanta el rifle hacia allí, apuntando a Connor por el agujero de la cabaña.

Connor se retira de manera refleja, pero pierde el equilibrio y cae hacia atrás, dando volteretas por el caparazón de la cabaña, pegándose y magullándose en las toscas piedras. Cae en el suelo bocarriba, con la respiración cortada, y cuando intenta levantarse, Una está allí con el cañón del rifle a unos centímetros de su nariz.

—¡No te atrevas a moverte!

Connor se queda inmóvil, convencido a medias de que ella lo volará en pedazos si se mueve. Entonces su prisionero, viendo la oportunidad, corre y se interna en el bosque.

—*¡Hííko!* —maldice ella, y sale corriendo tras él.

Connor se pone en pie para ir detrás, deseando saber cómo terminará aquella película de psicópatas.

Cuando ella se acerca al prisionero que huye, deja caer el rifle y se lanza sobre él, cayendo sobre su espalda y derribándolo al suelo. Forcejea con él, y su largo cabello es como un sudario negro que los cubre a ambos cuando se revuelcan en la tierra. Connor comprende entonces que de repente es él el que lleva las de ganar. Coge del suelo el rifle de Una y apunta a los dos.

—¡Arriba! ¡Los dos! ¡Ahora mismo!

Y como no parecen oírlo, dispara un tiro al aire.

Eso capta la atención de ambos. Dejan de pelear y se ponen de pie. Solo entonces Connor se da cuenta de que hay algo extraño en el rostro del chico.

—¿Qué demonios es todo esto? —pregunta Connor.

—¡Nada que te importe a ti! —le suelta Una—. ¡Devuélveme el rifle!

—¿Y si te doy solo una de las balas? —Connor no aparta el rifle de ella, pero pasa la mirada al prisionero. La extraña naturaleza de su rostro, que parece hecho a retales; un estallido de tonos de piel que parecen proseguir en las sombras y texturas del cuero cabelludo… resulta antinatural y, sin embargo, familiar.

De repente, Connor cae en la cuenta de quién es. Lo ha visto bastantes veces en los medios de comunicación, y ha soñado con él en sus pesadillas. ¡Es aquel ser abominable, el reconectado! El reconocimiento debe de ser mutuo, pues los ojos robados del reconectado manifiestan el mismo asombro.

—¡Eres tú! ¡Tú eres el ASP de Akron! —Y a continuación—: ¿Dónde está ella? ¿Está aquí? ¡Llévame con ella!

Lo único de lo que Connor está seguro en aquel momento es de que todo aquello le supera. Si intenta aclararlo en su cabeza en aquel momento, cometerá algún error crucial, alguno de ellos se hará con el rifle, y alguien podría terminar muerto, posiblemente él.

—Esto es lo que vamos a hacer —dice él, tratando de que su voz suene tranquila, pero sin bajar el rifle—. Vamos a volver los tres al iglú ese.

—Cabaña de sudar —corrige Una con un gruñido.

—Vale, lo que sea. Vamos a volver allí, vamos a sentar las posaderas, y vamos a sudarlo todo hasta que yo me dé por satisfecho. ¿Entendido?

Una lo fulmina con la mirada, y luego se dirige con paso furioso a la cabaña de sudar. El reconectado no se mueve tan aprisa. Connor le apunta con el rifle.

—Muévete —le dice—. O volveré a convertirte en el potaje de alubias del que estás hecho.

El reconectado le dirige una mirada condescendiente con sus ojos robados, y toma rumbo a la cabaña de sudar.

Connor sabe su nombre, pero llamarlo por un nombre sería darle un trato demasiado humano para el gusto de Connor. Preferiría llamarlo simplemente «el reconectado». Sentados en la cabaña de sudar, tanto Cam como Una se muestran reticentes a contarle nada a Connor, como si no les gustara que él hubiera

interrumpido la oscura danza a la que estaban entregados.

—Tiene las manos de Wil —apunta Connor, habiéndoselo imaginado—. Empecemos por ahí.

Una explica los detalles del secuestro de Wil, o al menos lo que Lev y Pivane le contaron a ella. La familia Tashi'ne no recibió explicaciones de lo que ocurrió con su hijo, y tampoco las esperaban. Los muchachos capturados por piratas de partes raramente aparecen en las cosechadoras, sino que son vendidos pieza a pieza en el mercado negro. Pero, por lo visto, Wil Tashi'ne fue un caso especial. Connor no puede imaginarse el dolor que Una debe de sentir, sabiendo que aquella creación que está ante ellos tiene las manos del chico que ella quería, y su talento entretejido en el cerebro. Su talento, su memoria musical, y, sin embargo, ningún recuerdo de ella. Eso podría enloquecer a cualquiera, pero ¿retener a un prisionero como aquel…?

—¿Qué te pasaba, Una?

—¡Una! —exclama el reconectado con una sonrisa de triunfo—. ¡Se llama Una!

—Cállate, Potaje de alubias —le manda Connor—. No estoy hablando contigo.

—No pensaba con claridad —admite Una en voz baja, con la vista clavada en el suelo de tierra de la cabaña de sudar—. Y sigo sin hacerlo. —En lugar de hablar sobre el reconectado, vuelve a hablar de Wil. De cómo afinaba y comprobaba cada guitarra antes de venderla—: Ponía su alma en la música. Siempre tuve la sensación de que un poco de él se quedaba resonando en el instrumento después de que él lo tocara. Cuando desapareció, las guitarras no volvieron a ser las mismas. Ahora, cuando se las toca, es solo música.

—Y se te ocurrió que podrías convertir a nuestro amigo aquí presente en tu esclavo guitarrista.

Una levanta los ojos para fulminarlo con la mirada. Pero es como si ya hubiera perdido la fuerza necesaria para hacerlo. Y vuelve a agachar los ojos.

Connor se vuelve hacia el reconectado y encuentra sus ojos clavados en él, como taladrándolo. Agarra más fuerte el rifle en su regazo.

—¿Por qué estás aquí? —pregunta Connor—. Ni siquiera entiendo cómo has sabido llegar.

—Poseo la memoria de Wil Tashi'ne suficiente para saber que es aquí donde vendría a esconderse tu amigo el aplaudidor —le dice—. Y creo que sabes por qué he venido. He venido por Risa.

Al oír el nombre de Risa saliendo de la boca de él, a Connor le hierve la sangre. «Ella te odia», quiere decirle Connor. «No quiere tener nada que ver contigo. Nunca». Pero ve y huele los pantalones manchados de orines del reconectado y recuerda la

indefensión de su cautiverio, que se parecía tanto al que él mismo padeció en el sótano de Argent. Compasión es lo último que Connor quiere sentir, pero la siente a su pesar: la compasión aparece allí carcomiendo su odio. La desesperación rezuma por las costuras del reconectado, y por mucho que Connor quiera añadir más dolor a aquella criatura, no es capaz.

—Entonces, ¿quieres hacerle chantaje para que esté contigo, como antes?

—¡Yo no le hice chantaje! Fue la Ciudadanía Proactiva.

—Y tú quieres recuperarla para ellos.

—¡No! He venido para ayudarla, imbécil.

Connor se da cuenta de que se está divirtiendo un poco:

—Cuidado, Potaje de alubias, que el que tiene el rifle soy yo.

—Estás perdiendo el tiempo —interviene Una—. No se puede razonar con él. No es humano. Ni siquiera es un ser vivo.

—*Je pense, donc je suis*[11] —dice el reconectado.

Connor no sabe francés, pero entiende lo bastante para descifrarlo.

—Que pienses no significa que estés vivo. Los ordenadores aseguran que piensan, pero solo están imitando el pensamiento real. Basura que entra/basura que sale… y tú no eres más que un montón de basura.

El reconectado baja la vista, con los ojos refulgentes:

—Tú no sabes nada.

Connor se da cuenta de que ha mencionado la soga en casa del ahorcado, el tema en torno al cual gira él. El tema de la Existencia con E mayúscula. Una vez más, Connor siente esa ola de simpatía no deseada.

—Naturalmente, los desconectables tampoco están legalmente vivos —dice Connor, sirviéndose del argumento de Cam—. En cuanto se firma la orden de desconexión, por lo que concierne a la ley, no son más que un montón de órganos. Como tú.

El reconectado levanta los ojos hacia él. Le cae una lágrima solitaria que es absorbida por sus vaqueros a la altura de la rodilla.

—¿Y lo que pretendes decir es…?

—Lo que pretendo decir es que ya lo tengo. Si tú eres un montón de órganos, o un saco de basura, o una persona con plumas, no tiene nada que ver con lo que pensemos yo, o Una, o nadie más. Así que haznos el favor de dejar de convertirlo en nuestro problema.

Él asiente y vuelve a agachar los ojos.

—Hada Azul —dice.

—¡Te das cuenta! —suelta Una—. Es como un ordenador, lanza mensajes-basura que no tienen ningún sentido.

Pero Connor se ve haciendo un inesperado salto de comprensión.

—Lo siento, Pinocho, pero Risa no es tu Hada Azul. No puede convertirte en un niño de verdad.

Cam lo mira y sonríe. Connor encuentra aquella sonrisa encantadora, una de esas sonrisas que desarman a cualquiera. Y eso le hace agarrar el rifle con más fuerza. De ningún modo se quedará desarmado.

—¿Cómo sabes que no lo ha hecho ya…?

—Risa es asombrosa, pero no tanto —repone Connor—. Si quieres magia, habla con Una: estoy seguro de que los arápaches tienen más que ver con la magia que el resto de nosotros.

Una se pone tensa y arruga el ceño:

—No pienso tolerar insultos de un desconectable ASP.

—En realidad estaba siendo sincero —admite Connor—. Pero no me importa insultarte si eso es lo que quieres.

Una le aguanta la mirada un momento antes de volver a agacharla hasta el suelo.

—Dijiste que querías ayudar a Risa —pregunta Connor al reconectado—. ¿Ayudarla cómo?

—Eso es algo entre ella y yo.

—Te equivocas —dice Connor—. Yo estoy entre tú y ella. O me hablas a mí, o no hablas, sencillamente.

El reconectado está que arde, y respira por la nariz como un dragón a punto de echar fuego. Entonces se echa hacia atrás.

—Puedo ayudarla a derribar a la Ciudadanía Proactiva. Tengo todas las pruebas que ella necesita. Pero no las compartiré con nadie más que con ella.

El reconectado parece sincero, pero Connor sabe que él no es muy bueno juzgando esas cosas. Cometió un error garrafal al confiar en Starkey. Y no piensa volver a cometer el mismo error.

—¿Te esperas que me crea eso? ¿Por qué ibas a querer derribar a los que te hicieron?

—Tengo mis razones.

—¿Se lo vas a decir? —le pregunta Una a Connor, viendo colmada su paciencia —. ¿O pretendes tomarle el pelo todo el día?

—¿Decirme qué? —Cam pasa la vista de uno al otro.

Connor había pensado que disfrutaría dándole la noticia, pero en ese momento se siente vacío:

—Siento decepcionarte, Potaje de alubias…, pero Risa no está aquí.

La desesperación en los ojos del reconectado resulta tan enternecedora como en cualquier legítimo ser humano. Connor se pregunta si, después de todo, no le haría una visita el Hada Azul.

—Pero… pero… ¡el noticiario decía que estaba viajando con vosotros!

—Ya, los noticiarios también dicen que yo ataqué la cosechadora de Nevada. Tú mejor que nadie deberías saber que no se puede confiar en los medios de comunicación.

—Entonces ¿dónde está?

—No lo sé —le dice Connor, y añade—: Pero si lo supiera, no te lo diría.

El reconectado se pone en pie, furioso:

—¡Me estás mintiendo!

Connor se levanta justo cuando el reconectado embiste contra él. Connor levanta el arma para apuntarle al pecho, y Cam se detiene en mitad de su embestida.

—¡Solo tienes que darme un motivo, Potaje de alubias!

—¡Deja de llamarme así!

—Connor está diciendo la verdad —dice Una—. Solo están él, Lev, y una chica con problemas corticales. Risa Expósito no estaba con ellos cuando aparecieron.

Eso es más información que la que Connor hubiera querido darle, pero ahora él parece aceptar la verdad. Se deja caer al suelo y se sostiene la cabeza con las manos.

—Sísifo —murmura. Eso Connor ni siquiera lo intenta comprender.

—Comprende que no te puedo dejar que te vayas. No puedo correr el riesgo de que les cuentes a las autoridades dónde estamos.

—Lo volveré a atar —dice Una avanzando hacia el reconectado—. Ya nadie viene por esta vieja cabaña de sudar.

—No —decide Connor—. Tampoco vamos a hacer eso. Nos lo llevaremos a tu casa.

—¡No lo quiero en mi casa!

—¡Qué pena! —Connor los mira a ambos, juzgando su estado de ánimo como algo sólido, y le pone el seguro al rifle—. Ahora, nos vamos de aquí pasito a paso hasta la casa de Una, como tres viejos amigos que vuelven de una tarde de caza. ¿Está claro?

Cam y Una aceptan a regañadientes.

Entonces Connor se vuelve hacia el reconectado.

—Te merezcas o no un trato digno, te lo voy a dar. —Y aunque a Connor le cuesta trabajo, le dice—: ¿Te puedo llamar Camus?

—Cam —dice él.

—De acuerdo, Cam. Yo me llamo Connor…, bueno, eso ya lo sabes. Te diría «mucho gusto en conocerte», pero no me gusta mentir.

Cam acepta aquella presentación inclinando la cabeza.

—Aprecio tu sinceridad —le dice—. El sentimiento es mutuo.

Pivane está allí cuando llegan a la tienda. Al entrar, Connor oye su voz profunda hablando a Lev en el piso de arriba.

—Que no se entere de lo de Cam —dice Una—. Los Tashi'ne no deben saber lo de las manos de Wil. Les destrozaría.

«¿Como te destrozó a ti?», siente deseos de preguntarle Connor, pero lo único que dice es:

—De acuerdo.

Una envía a Cam al sótano. Él está demasiado cansado y agotado para protestar.

—Esperaré y me aseguraré de que se queda aquí —dice Una—. ¿Serás tan amable de devolverme mi rifle? —Y como Connor duda, ella añade—: Pivane tendrá muchas preguntas que hacerte si te ve subir la escalera con ese rifle.

Aunque lo último que quiere Connor es dejar el rifle en las manos de ella, se lo devuelve, pero solo después de sacarle los cartuchos.

Una lo coge, lo apoya contra la pared, y se mete la mano en el bolsillo para sacar varios cartuchos más, mostrándoselos a Connor en actitud de desafío. En vez de cargar el arma, vuelve a metérselos en el bolsillo y se sienta en un taburete cerca de la puerta del sótano.

—Sube y entérate de por qué ha venido Pivane.

A Connor le molesta que le den órdenes, pero reconoce la necesidad de Una de sentir que vuelve a controlar las cosas, y más en su propio territorio. Él sube al piso de arriba, dejándola a ella encargarse de Cam.

—¿Podría saber por qué has salido? —le pregunta Pivane a Connor en cuanto este entra.

—Creo que no —le responde Connor, y deja las cosas así. Le lanza una mirada a Lev, que está claro que también quiere saber qué ha ocurrido, pero tiene la sensatez de no preguntarlo delante de Pivane.

Grace es todo sonrisas.

—¡Los hopis han conseguido cabrear a los de la Autoridad Juvenil! ¡Mirad esto! —Sube el volumen de la tele. Es una rueda de prensa en la que el portavoz de la tribu de los hopi «ni niega ni confirma» los rumores de que estén otorgando asilo al ASP de Akron. Los periodistas, sin embargo, parece que tienen suficiente con un vídeo tembloroso de alguien que se mueve en la oscuridad y entra en el edificio del consejo de los hopi. Los medios de comunicación lo han obtenido de una «fuente interna», e insisten en que el ASP de Akron está allí. Parece que, al final, Chal sí ha logrado lo que se proponía.

—Déjalo en manos de mi hermano —dice Pivane—, y él sacará leche de las piedras.

—¡Fue idea mía! —les recuerda Grace—. Enviar a los de la Autoridad Juvenil por un camino equivocado.

—Sí, fue idea tuya, Grace —dice Connor, y ella le da un abrazo por reconocerlo.

—Ahora que las autoridades están distraídas, es la hora de que os pongáis a lo vuestro. Elina se encargará de que haya un coche no registrado en una parada justo fuera de la puerta norte. Yo os llevaré allí mañana. Después, quedaréis a vuestro libre albedrío.

Connor no le contó a nadie en la reserva adónde iban… y esperaba que Lev también tuviera la boca cerrada. Aunque estuvieran entre amigos, cuanta menos gente lo supiera, más fácil serían las cosas. Pero ahora tienen otro problema más: ¿qué van a hacer con Cam?

42. Nelson

AQUELLOS DÍAS el mayor problema de Nelson no son las quemaduras que se le inflaman y despellejan en la mitad derecha del rostro. Ni tampoco las picaduras infectadas de los brazos y piernas producidas por la variada fauna salvaje y no identificada del desierto. Su mayor problema es el escuálido cajero de supermercado que durante las últimas semanas ha ido en el asiento del acompañante de su furgoneta.

—¿Cuánto crees que quedará? —pregunta Argent—. ¿Nos faltará todavía un día? ¿Dos…?

—Llegaremos mañana por la mañana, si seguimos en la carretera toda la noche.

—¿Es eso lo que vamos a hacer? ¿Seguir conduciendo toda la noche?

—Ya veremos. —Ahora tienen el sol a su espalda, ya bajo en el cielo. Argent se ha ofrecido a conducir desde que salieron de Nueva Orleans, pero Nelson no cede el volante. Está cansado. Está combatiendo contra la fiebre, pero no lo dice.

Después de más de una semana de búsqueda, Nueva Orleans no ofreció nada. Si Connor Lassiter había tenido algo que ver con Mary LaVeau, aquello era cosa pasada, y allí no consiguió que nadie le ofreciera información sobre su paradero. Aunque Nueva Orleans fuera un semillero de actividades ilícitas, ninguna de ellas parecía tener relación con refugiar a fugados de la desconexión. Perdieron tres días más dirigiéndose al norte, a Baton Rouge, y buscando allí indicios de Lassiter o de algún movimiento Anti División que pudiera estar cobijándolo.

Durante más de una semana deambularon persiguiendo presentimientos que tenía Nelson por todo el sur profundo, hasta que aquel maldito cajero de supermercado le dijo:

—No sé por qué no vamos a Nueva York.

—¿Por qué tendríamos que ir Nueva York? —le preguntó Nelson.

El cajero lo miró parpadeando, con la misma cara de idiota de un roedor:

—Ya te lo dije la otra noche.

—No me dijiste nada.

—Claro que te lo dije. Por supuesto, tú estabas pedo con lo que estuvieras bebiendo. Y con esas píldoras tuyas.

—¡Tú no me dijiste nada!

—Vale, lo que tú quieras —dijo Argent con un aire demasiado petulante—. Yo no te dije nada.

Al final Nelson tuvo que preguntarle como en uno de esos chistes de «llaman a la puerta»:

—¿Qué es lo que me dijiste?

—Era esa noticia sobre la Estatua de la Libertad. Parece que están cambiándole el brazo por uno de aluminio porque el de cobre es demasiado pesado.

Nelson tenía la paciencia limitada:

—¿Y eso qué…?

—Y eso me hizo recordar que Connor hablaba de que tenía una cita con la dama de verde. ¿De verdad que no te acuerdas?

Nelson no recordaba que le hubiera dicho nada de eso, pero confesárselo al roedor sería darle demasiada satisfacción.

—Ahora me acuerdo —dijo Nelson.

No se trataba precisamente de la pistola humeante que Nelson buscaba (la «dama de verde» podía ser un montón de cosas) pero, bien pensado, ¿no era la Estatua de la Libertad uno de los lugares favoritos para las protestas de los simpatizantes de los ASP? ¿Qué andaría planeando Lassiter?

Lo que finalmente decidió a Nelson a poner rumbo al norte fue la noticia que sabía que terminaría llegando: la foto de Argent con su héroe, el ASP de Akron. Argent había estado paseándose al aire libre durante días. Alguien lo habrá reconocido. Alguien lo delataría.

Nelson sabía que debía recortar gastos y salir solo, entregando a Argent a los leones, pero encontró una levísima brizna de piedad y tal vez incluso de sentimentalismo. Argent había capturado a dos ASP para él. Un gesto inútil, pero la idea contaba algo, porque ver a aquellos dos miserables atados y amordazados y prácticamente envueltos para regalo y ofrecidos a él le había proporcionado una alegría un día que había sido, en todos los aspectos, desastroso. Con el tiempo, Argent podría resultar útil como topo, infiltrándose para él en los grupos de ASP. Por eso no lo había dejado tirado, sino que se lo había llevado con él, siguiendo aquella desgastada pista hasta Nueva York.

Ahora, cuando cruzan desde Virginia Oeste para entrar en Pensilvania, las dudas de Nelson empiezan a parecerle como controles de carretera que se aparecieran ante ellos, y Argent es incapaz de cerrar la boca.

—Deberíamos parar en Hershey —sugiere Argent—. Dicen que la ciudad entera huele a chocolate. Y hay montañas rusas. ¿Te gustan las montañas rusas?

Una señal que tienen allí delante indica «PITTSBURGH 72 KM». Nelson siente que le vuelve la fiebre. Las articulaciones le duelen, y la cara le escuece por el sudor. Decide pasar la noche en Pittsburgh. No está en condiciones de conducir toda la noche. Ni siquiera tiene las fuerzas necesarias para cerrarle la boca a Argent.

—Sí, Nueva Orleans merecía la pena. Allí se puede pasar tiempo —divaga Argent—. Apuesto a que también merecía la pena la tienda de vudú. Vi algo una vez en la tele sobre esa casa. Deberías hacer un muñeco de vudú del ASP de Akron. Para hacerle sentir un poco de nuestro dolor.

Y entonces Nelson se alegra de haber dejado hablar a Argent, porque ha resultado realmente informativo.

—Vale, vamos a hacerle sentir nuestro dolor.

Nelson decide darse un capricho esa noche, y hacer una revaluación completa de la situación.

La Casa de Vudú de Mary LaVeau. O sea que no se trataba de algo que Argent oyera de boca de Connor Lassiter, sino de algo que había visto en la tele. El roedor no se imagina que acaba de crucificarse.

43. Argent

SU MADRE siempre decía: «Cuando la vida te da limones, exprímelos en los ojos de otro». Argent sabe que ese no es el proverbio original[12], pero ella tenía razón. Convertir tu mala suerte en un arma es mucho más útil que hacer limonada. Está orgulloso de la manera en que le ha cerrado los ojos al pirata de partes.

—Me apuesto a que hay un montón de ASP en Nueva York para que nosotros los atrapemos, ¿eh? —comenta Argent cuando la rural Pensilvania da paso a los barrios residenciales de Pittsburgh.

—Como ratas —le dice Nelson.

—Tal vez podrías coger unos pocos —sugiere Argent—. Y enseñarme cómo se hace. Es que, bueno, si voy a ser algo así como tu aprendiz… tengo que saber esas cosas.

La idea de viajar por el país con un pirata de partes auténtico y aprender los trucos del oficio realmente le emociona. Es un trabajo que podría disfrutar. Sin embargo, tiene que seguir tomándole el pelo a Nelson, hacerle creer que lo necesita, hasta que él pueda realmente demostrar lo buen aprendiz que puede ser. Convertirse en un activo valioso. Eso es lo que tiene que hacer. Pero hasta entonces seguirá tomándole el pelo.

El hombre ya le ha dado algunas lecciones básicas, en el curso de la conversación:

—La mayoría de los desconectables ASP son más listos de lo que se piensa la Autoridad Juvenil —le dijo Nelson—. Si pones una trampa tonta, lo único que caerá son ASP tontos, que valen mucho menos en el mercado negro. Si el escáner cerebral muestra una puntuación cortical alta, se saca el doble de dinero.

¡Hay tanto que saber sobre el arte de tender trampas!

Si bien la noche anterior la pasaron en un motel barato, esa noche en Pittsburgh Nelson paga el lujo de una *suite* de dos dormitorios en un hotel de campanillas, de esos que tienen portero y media docena de banderas en la entrada.

—Esta noche nos damos un capricho —le dice Nelson—. Porque nos lo debemos.

Si esa es la vida de un pirata de partes, Argent está dispuesto a llevarla.

La *suite* es enorme y huele a flores frescas en vez de a moho. Argent pide cosas caras al servicio de habitaciones, y Nelson ni parpadea.

—Nada es demasiado bueno para mi aprendiz —dice, y eleva su copa de vino para subrayarlo. Su propio padre nunca fue tan generoso, ni con la cartera ni con el alma. A Nelson parece que le cuesta respirar. El lado bueno de su rostro está adquiriendo un brillo pálido. Argent no piensa en ello, pues en aquel momento lo único que tiene en la cabeza es su chuletón.

Mientras la comida les baja hasta el vientre, Argent se relaja y Nelson empieza a hablar como quien no quiere la cosa de los días que tienen por delante:

—Nueva York es una gran ciudad —dice Nelson—. ¿Has estado en ella alguna vez?

Argent niega con la cabeza y traga antes de hablar, para no parecer demasiado maleducado para una comida servida en la habitación:

—Nunca. Pero siempre he querido ir. Cuando mis padres vivían, solían decir que nos llevarían a Nueva York a mi hermana y a mí. A ver el Empire State y un musical en Broadway. Nos prometían el oro y el moro, pero nunca nos llevaron a otra parte que a Branson, en Missouri. —Se mete en la boca otro pedazo de chuletón, imaginándose que la comida será aún mejor en la Gran Manzana[13]—. Me juré que iría allí algún día. Me juré que lo conseguiría.

—Y lo has conseguido. —Nelson se limpia la boca con una servilleta de seda—. Tendremos que encontrar tiempo para hacer un poco de turismo cuando estemos allí.

Argent sonríe:

—Eso estaría muy bien.

—Por supuesto —dice Nelson sonriendo bondadosamente—. Times Square, Central Park…

—He oído hablar de un club que hay en una vieja fábrica —dice Argent, casi echando espuma por la boca de pura emoción—. Cada noche toca un grupo famoso distinto, uno nunca sabe cuál será.

—¿Lo has oído en la tele? —pregunta Nelson—. ¿Como lo de la Casa de Vudú?

Aquella última frase tarda un poco en asentarse, rebotando primero de un lado para el otro del cerebro de Argent, como una bola en una maquinita de pinball, hasta que cae justo en el centro. *GAME OVER*.

Cuando mira a Nelson, no encuentra nada de bondadoso en su sonrisa. Su mirada es más bien depredadora. Como un tigre que anticipa la muerte de la presa.

—Lassiter no mencionó nunca nada sobre Mary LaVeau o «la dama verde», ¿a que no?

—Yo… Te iba a decir…

—¿Cuándo? ¿Antes o después de disfrutar tu ruta turística por Nueva York con todos los gastos pagados? —De pronto vuelca la mesa. La vajilla sale despedida, un plato se rompe contra la repisa de la chimenea, y Nelson salta sobre él, inmovilizándolo contra la pared con tanta fuerza que Argent nota en la espalda el interruptor de la luz, clavándosele como un cuchillo, aunque no resulta ni por asomo

tan letal como el cuchillo para la carne que Nelson le ha puesto en la garganta.

—¿Has dicho algo que no fuera una mentira? —Aprieta el cuchillo más fuerte contra su cuello—. Ahora sabré si me estás mintiendo.

Argent sabe que la verdad no le beneficiaría, así que evita la pregunta.

—Si me matas, habrá un montón de sangre —dice desesperado—. Y no me habrías dado de comer si quisieras matarme, ¿a que no?

—Todo el mundo merece una última comida. —Aprieta más el cuchillo, sacando una gota de sangre.

—¡Espera! —dice Argent entre dientes, sacándose de la manga el único as que puede jugar—: ¡El chip de seguimiento!

—¿De qué me estás hablando?

—¡Mi hermana! Cuando era pequeña siempre se estaba escapando, así que mis padres le pusieron un chip de seguimiento en la piel, detrás de la oreja. Si ella sigue con Lassiter, podremos encontrarlos. Pero yo soy el único que conoce el código de seguimiento del chip. Si me matas, el código morirá conmigo.

—Hijo de puta… ¡Tú te acordabas del chip todo el tiempo!

—¡Pero si te lo decía, ya no me necesitarías!

—¡Tampoco te necesito ahora! —deja caer el cuchillo y usa la mano desnuda para cerrar la tráquea de Argent. Sin sangre. Sin estropicios—. Ahora que lo sé, puedo encontrar el código sin ti. —Argent intenta desembarazarse de él, imaginándose que perderá y que aquel será su final, pero para su sorpresa, él tiene más fuerza que Nelson. De hecho, el hombre parece sorprendentemente débil. Se desprende de Nelson empujándolo, y este se tambalea y cae sobre una rodilla.

—¡Estate quieto y déjame que te mate! —dice Nelson.

Argent coge el cuchillo del suelo, dispuesto a defenderse. Pero Nelson no va a por él. Pone los ojos en blanco. Bate los párpados. Intenta ponerse de pie pero vuelve a caer, esta vez a cuatro patas.

—¡Maldita sea!

Entonces los codos ceden, y Nelson cae sobre la alfombra, boca abajo, tan inconsciente como si hubiera sido aletargado.

Argent espera un momento. Y después otro.

—¡Eh! ¿Estás vivo…?

Nada. Alarga la mano para palparle el cuello. Tiene pulso, un pulso rápido y fuerte… pero está caliente. Muy caliente.

Argent puede huir. Puede irse sencillamente y escapar de aquella situación…, sin embargo, duda y observa al pirata de partes que está tendido ante él en el suelo,

inconsciente. Deja que la bola de la maquinita vuelva a rebotar un poco por su cerebro, y después posa suavemente el cuchillo en la repisa. La bola sigue en movimiento, y quedan un montón de puntos por marcar.

44. Nelson

CUANDO RECOBRA la conciencia, le cuesta un rato darse cuenta de dónde está. En el hotel OmniWilliam Penn de Pittsburgh. En la *suite* presidencial. Un desvío en su caza del gamusino que nunca debería haber tomado.

La televisión que hay en su dormitorio transmite una película de acción a volumen bajo. Aquel inútil cajero de supermercado está sentado allí, viéndola, mientras come patatas fritas que le habrán traído del servicio de habitaciones. Se vuelve hacia Nelson y, viendo que está despierto, se acerca un poco corriendo la silla.

—¿Te encuentras mejor…?

Nelson no le honra con una respuesta.

—Este hotel es tan bueno que tiene un médico de guardia —dice Argent—. Le hice venir para que te echara un vistazo. No te preocupes, limpié todo el desorden antes de que llegara, y te puse bien repantigado en la cama. Hablaste un poco con él. ¿Lo recuerdas?

Nelson sigue negándose a pronunciar una palabra.

—No, no creo que te puedas acordar. Te pusiste a decir cosas muy raras sobre un cementerio y un tornado. El doctor dijo que esas picaduras que tienes en los brazos y las piernas, sean lo que sean, están infectadas. Te inyectó un antibiótico. Intentó convencerme de que te llevara a urgencias, pero le pagué en metálico y cerró la boca. Te lo cogí de la cartera, espero que no te importe dadas las circunstancias. No te he cogido más de la cuenta ni nada de eso, él dejó factura. Y hay otra de la farmacia, porque preparé una receta para más antibióticos. Tienes que tomarlos tres veces al día, con las comidas.

Nelson se comporta como una roca de río ante aquel torrente de palabras: algunas las capta, pero la mayoría pasan por encima de él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta Nelson al final.

—No podía dejarte en el suelo muriéndote, ¿verdad? Somos un equipo. La mitad izquierda, la mitad derecha y todo eso.

—Sal de mi vista.

Argent no se mueve, y Nelson gira la cabeza para mirar hacia el otro lado. Mueve la cabeza solo un poquito, y se siente como si estuviera en una atracción de feria.

—No te culpo por enfadarte conmigo —dice Argent—. Quizá me habrías matado y quizá no. Pero si voy a ser tu aprendiz, sé que tendré que aguantar mucho.

Nelson se obliga a volver a mirar a Argent:

—¿En qué universo vives?

—En el mismo que tú —dice Argent. Mira la etiqueta del frasco de píldoras y lo posa en la mesita de noche, aunque muy intencionadamente, más allá del alcance de Nelson—. Te guste o no, ahora me necesitas. Y mientras me necesites, no te desharás de mí. Hasta me podrías enseñar alguna cosa que haya que saber para ser pirata de partes. Hoy por ti mañana por mí, que dicen. Y los dos necesitamos ayudarnos mutuamente. Por eso me quedo, y será mejor para los dos.

El hecho de que ahora sea completamente dependiente de Argent Skinner le da a Nelson ganas de reír. Lo haría si no le doliera tanto.

—¿Ahora eres mi enfermera?

—Soy lo que necesites cuando lo necesites —le responde Argent—. Hoy necesitas una enfermera, y lo seré. Mañana a lo mejor necesitas alguien que te ayude a poner una trampa a los desconectables, y eso haré. Y cuando encuentres a Connor Lassiter y necesites ayuda para cogerlo, te alegrarás mucho de poder contar conmigo. —Entonces abre el menú que han traído—. De momento te he pedido una sopa. Y si te portas bien puede que te deje tomar después un poco de helado.

Pasa otro día hasta que Nelson se encuentra lo bastante fuerte para desplazarse por la *suite*. Ha renunciado a luchar con Argent. Ese muchacho puede que sea un idiota, pero es un idiota astuto. Sabe cómo hacerse indispensable a Nelson. Al menos por el momento.

—Sé que me dejarás tirado cuando quieras —le dice Argent—. Así que yo me encargo de que no lo quieras nunca.

No hablan de su misión. Nelson no le pregunta por el código de seguimiento porque sabe que Argent no entregará su única carta hasta que él esté bien y dispuesto. Además, por mucho que Nelson quiera empezar, sabe que no se encuentra en condiciones. No puede hacer otra cosa que pasar la convalecencia en la *suite* presidencial.

—Ser un pirata de partes debe de ser bastante rentable si te puedes permitir un sitio como este —comenta Argent una vez más, incitando a Nelson a hablar de su profesión. Aunque mantener una conversación con Argent no se encuentra ya precisamente en su lista de mayores placeres, Nelson no tiene más remedio que prestarle atención, así que lo soporta. Hasta le dice a Argent alguna de las cosas que este quiere saber, explicándole los detalles de sus mejores trampas. El túnel de cemento impregnado de pegamento. El cartón de cigarrillos sobre un colchón que tapa la boca de un pozo… Argent está tan atento a cada una de sus palabras, que Nelson

empieza a disfrutar alardeando de sus mejores estratagemas:

—Una vez le hice a un ASP tragarse una granada de veneno en miniatura, que explotaría liberando un veneno mortal. Y le dije que la haría explotar por control remoto si no delataba a sus amigos. Me puso a otros cinco chicos en mis manos, y todos ellos eran ejemplares mejores que él.

—¿Y estallaste la granada?

—No era una granada —le dice Nelson a Argent—: era un arándano.

Eso hace reír a Argent, y Nelson se da cuenta de que su propia risa es de verdad.

Nelson no sabe que Argent le está empezando a caer bien. No es que tenga muchos motivos para ello, pero empieza a aceptar la necesidad de la presencia de Argent. Como el ASP que le entregó a sus amigos, Argent Skinner tiene valor para Nelson. Por sus servicios, Nelson había dejado libre al ASP comearándanos, porque, al fin y al cabo, hay que ser justo, y Nelson siempre se ha visto a sí mismo como un hombre íntegro. Al final, Nelson se asegurará de que Argent tenga su recompensa.

Dejan el hotel al día siguiente, Nelson sintiéndose más fuerte, aunque no completamente recobrado. Las picaduras siguen rojas e inflamadas, la mitad quemada de su rostro, aún en carne viva y pelándose, pero al menos le ha bajado la fiebre. Cuando paga, tiene que soportar las miradas de preocupación de otros huéspedes del hotel, lo mismo que las soportó al entrar.

—¿Me vas a decir dónde vamos? —le pregunta Argent. Ahora que Nelson ha recuperado las fuerzas, Argent se encuentra menos seguro en su puesto.

—No a Nueva York —es todo lo que Nelson quiere decirle. Esto invita a Argent a buscar pistas que Nelson pueda darle, y con ellas a encontrar nuevos lugares que no haya visto nunca, y que le gustaría conocer.

—No tiene sentido ponerse en camino si no sabemos adónde vamos.

—Yo sé adónde vamos —le dice Nelson, regodeándose en la incomodidad que siente Argent.

—Después de todo lo que he hecho por ti, al menos podías darme una pista.

En cuanto cruzan el río Allegheny y Pittsburgh queda detrás, Nelson muestra al menos una parte de sus cartas:

—Vamos a Sarnia.

—¿Sarnia…? No lo había oído nunca.

—Está en Canadá, al otro lado de la frontera de Port Huron, en Michigan. Te voy a presentar a mi contacto en el mercado negro, suponiendo que no esté realizando uno

de sus viajes en avión. Es un caballero que responde al nombre de Divan.

Argent tuerce el gesto como si oliera algo feo:

—Un nombre gracioso. Nosotros vendíamos una carne de pollo con ese nombre.

—Será mejor que no le insultes. Divan dirige la cosechadora más importante del mercado negro a este lado de Birmania. La vanguardia. Le llevo todos los ASP que atrapo, y siempre me ha tratado justa y honorablemente. Si quieres ser un pirata de partes, él es el hombre al que tienes que conocer.

Argent se mueve un poco incómodo en el asiento.

—He oído historias sobre el mercado negro: sin anestesia, con bisturíes oxidados.

—Tú te refieres al *Dah Zey* birmano. Divan es todo lo contrario: un caballero, y de los más honorables. A mí siempre me ha tratado bien.

—Vale —dice Argent—. Eso me suena bien.

—Y —añade Nelson—, a cambio de esta demostración de buena fe por mi parte, espero un poco de buena fe por la tuya. Quiero que me des el código de seguimiento del chip de tu hermana.

Argent vuelve los ojos a la carretera, delante de ellos:

—Tal vez después.

—Tal vez ahora.

Entonces Nelson detiene el vehículo tranquilamente en el arcén de la autovía.

—Si no, te dejaré aquí, te diré adiós, y te dejaré vivir tu vida miserable sin interferencias por mi parte.

Los coches pasan zumbando. Argent tiene aspecto de enfermo.

—Nunca encontrarás a Lassiter sin ese código.

—No hay ninguna garantía de que tu hermana siga con él. Si ella es tan pesada como tú, él seguramente la habrá dejado plantada nada más salir de Heartsdale.

Argent piensa en ello. Mueve los dedos. Nervioso, se acaricia con ellos los puntos que le pusieron en la cara.

—¿Me prometes que no me matarás?

—Te prometo que no te mataré.

—Mitad derecha, mitad izquierda, ¿vale? ¿Somos un equipo?

—Por necesidad, no porque yo quiera.

Argent respira hondo.

—Iremos a ver a ese tal Divan. Y entonces te lo diré.

Nelson aporrea furioso el volante. Y a continuación se calma:

—Bien. Si lo quieres así… —Entonces saca su pistola aletargadora, aprieta el gatillo, y le da a Argent en el pecho.

Argent abre unos ojos como platos, sorprendidos de la traición.

—No sabes cuánto me alegro de esto —dice Nelson.

Argent se desploma en el asiento, y Nelson se queda más contento que unas Pascuas. Si tiene que soportar la presencia de Argent Skinner en su búsqueda de Connor Lassiter y su apestoso amigo el diezmo, entonces la soportará. Aunque la inconsciencia de Argent, administrada con frecuencia, hará el viaje más soportable. Nelson sonríe. Al final, puede que libre a Argent de este valle de lágrimas, del mismo modo que piensa matar a Lev Calder por dejarlo en la carretera de Arizona con aquella carga de aletargante. O puede que lo deje vivo. Todo es posible en este mundo, y todo dentro del poder de Nelson. Tiene que admitir que incluso cuando era un poli de la Brigada Juvenil disfrutaba teniendo poder sobre la vida y la muerte. Como pirata de partes, ese sentimiento es mucho más crudo y visceral. Es algo que adora. Todo se reduce ahora a seguir a la hermana de Argent. Así que solo será cuestión de tiempo que logre matar a Lev Calder y quedarse los ojos de Connor Lassiter. Y, sin duda, el generoso Divan pagará bien el resto de él.

Nelson teclea su destino en el GPS, y este señala la ruta más rápida a Sarnia. Después, comprobando su espejo retrovisor, enfila por la autovía en un silencio que es toda una bendición.

45. Hayden

COLABORACIÓN CON el enemigo. Ese es un crimen del que Hayden ha sido condenado en el tribunal de la opinión pública sin la posibilidad de un juicio ni la presentación de una sola prueba. A los ojos de los chicos de la Cosechadora de Cold Springs, él es completamente culpable, sin importar el hecho de que sea completamente inocente. Él nunca le dio a Menard, ni a nadie de la Autoridad Juvenil, un ápice de información. Su único consuelo es que los únicos que lo odian son los chicos de Cold Springs. Para el resto del mundo sigue siendo el chico que entregó el *Manifiesto de los Íntegros*, y que clamó por un nuevo levantamiento cuando lo detuvieron en el Cementerio. Por una vez los medios le hicieron un favor.

Hayden no podría decir que le apene que Menard haya muerto. Aquel hombre le procuró un lujoso encarcelamiento que fue el infierno en vida en Cold Springs, y Hayden se hubiera suicidado en más de una ocasión si hubiera tenido con qué. Sin embargo, la manera en que había ocurrido su muerte, aquella ejecución a sangre fría a las órdenes dictatoriales de Starkey, tenía mucho más de erróneo que de acertado. Olía más a crueldad que a justicia. Hayden sabe que no es el único que alberga tales recelos, pero no puede decirlo en voz alta, y menos cuando los supervivientes de la Cosechadora de Cold Springs piensan ya que él los traicionaba ante la Autoridad Juvenil.

Por la Gracia de Starkey, Señor de los Chicos de la Cigüeña, Hayden ha obtenido permiso para acceder al ordenador y ayudar a Jeevan a encontrar el nuevo objetivo y un camino a la liberación de la cosechadora que no deje tras sí un montón de chicos muertos.

La «sala de informática» es un espacio funcional cerca de la boca de la mina, que está todavía llena de reliquias oxidadas: un enorme ventilador y conductos que, en teoría, propulsaban aire fresco a las profundidades de la mina. Estando tan lejos de cualquier cosa que recordara la civilización, Jeevan se había montado una parabólica escondida en la maleza a la entrada de la mina para acceder a algún confiado satélite que les proporcione conexión total.

Así que ahora Hayden está trabajando para Starkey. Es la primera vez que tiene la sensación de que está de verdad colaborando con el enemigo.

—Por si te interesa, no creo lo que dicen esos sobre ti —le dice Jeevan, que está sentado detrás de él, mirando por encima de su hombro mientras él derriba varios cortafuegos—. No me creo que ayudaras a la Autoridad Juvenil.

Hayden no levanta los ojos de la pantalla.

—¿Que si significa algo para mí? Supongo que significa todo lo que puede significar viniendo de alguien que traicionó a Connor y consiguió que capturaran a cientos de íntegros.

Jeevan traga saliva con un chasquido perfectamente audible en la nuez del cuello.

—Starkey dice que habría sucedido de cualquier modo. Si nosotros no hubiéramos salido, nos habrían cogido también.

Aunque por las ganas Hayden se pondría a discutir, sabe que allí tiene pocos amigos, y que no puede permitirse enfadarse con los pocos que están de su parte. Se obliga a mirar a Jeevan y mostrar algo que se parezca a la sinceridad:

—Lo siento, Jeeves. Lo pasado, pasado está, y ya sé que no fue culpa tuya.

Jeevan se queda visiblemente aliviado por la conciliación de Hayden. Incluso ahora, ve a Hayden como una especie de oficial superior. Hayden tiene que tener el cuidado de no perder ese respeto.

—Dicen que está vivo —dice Jeevan—. A Connor, me refiero. Al principio hasta se pensaron que estaba con nosotros.

—Sí, bueno…, creo que va por la cuarta de sus siete vidas, así que aún le quedan varias.

Eso deja a Jeevan un poco desconcertado, y Hayden tiene que reírse:

—No pienses demasiado en eso, Jeeves, no merece la pena.

—¡Ah! —casi puede verse una bombilla encendida sobre la cabeza de Jeevan—. Siete vidas como un gato, ¡ahora lo pillo!

Ahora hay dos guardias asignados a Hayden, además de Jeevan. Un guardia está allí para asegurarse de que no le ataca ningún ASP furioso de la Cosechadora de Cold Springs que ande buscando venganza. El segundo guardia está para asegurarse de que no se escapa, pues la «sala de informática» está demasiado cerca de la boca de la mina. El trabajo de Jeevan es espiar las actividades online de Hayden para asegurarse de que no hace nada sospechoso. La confianza no forma parte del mundo de Starkey.

—Todo el tiempo vuelves a esa cosechadora —señala Jeevan.

—Hasta ahora es la que tiene más potencial.

Jeevan estudia la imagen de satélite y señala a la pantalla:

—Pero mira todas esas torres de vigilancia cerca de la puerta.

—Exacto. Parece que toda su seguridad está muy focalizada.

—Aaah…

Está claro que Jeevan aún no lo ha pillado, pero no pasa nada. Lo pillará.

—Por cierto, Tad murió.

Hayden no había pensado decirlo. Ni siquiera había pensado en ello. Quizá el

recuerdo ha sido despertado por el calor de la sala de informática, que le recordaría aquel último y horrible día en el *Bombarroba*. El día en que Hayden y su equipo de tecnólogos habría muerto si él no hubiera disparado contra el parabrisas del avión. Todavía hay momentos de depresión en que piensa que cometió un error, que debería haber hecho honor a los deseos de todos y haberlos dejado morir en vez de ser capturados.

—¿Que Tad murió…? —Para Hayden, la mirada de horror que expresa el rostro de Jeevan resulta al mismo tiempo satisfactoria e inquietante.

—Se achicharró en el *Bombarroba*. Pero no te preocupes. Eso tampoco fue culpa de Starkey.

No sabe si Jeevan entiende el sarcasmo… El pobre es tan literal como un código informático. Quizá sea mejor que no lo entienda.

—No he visto aquí a Trace. Él pilotó el avión, ¿no?

Jeeven baja la vista.

—Trace también murió —le dice a Hayden—. No sobrevivió al impacto.

—No —dice Hayden—. Ya me imagino que no. —Si la muerte de Trace es una consecuencia del impacto o de una secreta intervención humana, eso es algo que Hayden piensa que nunca llegará a saber. La verdad, seguramente, murió con Trace. Sin dejar trazas.

Hayden oye pasos que se aproximan por la empinada cuesta desde el interior de la mina. El modo tan obediente en que el guardia se hace a un lado le deja claro a Hayden quién es el visitante incluso antes de verlo.

—¡Hablando del rey de Roma! Estábamos cotorreando sobre ti, Starkey. Jeevan y yo nos acordábamos de tus trucos de magia. Sobre todo de aquel en que hacías desaparecer un avión comercial.

—No desapareció —dice Starkey sin querer entrar al trapo—. Está en el fondo del Lago Saltón.

—No es verdad que te llamara rey de Roma —le dice Jeevan a Starkey. Literal como un código informático.

—Tenemos enemigos comunes —le indica Starkey—. Están todos ahí fuera. Y es hora de que tengan lo que se merecen.

Starkey le hace a Jeevan levantarse con un leve movimiento de la cabeza. Él se sienta en su silla, y estudia la imagen de la pantalla.

—¿Eso es una cosechadora?

—La Cosechadora de MoonCrater, para ser exactos. Cráteres de la Luna, en Idaho.

—¿Qué pasa con ella? —pregunta Starkey.

—¡Que toda su seguridad está focalizada hacia el exterior! —suelta Jeevan, como si realmente entendiera qué importancia tiene eso.

—Sí —dice Hayden—. Y no tienen ojos en la nuca.

Starkey se cruza de brazos, dejando claro que no dispone de todo el día.

—¿Qué importancia tiene eso?

—He aquí la importancia que tiene. —Hayden abre otra ventana en la que aparecen dibujos esquemáticos, y otra más que muestra un estudio geológico estándar —. El parque nacional Cráteres de la Luna es un campo de lava acribillado de cuevas, y todos los conductos de la cosechadora emplean esas cuevas. Electricidad, alcantarillado, ventilación…, todo. —Hayden hace zum en un plano del dormitorio principal de la cosechadora y empieza a señalar cosas—: De este modo, si montamos algo que los entretenga en la puerta principal en medio de la noche, una buena distracción, eso acaparará toda su atención. Entonces, mientras las fuerzas de seguridad están todas pendientes de la puerta, vamos nosotros y atravesamos esta trampilla por la que se puede entrar en el sótano del dormitorio, cogemos a todos esos chicos, nos los bajamos a las cuevas, y salimos de esas cuevas por aquí, a más de un kilómetro de distancia.

Starkey está realmente impresionado:

—Y cuando se den cuenta de que sus desconectables han desaparecido, estaremos ya a salvo.

—Esa es la idea general. Y nadie resultará herido en el proceso.

Le da a Hayden una palmada en la espalda tan fuerte que le duele.

—¡Es genial, Hayden, genial!

—Supuse que te gustaría esta estrategia: es como hacer desaparecer algo con un juego de prestidigitación. —Toca la pantalla, cambiando el ángulo del plano para mostrar los niveles del dormitorio—: Los chicos están en el primer piso, las chicas en el segundo, y el personal de la cosechadora en el tercero. Solo hay dos escaleras, así que si las tomamos y aletargamos a cualquier miembro del personal que intente bajar, deberíamos poder entrar y salir antes de que nadie averigüe lo que ha pasado.

—¿Cuándo podremos hacerlo?

Hay una especie de avaricia en los ojos de Starkey que hace a Hayden cerrar las ventanas del ordenador para que no salgan más planos.

—Bueno, después de Cold Springs, creí que querrías pasar un tiempo escondido.

—De eso nada —dice Starkey—. «A hierro caliente, batir de repente», que se dice. El uno dos del boxeo. Tú planea el rescate, que yo me encargaré de la distracción. Quiero que lo llevemos a cabo en menos de una semana.



Hayden se estremece al pensar que algo tan teórico se pueda convertir en real tan aprisa.

—Yo realmente no creo que…

—Confía en mí. Si quieres limpiar aquí tu reputación, esta es la manera, amigo mío. —Starkey se pone en pie, con la decisión firmemente tomada—. Encárgate de prepararlo todo, Hayden. Cuento contigo.

Y Starkey se va antes de que Hayden pueda plantear más peros.

En cuanto Starkey se va, Jeevan recupera su asiento al lado de Hayden.

—Te ha llamado «amigo mío» —comenta Jeevan—. ¡Es increíble!

—Sí —dice Hayden—. Me emociona infinito.

Y Jeevan se lo toma al pie de la letra. Como Hayden sabía que se lo tomaría.

Starkey había dicho que tenían un enemigo común. «Entonces, el enemigo de mi enemigo ¿tiene que ser mi amigo?», se pregunta Hayden. El viejo adagio no suena del todo correcto cuando el posible amigo es Mason Starkey.

La Brigada de la Cigüeña entra en la Cosechadora de MoonCrater seis días después. Hayden y un equipo completamente formado por chicos que conocían a Hayden del Cementerio, han estudiado las cuevas dos días antes. Para el acontecimiento real, Starkey lidera el camino con su cuerpo de élite, pero admite que será buena idea llevar también a Hayden en su equipo. Dejando tras sí un rastro de bengalas por los irregulares túneles de lava, llegan a los conductos de la cosechadora a la 1:30 de la madrugada, y los siguen hasta la trampilla del sótano, que está cerrada del otro lado. Aguardan.

Entonces, a las 2:00, un camión lleno de munición se incendia y se estrella contra la cancela exterior de la cosechadora. Los disparos estallan desde el yermo volcánico. Bam está al mando de aquella maniobra de distracción, y Hayden no la envidia. El trabajo está hecho para ella: ella y su propio equipo de chicos de la cigüeña tienen que hacer que esto parezca un asalto real a la cosechadora, y tienen que conseguir que dure por lo menos veinte minutos.

En cuanto el fuego empieza allá fuera, empieza también la operación dentro.

—Vuela la trampilla —le ordena Starkey al chico encargado de las demoliciones, que es bastante psicótico—. ¡Ahora!

—No —dice Hayden—. Todavía no.

Hayden sabe que el edificio entero que tienen encima se cerrará, una medida de protección que jugará a su favor. Bajarán las persianas de acero para cegar las

ventanas. Cerrarán las salidas de emergencia. Nadie podrá entrar ni salir del dormitorio hasta que vuelvan a conectar el sistema de seguridad.

Hayden cuenta hasta diez:

—¡Vale, ahora!

La trampilla vuela por los aires, y armados solo con armas aletargantes, salen a montones por el agujero, hacia lo que sea que les aguarda allí.

Los desconectables del dormitorio, ya despertados por las explosiones y tiroteo del exterior, están preparados para la muerte o el rescate. Esa noche, será lo segundo.

La fuerza de rescate aletarga a un guardia y un orientador al subir la escalera hasta el piso principal, que es una sola sala comunal y enorme, llena de filas y filas de camas. El lugar está en penumbra. Solo brillan las luces de emergencia, que inciden sobre las camas oblicuamente, dando a los cabezales de contrachapado aspecto de lápidas de cementerio. El sonido de la batalla del exterior llega apagado por las persianas de acero. Nadie puede ver lo que sucede fuera, pero eso supone que nadie desde fuera podrá ver tampoco lo que suceda dentro. Con toda la atención centrada en el falso ataque a la cancela de entrada, el equipo de rescate resulta, efectivamente, invisible.

Starkey no pierde el tiempo:

—¡Acabáis de ser liberados! —proclama.

El sonido amortiguado de las pistolas aletargantes al ser disparadas anuncia que otros miembros del personal han sido derribados por el equipo de élite de Starkey, todos los cuales son buenos tiradores.

—¡Todo el mundo al sótano! No cojáis nada, solo la ropa que tenéis puesta y los zapatos. ¡Moveos!

Entonces sube para anunciar la liberación a las chicas, dejando a Hayden y su equipo que controlen los movimientos y la salida de la masa.

A los diez minutos, casi trescientos chicos y chicas son introducidos en las cuevas y se hallan de camino hacia la libertad. Solo los diezmos, que están en otro edificio distinto y se negarían a que nadie los rescatara, se quedarán allí.

Hayden y su equipo conducen a los desconectables liberados por la cueva de lava hasta la salida, donde cuatro camiones de reparto «prestados» para esta fiesta esperan en una carretera solitaria para llevárselos a todos.

Los disparos del falso ataque siguen sonando mientras ellos salen de las cuevas, pero aquello se oye lejos, como el fragor de una batalla a distante. Cuando los camiones están repletos de chavales, cosa que ocurre enseguida, Hayden se atreve a pensar que tal vez, solo tal vez, él pueda convertir la guerra de guerrillas de Starkey en

algo con sentido, admirable incluso. Tal vez el camino que tienen por delante no sea tan siniestro, al fin y al cabo.

No tiene ni idea de que Starkey, que sigue sin aparecer, les acaba de pavimentar una carretera que lleva más bien al infierno.

46. Starkey

PARA STARKEY, hacer magia no consistía solo en realizar trucos. Tenía que haber estilo. Tenía que haber sentido del teatro. Tenía que haber público. Hacer desaparecer a trescientos chicos era, está claro, todo un truco, pero liberar una cosechadora consiste en algo más que en liberar a sus desconectables. Starkey tiene una idea mucho más grande, mucho más grandiosa.

En cuanto las chicas del segundo piso están de camino hacia el sótano, y Hayden está ocupado llevando a todo el mundo por las cuevas, Starkey se toma un momento para estudiar el techo alto del gran dormitorio, fijándose en los ventiladores del techo. Ninguno de ellos está en funcionamiento, pero eso está bien. De hecho, es mejor así.

—Necesito que subáis y me traigáis a seis miembros del personal —les dice a los suyos—. Al que os dé problemas lo aletargáis, pero aseguraos de que los que me traéis están conscientes.

—¿Por qué? —pregunta uno de ellos—. ¿Qué vas a hacer?

—Vamos a mandar un mensaje.

Regresan con tres hombres y tres mujeres. Starkey no tiene ni idea de qué posición ocupan en la cosechadora. Administradores, cirujanos, cocineros… no importa. Para Starkey todos son iguales. Todos son desconectadores. Les ordena que los aten y los amordacen con cinta de embalar, y vuelve a mirar los ventiladores del techo. Hay seis ventiladores, colgados a unos tres metros y medio del suelo. Y Starkey ha traído cuerda suficiente.

Nadie de su equipo de élite sabe gran cosa de nudos. Las sogas son bastas y rudas, pero la estética no importa siempre que hagan su función. Mientras la batalla de distracción continúa retumbando allí fuera como las playas de Normandía, Starkey y su equipo hacen a los seis cautivos subirse a unas sillas. Con el otro extremo de sus sogas respectivas, echan el lazo a un aspa del ventilador que tienen encima de la cabeza, y tensan la soga lo suficiente para que los cautivos puedan sentirla, pero no tanto que les ahogue. Cuando ya están todos colocados, Starkey avanza un paso para dirigirse a ellos.

—Me llamo Mason Michael Starkey, y soy el jefe de la Brigada de la Cigüeña. Os hemos declarado culpables de crímenes contra la humanidad. Habéis desconectado a miles de muchachos inocentes, muchos de los cuales eran chicos de la cigüeña, y tiene que haber un castigo para eso.

Deja de hablar para darles tiempo a que asimilen sus palabras. Entonces se acerca al primer cautivo, que es una mujer que no puede dejar de llorar.

—Parece que estás asustada —le dice.

La mujer, incapaz de hablar por la cinta que le tapa la boca, asiente con la cabeza e implora con sus ojos llenos de lágrimas.

—No te preocupes —le dice—. No te vamos a hacer ningún daño, pero necesito que recuerdes todo lo que te he dicho. Cuando vengan a liberaros, quiero que se lo digas. ¿Me harás ese favor?

La mujer asiente con la cabeza.

—Diles que esto no es más que el comienzo. Vamos a ir a por todos los que apoyen la desconexión y maltraten a los chicos de la cigüeña. No hay ningún sitio en donde podáis esconderos. No te olvides de decírselo. Asegúrate de que se enteran.

La mujer vuelve a asentir con la cabeza, y Starkey le da una palmada en el brazo con su mano buena, consolándola, y la deja allí en su silla, sin hacerle daño.

Entonces se vuelve hacia los otros cinco, y va derribando de una patada cada una de las sillas.

QUINTA PARTE

Una banda de cigüeñas

CHARLIE FUQUA, CANDIDATO A LAS LEGISLATIVAS POR ARKANSAS, APRUEBA LA PENA DE MUERTE PARA NIÑOS REBELDES…

En el libro de 2012 de Charlie Fuqua, el candidato escribió que, si bien los padres aman a sus hijos, debería instaurarse un proceso que permitiera la posibilidad de aplicar la pena de muerte a «niños rebeldes», según informa el periódico Arkansas Times. Fuqua señala que el procedimiento para sentenciar a muerte a un niño está descrito en la Biblia, y que sería necesario para ello la aprobación judicial. Si bien sería muy improbable que muchos padres intentaran que el gobierno ejecutara a sus hijos, escribe Fuqua, semejante posibilidad serviría para poner freno a los niños rebeldes.

Según el Arkansas Times, Fuqua ha escrito:

«El mantenimiento del orden civil en la sociedad descansa en el pilar de la disciplina familiar. Así pues, un niño que no respeta a sus padres debe ser separado de manera permanente de la sociedad, de tal modo que dé un ejemplo a todos los otros niños sobre la importancia de respetar a los padres. La pena de muerte para los niños rebeldes no es algo que pueda tomarse a la ligera. Las instrucciones para administrar la pena de muerte a los niños rebeldes aparecen en Deuteronomio 21, 18-21. Este pasaje no da a los padres carta blanca para matar a sus hijos, sino que estos deben seguir el procedimiento correcto… Aun cuando este procedimiento raramente sería usado, si esta fuera la ley de la tierra, daría a los padres autoridad… y sería un importante incentivo para que los niños muestren el respeto debido a sus padres».

JOHN CELOCK
The Huffington Post
8 de octubre de 2012 a las 13:29;
actualizado el 15 de octubre a las 08:08

El artículo completo puede leerse (en inglés) en:
http://www.huffingtonpost.com/2012/10/08/charlie-fuqua-arkansas-candidate-death-penalty-rebellious-children_n_1948490.html

«Pienso que mis puntos de vista son aceptados por la mayoría de las

personas».

—Charlie Fuqua

Los Rheinschild

A Janson y Sonia Rheinschild les han pedido que dimitan de sus cargos en la Universidad. El rector alega como motivo el «uso no autorizado de material biológico». Pueden o bien dimitir, o ser arrestados y ver su nombre (y su obra) arrastrados por el lodo.

BioDynix Medical Instruments hace semanas que no devuelve las llamadas a Janson. Cuando pregunta por qué, el recepcionista, un poco nervioso por su hosquedad, asegura que no tienen constancia de sus llamadas previas y que, de hecho, no tienen ninguna constancia de él en su equipo.

Pero lo peor está todavía por llegar.

Janson, sin afeitarse y sin ducharse desde hace tal vez una semana, acude, arrastrando los pies, a ver quién llama a la puerta. Es un chico de unos dieciocho años. A Jason le cuesta un rato reconocerlo como uno de los amigos de Austin. Austin, el ayudante de Janson al que él sacó de la calle, ha estado viviendo con ellos durante el último año. Idea de Sonia. Convirtieron su sótano en un apartamento para él. Por supuesto, él tiene su propia vida, así que los Rheinschild no van espiando sus idas y venidas, y a veces, cuando no hay trabajo que hacer, se ausenta durante días. Siendo ese el caso, su actual ausencia no ha sido motivo de alarma, especialmente teniendo en cuenta que Janson ya no tiene ni despacho ni laboratorio en el que investigar.

—No sé cómo decírselo, así que se lo diré directamente —dice el chico—: esta noche se han llevado a Austin para desconectarlo.

Janson tartamudea por un instante, sin poder creérselo.

—Eso no puede ser. Tiene que haber algún error… ¡Es demasiado mayor para que lo desconecten! De hecho, celebró su cumpleaños la semana pasada.

—Su verdadero cumpleaños es mañana —dice el chico.

—Pero… pero… ¡él no es ningún joven salvaje! ¡Tiene casa! ¡…Y trabajo!

El chico niega con la cabeza:

—No importa. Su padre firmó la orden de desconexión.

Y en el silencio asombrado que sigue, Sonia baja la escalera.

—Jason, ¿sucede algo?

Pero él no se ve con fuerzas para decírselo. Ni siquiera puede repetir las palabras en voz alta. Ella llega a su lado, y el chico de la puerta, estrujando en las manos un gorro de lana, prosigue:

—Su padre, saben… tiene un problema con las drogas. Ese es el motivo de que

Austin estuviera en la calle. Por lo que tengo entendido, alguien le ofreció dinero para que firmara esos papeles.

Sonia ahoga un grito, tapándose la boca al comprender lo sucedido. El rostro de Janson enrojece de rabia.

—¡Lo evitaremos! ¡Pagaremos a quien haya que pagar, sobornaremos a quien haya que sobornar…!

—Es demasiado tarde —dice el chico mirando el felpudo de la puerta, que tiene bajo los pies—. Ya lo han desconectado esta mañana.

Ninguno de los dos es capaz de hablar. Los tres componen un retablo de impotencia y dolor hasta que el chico dice:

—Lo siento —y se escapa.

Janson cierra la puerta y aprieta a su mujer contra él. No ha blan de ello. No pueden. Él sospecha que no volverán a hablar de ello. Janson sabe que esto tiene que ser un aviso, pero ¿un aviso de qué…? ¿Para que no hagan nada? ¿Para que acepten la desconexión? ¿Para que dejen de existir? Y si intenta amenazar a la Ciudadanía Proactiva, ¿de qué le servirá? No han quebrantado realmente la ley. ¡Nunca lo harán! Lo que ellos hacen es moldear la ley para conseguir lo que pretenden.

Se suelta de Sonia y se va hacia la escalera, negándose a mirarla.

—Me voy a la cama —le dice.

—Janson, apenas son las doce del mediodía…

—¿Y eso qué importa?

En el dormitorio baja las persianas y cuando se entierra bajo las mantas, en la oscuridad, rememora el día en que Austin entró en su casa y le golpeó a Janson en la cabeza. Ahora Janson lamenta que aquel golpe no lo matara. Porque en ese caso Austin podría estar todavía vivo.

47. Connor

STARKEY. DEBERÍA haberse imaginado que se trataba de Starkey. El número de muertos que según las noticias había habido en el impacto del avión en Lago Saltón no encajaba con el número de los que Connor sabía que habían escapado. Había sido lo bastante ingenuo como para pensar que o Starkey se encontraba entre los muertos, o se escondería bien, contento con su pequeño reino de chicos de la cigüeña. Mientras se prepara para dejar el apartamento de Una y proseguir viaje a Ohio, Connor no puede dejar de sentir interés por las noticias que se oyen en todos los canales sobre el ataque a la Cosechadora de MoonCrater.

—¿O sea que conoces a ese tipo…? —pregunta Lev.

—Es el que robó el avión de fuga —explica Connor—. Viste cómo despegó del Cementerio, ¿no? Se llevó a todos los chicos de la cigüeña y dejó al resto a merced de la brigada juvenil.

—Qué tipo tan majo.

—Sí… Yo me comporté como un idiota, porque no vi su lado psicópata hasta que fue demasiado tarde.

Los linchamientos premeditados de MoonCrater son la raya que ha traspasado Starkey, una raya que rápidamente se convierte en una trinchera. Cinco miembros del personal ahorcados y una sexta dejada con vida para que dé testimonio. El escrutinio de los medios de comunicación está convirtiendo a Mason Starkey en una imagen aumentada de tamaño, algo mucho más grande que su auténtica estatura de un metro setenta. Y Connor comprende, por mucha rabia que le dé admitirlo, que ahora están en el mismo club. Ahora ambos son personajes de culto que viven escondidos, odiados por algunos y adorados por otros. Vilipendiados y reverenciados. No le sorprendería mucho si alguien empezara a hacer camisetas con el dibujo de los dos juntos, como si su condición de renegados los convirtiera en compañeros de lucha.

Starkey se arroga el papel de representante de los chicos de la cigüeña, pero la gente no hace diferencias en lo que se refiere a los ASP. Para la gente en general, él es la voz demente de todos los desconectables, y ese es el gran problema. A medida que la trinchera de Starkey se llene de sangre, el miedo a los ASP aumentará y hará trizas todo aquello por lo que lucha Connor.

Él solía recalcarles a los íntegros del Cementerio la importancia de conservar la cabeza sobre los hombros, y emplearla.

—Piensan que somos violentos sin remedio, y que es mejor desconectarnos —les decía—. Nosotros tenemos que demostrarle al mundo que se equivoca.

Para destruir todo aquello por lo que trabaja Connor, no se necesita más que a un Starkey dando la patada a cinco sillas.

Connor apaga la televisión. Los ojos le duelen ante toda aquella cobertura informativa.

—Starkey no se parará ahí —le dice a Lev—. La cosa no hará más que empeorar.

—Y eso significa que ahora en esta guerra hay tres bandos —comenta Lev. Y Connor comprende que tiene razón.

—Si el primer bando actúa impulsado por el odio, y el segundo por el miedo, ¿qué nos impulsa a nosotros?

—¿La esperanza…? —sugiere Lev.

Connor niega con la cabeza, preso de frustración:

—Vamos a necesitar mucho más que esperanza. Y por eso tenemos que llegar a Akron y averiguar qué es lo que sabe Sonia.

Entonces oye una voz a su espalda:

—¿Qué Sonia?

Es Cam, que acaba de salir del baño. Ha estado encerrado en el sótano por seguridad, pero Una debe de haberle enviado arriba, en uno de sus permisos regulares para ir al baño. Connor siente que le hierve la sangre, no tanto contra Cam como contra sí mismo, por haber revelado dos informaciones cruciales: su destino, y el nombre de ella.

—¡Eso no es asunto tuyo! —le suelta Connor.

Cam alza las cejas, comprimiendo el trazado de costuras multirraciales de su frente.

—Botón rojo —dice Cam—. Esa Sonia tiene que ser importante para ti, si reaccionas de ese modo.

El plan era dejar a Cam en el sótano de Una hasta que Lev y Connor estén demasiado lejos para que él pueda seguirles el rastro. De ese modo, aunque Cam supiera dónde habían estado, no sabría adónde se dirigen, y no podría transmitirles esa información a sus creadores. Pues, por mucho que diga que se ha pasado al bando de ellos, no cuenta con ninguna prueba para demostrar que eso es cierto.

Sin embargo, Cam ahora tiene un nombre, así como la ciudad a la que se dirigen. Si él vuelve con la Ciudadanía Proactiva, no les costará mucho caer en la cuenta de que aquella Sonia es la esposa, desaparecida hace mucho tiempo, de su renegado fundador.

Connor comprende que ahora todo ha cambiado, y que aquella indiscreción les acaba de complicar mucho la vida.

48. Lev

HAN CAMBIADO aún más cosas de las que no se da cuenta Connor. Pero de momento Lev no piensa sorprenderlo con su gran noticia.

Observa a Connor, que agarra demasiado fuerte el brazo de Cam, pero luego se da cuenta de que está usando la mano de Roland, así que es natural ese exceso de fuerza. Connor arrastra a Cam hacia la escalera con un propósito turbio.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta Lev.

Connor le dirige una sonrisa amarga y sardónica:

—Mantener con él una charla seria.

Entonces Connor tira de Cam escalera abajo, dejando a Lev solo con Grace, que desde la habitación de Una lo había oído casi todo. Grace, comprende Lev, es otra variable con la que hay que contar. A lo largo de todo aquello, ella mantiene las distancias con Lev, y los dos apenas se dirigen la palabra.

—¿Entonces Cam va a venir a Ohio? —pregunta ella.

—¿Por qué demonios iba a llevarlo Connor a Ohio?

Grace se encoge de hombros.

—Pues por eso que dicen de que a los amigos hay que tenerlos cerca, y a los enemigos más cerca aún —responde Grace—. A mí me parece que hay tres posibilidades: dejarlo, llevarlo o matarlo. Como sabe demasiadas cosas, entonces las tres posibilidades se quedan en las dos últimas, y Connor no parece de los que van matando a la gente así como así, por mucho que te atropellara con el coche.

—Eso fue un accidente —le recuerda Lev.

—Ya…, bueno, en cualquier caso la mejor estrategia es llevarlo. Ya verás. Connor va a volver diciéndote que acabas de ganar un compañero de viaje. —Ella duda por un momento, lo mira y después aparta la mirada—. ¿Y cuándo le vas a decir que tú no vas?

Lev la mira a ella un poco sorprendido y casi furioso. Todavía no le había contado a nadie su decisión. A nadie. ¿Cómo lo sabe ella?

—No me mires de esa manera tan rara. Está claro para cualquiera que tenga un poco de cerebro. Tú no paras de hablar de que «Connor» se va a Ohio y de «su» misión de encontrar a Sonia. En tu cabeza tú ya te has salido de la foto. Por eso tengo que ir yo con él. Así seremos dos para vigilar a Cam.

—Tú te alegras de que yo no vaya, ¿verdad?

Grace aparta la vista de él:

—No he dicho eso. —Luego añade—. ¡Es porque sé que yo no te caigo bien!

Lev sonríe:

—No, en realidad soy yo el que no te cae bien a ti.

—¡Eso es porque no dejo de pensar que vas a volar por los aires! Ya sé que dices que eso no es posible, pero ¿y si lo fuera? La gente pisa en una mina que se supone que ya no funciona, y vuela por los aires, así que, ¿qué pasa si tú eres como una de esas minas?

Lev responde dando una palmada. Grace cierra los ojos, pero no pasa nada, la palmada no es más que una palmada. Ni siquiera ha sonado fuerte.

—Ahora te estás riendo de mí.

—En realidad —dice Lev—, me he encontrado con un montón de gente que piensa que «un aplaudidor nunca dejará de ser un aplaudidor». Pero ni siquiera volé por los aires cuando me atropelló el coche, ¿a que no? Si yo tuviera que volar en algún momento, habría sido aquel.

Grace niega con la cabeza:

—Tú todavía no eres seguro. Puede que no estalles, pero no eres seguro en otros sentidos. Eso lo sé.

Lev no tiene muy claro a qué se refiere ella, pero tiene la impresión de que está en lo cierto. Ya no es un aplaudidor, pero tampoco es un modelo de estabilidad. No sabe muy bien de qué es capaz, bueno o malo. Y eso le asusta.

—Me alegro de que te vayas con Connor —le dice Lev—. Él cuidará de ti.

—Yo cuidaré de él, quieres decir —responde Grace un poco ofendida—. Él me necesita porque uno no puede ganar a un juego como este sin cerebro. Sé que a mí me llaman retrasada y todo eso, pero aun así, yo tengo un rincón del cerebro que es como la Gran Estación Central. Cosas que otra gente no puede ni comprender, a mí me vienen con facilidad. Argent no lo podía soportar, y por eso me llamaba tonta, solo porque yo le hacía sentirse tonto a él.

Lev sonríe:

—Connor me contó cómo lo sacaste de tu casa cuando el asalto de la policía. Tú fuiste la que tuvo la idea de desviar la atención de la Autoridad Juvenil haciéndoles creer que estábamos en otra parte. Y también fuiste la que se dio cuenta de que el tirador no quería matarnos.

—¡Es verdad! —dice Grace con orgullo—. Y también sé quién fue ese tirador, pero como mi madre decía siempre, «decir todo lo que sabes no sirve más que para vaciarte la cabeza». Pero la verdad es que pensé en eso y no vi la necesidad de contarlo.

Lev siente por primera vez simpatía por Grace.

—Yo también lo adiviné. Y estoy de acuerdo contigo. Nadie tiene por qué saber.

Pero Lev piensa que tal vez haya cosas que Grace tendría que saber. Piensa en la situación con Starkey y se da cuenta de que si Grace es la estratega que parece ser, tal vez habría que plantearle el problema a ella.

—Pues en esa Gran Estación Central, tengo un tren para ti —le dice.

—¿Cómo es ese tren?

—Te lo describo con una pregunta: ¿Cómo se gana una guerra a tres bandos?

Grace frunce el ceño y piensa en ello:

—Esa es fuerte. Pensaré en ello y te daré una respuesta. —Entonces se cruza de brazos—. Pero claro, no puedo darte la respuesta si no vienes con nosotros. ¿Verdad?

Lev le ofrece una sonrisa, como disculpándose:

—Entonces no me des la respuesta a mí: dásela a Connor.

49. Connor

AGARRANDO CON FUERZA el brazo de Cam, Connor le hace bajar la escalera. Una está en el cuarto de atrás de la tienda, trabajando en una nueva guitarra para olvidar todo lo demás.

—¡Lo has mandado al baño sin avisarnos!

Una levanta la vista de su trabajo prestando solo un leve interés, como si en su mente ellos se hubieran ido ya:

—Lo mandé al baño. No es fácil que se escape.

Connor no se molesta en explicarle nada. Sería un gasto inútil de saliva. Continúa la labor de llevarse al sótano a Cam, que no se resiste.

—Entonces —dice Cam con irritante despreocupación—, una mujer llamada Sonia en Akron.

Connor lo suelta:

—Los arápaches te podrían encerrar como enemigo de la tribu, y te pudrirías en una cárcel el resto de tu miserable vida.

—Puede —dice Cam—, pero no sin juicio. Y todo lo que yo les diga se convertirá en público.

Connor se da la vuelta, cerrando los puños y gruñendo de pura rabia. Después vuelve a darse la vuelta y encuentra la mano de Roland balanceándose e impactando en la mandíbula de Cam. Cam cae al suelo sobre una destartalada silla de madera, y Connor se dispone a golpearle de nuevo. Pero entonces se mira el brazo. Mira fijamente al tiburón. Aquello puede darle satisfacción, pero no va a arreglar las cosas. Si permite que la memoria muscular de Roland gobierne su brazo, entonces Connor perderá algo más que la calma. En cierto sentido, perderá una parte de su alma.

—Alto —le dice al tiburón.

Como en contra de su voluntad, los músculos del puño de Roland se relajan. Cam es el prisionero allí, no Connor. Se tiene que recordar que no importa lo mucho que ceda, él sigue siendo el que manda en aquella situación. Se agacha, recoge la silla, la coloca y da un paso atrás:

—Siéntate —le dice a Cam, conteniendo la rabia.

Cam se levanta del polvoriento suelo y se sienta en la silla mientras se frota la mandíbula.

—Ese brazo injertado tuyo tiene sus propias destrezas, ¿no? Y ese ojo tampoco es tuyo, ¿verdad? Eso te acerca dos pasos a mí.

Connor sabe que Cam está tratando de provocarlo para que vuelva a perder el

control, pero Connor no dejará que eso ocurra. Y retoma el asunto que tienen entre manos:

—No tienes nada más que un nombre y una ciudad —dice Connor con relativa calma—. Es más de lo que me gustaría que supieras, pero aunque les digas eso a las personas que te hicieron, no les servirá de nada. Además, Sonia no es más que un nombre ficticio.

—Un nombre ficticio, ¿eh?

—Por supuesto. —Connor se encoge de hombros, dando a entender con ese gesto que se trata de algo de cajón—: ¿No te pensarás que soy tan tonto como para decir el nombre real cuando cualquiera podría estar escuchando?

Cam sonríe de oreja a oreja.

—Como un peluquín —dice—. Me parece que hay una zona en mi lóbulo frontal derecho que funciona como detector de trolas, y ahora mismo está pitando una cosa loca.

—Piensa lo que quieras —dice Connor sin más posibilidad que ceñirse a su versión—: Una te tendrá encerrado en este sótano todo el tiempo que quiera, y cuando te suelte, si es que te suelta, podrás contarles a los de la Ciudadanía Proactiva todo lo que quieras, porque no nos van a encontrar.

—¿Por qué estás tan convencido de que volveré a ellos? Yo ya te lo he dicho, los odio tanto como tú.

—¿Esperas que me crea que morderías la mano que te ha creado? —dice Connor—. Sí, puede que lo hicieras por Risa, pero no por mí. Estoy convencido de que volverás con ellos y ellos te recibirán con los brazos abiertos: el hijo pródigo que regresa al hogar.

Y entonces Cam hace una pregunta que seguirá en la cabeza de Connor durante mucho, mucho tiempo:

—¿Volverías tú con las personas que quisieron desconectarte?

La pregunta deja a Connor preso en un bucle:

—¿Qué… qué tiene que ver eso…?

—La reconexión es un crimen exactamente igual de abyecto que la desconexión —le dice Cam—. Yo no puedo cambiar el hecho de que estoy aquí, pero no les debo nada a las personas que me reconectaron. Si pudiera, descrearía a mis creadores. Esperaba que Risa me ayudara a hacerlo, pero como ella no está, me parece que tendré que confiar en ti.

Aunque por su parte Connor no confía en él, hay en sus palabras la huella profunda e indeleble de una herida. El dolor que transmite es real. Su deseo de

derribar a sus creadores es real también.

—Demuéstralo —le reta Connor—. Hazme creer que tú tienes tantos deseos de derribarlos como yo.

—Si lo hago, ¿me llevarás contigo?

Connor ya ha comprendido que no tienen más remedio que llevarlo con ellos, pero no quiere ceder abiertamente:

—Lo pensaré.

Cam se queda un momento callado, mirando a los ojos a Connor, sin transmitir emoción alguna. Después dice:

—P, S, M, H, Y, A, R, E, H, N, L, R, A.

—¿Qué?

—Es una identificación de trece caracteres en el nimbo público. En cuanto a la contraseña, es un anagrama de Risa Expósito. Tendrás que averiguarlo por ti mismo.

—¿Por qué tendría que interesarme lo que has guardado en la nube?

—Te interesará cuando veas lo que es.

Connor contempla el abarrotado sótano a su alrededor, y encuentra un bolígrafo y un bloc de notas entre todos los chismes que hay encima de una mesa. Se los lanza a Cam:

—Anota esa identificación. No todos tenemos memoria fotográfica cosida en el cerebro. Y no voy a andar adivinando contraseñas, así que escríbela también.

Cam le hace un gesto de desprecio, pero accede a lo que le pide. Cuando Cam lo ha hecho, Connor coge el papel, se lo mete en un bolsillo para más seguridad, y encierra a Cam en el sótano antes de volver al apartamento de Una.

—He decidido que llevaremos a Cam con nosotros —les dice a Lev y a Grace, ninguno de los cuales parece sorprenderse.

50. Lev

LE DA LA NOTICIA a Connor por la mañana… solo unas horas antes de que llegue Pivane, como estaba previsto, para llevarlos al coche que los espera por el lado de fuera de la puerta norte. Piensa que Connor se pondrá furioso, pero no es esa su reacción. No al principio. La expresión del rostro de Connor es de piedad, algo que Lev encuentra peor que la furia.

—No te quieren aquí, Lev. No sé qué sueños tienes en la cabeza sobre quedarte aquí, pero tienes que despertar de ellos. No te quieren.

Eso solo es cierto a medias, pero aun así le hace daño oírlo.

—Eso no importa —le responde Lev a Connor—. Lo que importa es lo que quiera yo, no lo que quieran ellos.

—Entonces ¿vas a desaparecer quedándote aquí? ¿Vas a pretender que eres un chico del albur, que vive una vida sencilla en la reserva?

—Creo que puedo ser de ayuda aquí.

—¿Cómo? ¿Poniéndote a cazar con Pivane para reducir la población de conejos? —Empieza a elevarse la voz de Connor, al tiempo que se le empieza a notar la rabia. Mejor: la rabia es algo a lo que Lev puede enfrentarse.

—Necesitan empezar a escuchar las voces de fuera. ¡Yo puedo ser esa voz! —le dice a Connor.

—¡Escúchate! Después de todo lo que has pasado, ¿cómo puedes seguir siendo tan ingenuo?

Ahora es el turno de Lev de ponerse furioso:

—¡Tú eres el que se cree que puede cambiar el mundo hablando con una vieja! ¡Si alguien se está engañando, eres tú!

Eso deja a Connor sin nada que decir, tal vez porque sospecha que Lev tiene razón.

—¿Cómo puedes pasar de todo —termina preguntándole Connor—, cuando están a punto de suprimir la ley del Tope 17?

—¿De verdad te crees que tú o yo podemos hacer algo para cambiar eso…?

—¡Sí! —grita Connor—. Lo creo. Lo haré, o moriré intentándolo.

—Entonces no necesitas mi ayuda. Yo no sería más que un ancla atada a tu cuello. Déjame que haga algo útil aquí en vez de ir contigo a todas partes.

La expresión de Connor se vuelve más dura:

—Muy bien. Haz lo que te salga de las napias. A mí me importa un bledo.

Aunque está claro que le importa más que un bledo. Entonces le arroja a Lev una

tarjeta, que este recoge de manera un poco torpe.

—¿Qué es esto?

—Léelo. Se suponía que iba a ser tu nuevo carné en cuanto saliéramos de la reserva.

—Es un falso carné arápache, con una mala foto de él que ni siquiera recuerda haberse hecho. El nombre que figura es «Mahpee Kinkajú». Eso le provoca una sonrisa a Lev.

—Me gusta —dice—. Creo que adoptaré mi nueva identidad. ¿Qué nombre te han dado a ti?

Connor mira su propia tarjeta.

—Bees-Neb Hebíite —responde—. Elina dice que significa «tiburón robado».

Se mira el tiburón del brazo por un momento y abre los dedos, aflojando el puño.

—Gracias por sacarme del Cementerio —le dice a Lev, y su rabia se transforma en una aceptación a regañadientes de la situación y tal vez un respeto de la elección de Lev, cargado de envidia—. Y gracias por salvarme del pirata de partes. Si no hubiera sido por ti, seguramente ahora estaría recorriendo el mundo en trozos.

Lev se encoge de hombros:

—No hay de qué. No fue tan duro. —Algo que ambos saben que no es verdad.

51. Una

UNA PENSABA que le encantaría que terminara su obligación con Pivane y se fueran sus huéspedes no invitados. Sin embargo, la perspectiva de quedarse sola sabiendo adónde habían ido a parar las manos de Wil y dónde residía todo su talento, un conocimiento que no puede compartir con nadie, es una carga difícil de soportar. Las cosas pueden volver a como estaban antes, pero para Una nunca volverán a ser normales.

Una querría que estuvieran allí sus padres, o la señora Lenna (su mentora, que le dejó la tienda de lutier), pero se han retirado todos a Puerto Peñasco, una ciudad de vacaciones en el Mar de Cortés que alberga a gente del albur retirada. Quizá Una pudiera retirarse a los diecinueve años. No tendría más que coger y mudarse para allí, para pasar sus días como una vieja viuda que nunca llegó a tener ni siquiera la oportunidad de casarse.

Los Tashi'ne tienen que llegar cuando se haga de noche, para llevarse a sus huéspedes y dejarla en una ambivalente soledad. Ahora resulta que Cam también se irá. Había pensado que le pedirían que lo mantuviera encerrado un poco más antes de soltarlo, pero se irá con los demás.

Se entretiene esa tarde trabajando en una nueva guitarra de madera de espinillo, curvando y sujetando a mano los laterales, y después, justo antes de que oscurezca, oye música que procede del sótano. Sabe que tiene que ser Cam, y por mucho que lo intente, no puede dejar de escuchar esa música. Abre la puerta y desciende lentamente.

Cam está sentado en una silla, tocando una vieja guitarra flamenca que debe de haber encontrado en algún rincón olvidado, y haber afinado él mismo. La música que sale de esa vieja guitarra parece succionar el oxígeno de la habitación. Una no puede respirar. Es una melodía poderosa lo que toca, cargada de rabia y pesar, pero también de una tranquila determinación. No se trata de nada que Wil hubiera tocado nunca, pero es, evidentemente, una composición única de Wil.

Cam está demasiado absorto en la música para levantar la vista, pero sabe que Una está allí. Tiene que saberlo. Ella no quiere hablar, pues las palabras romperían el embrujo tejido por los dedos de Wil en las cuerdas. Cam aumenta de intensidad, mantiene el penúltimo acorde, y después deja que la canción concluya, con aquellas últimas notas resonando en cada rincón del sótano, incluyendo el espacio vacío que Una sabe que está dentro de ella. El silencio que sigue parece tan importante como la música que sonó antes, como si fuera también parte de la pieza. Ella no se siente capaz de respirar ese silencio.

Finalmente, Cam la mira.

—He escrito esto para ti —le dice. La expresión de su rostro es difícil de entender pues, como ella, él está embargado de todas las emociones que portaba la canción.

De algún modo inexplicable, Una se siente violada. ¿Cómo se atreve él a entrar tan dentro de ella con su música? «Su» música, porque Cam ha cubierto con su propia alma la de Wil. Se trata de algo nuevo, construido sobre los cimientos que pusieron los monstruos que lo crearon.

—¿Te ha gustado? —le pregunta él.

¿Cómo podría responder a esa pregunta? Esa pieza de música no era solo para ella, sino que era ella. De algún modo, él había destilado hasta el último gramo del ser de ella, convirtiéndolo en armonía y disonancia. Es como si le preguntara si ella se gusta a sí misma, una pregunta que se convierte en tan complicada como las mismas cualidades tonales de la pieza.

En vez de responder, ella dice, con la voz presa en la garganta:

—Prométeme que no volverás a tocar eso nunca.

Cam se queda sorprendido por su respuesta. Lo piensa y le dice:

—Te prometo que no la volveré a tocar para nadie salvo para ti. —Entonces posa la guitarra y se pone en pie—. Adiós, Una. Conocerte ha sido… —duda buscando la palabra— necesario. Tal vez para ambos.

Una se ve arrastrada por algo especial que hay en él, como lo ha estado desde que Cam se presentó en la tienda. En ese momento se ve incapaz de resistir esa atracción. Se acerca a él. Mirando su mano izquierda, la coge y la acaricia. Después mira la mano derecha y la coge también. Sin levantar en ningún momento la vista de aquellas manos, entrelaza sus dedos con los de él.

—No me vas a golpear otra vez con una piedra, espero —le dice él.

Ella cierra los ojos, deleitándose en el tacto de aquellas manos que ella aún ama. Acerca la mano derecha de él a su rostro, y él le acaricia la mejilla. Vuelve a sentir aquel viejo escalofrío, y esta vez ella acepta la sensación, aunque sin dejar de odiarse por aceptarla.

Al final, Una mira dentro de los ojos de él, inesperadamente asustada al ver los ojos de un extraño. Y cuando lo besa, ella sabe que también está besando los labios de un extraño. ¿Cómo puede la música de él estar tan en consonancia con el alma de ella, y el resto de él estar tan alejado? ¿Tan desunido? Nunca debería haber dejado que eso sucediera, pero no puede soltar aquellas manos mal adquiridas. Y le resulta casi igual de difícil alejarse de aquel beso.

—Cuando te vayas de aquí —le dice—, no volverás nunca. —Y entonces ella le



susurra al oído con pasión y desesperación—: Te odio, Camus Agrex.

52. Connor

TIENEN QUE VIAJAR de noche, porque un coche cargado de jóvenes siempre es sospechoso. De noche es más fácil ocultar su identidad, y la patrulla de carretera los dejará en paz siempre y cuando Connor no pise demasiado el acelerador o haga algo que atraiga la atención. Además, el coche es un sedán morado, no precisamente invisible. Y ese es otro motivo para conducir de noche.

—Era lo mejor que podíamos hacer —les decía Elina mientras los veían marcharse. La familia Tashi'ne se había despedido de ellos en la tienda de Una, y Una se había ofrecido para llevarlos al coche que esperaba en la puerta norte de la reserva. Era el único modo de mantener en secreto para ellos la presencia de Cam.

La despedida entre Lev y Connor fue leve e incómoda. Ninguno de los dos era muy bueno despidiéndose.

—Pórtate bien. Y sigue entero —le dijo Lev a Connor.

Connor le había dirigido una sonrisa muy leve:

—Córtate el pelo —le dijo—, para la próxima vez que te vea.

Es medianoche cuando cruzan de Colorado a Kansas. Cam y Grace van los dos detrás, pues Connor no confía en Cam lo suficiente para dejarlo en el asiento de al lado del conductor, pero tampoco para dejarlo atrás solo. Con una desagradable sensación de algo ya vivido anteriormente, Connor ve la señal que indica la salida para Heartsdale y el punto aproximado donde chocó con el avestruz. El ave hace mucho que no está, pero Connor agarra con fuerza el volante, no vaya a ser que otro avestruz quiera suicidarse lanzándose contra ellos.

—¿Sientes morriña, Grace? —pregunta cuando se acercan al pueblo.

—Lo que siento son ganas de vomitar —responde ella—. No te pares.

Connor contiene la respiración al pasar la salida, como si aquel lugar pudiera extender sus tentáculos y agarrarlos.

En cuanto pasan, el aire dentro del coche parece aligerarse. Connor sabe que es solo su imaginación, pero da gracias por la sensación de haber reemprendido el viaje donde lo dejó.

Aunque Connor quiere seguir conduciendo toda la noche, el sopor le acomete poco después de las tres de la madrugada.

—Puedes dejarme conducir a mí —le dice Cam—. Dentro de mi comunidad interna hay varios conductores excelentes. Estoy seguro de que puedo ponerlos a trabajar.

—Gracias pero no. —Dejar a Cam al mando de todo está mucho más allá del nivel

de confianza que ha adquirido Connor, y alguien que habla sobre una «comunidad interna» realmente no debería ponerse delante de un volante.

Se detienen en el pueblo de Russell, en Kansas, en busca de algún lugar que pase desapercibido para pasar la noche. La mayoría de los hoteles requieren hablar con gente, y cualquier interacción con personas puede significar un problema, pero como en la mayoría de los pueblos de carretera, en Russell hay un motel que expende las llaves de la habitación por medio de una máquina. Lo único que necesitan es una tarjeta de identificación y dinero. Cuando están ante la máquina, Cam le coge a Connor el carné para mirarlo y se divierte de una manera que irrita a Connor.

—Bees-Neb Hebíite. —Es un trabalenguas.

—¡Me encanta! —dice Grace, y se ríe.

Connor recupera su carné y lo introduce en la ranura.

—Si funciona, será el mejor nombre del mundo.

Y efectivamente, la máquina acepta el carné sin ningún problema. Connor introduce entonces parte del dinero que les han dado los Tashi'ne, y de ese modo consiguen su habitación para pasar la noche. Sin preocupaciones, sin líos. Se acomodan en una habitación con dos camas que tendrán que compartir, pero como en todo momento uno de ellos estará haciendo guardia, la solución es fácil.

—¿Quieres que vigile a Cam hasta el alba para que puedas dormir? —le pregunta Grace a Connor, y aunque Cam protesta diciendo que a él no necesitan vigilarlo, Grace se coloca en una silla junto a la puerta. De ese modo, aunque ella se adormeciera, él no podría salir por allí para escapar. Grace se entretiene mirando viejos documentales de guerra en el Canal de Historia.

—Creía que te interesaría más el Game Show Network —dice Connor con inocencia—. Lo digo porque te gustan los juegos.

Grace lo fulmina con la mirada, pues se siente insultada:

—Esos juegos no son más que suerte tonta con gente aún más tonta. A mí me gusta ver guerras. La estrategia y la tragedia mezcladas en un todo. Eso sí que es interesante.

Connor se queda dormido en cuestión de minutos, arrullado por el sonido amortiguado de la artillería del siglo XX. Despierta unas horas después cuando el sol penetra por una rendija entre las cortinas, y mientras la televisión ofrece viejos dibujos animados casi tan violentos como los documentales de guerra.

—Lo siento —dice Grace—. No he conseguido cerrarlas mejor.

Connor oye movimiento en las habitaciones contiguas: otras televisiones cuyo sonido llega apagado, duchas que se abren y se cierran, puertas que dan portazos

cuando los viajeros se van para continuar camino… Cam está dormido, sin que el mundo, aparentemente, lo sobresalte, y Connor le cambia el sitio a la agradecida Grace, que ocupa la cama de Connor y se pone a roncar en menos que canta un gallo.

La habitación, en la que Connor apenas se había fijado cuando llegaron, es el espacio de dormir estándar, funcional, incapaz de suscitar recuerdos, que puntea las vías de salida de las autovías del planeta entero. Muebles vulgares de color beis, alfombras oscuras pensadas para que no se vean las manchas. Cómodas camas para asegurar una nueva visita a los moteles de la cadena. En la mesa hay también una interfaz de ordenador, empotrada en ella, de un modelo también estándar por esos días. Connor saca el papel con la identificación y la contraseña que Cam le había dado y los introduce para ver si la información de Cam merece tanto la pena como para compensar el incordio de llevarlo con ellos.

Resulta que Cam no hablaba de broma. En cuanto entra, tiene acceso a una página tras otra de documentos que Cam ha estado escondiendo en el nimbo público. Archivos que habían sido destruidos digitalmente pero han sido concienzudamente reconstruidos. Son comunicaciones de la Ciudadanía Proactiva que nadie más puede ver. Muchos parecen inútiles: correos corporativos increíblemente insustanciales. Connor tiene que resistir el impulso de simplemente saltárselos. Sin embargo, cuanto más lee, más frases clave empiezan a llamarle la atención. Cosas como «población objetivo» y «colocación en mercados clave». También resultan curiosos los dominios a los que esos correos van y de los que vienen. Esos mensajes parecen comunicaciones entre la plana mayor de Ciudadanía Proactiva y los distribuidores de medios de comunicación, así como estudios de producción. Hay correos electrónicos que tratan sobre el elenco de actores, y caros anuncios en todos los tipos de medios. Resulta bastante vago, intencionalmente vago, pero al verlos juntos se percibe que empiezan a señalar en direcciones aterradoras.

Connor lee algunos de los anuncios a los que las comunicaciones parecen referirse. Si Connor lo está casando todo de la manera correcta, entonces la Ciudadanía Proactiva, bajo diferentes nombres benéficos, está detrás de todos los anuncios políticos que apoyan la desconexión de adolescentes. Eso no resulta sorprendente, de hecho Connor ya lo sospechaba. Lo que le sorprende es que la Ciudadanía Proactiva está también detrás de los anuncios contra la desconexión de adolescentes pero a favor del cascarillado de presos y de la desconexión voluntaria de adultos.

—Esto le abre a uno los ojos, ¿no? Incluso si uno de los ojos no es tuyo.

Connor se vuelve y ve que Cam está sentado en la cama, observándolo a él

mientras lee el material.

—Y eso no es más que la boca del agujero del conejo —dice Cam—. Te garantizo que cuanto más se profundiza, se encuentran cosas más oscuras y más espantosas.

—No lo entiendo. —Connor señala varias ventanas de anuncios políticos en el escritorio, anuncios que arremeten contra la Autoridad Juvenil y llaman inmoral a la desconexión de muchachos—. ¿Por qué juega la Ciudadanía Proactiva en ambos lados?

—Moneda de dos caras —dice Cam. Entonces hace una pregunta muy rara—: Dime, Connor, ¿es la primera vez que te quedas embarazado?

—¿Qué…?

—Tú responde a la pregunta con un sí o con un no.

—Sí, quiero decir, ¡no! ¡Qué mierda! ¿Se puede saber que clase de pregunta imbécil es esa?

Cam sonríe.

—¿Lo ves…? Estás perdido no importa cuál sea la respuesta. Al jugar de ambos lados, la Ciudadanía Proactiva mantiene a la gente centrada en elegir entre dos distintos tipos de desconexión, haciendo que la gente olvide la verdadera cuestión…

—Si la desconexión en su conjunto es aceptable…

—Acabas de dar en el clavo —dice Cam.

En ese momento todo adquiere sentido. Connor recuerda todo lo que le había dicho Trace Neuhauser sobre la naturaleza astuta e insidiosa de las actuaciones de la Ciudadanía Proactiva. Su sutil manipulación de la Autoridad Juvenil. La manera en que empleaban al Almirante para que les guardara los desconectables, todo mientras el Almirante, y después Connor, creían realmente que estaban proporcionando un refugio seguro a aquellos chicos.

—Así, gane el lado que gane, mantienen su posición —dice Connor—. La gente seguirá siendo desconectada y el Consorcio de Desconexión seguirá enriqueciéndose.

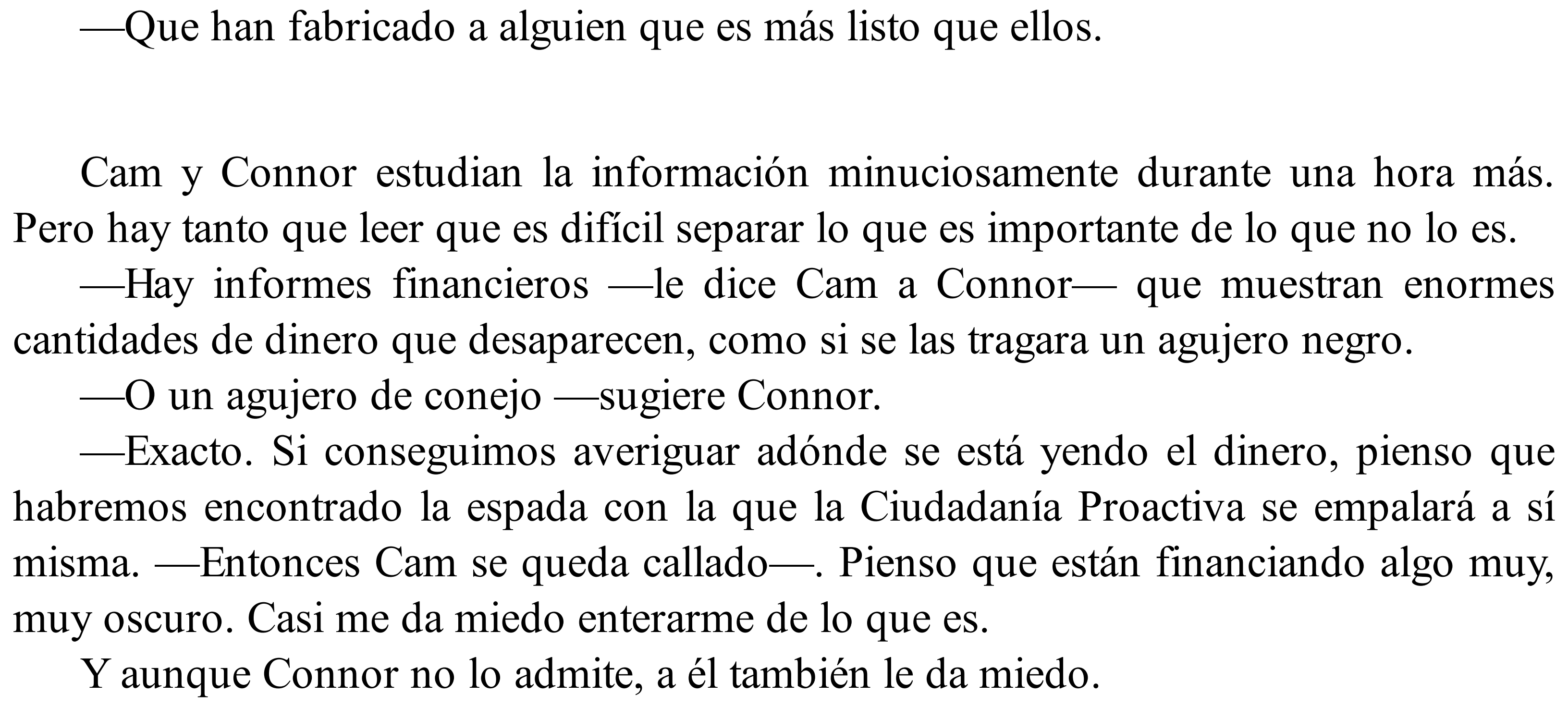
—¿Consorcio de Desconexión?

—Es como un amigo mío se refirió una vez a todas las personas que se enriquecen con la desconexión. Las compañías que poseen las cosechadoras, los hospitales que hacen los trasplantes, la Autoridad Juvenil…

Cam piensa en ello con una ceja levantada que desequilibra las costuras simétricas de su frente.

—Todos los caminos llevan a Roma: la desconexión es la industria más rentable de Estados Unidos, quizá del mundo entero. Un sector económico como ese se protege a sí mismo. Para ir contra él, tenemos que ser más listos que ellos. —Y entonces Cam

sonríe—. Pero han cometido un gran error.



—¿Que es…?

—Que han fabricado a alguien que es más listo que ellos.

Cam y Connor estudian la información minuciosamente durante una hora más. Pero hay tanto que leer que es difícil separar lo que es importante de lo que no lo es.

—Hay informes financieros —le dice Cam a Connor— que muestran enormes cantidades de dinero que desaparecen, como si se las tragara un agujero negro.

—O un agujero de conejo —sugiere Connor.

—Exacto. Si conseguimos averiguar adónde se está yendo el dinero, pienso que habremos encontrado la espada con la que la Ciudadanía Proactiva se empalará a sí misma. —Entonces Cam se queda callado—. Pienso que están financiando algo muy, muy oscuro. Casi me da miedo enterarme de lo que es.

Y aunque Connor no lo admite, a él también le da miedo.

53. Bam

BAM CUMPLE las órdenes: se hace cargo de los recién llegados, e intenta no pensar en los cinco de MoonCrater. Así es como llaman los medios de comunicación a los trabajadores de la cosechadora a los que ahorcó Starkey. Ahora son mártires: la prueba, según algunos expertos politólogos, de que ciertos adolescentes incorregibles necesitan, sencillamente, ser desconectados.

Dos chicos de la cigüeña murieron y siete resultaron heridos en la batalla falsa que libró Bam ante la cancela exterior, pues si bien Bam y su equipo no intentaban matar a nadie realmente, los guardias que les disparaban sí lo hacían. Que salieran de aquella fue un milagro. Al final, su asalto sirvió para lo que se pretendía. Dio la impresión de ser un intento chapucero de entrar en la cosechadora, hasta que la fuerza de seguridad abrió el edificio de dormitorios que había cerrado y encontró lo que encontró.

Cinco personas linchadas en el dormitorio de MoonCrater.

Las fotos son tan perturbadoras como lo más horrible que haya podido ver Bam en un libro de historia.

Ocupada. Tiene que mantenerse ocupada. Los chicos de la cigüeña fueron separados de los que no lo eran nada más llegar a la mina. Esta vez, en vez de dejar a los no elegidos que se las apañen por sí mismos en el medio de ninguna parte, Bam lo prepara todo para que los lleven a Boise, la ciudad importante más cercana. Los dejan solos, pero al menos tienen el camuflaje del cemento y de la multitud para esconderse. Y quién sabe, quizá la RAD los encuentre y les dé refugio. Si es que sigue existiendo.

Cinco personas.

El orientador jefe de los chicos, un conserje, un trabajador de oficina, una enfermera de la chatarrería, y el novio del cocinero, que estaba de visita en el lugar equivocado el fin de semana equivocado.

Y ahora, gracias a la mujer a la que perdonó la vida, todo el mundo conoce el nombre de Mason Michael Starkey.

—Enhorabuena —le dijo en cuanto se tranquilizó lo suficiente para hablarle sin rabia—. Ahora eres el Enemigo Público Número Uno. —Eso le hizo sonreír, aunque a ella le costara creérselo.

—¿Cómo puede eso ser buena cosa?

—Me temen —le dijo—. Ahora soy alguien con quien tienen que contar. Ahora lo saben.

Y durante los dos días que siguieron a la liberación de MoonCrater, el apoyo ferviente, feroz y casi viral que obtiene de los chicos de la cigüeña atestigua su nueva

posición gloriosa. Y no se trata solo de la Brigada de la Cigüeña. Enteras comunidades online brotan de no se sabe dónde: «¡La unión de los chicos de la cigüeña!», proclaman, y «Cabalga, Starkey, cabalga», como si fuera una especie de Jesse James asaltando diligencias. Todos aquellos que lo han conocido intentan ahora subirse a sus hombros para lograr sus cinco minutos de fama, colgando historias y fotos de él para que el mundo entero conozca cada detalle de su vida pre-ASP y cada ángulo de su rostro.

Sale a la luz que él disparó y mató a uno de los patrulleros de la brigada juvenil que lo sacaron de su casa para llevárselo a desconectar, dibujándolo incluso con una luz más peligrosa. Aun así, increíblemente, cuanto más vilipendiado es por la sociedad bienpensante, más apoyo recibe de los marginados.

Juntándolo todo, Starkey ha logrado exactamente lo que pretendía: que su nombre eclipse el de Connor Lassiter.

«Porque ahorcó a cinco personas a sangre fría. ¿Quién sabe cuántos serán la próxima vez?», piensa Bam.

¡No! Bam no puede dejar que sus pensamientos se desboquen de ese modo. Su trabajo es iluminar lo positivo. Han salvado a cientos de desconectables. El sistema tiembla. Bam se recuerda que accedió a formar parte de aquello. Allá en el cementerio de aviones, Starkey había confiado en ella cuando nadie más lo hacía. La había elegido para que fuera su lugarteniente en todas las cosas. Si no su confidente, al menos su caja de resonancia. Ella le debe lealtad a pesar de todo. Él ha aceptado como misión propia ser el Salvador de los chicos de la Cigüeña, ser una voz para los que no tienen voz, y lo está logrando. ¿Quién es ella para poner en cuestión sus métodos?

Pero Hayden ha estado haciéndole preguntas desde el momento en que llegó, aunque solo a ella y solo cuando ella lo soporta. Sin embargo, cuando se enteró de lo de los ahorcados, Hayden desafió a Starkey a la cara, y se negó a volver a su ordenador, negándose a tener nada que ver con la siguiente liberación. Starkey se puso furioso, claro. Se puso a bramar como un huracán; pero Hayden, de quien Bam nunca había pensado que tuviera tanta fibra, le plantó cara.

—No trabajaré para un terrorista —le dijo Hayden—. Así que córtame la cabeza aquí mismo, o desaparece de mi vista.

Si hubieran estado delante de otros que no fueran Bam y Jeevan, es posible que Starkey, efectivamente, hubiera montado una decapitación al estilo antiguo, para dar ejemplo a sus chicos de la cigüeña. Aquellos que todavía creían que Hayden había colaborado con los de la Autoridad Juvenil lo hubieran visto con buenos ojos. Pero entonces, de repente, la ira de Starkey desapareció y se empezó a reír, cosa que le

proporcionaba más poder en aquel momento que la ira. Cuando uno no puede ganar, lo mejor es que haga un chiste de la derrota. Esa siempre había sido la forma de actuar de Hayden, pero Starkey se la acababa de robar.

—Nunca intentes ponerte serio, Hayden…, resultas demasiado divertido. —Entonces puso otra vez a Hayden a hacer inventario de las provisiones, como si esa hubiera sido todo el tiempo su intención, comentando—: Un trabajo insignificante para una mente mediocre.

Bien, aparentemente, la mente de Hayden no es tan mediocre como quisiera pensar Starkey, pues un día y medio después, Starkey envía a Bam con la misión de tratar de convencer a Hayden de que vuelva a la sala de informática. Como si ella pudiera tener más influencia sobre él que Starkey. La persuasión suave no es una de las habilidades de Bam, y Hayden ya ha dejado claro que la persuasión a lo burro tampoco funcionará con él. Es como si la mandara a ver si llueve, pero últimamente ella se ha sentido así de tonta.

Se encuentra a Hayden en la sala de provisiones, sentado y apoyado contra un puntal grueso en aquel espacio central y oscuro. Según parece, él no está haciendo gran cosa en términos de inventario y distribución. Aunque está escribiendo en el cuaderno del inventario. Cuando el guardia que vigila a Hayden la ve, se levanta y levanta su arma, intentando disimular el hecho de que había estado dormitando sobre un saco de arroz.

Hayden ni siquiera levanta la mirada hacia ella cuando se acerca.

—¿Por qué escribes a oscuras?

—Porque soy un escritor tan malo que prefiero que nadie lo vea…, ni siquiera yo.

Ella penetra en aquella zona oscura y entonces se da cuenta de que no es realmente tan oscura. Solo lo parece al llegar de otra zona más iluminada. Él no se levanta para saludarla, sino que continúa escribiendo.

—¿Y de qué va…?

—Estoy llevando un diario de mi estancia aquí. De ese modo, cuando nos llegue el turno de ser ahorcados por las cosas que estamos haciendo, habrá un testimonio de lo que realmente sucedió. Lo llamo «El averno de Starkey», aunque no estoy seguro de qué nivel del infierno es ese.

—Ya no se ahorca a la gente —señala Bam. Entonces piensa en los linchamientos de Starkey—. Al menos no de manera oficial.

—Es cierto. Seguramente ellos solo nos cascarillarán. O al menos lo harán si se aprueban esas leyes a favor del cascarillado.

Cierra el cuaderno y levanta la vista hacia ella por primera vez:

—Los egipcios fueron los primeros que pensaron en el cascarillado. ¿Lo sabías? Ellos momificaban a sus líderes para preservar sus cuerpos para la otra vida, pero antes de mandarlos a aquel viaje tan poco divertido, les succionaban el cerebro de la cabeza. —Se para un momento, pensativo—. Geniales, esos egipcios. Sabían que lo último que necesita un faraón es un cerebro propio, pues podría provocar verdaderos daños.

Finalmente, se levanta y se coloca frente a ella:

—Bueno, ¿qué es lo que haces aquí, Bam? ¿Qué quieres?

—Necesitamos que le enseñes a Jeevan cómo burlar los cortafuegos. Tú no tienes por qué hacerlo, basta con que se lo enseñes a él.

—Jeevan sabe burlar los cortafuegos, en el Cementerio lo hacía todo el tiempo. Si ahora no lo hace, es porque no le da la gana, aunque no se atreverá a decírselo al Señor de las Cigüeñas.

—El Señor de las Cigüeñas… ¿Es así como lo llaman ahora en los medios?

—No, es mi propio término afectuoso —admite Hayden—. Pero si ellos empezaran a llamárselo, estoy seguro de que a Starkey le gustaría. Me apuesto a que él se haría un altar a sí mismo para que los seres comunes puedan venerarlo con cantos y sacrificios. Lo cual me recuerda… He estado jugando con la idea de un saludo adecuado para el Señor de las Cigüeñas, una cosa parecida al «Heil Hitler», pero solo con el dedo del medio. Una cosa así.

Hace la demostración, y le hace reír a Bam.

—Hayden, eres un verdadero capullo.

—Viniendo de ti, me lo tomo como un cumplido. —Le dirige a ella un leve asomo de su sonrisa condescendiente. Ella se alegra de verlo.

Hayden duda por un momento, echa un vistazo a su guardia, que vuelve a adormecerse sobre el arroz, y entonces se acerca más a ella y le dice en voz baja:

—Tú serías mejor jefe que Starkey, Bam.

Se produce un silencio entre ellos. Bam se da cuenta de que ni siquiera puede responder a eso.

—No me digas que no lo has pensado —añade Hayden.

Tiene razón, ella lo ha pensado. Y también ha descartado la idea antes de que pudiera echar raíces.

—Starkey tiene una misión —le dice—. Tiene un propósito. ¿Qué tengo yo?

Hayden se encoge de hombros:

—¿Sentido común? ¿Sentido de supervivencia? ¿Una buena estructura ósea?

Bam decide enseguida que no quiere mantener esa conversación:

—Deja ese cuaderno y empieza a hacer tu trabajo. Ayer no había bastante comida; asegúrate de que esta noche la haya.

Él le dirige un saludo con el dedo del medio, y ella se marcha, dándole una patada al guardia dormido para despertarlo.

Es esa tarde cuando el mundo de Bam, ya peligrosamente alterado, se pone completamente del revés. A causa de las Repipis. Esa ha sido siempre su palabra especial para el tipo de chicas que más odia. Cositas delicadas y primorosas que han vivido una vida descuidada, llena de privilegios, cuyos problemas se limitan a elegir el color de uñas y los problemas con el novio, y cuyos nombres suenan normales pero se escriben con ortografías fantásticas. Incluso en la Brigada de la Cigüeña hay chicas que son auténticas Repipis, siempre distantes y pretenciosas, incluso aunque tengan la ropa hecha jirones. De alguna manera, y pese a todo lo que habrán tenido que soportar, logran estar monísimas. Y tan superficiales como una mancha de aceite.

Hay tres en particular que han formado su propio grupito exclusivo durante las últimas semanas. Dos de ellas son sienas, la otra es tierra, y las tres son asquerosamente guapas. No participaron en ninguna de las dos liberaciones de las cosechadoras. De hecho, no parece que participen en nada, salvo en hablar entre ellas y murmurar desdeñosamente sobre las demás. Más de una vez Bam las ha oído criticándola a su espalda por su altura, su figura algo masculina, y su comportamiento en general. Ella las evita por principio, pero aquel día Bam se siente belicosa. Tiene ganas de pelearse, o al menos de hacer que otros se sientan mal, y ¿quién mejor para eso que aquellas chicas que tienen esa figura tan delicada, en vez de una buena estructura ósea?

Las encuentra en la zona de la mina designada como «solo para chicas». Es allí donde se retiran para evitar las insinuaciones no apetecidas de la hormonal población masculina cuando se han cansado de flirtear. Aunque Bam no las ha visto flirtear últimamente. Al principio no le da importancia.

—Starkey necesita que la munición sea desplazada más adentro de la mina —les dice—. Vais a hacerlo las tres. Intentad no volar por los aires.

—¿Por qué nosotras? —le pregunta Kate-Lynn—. Hay muchos chicos para hacerlo.

—Hoy os toca a vosotras.

—Pero yo no puedo levantar cosas pesadas —se queja Emmalee en tono de gatita.

—Es verdad —dice Makayla—. Nosotras no podemos.

—¿Quién lo ha dicho?

Se miran una a otra como si ninguna de ellas quisiera decirlo. Al final es Emmalee la que se convierte en portavoz del grupito:

—Eeeh… lo ha dicho Starkey.

Que Starkey conceda privilegios especiales a las Repipis irrita a Bam aún más. Bueno, ella es la que le hace a Starkey la mayor parte del trabajo, así que puede retirar los privilegios que quiera.

—Todos los chicos y chicas de la cigüeña tienen que contribuir —les dice Bam—. Así que moved ese culo perezoso y poneos a trabajar.

Makayla susurra algo al oído de Kate-Lynn, y Kate-Lynn le lanza una especie de mirada telepática a Emmalee, que niega con la cabeza y se vuelve a Bam, ofreciéndole una sonrisa como de excusas, pero que no tiene nada de humilde.

—Realmente tenemos un permiso especial, otorgado por Starkey —dice.

—¿Permiso para no hacer nada? No me lo creo.

—No para no hacer nada, sino para cuidar de nosotras mismas. Y de cada una de las otras —dice Kate-Lynn.

—Justo —corrobora Makayla—. De nosotras mismas, y unas de otras.

Cada palabra que sale de sus bocas hace que a Bam le entren ganas de soltar una bofetada.

—¿De qué demonios estáis hablando?

Las tres vuelven a compartir su mirada telepática a tres bandas. Después dice Emmalee:

—Se supone que no deberíamos comentar esto contigo.

—¿En serio? ¿Eso os lo ha dicho Starkey?

—No exactamente. —Al final Emmalee se levanta para ponerse delante de Bam, sosteniéndole la mirada y hablando despacio—: Nosotras tenemos que cuidarnos…, porque Starkey nos ha hecho indesconectables.

Bam no es una chica tonta. No es que fuera gran cosa en destrezas escolares, pues su comportamiento solía estropear las cosas, pero siempre ha sido una estudiante rápida en la escuela de la vida. Aquello, sin embargo, está hasta el momento fuera del concepto de la realidad de Bam, así que no lo pilla.

Las otras Repipis se han puesto de pie también. Makayla posa una mano compasiva sobre el hombro de Bam.

—Indesconectables por nueve meses —dice—. ¿Vas comprendiendo…?

Eso le impacta como un torpedo mortal. Se tambalea hasta chocarse con la pared de la mina:

—¡Estáis mintiendo! ¡Tenéis que estar mintiendo!

Pero en cuanto lo han soltado, los ojos de las chicas adquieren una mirada extraña, de éxtasis:

«¡Dicen la verdad! ¡Dios mío, están diciendo la verdad!».

—Va a ser un gran hombre —comenta Kate-Lynn—. Ya lo es.

—Nosotros podremos ser todos hijos de la cigüeña, pero sus hijos no lo serán —dice otra. Bam ni siquiera sabe cuál es. Ahora las tres son la misma para ella. Tres cabezas que hablan con un solo cuerpo, como una hidra horrible y hermosa.

—Nos ha prometido que cuidará de nosotras.

—De las tres.

—Jura que lo hará.

—Tú no sabes cómo es eso.

—Tú no puedes saberlo.

—¡Ser elegida por él!

—¡Ser tocada por su grandeza!

—Así que hoy no vamos a poder transportarte la munición.

—Ni mañana.

—Ni nunca.

—¡Cuánto lo siento, Bam!

—¡Sí, qué pena!

—Esperamos que lo comprendas.

Bam recorre hecha una furia el laberinto de la mina en busca de Starkey, perdiendo la noción de por dónde va, mientras sus pensamientos y emociones se hallan en tal torbellino que falta poco para que estalle como un aplaudidor.

Lo encuentra delante del ordenador, observando por encima del hombro de Jeevan su siguiente objetivo, pero en ese momento eso no le interesa en absoluto a Bam. Le falta el aire, porque ha atravesado la mina a toda velocidad. Sabe que sus emociones están a la vista, brillando como la sangre. Sabe que debería haberse metido en lo más hondo de la mina hasta que se le pasara toda la rabia y el disgusto. Pero no podía.

—¿Cuándo me lo ibas a decir?

Starkey la mira por un momento, toma un sorbo de su cantimplora y le pide a Jeevan que se vaya. Por la expresión de la cara de Bam, comprende muy bien de qué le está hablando. ¿Cómo no iba a comprenderlo?

—¿Y qué tiene que ver contigo?

—Yo soy tu lugarteniente. ¡Se supone que conmigo no tienes secretos!

—Hay una diferencia entre el secreto y la discreción.

—¿La discreción…? No te atrevas a hablarme sobre discreción después de tu último truco de magia.

—Sé que es un poco peligroso, no es que esté completamente ciego. Sé que podría estropear las cosas, pero quiero dejar algo detrás de mí si yo no sobrevivo. Y además, no tuve precisamente que obligarlas.

—Tú nunca obligas a nadie, ¿verdad, Mason? Solo hipnotizas, deslumbras a la gente. Y antes de que te des cuenta, la gente está deseando hacer cualquier cosa por ti.

Entonces Starkey menciona lo que está ahí, pendiendo en el aire entre uno y el otro, menciona lo que no debería mencionarse:

—Te molesta porque no eres una de ellas.

Bam le da una bofetada tan fuerte que él se tambalea y casi cae sobre el ordenador. Y cuando él se vuelve hacia ella con rabia en sus ojos, Bam está preparada. Le agarra la mano estropeada y se la aprieta. Con fuerza. La reacción es inmediata: a Starkey se le doblan las piernas bajo el cuerpo, y cae de rodillas. Ella aprieta más fuerte aún.

—Suel… ta… —le chilla—. Suél… ta… me…

Ella aprieta la mano un poco más y entonces la suelta, preparada para lo que él haga a continuación. Que la arroje al suelo. Que le escupa en la cara. Que le pegue y vuelva a pegarle. Al menos eso sería algo, al menos habría algo pasional por su parte y hacia ella.

En vez de responder, él simplemente se coge la mano estropeada, se levanta y cierra los ojos hasta que se pasa el dolor.

—Después de todo lo que he hecho por ti —le dice ella—. Después de todo lo que he sido por ti, ¿te vas con ellas?

—Bambi, por favor…

—¡No me llames así! ¡No me llames eso nunca!

—Si fueras tú en vez de ellas, tú no podrías ahora estar aquí cambiando el mundo, ¿a que no? ¡Sería demasiado peligroso!

—¡Podrías haberme dado a elegir!

—¿Y luego qué? ¿Cómo ibas a ser mi lugarteniente si hubiera eso entre nosotros?

Bam ve que no tiene respuesta para eso, y Starkey tiene que saber que está haciéndole efecto, porque él se acerca un poco. Su voz se vuelve más bondadosa.

—¿No sabes cuánto significas para mí, Bam? Lo que hay entre nosotros es algo que nunca tendré con esas chicas.

—Y lo que tienen ellas, nunca lo tendré yo.

Él la mira. Calculando. Evaluando.

—¿Es eso lo que quieres realmente, Bam? ¿Es eso lo que te haría feliz? ¿De verdad? Entonces él penetra en su espacio privado, respira el aire que respira ella. Ella es tan alta que, estando tan cerca, él parece más bajo de lo que es.

Gira el cuello para besarla, pero sus labios permanecen a dos centímetros de distancia, y en vez de sufrir la indignación de ponerse de puntillas, le coge la cabeza y se la agacha para besarla. Ese beso es como un truco de magia: es artístico, se merece un aplauso, es todo lo que Bam había soñado que sería… Pero nada cambiará el hecho de que no es más que un truco, y no hay audiencia para que aplauda.

—Siento haberte hecho daño, Bam. Y tienes razón: te mereces algo real por mi parte.

—Eso no fue real, Mason.

Él le dirige un gesto que está entre la sonrisa y la mueca:

—Es lo más real que tengo.

Bam pasea por la mina, sintiéndose usada y gastada en todos los sentidos. Su rabia contra Starkey ya no sabe hacia dónde dirigirse. Ni qué hacer de sus emociones. Ella siente la añoranza de algo no identificado y que se ha perdido. Si fuera más ingenua, pensaría que se trataba de su inocencia, pero Bambi Ann Covalt hace mucho que dejó de ser inocente.

Se da un fuerte golpe en la cabeza contra una roca que sobresale del bajo techo de la mina. Ni siquiera se da cuenta de dónde va hasta que la cabeza pega contra esa roca.

—¿Otra vez tú? —le dice Hayden cuando la ve. Esta vez, él está cargando una carreta de comida para la cena.

Bam se vuelve hacia el guardia que vigila a Hayden:

—Tráeme algo de beber.

Él la mira, confuso:

—Pero toda el agua y las cosas de comer están aquí.

—Muy bien. ¡Entonces ve a buscarme un poco de sushi!

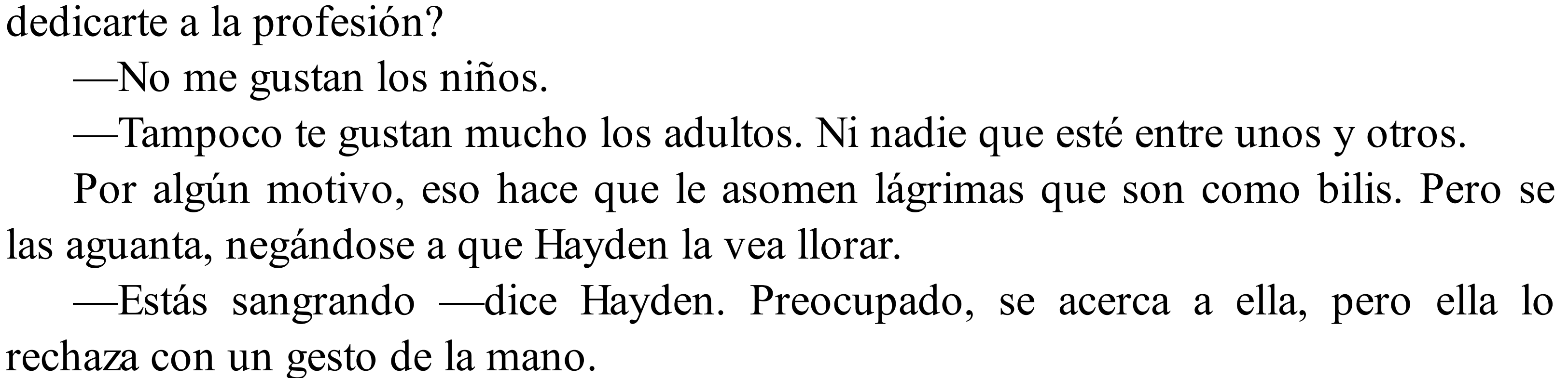
—¿Eh…?

—No es posible que seas tan tonto. ¡Vamos, déjanos en paz!

—Sí, señorita Bam. —Y se va a toda prisa, prácticamente tropezando con su rifle.

Hayden se lo está pasando bien:

—¡Señorita Bam! Suena bien para una profesora de guardería. ¿Has pensado



dedicarte a la profesión?

—No me gustan los niños.

—Tampoco te gustan mucho los adultos. Ni nadie que esté entre unos y otros.

Por algún motivo, eso hace que le asomen lágrimas que son como bilis. Pero se las aguanta, negándose a que Hayden la vea llorar.

—Estás sangrando —dice Hayden. Preocupado, se acerca a ella, pero ella lo rechaza con un gesto de la mano.

—Estoy bien. —Se toca la cabeza. Tiene una pequeña herida donde se pegó contra la roca. Pero es el menor de sus problemas. Le pedirá cita al chico del hilo dental—. Tenemos que hablar.

—¿De…?

Se asegura de que el guardia no ha regresado y están realmente solos:

—Te prometí que te escucharía. Ahora soy toda oídos.

54. La fuerza

EL ASALTO OCURRE sin previo aviso, y los asaltadores son muy parecidos a un equipo de patrulleros de la brigada juvenil en la noche. Un equipo de élite auténtico (nada que se parezca a los chicos que parece que juegan a eso, a los cuales Starkey llama cuerpo de élite). Los invasores aletargan a los chicos de la cigüeña que guardan la entrada a la mina antes siquiera de que puedan levantar el arma, e invaden los túneles, aletargando a cualquiera que aparece ante sus ojos. Su objetivo es sencillo: coger a Mason Starkey.

La conmoción despierta a los chicos que están al fondo de la mina con tiempo suficiente como para buscar sus armas, que han aprendido a utilizar sin dudas y sin temor. Reducen a varios de los intrusos, pero hay más tras ellos, y aquella fuerza está armada con armas que los chicos de la cigüeña no han visto nunca: ametralladoras que rocían diminutos dardos aletargantes a una velocidad tan alarmante que forman ante ellos un inevitable muro de chicos inconscientes. Las capas protectoras que rodean a Starkey se van desprendiendo hasta que él queda expuesto y vulnerable ante la fuerza invasora.

Starkey levanta su rifle, pero pierde el tiempo suficiente para que sus atacantes le cojan el arma, y después lo cojan a él.

La operación entera concluye en menos de cinco minutos.

55. Starkey

FUE UNA LOCURA creerse intocable. Ahora se da cuenta. El escondite de los chicos de la cigüeña estaba bien oculto, pero los de la brigada juvenil son muy diestros en descubrir los escondites de los ASP más resistentes. Starkey se resiste, pero no le sirve de nada, y su mano estropeada le duele tanto, a causa de las esposas de hierro que le han puesto los asaltantes, que el resto de su cuerpo se vacía de toda fuerza, igual que le había pasado cuando lo agarró Bam.

A su alrededor, en los túneles, no hay más que cuerpos inconscientes de sus preciosos chicos y chicas de la cigüeña, con puntitos diminutos de sangre en la ropa, allí donde los dardos aletargantes les han atravesado la piel. Ya nadie sigue luchando. Los pocos que siguen conscientes tratan de huir. Los chicos de la cigüeña saben que se han quedado sin armas y en desventaja.

—¡Id al fondo de la mina! —les grita Starkey—. Lo más al fondo que podáis. No les dejéis que os atrapen vivos.

Aunque está aterrorizado, se aguanta en el corazón la rabia que tan bien ha sabido utilizar, con la seguridad de que, convertido en un mártir, vivirá para siempre.

El viento azota la entrada de la mina, pero no es un viento natural. Un helicóptero más oscuro que la noche desciende de lo alto, y las plantas rodadoras salen corriendo, como tratando de escapar a su peso aplastante. Esta vez Starkey no tiene ningún as en la manga para escapar de la captura, así que la acepta.

«Soy lo bastante importante para que me lleven en helicóptero», piensa.

Se abre la puerta, y lo meten de un empujón. Cae a cuatro patas. Nota la mano izquierda como si se le fuera a hacer añicos de nuevo.

«¿Por qué no me aletargan?», piensa. «No puedo soportarlo, quiero que termine».

Siente la aceleración vertical del helicóptero cuando despega, y cuando levanta la vista, ve en aquel enorme helicóptero industrial algo que no se esperaba. El espacio, en vez de estar lleno de asientos de acero para sujetarse, está ricamente decorado. Es un espléndido santuario de cuero, dorados y maderas pulidas, más parecido al camarote de un yate que al interior de un helicóptero.

Un hombre que lleva pantalones de vestir y un cómodo jersey está sentado en una de las varias lujosas butacas que hay allí, de cara a una pantalla de televisión. Mediante un mando a distancia, detiene la imagen de la televisión y se gira hacia Starkey. Y Starkey se pregunta, mientras lo embargan las náuseas y la desorientación, si después de todo no le habrán aletargado, y no será aquello una alucinación momentánea que tiene antes de desvanecerse por completo. Pero la visión no se

desvanece, la escena ante él es real, y su mareo no está provocado más que por el movimiento del helicóptero.

—Mason Michael Starkey —dice el hombre—: tenía muchas ganas de encontrarme contigo.

Tiene el pelo oscuro, un poco gris en las sienes. Habla con corrección, sin rastro de ningún acento regional, con una dicción tan perfecta que resulta inquietante.

—¿Qué es todo esto? —pregunta Starkey, pensando que debe enterarse de la respuesta aunque no quiera conocerla.

—No lo que piensas —le responde el hombre—. Ven a sentarte aquí. Tenemos cosas que discutir. —Le da al mando a distancia y vuelve a poner la grabación que había detenido. Se trata de una colección de noticias, todas ellas referidas a Starkey—. Eres la sensación del momento —dice el hombre.

Starkey reúne todas sus fuerzas y trata de ponerse en pie. El helicóptero se escora hacia estribor, y tiene que sujetarse a la pared para no perder el equilibrio. No se acerca más.

—¿Quién es usted?

—Un amigo. Eso es todo lo que necesitas saber, ¿no? En cuanto a mi nombre, bueno…, un nombre es algo curioso. Los nombres pueden definirnos, y yo no deseo definirme. Al menos en el contexto actual.

Starkey, sin embargo, ha entreoído que mencionaban un nombre cuando lo capturaban. En la confusión no lo había entendido, pero recuerda la primera letra:

—Su apellido —dice Starkey desafiando al hombre—, empieza por «D».

El hombre se pone tenso, pero solo un poco. Da una palmada en el asiento que tiene al lado:

—Por favor, Mason, siéntate. Nunca se sabe cuándo encontramos una turbulencia inesperada.

A regañadientes, Starkey toma asiento.

Se supone que aquel hombre va a ofrecerle un trato…, pero ¿de qué tipo? Ya lo han capturado a él y a toda la Brigada de la Cigüeña. Tal vez piensen que conoce el paradero de Connor Lassiter, pero aunque lo conociera, ahora Starkey es una captura más importante para la Autoridad Juvenil. ¿Por qué iban a negociar?

—Has creado mucha consternación y confusión por ahí —dice el hombre—. Gente que te odia, gente que te adora…

—Me da igual lo que piensen —gruñe Starkey.

—Por supuesto que no te da igual —dice el hombre con tal condescendencia que a Starkey le entran ganas de golpearle, aunque sabe que eso no sería buena idea—.

Todos debemos controlar la imagen que damos a los demás en este mundo. Dotar a esa imagen de los matices que nos interesan.

Sabe que aquel hombre está jugando con él, pero ¿con qué finalidad? Starkey odia aquella sensación de ser controlado.

Por fin, el hombre apaga el televisor y gira su silla para mirar de frente a Starkey.

—Represento a un movimiento que aprueba completamente tus acciones y la locura aparente de tus métodos, porque sabemos que no se trata en absoluto de locura.

Una vez más, esto no es lo que Starkey se estaba esperando:

—¿Un movimiento…?

—Yo lo llamaría una organización, pero al igual que un nombre propio, el término organización nos definiría mucho más de lo que sería sensato.

—Todavía no me ha dicho lo que quiere.

Él esboza una amplia sonrisa que no resulta ni cálida ni reconfortante:

—Queremos la liberación de las cosechadoras, y más en concreto, el castigo de aquellos que las dirigen. Nos encantaría ver más de eso.

Aquello sigue oliéndole a trampa:

—¿Por qué?

—Nuestro movimiento crece en el caos, porque los trastornos acarrean los cambios.

Starkey sospecha que entiende de qué está hablando aquel hombre, aunque casi le da miedo decir la palabra en voz alta:

—¿Aplaudidores?

El hombre vuelve a ofrecer aquella sonrisa fría:

—Te sorprendería saber lo hondo que llegan las raíces del movimiento, y lo comprometida que está la gente. Nos encantaría que te unieras a nosotros, si es que lo deseas.

Starkey niega con la cabeza.

—No me convertiré en un aplaudidor.

El hombre se ríe.

—No, no te estamos pidiendo tal cosa. Eso sería una pena, un desperdicio para todo el mundo. Lo único que queremos es ayudarte en tus esfuerzos. Ayudarte de todas las maneras que podamos.

—¿Y qué conseguirán a cambio?

El hombre vuelve a encender el vídeo. En la pantalla aparece una fotografía que muestra el largo dormitorio de las chicas en la cosechadora de MoonCrater, con los

cinco trabajadores sin vida, cuyos cuerpos penden de los ventiladores del techo:

—Más imágenes como esta de aquí —le dice con alegría—. Imágenes que impacten a la humanidad durante generaciones.

Starkey considera el alcance de la propuesta. La fuerza que otorgará a los chicos de la cigüeña. La fama que le dará a él:

—Eso puedo hacerlo.

—Esperaba que dijeras eso. Contamos con gran cantidad de armas de última generación, y también con seguidores muy entregados a la causa, si bien algo fanáticos, que están deseando sacrificarse para producir un gran caos. —Entonces le tiende la mano a Starkey para que se la estreche, aunque se trata de la mano izquierda, no de la derecha. Lo ha hecho intencionadamente—. Considéranos tus socios, Mason.

—Y aunque la mano izquierda de Starkey aún le duele, la tiende y deja que el hombre la estreche. Se aguanta el dolor, porque Starkey sabe que, en lo que toca a alianzas, es el dolor el que sella el pacto.

El vuelo del helicóptero es un viaje a ninguna parte. Se da la vuelta cuando la conversación ha terminado y la asociación queda constituida, dejando a Starkey donde lo cogieron, junto a la entrada de la mina.

Ahora todo cuanto rodea a Starkey produce una sensación de realidad extraordinariamente clara. Es como si en vez de caminar levitara un centímetro por encima del suelo. Cuando penetra por la boca de la mina, todo a su alrededor parece moverse de manera diferente, no tanto a cámara lenta como en una definición nítida, como si el mundo se descompusiera y aclarara ante su presencia. En la mina, los chicos están recobrando la conciencia. Los dardos aletargantes de efecto rápido tenían un efecto muy breve, pues el propósito en este caso no era capturar a los chicos de la cigüeña, sino incapacitarlos lo suficiente para llevarse a Starkey a su encuentro en el helicóptero.

Los chicos que lograron evitar los dardos están haciendo lo que pueden por despertar a los otros. Cuando ven a Starkey, se levantan sobrecogidos. Aquello debe de ser lo mismo que sintieron los chicos de Happy Jack cuando vieron a Connor Lassiter saliendo de la chatarrería por su propio pie.

—¡Ha escapado! —gritan, transmitiendo la buena nueva a los túneles más profundos de la mina—. ¡Starkey ha escapado!

Jeevan se acerca a él:

—¿Qué ha sucedido? —pregunta—. ¿Cómo has escapado? ¿Por qué no nos han

capturado?

—No nos va a llevar nadie a ninguna parte —le dice Starkey—. Tenemos mucho que hacer, pero puede esperar hasta mañana. —Ordena que los inconscientes sean tapados con mantas y deambula por la mina, calmando temores y deseando a todos que pasen buena noche—. Nos esperan días excitantes.

—¿Dónde te llevaron? —le pregunta un chico con los ojos como platos.

—Al cielo —le dice Starkey—. Tenemos amigos en sitios muy elevados.

56. Hayden

LAS PROVISIONES llegan como maná del cielo. La comida es mucho mejor que cualquier cosa con la que hayan tenido que subsistir hasta entonces: carne asada envasada al vacío, que no necesita refrigeración; verdura en tales cantidades que no necesitan racionarla… Hayden encuentra que su tarea de inventario se convierte en un trabajo a tiempo completo. Pero son las otras cosas que traen aquellos nuevos «socios» lo que le resulta a Hayden sumamente inquietante: llegan armas que no se parecen a nada que Hayden haya visto nunca; cosas como bazucas y algo que parecen lanzamisiles de mano, más pesados que los chicos que tienen que empuñarlos. Starkey no ha dicho nada sobre quiénes son esos nuevos benefactores, y Hayden se pregunta quién será lo bastante loco como para armar a unos adolescentes furiosos con armas que evidentemente son destinadas a ejércitos de verdad. Pero lo más aterrador es pensar en cómo puede usarlas Starkey.

Starkey ya no se preocupa por Hayden. Por lo que a él se refiere, Hayden es un don nadie demasiado insignificante para inquietarle, pero demasiado peligroso para soltarlo.

—¿Por qué no has escapado todavía? —le pregunta Bam a Hayden—. Te podrías haber escapado de ese guardia inepto mil veces.

—¿Y dejar abandonada a toda la buena gente que hay aquí? —pregunta Hayden —. Ni se me pasa por la imaginación.

El hecho es que, por mucho que quiera huir de aquella pesadilla y salvarse, no puede hacerlo sabiendo que deja a todos esos chicos quemándose en el horno del ego de Starkey. Sí, muchos de ellos adoran el suelo en que Starkey pisa, pero solo porque están necesitados de un héroe. Hayden no tiene ningún deseo de ser un héroe. Solo quiere sobrevivir y extender a su alrededor un poco de supervivencia.

Como Hayden temía, Starkey encuentra rápido el siguiente blanco de la Brigada de la Cigüeña. Jeevan ha burlado los cortafuegos. Ahora tienen toda la información que necesitan para un ataque. Esta vez no será un ataque sutil y secreto, ni siquiera un asalto demencial a la cancela. Los chicos de la cigüeña marcharán con un puño de hierro. Hayden se considera inteligente, astuto incluso, pero no puede imaginar la manera de detener a Starkey (aparte de meterle una bala en la cabeza, cosa que Hayden no puede hacer).

Bam había pedido a Hayden que le dijera lo que pensaba, además de lo que sabe, y así, mientras Starkey prepara a sus chicos para el siguiente ataque, Hayden se lleva a Bam a la sala de informática y le muestra algunas de las cosas del mundo que ha

estado averiguando. Empieza a abrir un anuncio político tras otro:

—Cada vez hay más de estos, tanto online como en televisión. Están inundando los medios.

Le muestra peticiones apasionadas para rescindir la ley del Tope 17 y permitir que los adolescentes más mayores puedan volver a ser desconectados.

Hay anuncios sobre medidas, propuestas e iniciativas de las votaciones pidiendo la desconexión forzosa de adolescentes «indeseables», mayores recortes en huérfanos del Estado a través de la desconexión, bonos del Estado para construir más cosechadoras, y más.

Bam no le da importancia:

—¿Y qué…? Siempre hay montones de anuncios de esos. No tienen nada de nuevo.

—Ya, pero mira esto. —Le muestra un gráfico que plasma la frecuencia con la que han aparecido los anuncios—. Mira cómo los anuncios empezaron a inundar los medios de comunicación justo después de la liberación de Cold Springs, y después casi se multiplicaron por dos tras la de MoonCrater. —Hayden hace una pausa para mirar a su alrededor y asegurarse de que no hay nadie cerca. De todos modos, habla en un susurro—: Lo que hace la Brigada de la Cigüeña puede servir para liberar chicos y chicas de las cosechadoras, pero la gente se está asustando, Bam… Y todas esas leyes que hace unos meses no tenían ninguna posibilidad de aprobarse, ahora tienen cada día más apoyo. Starkey quiere una guerra, ¿no? Pero en cuanto la gente lo vea como una guerra, tendrán que elegir bando, y cuanto más miedo tengan, más se inclinarán del lado de la Autoridad Juvenil. Lo cual significa que si esto se convierte en una guerra…, perderemos.

Hayden ya puede imaginar los resultados. Se declararía la ley marcial contra los jóvenes, igual que había ocurrido durante el levantamiento adolescente. Los chicos serán sacados de sus casas y desconectados por las más leves infracciones, y la gente lo permitirá, por miedo.

—Por cada cosechadora que echemos abajo, construirán dos nuevas. —Se inclina hacia ella, intentando insistir hasta convencerla—. Starkey no va a terminar con la desconexión, Bam. ¡Lo que está haciendo es más bien asegurar que nunca, nunca se acabe!

En la palidez del rostro de Bam puede ver que por fin lo ha entendido. Hayden prosigue:

—Esas personas que están apoyando financieramente la guerra de Starkey tal vez quieran ir contra el sistema, pero ese tipo de lucha no conseguirá más que hacer más

fuerte al sistema y dar más poder a la Autoridad Juvenil.

Entonces Bam dice algo que Hayden ni siquiera ha pensado:

—¿Y si resulta que es eso lo que quieren? ¿Y si la gente que apoya a Starkey quisiera más poder para la Autoridad Juvenil?

Y Hayden siente un escalofrío porque comprende que Bam acaba de encontrar en su vieja mina una veta que tal vez lleve directo a la veta madre.

57. Lev

TODO ESTÁ EN PAZ y calma. El oasis de la residencia arápache oculta la realidad de lo que pasa más allá de sus puertas y muros. Como las peticiones para revocar la ley del Tope 17 y elevar la edad legal de desconexión de nuevo hasta los dieciocho años y posiblemente más allá. O para extraer el cerebro de los criminales condenados y desconectar el resto de su cuerpo. O para permitir que las personas se sometan a la desconexión voluntariamente, por dinero. Todo eso se cierne en el horizonte, y cualquiera de esas cosas, o todas ellas, o incluso otras peores, pueden suceder si no se hace nada por evitarlo. Como Connor, él sabe que debe hacer algo.

—Tira una piedra al río, y se hundirá hasta el fondo —le dice Elina—. Pon una roca en medio de él, y el agua pasará a su alrededor. Lo que sucede sucede, no importa lo que hagas.

Elina tiene muchas buenas cualidades, pero su visión pasiva y fatalista del mundo no es una de ellas. Desgraciadamente, demasiada gente en la reserva participa de esa misma visión.

—Pero si se cuenta con las rocas suficientes, se puede formar un dique —responde Lev.

Elina abre la boca para ofrecer otra ráfaga de metáforas, tal vez sobre cómo se quiebran los diques, causando inundaciones que son mucho peores que el río en sí, pero se lo piensa mejor y lo que dice es:

—Desayuna algo, y se te pasará el malhumor.

Lev accede, masticando pasteles de boniato que, según Elina, se servían antes con almíbar de pita, pero desde la extinción de las pitas, el de arce ha tenido que ocupar su lugar. Lev no puede negar que parte de su elección de quedarse allí se debía a su deseo de protegerse del mundo, refugiándose entre gente a la que quiere y que le quiere a él, pero había también para ello otro propósito más importante.

Hay una expresión entre la gente del albur: «Como hacen los arápaches, hace el resto de las naciones». Dado que es la tribu de gente del albur con más éxito financiero, y tal vez la más importante políticamente, la política que se adopta allí a menudo se extiende a otras tribus. Si bien los arápaches siguen siendo los más aislacionistas, estableciendo fronteras que requieren pasaporte, muchas otras tribus, en especial aquellas que no confían en el turismo, han hecho también su territorio de más difícil acceso tomando ejemplo de los arápaches. En el exterior, la mayoría de la gente no tiene ni idea de cuántas rocas hay ya en el río. Si Lev puede encontrar un camino para juntarlas todas, el curso de la historia tal vez podría cambiar.

El problema es Wil Tashi'ne y lo que le sucedió la primera vez que Lev estuvo allí.

Igual que Una, los arápaches ven a Lev como ave de mal agüero. Tal vez sea una víctima de su propia sociedad pero piensan que lleva consigo cosas que preferirían no conocer, como un portador de la peste. Si quiere tener algún influjo allí, tendrá primero que ganarse su confianza.

El sábado les dice a los Tashi'ne que se va al centro.

—Hay un grupo que toca en Héétee Park —les dice—. Me gustaría oírlos.

—¿Crees que es prudente que te dejes ver? —le pregunta Chal—. El consejo está de acuerdo en mirar para otro lado siempre que tú pases desapercibido, pero cuanto más visible resultes, más probable es que les cueste aceptar tu presencia.

—No puedo esconderme eternamente —le contesta Lev. Pero se guarda para sí lo que realmente está planeando.

Aunque Kele insiste en ir, está castigado por decir palabrotas en arápache, algo que pensó que le perdonarían, pero no. Afortunadamente. Lo último que Lev desea es meter a Kele en todo aquello. Tiene que ir solo.

Ya ha empezado el concierto cuando llega Lev. Hay tal vez unas doscientas personas tendidas sobre mantas y sentadas en sillas plegables haciendo *picnic* y disfrutando el cálido día de agosto. El grupo que toca es bueno. Interpretan una curiosa mezcla de música tradicional nativa, pop y viejos éxitos. Un poco para cada uno.

Lev se entretiene, intentando llamar lo menos posible la atención, pero de vez en cuando ve alguien que se fija en él y susurra algo a la persona que tiene a su lado. Bueno, tendrán mucho más para cotillear dentro de unos minutos.

Lev se abre camino hacia la parte de delante, y en cuanto el grupo termina la primera parte del concierto, saca dos papeles del bolsillo y sube al escenario. Baja un poco el micrófono del cantante para ponerse hablar sin que le moleste en la cara.

—Por favor —dice—. ¡Por favor, quiero que me escuchéis! —Se sobresalta ante lo fuerte que suena su voz—. Me llamo Levi Jedediah Garrity, pero es posible que me conozcáis como Lev Calder. Yo fui un *Mahpee* albergado por la familia Tashi'ne.

—¡Ya sabemos quién eres! —grita alguien del público en tono de desprecio—. ¡Ahora baja del escenario!

Se oyen algunas voces de aprobación, algunas risas burlonas. Lev no hace caso.

—¡Yo estaba allí cuando Wil Tashi'ne se ofreció a los piratas de partes a cambio de más de una docena de vidas, incluida la mía! ¡Aunque uno de los piratas de partes murió allí, los dos que sobrevivieron se llevaron a Wil, lo vendieron para ser desconectado, y se fueron!

—¡Sí, cuéntanos algo que no sepamos! —grita otro.

—¡Ahora mismo! —dice Lev—. ¡He averiguado sus nombres, y sé dónde encontrarlos!

Entonces levanta los dos papeles, cada uno de ellos con la imagen en grande de un pirata de partes. A uno de ellos le falta una oreja, el otro tiene cara de cabra.

De repente, toda la multitud se queda en silencio.

—Chandler Hennessey y Morton Fretwell. Cazaron ASP durante un tiempo en Denver, pero ahora trabajan por la parte de Minneapolis. —Entonces baja las fotos y se acerca todo lo que puede al micrófono—. Voy a buscarlos y traerlos aquí para hacer justicia.

Y entonces añade en perfecto arápache:

—¿Quién quiere ayudarme?

Continúa el silencio.

—He preguntado quién quiere ayudarme.

Por un momento, Lev piensa que no saldrá nadie, pero entonces oye una sola voz, una voz de mujer, desde atrás:

—Yo —dice ella en arápache.

Es Una. Lev ni siquiera la había visto. Se siente al mismo tiempo agradecido y preocupado. Esperaba juntar una partida como las de antiguamente. Si solo son ellos dos, ¿qué posibilidad tendrán de capturar a los piratas de partes? ¿Qué posibilidad tendrán siquiera de sobrevivir a su intento?

Mientras Una avanza por entre la multitud en dirección al escenario, alguien grita:

—¡Vamos! ¡Un aplauso para el aplaudidor!

La gente empieza a aplaudir. Empiezan tímidamente, pero se convierte en un clamor cuando Una llega al escenario. Entonces cualquier duda que tuviera ha desaparecido. Su intento de ganarse a la gente arápache ha empezado a funcionar, y si tiene éxito, sabe que podrá arrastrarlos a la batalla contra la desconexión. ¡Al final tendrá su dique!

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces, hermanito? —le pregunta Una elevando la voz por encima de los vítores de la multitud.

Lev le sonríe:

—Nunca en mi vida he estado más seguro de nada.

QEXTA PARTE

Akron

TERRORISTAS PLANEAN ATAQUES EN GRAN BRETAÑA CON BOMBAS DENTRO DEL CUERPO PARA FRUSTRAR LOS NUEVOS ESCÁNERES DE LOS AEROPUERTOS

Hasta ahora, los terroristas han atacado líneas aéreas, metros y autobuses escondiendo bombas en bolsas, zapatos o ropa interior para evitar que se descubran. Pero una operación del MI5 ha descubierto pruebas de que Al Qaeda está planeando ascender un nivel en su campaña de terror insertando por primera vez «bombas quirúrgicas» dentro de las personas.

Una fuente fidedigna añadió que los hombres se insertarían el explosivo secreto cerca del apéndice o en las nalgas, mientras que las mujeres lo llevarían colocado dentro de los pechos, del mismo modo que los implantes de aumento de pecho.

Ciertos expertos han apuntado que el explosivo PENT (tetranitrato de pentaeritritol) podría colocarse en un sobrecito de plástico dentro del cuerpo del suicida antes de coser la herida como una incisión operatoria normal a la que posteriormente se dejaría cicatrizar.

Fuentes del Servicio de Seguridad temen que los suicidas se hagan pasar por diabéticos que tienen que inyectarse insulina para evitar que alguien pueda detener su misión suicida.

Patrick Mercer, Presidente del Subcomité Contraterrorista del Parlamento, ha declarado: «Nuestros enemigos están desarrollando constantemente técnicas para burlar nuestros métodos de detección. Este es uno de los métodos más salvajes que pueden usar los extremistas, y al rediseñar la seguridad tenemos que tener en cuenta esta nueva técnica».

Fuentes importantes de las fuerzas de seguridad confirmaron anoche que eran conscientes de la nueva amenaza suicida, pero que era pronto para hacer declaraciones oficiales.

CHRISTOPHER LEAKE,
Redactor de Reino Unido del *Mail On Sunday*
30 de enero de 2010; actualizado a las 17:01
Publicado con permiso de *The Mail on Sunday*.

Se puede leer el artículo completo en:
http://www.dailymail.co.uk/news/article-1247338/Terrorists-plan-attack-Britain-bombs-INSIDE-bodies-foil-new-airport-scanners.html

Los Rheinschild

EL DOCTOR JANSON Rheinschild está sentado solo en una butaca, en una habitación a oscuras. Su esposa se ha ido a dormir, pero él no puede. Tras pasar tantas horas en la cama, durante tantas semanas, se ve afectado de un insomnio persistente, un dolor de cabeza implacable, y un vacío espiritual que no podría describir.

Si fuera más superficial podría ser un hombre muy feliz. Al fin y al cabo, tiene millones en su cuenta del banco. Él y Sonia podrían ir adonde quisieran y vivir una vida de lujo extravagante… Pero ¿para qué? Y ¿adónde podrían ir que no recordaran la oscuridad que dejan tras ellos?

La desconexión se extiende. China fue el primer país en subirse al carro, seguido por Bélgica y Países Bajos y el resto de la Unión Europea. Los rusos aseguraron que la idea era suya, como si fuera un gran honor; y en las naciones del tercer mundo, donde las leyes cambian tan aprisa como los gobiernos, el mercado negro de órganos humanos ha crecido hasta convertirse en una industria de las más importantes.

¿Y qué hay de su intento de cambiar todo eso? ¿Qué hay del «trabajo de su vida, que acabaría con la desconexión»? Después de un último intento por obtener algunas respuestas de BioDynix Medical Instruments, recibió la bofetada de un pleito pidiéndole el cese y que desista, así como una orden de alejamiento que le prohíbe acercarse a menos de cien metros de ningún empleado de BioDynix.

Cada día, la existencia misma de su sótano le recuerda que Austin, a quien Janson y Sonia cuidaron como si se tratara de un hijo, ya no está con ellos. Y como si el pastel necesitara su guinda, tanto él como Sonia se han desconectado virtualmente ellos mismos. Antes de que Janson fuera desbancado de la Ciudadanía Proactiva por querer hacer algún bien al mundo, estuvieron trabajando en la eliminación de rastros digitales. Eso se suponía que sería un modo de proteger la privacidad de uno en la red, quitando referencias y fotos de uno mismo indeseadas y no autorizadas.

Pero, como todo lo demás, la Ciudadanía Proactiva encontró un modo de convertirlo en un arma.

Ahora, todas y cada una de las referencias a Janson y a Sonia Rheinschild han sido eliminadas de la memoria digital del mundo. No solamente no existen, sino que según los documentos públicos, no existieron nunca. Los que los conocen terminarán por olvidarlos también, y aun cuando no los olviden, esas personas terminarán muriendo. Toda huella de Janson y Sonia quedará borrada como se

borran las marcas en la arena de una playa después de la marea.

Y por eso Janson Rheinschild está sentado solo en su butaca, aguantándose toda su rabia, su desilusión y su decepción, hasta que nota que el corazón se le apodera del pecho para anudarse en el nudo definitivo de un paro cardiaco.

Y se alegra de ello. Se alegra de que el universo, por fin, decida mostrar un poco de piedad con él.

58. Connor

La señal de la autovía dice BIENVENIDO A AKRON, CAPITAL MUNDIAL DEL CAUCHO, pero el cielo oscuro y amenazador parece cualquier cosa menos darles la bienvenida. Connor se da cuenta de que aprieta el volante con los nudillos blancos, y tiene que aflojar, mientras piensa: «Tranquilo, tranquilo. No es más que una señal».

—La escena del crimen —comenta Cam desde detrás de Connor, y luego lo suaviza añadiendo—: Por supuesto, eso depende de la definición que cada uno tenga de «crimen».

A Grace, que sigue al lado de Cam en la parte de atrás, le encanta descifrar placas de matrícula personalizadas y analizarlas:

—OLLUPAC: «Capullo» escrito al revés. ♥&SEUL: alguien de Corea que ha recibido el corazón de un desconectado. —Grace parece inmune a la tensión creciente que se respira dentro del coche, hasta que se acercan a un coche de policía aparcado en el arcén.

—¡Despacio, despacio, despacio! —dice ella.

—No te preocupes, Grace —le dice Connor—. Yo respeto el límite de velocidad. —Qué idiota resultaría si los pararan por exceso de velocidad y los capturaran allí.

Los bosques se ven ahora interrumpidos por las zonas residenciales, y conforme avanzan, Connor intenta encontrar el punto donde convergieron su vida, la de Risa y la de Lev. Ni siquiera sabe si se trata de la misma autovía. Al recordar aquello, no solo le parece algo de otra vida, sino también de otro mundo. Un mundo en el que acaba de reingresar. Se siente como Frodo ante las puertas de Mordor. ¿Quién hubiera pensado que Ohio podía contener semejante portento de oscuridad?

—¿Sabes lo que estás buscando? —pregunta Cam desde el asiento trasero—. Akron es una gran ciudad.

—No tan grande —es la única respuesta de Connor.

Connor sabe que la presencia de Cam en este viaje es un mal necesario, pero le gustaría que no estuviera sentado justo detrás de él, donde Connor no puede verlo salvo mediante alguna mirada recelosa por el retrovisor. El hecho de que Cam le haya ofrecido aquella información a Connor no le ha granjeado su afecto. Hay algo fundamentalmente turbio y opaco en el reconectado, o al menos en sus intenciones. Concederle el beneficio de la duda podría hacerles mucho daño a todos.

—Supongo que conocerás Akron muy bien.

—En absoluto —le contesta Connor—. Solo he estado aquí una vez.

Eso le hace reír a Cam:

—Y aun así te llaman el ASP de Akron…

—Sí, es curioso.

En realidad Connor es de una zona residencial de Columbus, a horas de distancia de allí, pero Akron es el lugar en que le atacó a Nelson con el aletargante. Akron es donde se hizo famoso. En aquel entonces, él ni siquiera sabía dónde estaba. Y solo se enteró de que se trataba de Akron cuando le dieron el irritante nombre de «ASP de Akron».

—¡Centro-Norte! —suelta Connor.

—¿Centro-Norte qué? —pregunta Grace.

—Es el nombre del instituto. Instituto del Centro-Norte. Sabía que al final me acordaría.

—¿Vamos a un instituto?

—Ese es el punto de partida. Tenemos que buscar una tienda de antigüedades cerca del instituto. Me acordaré cuando la vea.

—¿Estás seguro de eso? —pregunta Cam—. La memoria es una cosa extraña.

—Solo la tuya —responde Connor. Teclea el nombre del instituto en el GPS y una amable voz se dirige a ellos con seguridad, si bien también de manera un poco fría. En cosa de quince minutos, se encuentran en el lado este de la ciudad. Al girar en una esquina, las cosas le resultan a Connor inquietantemente familiares.

El instituto tiene exactamente el mismo aspecto. Tres pisos de ladrillo rojo institucional que le resultan tan intimidantes como le había parecido el Depósito de Libros Escolares de Texas cuando su familia había ido a Dallas y hecho una visita al edificio tristemente célebre desde el cual Oswald disparó a Kennedy. Connor respira hondo, con un estremecimiento.

Es un martes a mitad de la mañana, así que el instituto está en funcionamiento. Es más o menos la misma hora del día en que la alarma antiincendios empezó a sonar y aquello se convirtió en un pandemonio. Connor pasa por delante despacio. Al otro lado de la calle hay casas, pero delante se encuentra una arteria comercial.

—¿Tenemos que fijarnos en algo en concreto? —pregunta Cam—. ¿Alguna característica definitoria de esa tienda de antigüedades?

—Sí —dice Connor—: venden cosas viejas. —Eso le hace reír a Grace.

Se pregunta qué hará Sonia cuando lo vea. Entonces cruza por su mente un horrible pensamiento: ¿Y si ha muerto? O ¿y si la han cogido y arrestado por dar refugio a desconectables? No comenta esas preocupaciones con los otros, con la esperanza de que no se hagan realidad si no las menciona en voz alta.

A punto de pasarse un semáforo en rojo, Connor pisa a fondo el freno. Un peatón

cruza la calle mirándolos.

—No eres un gran conductor, ¿eh? —dice Grace antes de comentarle a Cam—: ¿Sabes que estuvo a punto de matar a Lev?

—Conduzco bien —insiste Connor—, pero este lugar me puede. —Mira a su alrededor, esperando que cambie el semáforo—. No reconozco nada de esto, pero sé que la tienda no puede estar a más de una o dos manzanas de distancia.

—Entonces rodea el instituto en una espiral que vaya abriéndose —sugiere Grace. Y luego añade—: Aunque como las calles no son redondas, te saldrá una espiral cuadrada.

—Se llama espiral de Ulam, por cierto —dice Cam—. Un modo de disponer los números primos. ¿A que no lo sabíais?

Connor le dirige una mirada de disgusto por el espejo retrovisor.

—En tu comunidad interna, ¿sois todos gilipollas? —le pregunta, con lo cual consigue que Cam se calle.

Amplían el patrón de búsqueda hasta que Connor vuelve a frenar bruscamente, aunque no a causa de un semáforo en rojo.

—¡Ahí está! ¡Está todavía ahí!

La fachada de la tienda de la esquina, nada atractiva, tiene un cartel muy sencillo que dice ANTIGÜEDADES DE GOODYEAR HEIGHTS. Como se encuentra a dos manzanas de la arteria principal, no parece tener muchos clientes. Connor aparca al otro lado de la calle, y se quedan allí en silencio, dentro del coche, durante unos diez segundos. Entonces se desabrocha el cinturón.

—Bueno —dice—: vamos a ver antigüedades.

59. Sonia

NO SE SORPRENDE de que se presente allí aquel chaval, Lassiter, pero sí de la persona que lo acompaña. Aquel maldito reconectado es el último compañero de viaje que esperaría ver con él. Sin embargo, Sonia no deja que se note su sorpresa, ni tampoco deja que se den cuenta de lo feliz que le hace ver a Connor. Por lo que a Sonia respecta, las emociones auténticas son un lastre. Siempre regresan para picarlo a uno. Su cara de póquer le ha venido bien a lo largo de los años, y en varias ocasiones le ha salvado la vida.

—Así que has vuelto —le dice a Connor posando una lámpara que acaba de reparar—. Y acompañado de amigos, según veo.

No hace ademán de abrazarlo, ni siquiera de estrecharle la mano. Ni tampoco Connor. Él mantiene la distancia, pues ha aprendido también el fino arte de la frialdad defensiva. Aun así, no se le da tan bien como a Sonia. Ella sí se percata de lo mucho que se alegra Connor de estar allí, y de lo mucho que se alegra de verla. Aunque no lo muestre en su rostro, puede verlo en su aire general.

—Hola, Sonia —dice él, y a continuación sonríe—. ¿O debería decir «doctora Rheinschild»?

Aquello es una sorpresa. Hace años que no oye pronunciar ese nombre. El corazón le da un vuelco, pero tampoco ahora permite que se le note en la cara, y decide no responder a aquella acusación, pues eso es exactamente lo que es, una acusación; aunque ella sabe que el que calla, otorga.

—¿Me vas a presentar a tu pequeño grupo? —le pregunta—. ¿O sigues sin aprender buena educación?

Connor empieza por la fornida mujer de aspecto distraído que parece fuera de lugar en aquel trío. Aunque, la verdad, ninguno de ellos parece encajar con los otros dos.

—Esta es Grace Skinner, que me salvó la vida hace unas semanas.

—Hola —dice Grace. Y es la única que se adelanta para obligar a Sonia a un apretón de manos—. Tengo entendido que usted también se la salvó, así que estamos en el mismo club.

Entonces Connor le presenta a regañadientes al reconectado. Sonia, sin embargo, le corta antes de que diga el nombre.

—Ya sé quién es. —Da un paso hacia Cam, y lo examina con ojos de miope a través de unas gafas tan viejas como el resto de cosas de la tienda: inconvenientes de negarse a adquirir unos ojos nuevos—. ¡Ummm! —dice—, ni una cicatriz, solo unas

leves costuras…, mis felicitaciones a la cuadrilla que te ha construido.

Él parece incómodo ante aquel escrutinio, aunque ella se imagina que estará acostumbrado.

—Eran cirujanos, no albañiles —responde él un poco molesto.

—Y dicen que hablas nueve lenguas.

—Aunque he estado estudiando alguna más.

—¡Ummm! —repite ella, irritada por la cadencia arrogante de su voz—. Supongo que no te sorprenderá saber que tu existencia me resulta desagradable.

—Lo comprendo —dice él con un suspiro de resignación—. No es usted la primera que me lo dice.

—Ni seré la última, de eso estoy segura…, pero mientras nos entendamos uno al otro, no pasa nada.

Por la calle pasa una pareja joven, enzarzada en su conversación. Sonia los mira hasta que está segura de que no van a entrar en la tienda. Pasan de largo y ella se siente aliviada. Pero se da cuenta de que lleva demasiado tiempo hablando con sus visitantes donde cualquiera podría verlos.

—Venid al cuarto de atrás —les dice—. A menos que queráis encargaros de la caja.

—Tengo un montón de preguntas —le dice Connor mientras muestra el camino a los otros a través de la cortina hasta el cuarto de atrás.

—Entonces te vas a llevar una decepción, porque yo no tengo respuestas.

—Eso no es verdad —le dice él, rotundamente—. ¿Por qué me miente?

Eso hace sonreír a Sonia:

—Eres un poco más listo que antes, me parece. O a lo mejor solo estás un poco más harto.

—Creo que las dos cosas.

—Y también un poco más alto. ¿O seré yo la que ha mermado?

Él le sonríe con un poco de insolencia:

—¡Creo que las dos cosas!

Entonces ella ve el tiburón que lleva en el brazo. Eso le provoca un escalofrío e intenta apartar la vista, pero no puede.

—Decididamente, no quiero saber qué es eso —dice, aunque lo cierto es que ya lo sabe, por otra fuente.

—¿Cómo van las cosas en su sótano? —pregunta Connor—. ¿Sigue con sus viejas costumbres?

—Soy persona de costumbres —dice ella—. Y que la RAD se deshiciera no

significa que me deshaga yo. —Entonces mira a Cam, que parece tomar fotos mentales de todo lo que ve, como un espía—. ¿Es de fiar? —le pregunta a Connor.

Cam responde él mismo a la pregunta:

—Tenemos objetivos similares —dice—. En cualquier otra circunstancia, yo diría que no, que no podía confiar en mí. Pero yo tengo tantos deseos de derribar a la Ciudadanía Proactiva como mi amigo el ASP. Así que, para todos los propósitos e intenciones, *Ich bin ein*[14] ASP.

—¡Ummm! —Sonia solo le cree a medias, pero acepta el juicio de Connor para la otra mitad—. La necesidad hace extraños compañeros de cama, que dicen.

—*La Tempestad* —responde Cam como si se tratara de un concurso de la tele—, de Shakespeare. Es la miseria la que hace extraños compañeros de cama, pero la necesidad también lo consigue.

—Bien. —Sonia coge su bastón, que apoya contra la mesa, y da unos golpes en el viejo baúl de marino que hay en el centro del abarrotado cuarto trasero—. Si queréis ayudar, empujad esto a un lado.

Cam lo hace. Sonia nota que Connor está mirando el baúl, casi paralizado. Es el único que conoce su importancia. Lo que contiene y lo que oculta.

En cuanto hacen a un lado el baúl, Connor se encarga de enrollar la polvorienta alfombra persa que había debajo para mostrar una trampilla. Sonia, que es mucho menos débil de lo que admite, se agacha, tira de la argolla de hierro y levanta la trampilla. Allá abajo, los susurros dan paso rápidamente al silencio.

—Vuelvo enseguida —dice ella—. Y no toquéis nada. —Menea un dedo en dirección a Grace, que lo ha estado tocando casi todo.

Mientras Sonia baja despacio pero pisando fuerte en los empinados escalones de madera, esconde una sonrisa maliciosa. Sabe que aquello será complicado. Le da pavor, pero también lo anhela. Una anciana necesita alguna emoción en su vida.

—Soy solamente yo —dice al llegar al último escalón, y todos los ASP salen de su escondite. O al menos los que tienen ganas de moverse.

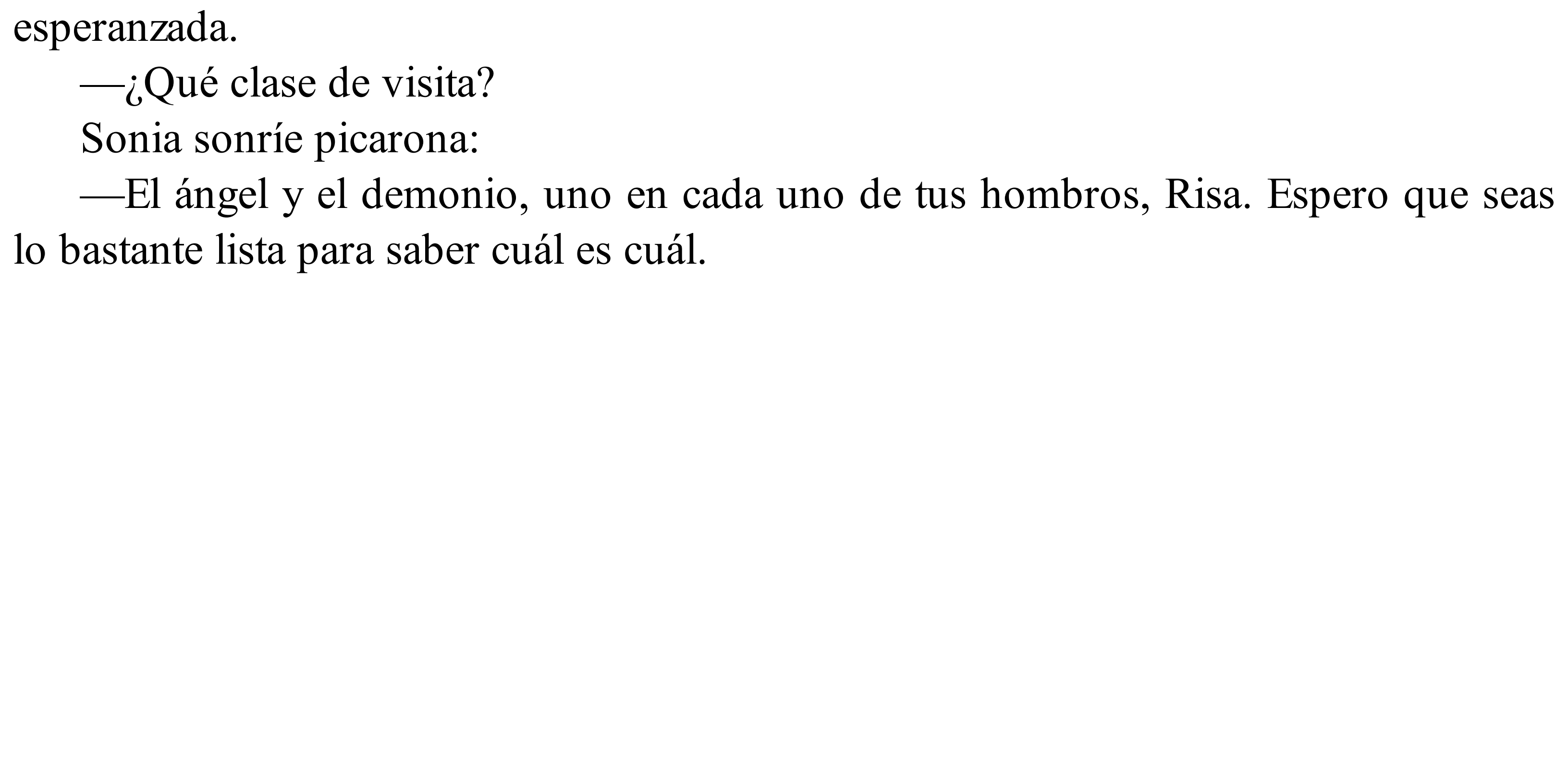
—¿La comida…? —pregunta uno de ellos.

—Acabas de desayunar, no seas glotón.

Se dirige hasta una pequeña alcoba en el rincón más alejado del abarrotado laberinto que es aquel sótano, donde una chica con impresionantes ojos verdes y suaves rizos castaños con reflejos ambarinos organiza las reservas del botiquín.

—Tienes visita —le dice Sonia.

La expresión del rostro de la chica es demasiado cautelosa para llegar a ser



esperanzada.

—¿Qué clase de visita?

Sonia sonríe picarona:

—El ángel y el demonio, uno en cada uno de tus hombros, Risa. Espero que seas lo bastante lista para saber cuál es cuál.

60. Risa

NO HABÍA SIDO una mera casualidad lo que había hecho coincidir una vez más la vida de Risa y la de Connor en Akron. Era más bien la ausencia absoluta de otras opciones.

En todas las desesperadas andanzas de Risa desde que la hicieron montar en el autobús que la llevaría a desconectar, el sótano de Sonia era el único lugar que daba esperanzas de seguridad, pues el Cementerio había sido purgado; la tienda de Audrey fue un bonito respiro, pero la tenía todos los días con los nervios de punta; y en cuanto a los pisos francos a los que la habían enviado, el de Sonia era el único del que conocía la dirección.

Hubiera podido volver para quedarse bajo la extraña protección de la comuna de CyFi, pero sabía que no era realmente bien recibida por la mayoría de la gente de Tyler. Por razones evidentes, nunca podría sentirse parte de esa comunidad. Quitando eso, le quedaba solo la posibilidad de una vida en las calles, o de una vida escondiéndose sola. Ya estaba harta de andar mirando por encima del hombro con recelo, durmiendo en contenedores como un ASP recién fugado, temiendo ser reconocida a pesar de su cambio de imagen. Solo sería cuestión de tiempo que alguien informara de ella a las autoridades, recogiera la recompensa, y la entregaran a la Ciudadanía Proactiva, que sin duda tendría planes para ella.

Eso le había dejado una sola opción viable: Sonia.

Cuando Risa llegó unas semanas antes, en la tienda de antigüedades había clientes que estaban regateando con Sonia por una mesita auxiliar común y corriente. Risa deambuló estratégicamente por otro pasillo, sorprendiéndose de cuántos chismes podían colocarse unos encima de otros en precario equilibrio y aun así no caerse, una prueba empírica de que Ohio no es un lugar propenso a los terremotos.

Finalmente, la pareja se había ido acarreando con dificultad su mesa, para lo cual Sonia no había ofrecido otra ayuda que advertir de que tuvieran cuidado con el escalón porque estaba torcido. Cuando las herrumbrosas bisagras de la puerta se cerraron con un chirrido, Risa avanzó hacia ella y se dejó ver.

Sonia frunció los labios cuando la vio allí, tal vez molesta de que Risa le hubiera pasado desapercibida.

—¿Estás buscando algo en especial? —le preguntó.

Risa se alegraba de que Sonia no la reconociera de inmediato. Y cuando por fin lo hizo, la anciana soltó un aullido de inusitada alegría, y dejó caer el bastón para rodearla con sus brazos.

Y en aquel momento Risa comprendió que aquello era lo más parecido que había

conocido a la sensación de tener un hogar propio.

Ahora, dos semanas después, Risa se encuentra como jugando a Wendy y los Niños Perdidos, pues últimamente, parece que los únicos ASP que llegan hasta la casa de Sonia son chicos, dando prueba del triste hecho de que más chicas ASP caen últimamente presas de piratas de partes y otros miserables.

Cuando Sonia le cuenta a Risa que tiene «visita», Risa empieza a subir la escalera con aprensión, pero recupera el paso normal cuando la aprensión se convierte en emoción. Hay muy pocas personas por las que Sonia le haría subir la escalera a Risa.

No se atreve a pensar en cuál de esas pocas personas podría ser, porque no quiere que se le note en la cara la decepción si resulta ser alguien como Hayden o Papamoscas, a los cuales se alegraría mucho de ver, siempre y cuando no esté esperando un encuentro diferente.

Traspasa a toda prisa la trampilla, casi pegándose en la cabeza con el borde de las tablas del suelo, y lo ve de inmediato. No dice nada porque por un instante está convencida de que se trata de su imaginación. De que su mente, de tantas ganas como tiene de que sea Connor, ha colocado su rostro en la cabeza de otra persona. Pero no es su imaginación. Es él de verdad, y sus ojos reflejan la sorpresa.

—¿Risa?

La voz no ha salido de Connor, y sus ojos pasan hacia la derecha como rayos. Es Cam, cuyo asombro se ha convertido ya en una amplia sonrisa.

Risa se da cuenta de que la cabeza le empieza a temblar:

—C… C… —No sabe cuál de sus nombres pronunciar primero. La vista de los dos a la vez la desconcierta completamente, y tiene que dar un paso atrás, con lo que golpea contra el borde de la trampilla, que se cierra de golpe un segundo después de que Sonia haya pasado por ella. Si la mujer no se hubiera dado más prisa para subir la escalera de la que se dio para bajarla, la trampilla le hubiera aplastado el cráneo.

Risa no puede casar lo que ve: aquellas dos partes separadas de su vida yuxtapuestas. Es como si el universo mismo la hubiera traicionado. Como si la expusiera, dejándola desnuda y vulnerable a todos los ataques. No se separó de Connor ni de Cam del mejor modo posible. Poniéndose de repente a la defensiva, su sorpresa y alegría se convierte en recelo.

—¿Qué… qué pasa aquí?

Cam, aún anonadado por la presencia de ella, da un paso adelante, solo para ser completamente eclipsado por Connor, que se coloca delante de él, ni siquiera consciente de lo que acaba de hacer.

—¿Ni siquiera vas a decir hola? —le pregunta Connor con cautela.

—Hola —dice ella, con tal impotencia y debilidad que se enoja consigo misma. Se aclara la garganta, y solo entonces nota que hay alguien más allí. Una chica que no conoce y que, por el momento, se contenta con mirar.

Con la perspectiva de aquella gran reunión fracasando como cohetes de fuegos artificiales que no prenden porque están húmedos, Sonia golpea el suelo con el bastón de manera irritada para llamar la atención de todos.

—Bueno, no os quedéis ahí parados —les dice—. Dadnos una escena de amor digna de pasar a la historia, o al menos de convertirse en viral.

—Encantado de obedecer —dice Cam, de manera tan arrogante que a Risa le entran ganas de darle una bofetada.

—No se refería a ti —dice Connor con tal desprecio que a Risa no le importaría abofetearle también.

¡No era así como tenía que ser aquel momento! Durante aquellos meses, ella se había imaginado el momento del reencuentro con Connor una docena de veces de una docena de maneras distintas. Ninguna de ellas estaba tan cuajada de incomodidad. En cuanto a Cam, había creído que no volvería a verlo nunca, así que nunca pensó en el reencuentro. Cosa curiosa: se alegra más de volver a verlo de lo que se habría imaginado. Su presencia le quita importancia a Connor, y una parte de ella se molesta con los dos por ese motivo. No deberían estropearse mutuamente el reencuentro. Un universo cuerdo y compasivo no hubiera empañado así el momento de las emociones. Pero, a fin de cuentas, ¿cuándo se ha dignado el universo a tener alguna compasión con ella?

Cam ha salido de detrás de aquel Connor que lo eclipsaba. Permanecen allí, uno al lado del otro, como si esperaran que Risa eligiera. De repente Risa comprende que no tiene ni idea de qué va a hacer. Se encuentra tan aterrada como si hubiera quedado atrapada en la trampa de un pirata de partes.

Es la chica (la porción desconocida de la sala) la que acude a salvarla.

—Hola, me llamo Grace —dice, abriéndose paso entre Connor y Cam, agarrando la mano de Risa y estrechándola con fuerza—. Me puedes llamar Grace o Gracie, no me importa, o incluso Eleanor, que es mi segundo nombre. Es un honor conocerte, Risa. ¿Te puedo tutear…? Lo sé todo sobre ti, por mi hermano, que te adora… Bueno, adoraba más a Connor, pero a ti también, aunque entonces tenías un aspecto distinto, pero ya me imagino que lo has hecho queriendo. Es una buena idea lo de cambiar el color de ojos. La gente piensa que es el pelo, pero son los ojos los que cambian de verdad el aspecto de una persona.

—Sí, eso es lo que me dijo mi estilista —dice Risa, un poco aturullada por aquel

bombardeo de entusiasmo.

—¿En ese sótano hay algo que comer? Porque me muero de hambre…

Risa tarda en comprender que la ruda intrusión de Grace había desactivado completamente una situación explosiva. Como si lo hubiera hecho a propósito.

61. Cam

ESO LO CAMBIA todo.

El hecho de que Risa esté ahora justo en el medio de todo obliga a Cam a repensar sus propósitos, lo mismo que los métodos para lograrlos. Como fugitivo que es él también, necesita aquella colaboración poco firme que mantiene con Connor. La supervivencia lo demanda, y aunque sabe en su interior que Connor es un enemigo, solo puede tener un enemigo cada vez, y en ese momento es la Ciudadanía Proactiva.

Cam tiene que admitir que desde el momento en que conoció a Connor sintió por él fascinación en la misma medida que odio. La manera en que Connor le había mostrado compasión, incluso simpatía, mientras Una no lo hacía. Connor seguramente le salvó la vida aquel día en la cabaña de sudar. Con los papeles cambiados, Cam no habría hecho lo mismo. Connor le parecía digno de estudio.

El plan, desde aquel momento, era conseguir contactar con Connor y servirse de él para luchar contra la Ciudadanía Proactiva. Después, cuando Roberta y sus importantísimos compañeros estuvieran donde les correspondía, Cam conocería a Connor lo bastante bien para vencerlo a él también. Tenía que comprender con claridad el pedestal en que lo había colocado Risa antes de diseñar el derrumbe de ese pedestal, dejando a Connor Lassiter como una nada a los ojos de Risa.

Pero ahora que Risa está realmente allí, Cam se siente reducido a una especie de simio que necesita golpearse el pecho ante ella para reclamar su afecto. ¿Todo se reduce a eso? ¿A rituales de apareamiento primitivos pero sublimados para que parezcan algo civilizado? Tal vez…, pero Cam sabe que está un paso por delante en la evolución humana. Es un ser compuesto. Tiene fe en que su comunidad interna será galvanizada para eclipsar a Connor a cada paso. Pero ¿por qué tiene que ser ahora?

Sonia no los hace bajar al sótano con los demás ASP que están escondidos.

—A este lo harían pedazos en cuanto lo vieran —dice señalando a Cam con el pulgar, como si estuviera haciendo autoestop.

—Hablar sobre alguien presente en tercera persona es de mala educación —le dice Cam con frialdad.

—¿De verdad? —dice Connor—. Teniendo en cuenta que eres un centenar de tíos, ¿no crees que emplear la tercera persona del singular es hacerte un cumplido?

Cam está completamente preparado para devolvérsela a Connor, pero ve la mirada de Risa y decide que no. Que ella lo vea como un modelo de contención.

Sonia entonces se toma un instante para mirar a Connor:

—Y también es mejor que no bajes tú tampoco al sótano, con todos esos chicos

que te comerán con los ojos. Seguramente ya has tenido bastante adoración para el resto de la vida.

—Pero yo no —interviene Grace, que debe de sentirse como una mortal rodeada de dioses.

—Entonces considérate afortunada —le dice Sonia—. En estos tiempos, cuanto menos te vean, mayores serán tus posibilidades de vivir lo suficiente para ver cambiar las cosas.

—¡Bien dicho! —exclama Cam, pero Sonia se limita a mirarlo con el ceño fruncido.

—Nadie te ha preguntado.

Se los lleva al callejón de detrás de la casa, donde los espera un viejo Chevrolet Suburban que necesita un buen lavado, y les hace entrar en él. Aunque Cam hace todo lo que puede por sentarse al lado de Risa, Grace se cuela justo tras ella al estilo «las damas primero» y se sienta a su lado. Risa mira a los ojos a Cam y le dirige una sonrisa con los labios fruncidos, como diciéndole: «Más suerte la próxima vez». Él no lo entiende, sin embargo. No sabe si ella se alegra de que Grace esté allí, o todo lo contrario.

Mira a Connor, que no parece preocuparse por dónde se sienta. No lo parece. Esa es la palabra clave con Connor. Se le da extremadamente bien ocultar lo que pasa en ese espacio desconcertante que va de una oreja suya a la otra.

Siendo el último en entrar, Cam intenta sentarse al lado del conductor, pero Sonia no se lo permite:

—Es menos probable que te vean si vas detrás, porque los cristales son más oscuros. Y además, tu cara «multicultural» distraería demasiado a una anciana que trata de conducir un vehículo grande.

Así que el asiento de delante se queda vacío, y Cam termina sentado en la parte de atrás, con Connor.

—Bueno, ¿dónde vamos? —pregunta Connor.

Risa se vuelve para responderle, y le dirige una sonrisa:

—Ya lo verás.

Cam no sabe si se trata de la misma sonrisa que le dirigió un momento antes, o si es más cálida. No soporta eso de no saber. La frustración que le produce hace que le piquen las costuras. Y aunque sabe que solo está en su mente, el picor de las costuras parece muy verdadero. La relación indefinida e inexpresada entre Risa y Connor lo está enloqueciendo.

Sonia conduce con la cautela consumada de las personas mayores, y aun así

consigue chocar contra todo lo que sobresale y pisar todos los baches de la carretera, mientras suelta improperios que harían enrojecer a un estibador. Cinco minutos después, ella aparca en la entrada de una modesta casa de dos pisos.

—¿La has avisado? —pregunta Risa cuando se paran.

Sonia quita la marcha con un gesto brusco.

—Yo no aviso —dice Sonia—. Yo actúo, y los demás que arreen.

Cam se pregunta si Roberta será así en caso de que llegue a la edad que tiene Sonia. Eso le produce un inesperado escalofrío.

Cuando salen del coche, Sonia los conduce rápidamente hasta la pequeña cancela por la que se accede al patio, y donde un *shih tzu* ha empezado ya a ladrar y no parece que vaya a dejar de hacerlo en un futuro cercano.

—Vivimos en un mundo de puertas traseras —les dice Sonia—, así que moved todos el culo antes de que los vecinos asomen la nariz por la ventana.

Sonia abre la cancela sin hacer caso del perro, que intenta mordisquear los tobillos de todo el mundo al mismo tiempo, en una inútil defensa de su territorio.

—Uno de estos días —dice Sonia conduciéndolos al patio de atrás—, voy a mandar ese perro a otra zona horaria. —Y ante la mirada de horror de Grace, Risa le asegura que Sonia no lo dice en serio.

Con una alta valla de madera por todo el perímetro del patio, la puerta trasera resulta mucho más privada que la puerta de delante. Sonia golpea fuerte en ella, y después vuelve a golpear, sin tener la paciencia suficiente para esperar a que respondan. Finalmente, se presenta en una puerta una mujer de cuarenta y tantos años con una niña pequeña que lleva un vestido de Minnie Mouse. «Una niña de la cigüeña seguramente», piensa Cam. Últimamente, la gente de mediana edad siempre se encuentra bebés en el umbral de la puerta.

—¡Ay, Dios santo! ¿Ahora qué? —pregunta la atribulada mujer.

Entonces Connor contiene un grito:

—¿Didi…? —pregunta, mirando a la niña.

Aunque la pequeña lo mira sin reconocerlo ni por asomo, la mujer que la tiene cogida parece al mismo tiempo encantada y desconcertada ante la visita de Connor:

—Le he cambiado el nombre a Dierdre.

—Bueno, yo sigo llamándola Didi. Tú te acuerdas de Hannah, ¿no, Connor? —dice Risa, evidentemente para sacarlo del apuro de no recordar el nombre de la mujer.

Cuando la mujer mira a Cam se queda pálida, y Cam no se resiste a decir:

—Regalo o jugarreta. —Aunque faltan meses para Halloween.

Hannah posa a Dierdre en el suelo y le dice que vaya adentro a jugar, cosa que está encantada de hacer, y el *shih tzu*, que sigue incapaz de callarse, la sigue lo suficiente para colocarse a defender el umbral entre la cocina y el comedor.

—Eres una caja de sorpresas, Sonia —dice Hannah, sin apartar los ojos de Cam. Entonces les hace pasar antes de que empiecen a llamar la atención de los vecinos. Cam encuentra la casa demasiado caliente, pero tal vez solo sea el contraste con el fresco de aquel día nublado.

—Ayudo a Sonia por el día —dice Risa—, pero Hannah ha tenido la amabilidad de dejarme dormir aquí las últimas semanas. —Ahora que están dentro y a resguardo, le presenta a los demás, dejando a Cam para el final, y llamándolo, con toda la intención del mundo, «el único e inigualable Camus Agrex».

—¿Es usted de la RAD? —le pregunta Cam a Hannah mientras le estrecha la mano.

Ella lo mira con el mismo recelo que todo el mundo. Que todo el mundo que no lo venera por su fama.

—No, nunca he sido parte de la Resistencia Anti División. No soy más que una ciudadana preocupada. —Entonces ella se vuelve a Sonia—: Deberíamos hablar. A solas.

Hannah se lleva a Sonia a otra habitación. Les dirige una mirada al salir, y dice:

—Risa, echa un vistazo a Dierdre. Los demás, poneos cómodos —y añade—: pero no demasiado cómodos.

Risa, que ahora es su anfitriona temporal, los acompaña a una salita llena de detritus de colores primarios: juguetes de preescolar esparcidos caprichosamente por el suelo. Dierdre ignora a las visitas, contenta con arrojar piezas de plástico al perro. Y este las recoge, ya perdido el interés en la defensa territorial.

La salita tiene muchos relojes. Hannah debe de coleccionarlos. Cada uno tiene una hora diferente, ya que ninguno de ellos está enchufado o se le ha dado cuerda. Bueno, casi ninguno. Hay un reloj que hace tictac, pero Cam no sabe de dónde viene el sonido. Qué apropiado, piensa, que la casa de una simpatizante de los ASP enfatice la importancia del tiempo, y al mismo tiempo cada reloj marque una hora distinta a los demás.

Risa corre las cortinas mientras ellos se hacen al nuevo sitio, hasta que la reunión de Sonia y Hannah decida qué hacer con ellos.

—Bueno —dice Risa mostrando una incomodidad que es muy poco propia de ella —, pues aquí estamos…

—Y aquí están los dragones[15] —dice Cam, sin saber él mismo por qué dice eso ni lo que significa. Lo único que sabe es que, en cierto modo, la frase es cierta. Sabe que Risa sigue intentando asimilar su presencia y la de Connor. Ni siquiera les pregunta cómo es que se han encontrado, lo cual revela que sigue tratando de asimilar la idea, sin buscar saber más.

Se sientan bastante separados en un sofá modular y las dos butacas que están enfrente de él, intentando no sentirse tan incómodos. Grace es la única que aún no se ha sentado. Se mueve por la salita, aparentemente inmune a la tensión, examinando fotografías y adornos y metiendo la mano en un tarro lleno de caramelos, colocado a altura suficiente para que Dierdre no pueda alcanzarlo.

A Cam le gustaría hallar dentro de sí una parte que conservara una inocencia semejante. Ni siquiera los diezmos con los que convive son tan ingenuos como para sentirse seguros en la cómoda salita de Hannah. Los fragmentos de la memoria de sus diezmos tienen más que ver con el sentimiento de superioridad, así que lo único que puede sacar de ellos es una actitud distante. Con eso no va a conquistar a Risa.

—Hannah es la profesora que nos salvó a Connor y a mí de la brigada juvenil cuando empezamos nuestra huida —explica Risa.

—¡Ah! —dice Cam con impotencia—. Me alegro de saberlo. —Pero en realidad le fastidia bastante, porque la aclaración de Risa solo consigue reforzar la relación que ella tiene con Connor.

Grace, contenta de que la conversación no vaya con ella, coloca su alijo de caramelos en fila sobre la mesa de café de la salita. El tarro de los caramelos sigue medio lleno, y al verlo Cam siente una absurda discordancia. Es algo a lo que ha decidido llamar «Opción Ansiedad».

—Carne de hombre —murmura para sí, pero se da cuenta de que lo ha dicho lo bastante alto para que los otros puedan oírlo, así que se explica—: No solo las papilas gustativas crean preferencia por ciertos sabores —dice—. Mi comunidad interna siempre se muestra rara con cosas como esos caramelos. A una parte de mí le encanta la manzana verde, y a otra las uvas. Alguien siente una afinidad especial por los de melocotón, que ni siquiera fabrican ya, y otro encuentra nauseabunda la sola idea de los caramelos. —Lanza un suspiro, intentando rechazar su inútil «Opción Ansiedad»—. Los tarros de cosas mezcladas son la pesadilla de mi existencia.

Connor lo mira con una mirada zombi que debe de estar bien estudiada:

—Cuentas esas cosas como si le importaran a alguien.

Risa vuelve a ofrecer a Cam aquella leve sonrisa:

—¿Cómo van a interesarse en el funcionamiento interno de tu mente, Cam, los que ni siquiera se imaginan cómo funciona el suyo propio?

Parece una crítica de soslayo a Connor, pero entonces ella le da a este una palmada en la mano, convirtiendo una dura crítica en una broma.

—¿Por qué no eliges un sabor para mí? —le pide Cam a Risa tratando de adoptar también el tono de broma, pero Risa evita hacerlo diciendo:

—Con todo el trabajo que le costó a Roberta encontrarte unos dientes tan bonitos, ¿para qué quieres estropeártelos?

—Yo he cogido mis favoritos, pero eso no importa —anuncia Grace. Señala su fila espaciada de caramelos y pone el punto final al asunto diciendo—: Yo siempre me los tomo por orden alfabético.

Cam decide obedecer a esa memoria a la que no le gustan los caramelos, y no toma ninguno.

—¿Cómo están tus amigos de la Ciudadanía Proactiva? —le pregunta Risa a Cam, vacilante.

—Ahora son tan amigos míos como tuyos —le responde él.

Está a punto de decirle que está contra ellos y ha abandonado el brillo de los focos para ayudarla a ella, pero Connor le roba esa revelación:

—Camus me ha mostrado algunas cosas perjudiciales que podemos usar contra ellos.

Cam lamenta haber compartido con Connor todo aquello. Si hubiera sabido que se encontraría cara a cara con Risa allí en Akron, lo habría guardado todo para ella. Ahora le da rabia que Connor esté al corriente de todo.

—Y hay más —añade Cam—. Tú y yo podemos hablar después —le dice a Risa.

Connor se mueve en el sitio con incomodidad, y desplaza su atención a las fotos que hay por la salita.

—Apuesto a que Hannah es divorciada o viuda reciente. Hay fotos de un hombre que está con ella en algunas fotos, incluida una con Dierdre…, pero Hannah no lleva anillo de casada.

—Decididamente tiene que ser viuda —dice Grace sin levantar la vista de su organización de caramelos—. Una no guarda fotos de un tipo del que se ha divorciado.

Connor se encoge de hombros:

—En cualquier caso, parece que ha decidido criar a Dierdre como si fuera suya.

—Así es —admite Risa—. Hicimos una buena elección al dejarla con Hannah. Bueno, no es que tuviéramos mucho donde elegir.

La dirección que toma la conversación le produce incomodidad a Cam:

—¿De quién es esa niña exactamente?

Connor sonríe a Cam y pasa un brazo alrededor de Risa.

—Nuestro —le dice—. ¿No lo sabías?

Por un instante Cam le cree, pues sabe que Risa guarda muchos secretos que aún no ha descubierto. Se queda descorazonado hasta que Risa se desprende con habilidad del brazo de Connor.

—Es una niña de la cigüeña que Connor recogió de una puerta —explica Risa—. Nos hicimos cargo de ella durante unos días; después Hannah se ofreció para cuidarla antes de que a nosotros nos mandaran al siguiente piso franco.

—¿Y la maternidad te resultó una experiencia interesante? —pregunta Cam, lo bastante aliviado como para jugar con la idea.

—Sí —dice Risa—, pero no tengo prisa por repetirla. —Entonces se pone en pie, alejándose tanto de Cam como de Connor—. Voy a ver qué hay en el frigo. Debéis de tener hambre.

Cuando se va, el comportamiento de Connor cambia un poco. Se vuelve sombrío. De un gris perturbador, como el cielo de fuera.

—Ni la mires ni la toques, ¿me has entendido? No le vas a causar más pena de la que le has causado ya.

—¡Ah! ¡«El monstruo de ojos verdes que se burla de la carne que lo alimenta»! —dice Cam—. Ella me dijo que eras del tipo celoso, pero eres un Otelo débil y pálido.

—¡Te desconectaré con mis propias manos si no la dejas en paz!

Eso le hace a Cam reírse de verdad:

—Tus bravatas sin sentido serán tu perdición. No se puede ser tan arrogante cuando uno no tiene nada con qué respaldarlo.

—¿Arrogante? ¡Tú eres el que está imbuido de sí mismo! O tal vez debería decir imbuido de otros.

Es como una espada que por fin ha sido desenvainada en el duelo. Grace levanta la vista de sus caramelos, y hasta Dierdre y el perro, al otro lado de la salita, parecen prestar atención. ¿Cómo responderá Cam? Aunque las partes más violentas de sí mismo, llenas de rabia, quieran atacar, él las contiene. Rabia es lo que Connor desea. Es algo con lo que Connor sabe tratar. Cam no le hará ese favor.

—El hecho de que yo sea física, intelectual y creativamente mejor que tú no es arrogancia ni engreimiento, es un simple hecho —dice Cam con calma forzada—. Yo

soy el mejor porque fui hecho para serlo. No puedo evitar tener lo que tengo, del mismo modo que tú no puedes evitar no tener lo que no tienes.

Se miran a los ojos con dureza, hasta que Connor se echa para atrás:

—Si quieres pelear por Risa, ahora no es el momento. Ahora todos tenemos que ser amigos.

—Aliados no significa amigos —señala Grace—. Mirad la Segunda Guerra Mundial: nosotros no podíamos ganarla sin Rusia, aunque nos odiáramos con toda el alma.

—Tienes razón —dice Cam, impresionado una vez más por la inesperada sabiduría de Grace—. Por ahora, aceptemos que Risa está prohibida. Zona desmilitarizada.

—Tú estás mezclando guerras distintas —dice Grace—. La Zona Desmilitarizada era Corea.

—Ella es una persona, no una zona —dice Connor. Entonces se va a jugar con Dierdre, poniendo fin a las negociaciones.

—Te estás olvidando —le dice Cam a Grace, que también tomó nota de los documentales que la mantuvieron a ella absorta en el motel—: que Estados Unidos y Rusia estuvieron a punto de bombardearse con armas nucleares y hacerse trizas después de la Segunda Guerra Mundial.

—Yo no me olvido de nada —dice Grace volviendo a sus caramelos—. Cuando vosotros dos os pongáis a ello, espero contar con un refugio antiatómico.

62. Connor

ESTO LO CAMBIA todo.

La emoción inicial de Connor al ver a Risa queda rápidamente aplastada bajo el peso de la realidad. No la realidad de Cam, sino la realidad de su situación. Ahora Risa está con ellos, ya no está fuera de su alcance. Connor la añoraba, de eso no hay duda. Durante todos esos meses, ha ansiado oír su voz y ser reconfortado por sus palabras. Ha añorado masajearle las piernas, aun cuando supiera que ella ya no estaba paralizada. Sus sentimientos por ella no han cambiado. Incluso cuando pensaba que Risa había traicionado la causa y se había convertido en una voz pública a favor de la desconexión, sabía, en el fondo, que ella no podía estar haciéndolo voluntariamente.

Entonces, cuando salió en la televisión en directo para revelar que todo era una farsa y darle a la Ciudadanía Proactiva unas bofetadas en el rostro, la quiso aún más. Después de eso, ella desapareció, del mismo modo que había desaparecido Connor, y había un cierto consuelo en eso. Connor podía contemplar la noche y saber que ella estaba por allí, en algún sitio, utilizando su formidable inteligencia para mantenerse a salvo.

Sin embargo, ahora Connor es cualquier cosa menos un puerto seguro. Con lo que ellos quieren revelar sobre la Ciudadanía Proactiva, y lo que él podría averiguar de Sonia, ella está en un peligro mucho mayor en su compañía que sin ella. Su viaje es ahora un viaje hacia las llamas, y no para salir de ellas. Y, por supuesto, ella querrá acompañarlo. Mientras tanto, las palabras de Cam todavía resuenan en su mente: «Yo soy el mejor porque fui hecho para serlo».

Pese a toda su inteligencia hecha de cachitos seleccionados, Cam es un imbécil al pensar que aquello es cuestión de celos. Sí, Connor admite que cierta cantidad de celos está allí, nublando las cosas, pero competir por el afecto de Risa es como un empeño insignificante comparado con la necesidad de Connor de protegerla tanto de Cam como de él mismo.

Mientras Connor juega con Dierdre en el suelo de la salita, intenta que se le pase la rabia que siente. Porque esa rabia no mejorará la situación. Ceder ante los celos solo conseguiría distraerlo de su objetivo.

Dierdre se tiende y pone los pies en la cara de Connor.

—Regalo o jugarreta. ¡Te doy una pataleta!

Los pies le huelen a la comida de bebé que debe de haber pisado, unos pegotes de boniato de color naranja estropean el dibujo de patitos nadando en el agua que aparecen en la totalidad de los calcetines.

—Bonitos calcetines —dice Connor, todavía asombrado de que aquella sea la misma niña que cogió a la puerta de la mujer gorda de ojos redondos y brillantes y su hijo igualmente gordo con ojos igualmente redondos y brillantes.

—¡Calcetines de patitos! —dice Dierdre muy contenta—. ¡Brazo de pescado! —Le toca el tiburón que tiene en el brazo con su índice pegajoso—: Brazo de pescado, pescado de brazo. —Y se ríe. Aquella risa abre una válvula de escape en Connor. Dierdre alivia su frustración.

—Es un tiburón —le dice a Dierdre.

—¡Tiburón! —repite Dierdre—. ¡Tiburón, tiburón, tiburón! —Dierdre encaja una cabeza de plástico de mujer en el pequeño cuerpo de plástico de un bombero—. ¿Tu mamá ha visto el tiburón ahí? ¿Se ha enfadado?

Connor lanza un suspiro. Los niños pequeños, piensa, son como los gatos, que siempre quieren saltar al regazo de la gente que les tiene alergia. Connor se pregunta si Dierdre tendrá alguna sospecha de que el tema que acaba de ponerle en el regazo es suficiente para provocarle urticaria.

—No —le contesta él—. Mi mamá no sabe lo del tiburón.

—¿Se enfadará contigo?

—No me importa —responde Connor.

—No te importa —repite Dierdre, y planta un neumático encima de la cabeza de la pequeña muñeca de plástico, haciendo que parezca un enorme sombrero ruso.

Dierdre no sabe que hay una carta en un baúl del cuarto de atrás de Sonia. En realidad el baúl contiene cientos de cartas. Todas escritas por ASP, todas dirigidas a los padres que los enviaron a la desconexión. Desde el momento en que Connor vio el baúl aquel día, ha estado imaginando cómo sería entregar esa carta y mirar desde un agujero oculto a sus padres mientras la leen. Solo pensar en ello ahora provoca que la mano de Roland se cierre en un puño. Se imagina pegando con él a través del cristal de una ventana, cogiéndoles la carta antes de que la puedan leer…, pero destierra aquel pensamiento, relaja de manera consciente los dedos, y dirige la mano otra vez a aquel asunto de los juegos infantiles.

La mano de Roland junta piezas de Lego con la misma destreza que la mano natural de Connor, demostrando que es capaz de crear y no solo destruir.

La capacidad de persuasión de Sonia debe de rayar en lo sobrehumano, pues Hannah consiente en cobijarlos a todos.

—Grace dormirá con Risa. Los chicos compartiréis el cuarto de costura. Tenéis un

sofá cama en él: podéis compartirlo o decidir a tortazos quién se queda en él —les dice Hannah—. Quiero dejar clara una cosa: esto no es un piso franco. Hago esto solo porque es lo correcto, pero no os aprovechéis de mi bondad. —Y entonces sigue dándoles instrucciones para que no se acerquen a las ventanas y se escondan si alguien llama a la puerta.

—Ya sabemos cómo hacerlo —se apresura a responderle Connor—. No somos nuevos en esto.

—Algunos sí —dice Cam señalando a Grace—. Si no me equivoco, tú la has arrastrado a esto.

—Me arrastré yo misma —le dice Grace, impidiendo que Connor se enzarce en una batalla con Cam—, y me puedo esconder tan bien como los demás.

Viendo que la situación está bajo control, Sonia se va.

—Tengo que dar de comer a los gremlins del sótano antes de que se inquieten —dice antes de irse, aunque Connor sabe por experiencia que siempre están inquietos.

Una tormenta estalla veinte minutos más tarde: un torrente constante de agua y rayos distantes que amenazan con acercarse pero no lo hacen. Hannah pide pizzas para la cena: un pedacito de absurda normalidad en medio de su situación.

El cuarto de costura está en el piso de arriba, con el resto de los dormitorios. Se trata de un espacio diminuto en el que hay un sofá cama lleno de puntillas que insulta el concepto mismo de masculinidad.

—Yo dormiré en el suelo —ofrece Cam, asegurándose de que Risa vea su generosidad. La respuesta de Risa consiste en sonreírle a Connor—: En esta te ha ganado.

—Sí —dice Connor—. La próxima vez tendré que ser más rápido.

Cam, que sigue con su actitud beligerante, no le encuentra la gracia. Durante el resto del día, Risa hace todo lo que puede para evitar estar en la misma habitación con ambos al mismo tiempo, y como Cam no deja a Connor ni a sol ni a sombra, su único trato con Risa se limita a las breves incursiones de esta en la apretujada habitación de ellos para llevarles mantas, toallas y cosas para el baño.

—Tenemos un montón de cosas para chicos en el sótano de Sonia —dice al entregarle a Connor pasta y cepillo de dientes.

—¿Se supone que tenemos que compartirlo? —pregunta Cam con una sonrisa irritantemente desenfadada.

Risa se aturulla y se disculpa:

—Encontraré otro.

Connor nunca había visto aturullada a Risa. Le coge aún más rabia a Cam por

ponerla así, aunque sabe que no se trata de Cam, sino de la combinación de ellos dos. Connor se pregunta si Risa estaría con él si no anduviera Cam de por medio.

Lo averigua después de cenar, mientras Cam se da una ducha.

Grace se ha puesto a jugar con Dierdre. Las risitas que llegan del cuarto de la niña atestiguan lo bien que lo hace. Connor se esfuerza por encontrar una posición cómoda en el polvoriento sofá. Cuando Risa aparece en la puerta, se queda en el umbral. El sonido de la ducha deja claro que Cam tardará unos minutos en volver.

—¿Puedo entrar? —pregunta antes.

Connor se incorpora y se queda sentado, intentando parecer menos nervioso de lo que está:

—Claro que sí.

Ella se sienta en la única silla del cuarto y sonríe:

—Te he echado de menos, Connor.

Ese es el momento que Connor ha añorado. Un momento que ha tenido en la mente y que le ha ayudado a continuar, pero por mucho que él quiere corresponder a su afecto, sabe que no puede. No pueden estar juntos. No puede arrastrarla de nuevo a aquella batalla ahora que Risa está a salvo. Pero tampoco pude empujarla hacia Cam.

Así que Connor le agarra la mano, pero no la sujeta con fuerza.

—Sí —le dice—. Yo también.

Pero lo dice sin la convicción que realmente siente.

Ella lo estudia, y él espera que ella no vea la verdad escondida tras su fachada de frialdad.

—Todas esas cosas que dije… los anuncios, las cuñas de utilidad pública a favor de la desconexión… Sabes que me estaban haciendo chantaje, ¿no? Si no lo decía, atacarían el Cementerio.

—Lo atacaron de todos modos —comenta Connor.

En ese momento Risa empieza a preocuparse:

—Connor, no pensarás que…

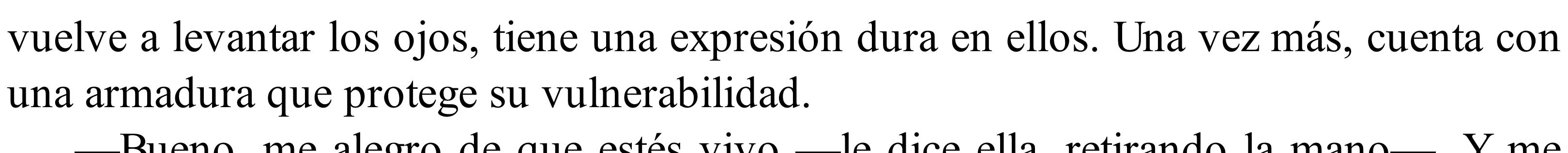
—No, no pienso que nos traicionaras —le dice. No puede engañarla hasta tal punto sobre sus sentimientos—. Pero un montón de íntegros murieron esa noche. —Lo que él realmente quiere hacer es cogerla en brazos y apretarla bien fuerte. Quiere decirle que lo único que le permitía seguir era pensar en ella. Pero lo que dice es:

—Murieron. Dejémoslo así.

—Después me echarás la culpa por lo de Starkey.

—No —responde Connor—. De eso la culpa la tengo yo.

Risa baja los ojos. Por un momento él ve que se le forman lágrimas, pero cuando


vuelve a levantar los ojos, tiene una expresión dura en ellos. Una vez más, cuenta con una armadura que protege su vulnerabilidad.

—Bueno, me alegro de que estés vivo —le dice ella, retirando la mano—. Y me alegro de que estés seguro, a salvo.

—Tan seguro y a salvo como es posible —dice Connor—, considerando que me persiguen un pirata de partes, la Ciudadanía Proactiva y la Autoridad Juvenil.

Risa lanza un suspiro.

—Supongo que no estaremos seguros nunca.

—Tú sí lo estás —suelta Connor antes de poder reprimirse—. Hazte un favor a ti misma, y sigue así.

Entonces ella lo mira con suspicacia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Con eso quiero decir que te has asentado en esta vida con Hannah y Didi. No lo tires por la borda.

—¿Me he asentado…? ¡Llevo aquí dos semanas! Yo no llamaría a eso estar asentado. Y ahora que tú estás aquí…

Connor nunca se ha considerado un buen actor, pero ahora finge una irritación máxima:

—Ahora que estoy aquí, ¿qué? ¿Piensas que vas a venir conmigo a luchar contra el sistema? ¿Qué te hace pensar que yo quiero eso?

Risa se queda sin palabras, tal como él esperaba. Lanzado el primer puñetazo emocional, Connor sigue diciendo:

—Las cosas son diferentes ahora, Risa. Y lo que hubo entre nosotros en el Cementerio…

—No hubo nada —dice Risa, ahorrándole el dolor de inventar otra mentira y reemplazándolo con otro tipo de dolor diferente—. Solo se cruzaron los caminos. —Entonces ella se levanta justo cuando Cam aparece en la puerta—. Pero ya no nos estorbamos.

Cam sale con la mitad inferior de su cuerpo tapada con una toalla de playa, pero lleva al aire su mitad superior. Perfecta tableta de chocolate y magníficos pectorales. Connor decide pensar que ha salido del baño de esa manera a propósito. Porque sabe que Risa está allí.

—¿Me he perdido algo…?

Sin inmutarse, Risa pone la mano en el pecho de él para trazar las líneas donde se encuentran los distintos tonos de su carne.

—Están muy bien, Cam —le dice con amabilidad—. Esas costuras sanaron

perfectamente. No ha quedado ninguna cicatriz. —Le sonríe y le planta un beso en la mejilla antes de salir de la habitación con paso decidido.

Connor espera que su repentina atención con Cam sea solo una pulla contra él, pero no está seguro. En vez de pensar en ello, Connor mira su brazo injertado, concentrándose en él. Es lo bastante consciente para evitar que los dedos se le contraigan en un puño. Algunas personas llevan la emoción a flor de piel. Connor la lleva en la piel de los nudillos, apretados en un gesto que es al mismo tiempo ofensivo y defensivo. Se concentra en el tiburón que tiene en la muñeca, en sus ojos feroces, desnaturalizados, en sus dientes excesivamente grandes, en la curva muscular del cuerpo. Una cosa tan fea, y sin embargo con esa gracia inquietante. Odia ese tiburón. Y el caso es que ahora le gusta odiarlo tanto.

Cam cierra la puerta y sin rubor expone el resto de sí al vestirse, sin importarle si eso le molesta a Connor. Al volver a mirar a Connor es todo sonrisas, como si supiera más de lo que sabe.

—No sorprende el rumbo que toma el viento en lo que se refiere a Risa —comenta Cam.

—El viento va a llenarte los ojos de arena si no te andas con cuidado —responde Connor.

—¿Eso es una amenaza?

—¿Sabes una cosa? No eres ni la mitad de listo de lo que te crees. —Entonces se va él también a tomar una ducha. Una ducha bien fría que pueda aliviarle los calores de la mente.

63. Grace

AUNQUE JUGAR con Dierdre es un placer, a Grace le sirve más que nada para aclarar la mente. En aquella casa están desatadas fuerzas poderosas, fuerzas que están a un pelo de hacerse trizas unas a otras. Hasta que llegaron, y pese a su rivalidad, Cam y Connor habían estado muy unidos en sus propósitos. Y aunque Grace se considera una simple acompañante de viaje, sabe que ve cosas que los otros no ven.

Por ejemplo, ve a Connor: Grace sabe que él ama a Risa, y que con toda la intención la está apartando del camino para protegerla. No lo conseguirá. Risa rechazará esa protección y se arrojará en la guerra contra la desconexión aún más valientemente que antes. Al intentar protegerla, puede que la esté mandando a la muerte.

Y Risa: se habría quedado allí si Connor no se hubiera puesto en evidencia, pero ahora es imposible. Connor no se dará cuenta de eso. Está convencido de que la conoce mejor de lo que realmente la conoce.

Y Cam: él es el elemento realmente peligroso. Como un tonto, se deleitará con cualquier atención que Risa le dirija, se trate de una atención sincera o calculada. Al final, le dé lo que le dé ella, no le bastará. Se sentirá traicionado y utilizado, e incluso si Risa lo prefiriera a él en vez de a Connor, él no se lo creerá. No confiará. Su confusa rabia terminará enconándose. Grace sabe que algún día nada lejano Cam estallará, y Dios proteja a cualquiera que esté lo bastante cerca para que le alcance la metralla.

Así que Grace juega con la inofensiva Dierdre pero oye cada palabra, ve cada movimiento que los otros hacen, sabiendo que nada que pueda decir alterará aquel fatídico tablero de juego.

Más tarde, esa misma noche, Grace permanece despierta, mirando al techo encima de la cama. A cada coche que pasa con los faros encendidos, la sombra de las ramas de los árboles recorren ese techo con inquietantes presagios.

Risa se levanta y con sigilo se va hacia la puerta.

—No —dice Grace—. Por favor, no…

—Solo iba al baño.

—No, no es verdad.

Risa duda, y después se tensa:

—No tengo más remedio. —Y luego añade—: Además, no es asunto tuyo.

Pero Grace sabe que en eso se equivoca. Risa sale y Grace cierra los ojos, oyendo cómo se abre la puerta de la habitación de los chicos. Sabe qué es lo que va a ocurrir

allí.

Risa se sentará en el sofá cama de Connor y lo despertará suavemente, si es que no está ya despierto. Cam, que duerme en el suelo, estará despierto, pero se hará el dormido. Lo oirá todo.

Risa susurrará a Connor algo del estilo de «Tenemos que hablar», y Connor intentará demorarlo: «Por la mañana», dirá. Pero ella le tocará la cara, y eso hará que él la mire. No se verán los ojos uno al otro, excepto un puntito de la pupila que reflejará la luz de la calle. Eso será suficiente. Incluso en la oscuridad, la fachada de Connor se desplomará, y Risa comprenderá. No hablarán porque, al fin y al cabo, no se trata de palabras, sino de la conexión al margen de las palabras. Una conexión que no puede evitarse. Se saldrán de la habitación y se quedarán junto a la puerta. La cerrarán, pero no del todo, para que no haga ruido.

Connor empezará a besarla, pero Risa devolverá el doble de pasión. Cualquier pregunta sobre los sentimientos mutuos quedará suprimida en instantes que creerán compartir solo ellos dos. Nada más que un beso, y Risa volverá para dormir como un bebé el resto de la noche, satisfecha.

Pero Cam lo sabrá. Y empezará a urdir planes.

Grace no sabe cuáles serán esos planes, pero presiente que no beneficiarán a nadie. Ni siquiera a él mismo.

No ve esperanzas de un resultado positivo, hasta que algo drástico entra en juego. Comienza con una falta de sombra, un techo oscuro sin la sombra del árbol retorcido… y sin embargo, oye el bronco bramido de un coche. No, de dos coches… con los faros apagados. ¿Por qué va a conducir nadie a aquella hora de la noche sin faros?

Grace mira por la ventana y ve, pegados al bordillo, una furgoneta oscura y un sedán también oscuro parados con el motor encendido. Las puertas de atrás de la furgoneta se abren, sale un grupo de hombres armados, y sin hacer ruido atraviesan el césped en dirección a la casa.

Grace nota las palpitaciones del corazón. Las orejas y las mejillas se le ponen coloradas por el torrente de adrenalina. ¡Los han descubierto!

Oye voces, susurros… y aplica el oído, esperando que algo de lo que dicen pueda darle una ventaja.

—Vosotros tres vais rodeando hasta la parte de atrás —dice el jefe del equipo—, y esperáis la señal.

Entonces otro susurra:

—Está aquí. Casi puedo olerlo.

Y entonces Grace sabe todo lo que necesita saber.

Sale de la habitación y ve a Risa y a Connor en medio de aquel beso que sabía que se darían.

—¡Grace! —dice Risa—. ¿Qué estás…?

Pero antes de que pueda acabar la pregunta, los tres oyen el doble estrépito de la puerta de atrás y de delante, que son derribadas. Grace los mete de un empujón en la habitación de Cam y Connor, y cierra la puerta. Cam se pone de pie completamente despierto, tal como Grace se imaginaba que estaría. Ella toma el mando, consciente de que no disponen de mucho tiempo. Sabe que su plan no tiene más que un cincuenta por ciento de probabilidades, como mucho, de salir bien.

—¡Risa! —susurra—. Métete debajo del sofá cama. Connor, boca abajo sobre la almohada. ¡Ahora! —Entonces se vuelve a Cam—. Y tú… quédate exactamente donde estás.

Cam la mira sin podérselo creer:

—¿Estás mal de la cabeza? ¡Saben que estamos aquí!

Pasos atronadores en la escalera. Solo quedan unos segundos.

—No —le responde Grace, justo antes de meterse bajo el sofá cama con Risa—. ¡Solo saben que tú estás aquí!

64. Cam

ENTRAN EN la habitación dos hombres de negro que van armados con magnums aletargantes con silenciador. Uno de ellos apunta a Cam con su arma, y Cam levanta las manos en un movimiento reflejo, sintiendo rabia de que lo atrapen tan fácilmente. Pero si se resiste lo único que saldrá ganando es que lo aletarguen.

El segundo atacante no duda, sin embargo, en aletargar al chico del sofá cama. Connor se estremece al recibir el impacto, y sus músculos se relajan inmediatamente.

—Es usted un hombre difícil de encontrar, señor Agrex —dice el guardia que apunta con el arma al pecho de Cam.

Eso casi le hace reír.

—¿Yo…? ¿Tiene idea de a quién acaba de aletargar?

—Nos dan igual los maquineros con los que has andado haciendo el indio —le dice—. Hemos venido por ti.

Cam lo mira con sorpresa, y de repente comprende el horrible y asombroso poder con el que se encuentra en ese momento. El poder de salvar y de destruir. Sabe que incluso en la captura será un héroe, da igual lo que haga. La cuestión es qué tipo de héroe quiere ser. Y para quién.

65. Roberta

ELLA NO ENTRA en la casa hasta que el jefe del equipo le confirma que está todo despejado. Dentro, los hombres continúan en alerta, pese a que su presa está ya atrapada. Los chillidos estridentes de una niña pequeña retumban como una alarma de coche.

—Hemos aletargado a la madre —le explica el jefe del equipo—, pero no nos hemos atrevido con la niña, porque la dosis podría matarla.

—Buena decisión —dice Roberta—. Esta noche no hemos perdido ni el elemento sorpresa ni nuestra humanidad. —Aun así, los lloros de la niña son un incordio—. Cierra la puerta. Estoy segura de que no tardará en volver a dormirse.

Sube la escalera detrás del jefe del equipo. En un oscuro dormitorio, otros dos hombres de la fuerza de Ciudadanía Proactiva han empujado a Cam contra la pared, y están en ese momento poniéndole las esposas a la espalda. Ella alarga la mano para encender la luz.

—¿Siempre hay que hacer estas cosas a oscuras?

En cuanto las esposas quedan cerradas, ella se acerca a él lentamente.

—Dadle la vuelta hacia mí.

Se la dan, y ella lo mira. Cam no dice nada.

—No tienes mucho peor aspecto —le dice Roberta.

Él le dirige una mirada intensa:

—La vida de fugitivo me sienta bien.

—Eso es opinable.

—¿Cómo me has encontrado?

Ella le pasa los dedos por el pelo, sabiendo que él no soporta que lo haga, pero sabiendo también que no podrá impedírselo estando esposado.

—Cuando me di cuenta de que no estabas, ya no te pudimos encontrar en los sitios habituales. Pensé que dejarías el país, pero luego vi que eras demasiado listo para eso. Ni se me pasó por la mente que fueras a refugiarte en una reserva de gente del albur, ni tampoco que ellos te fueran a dar refugio. Pero la gente del albur es completamente impredecible, ¿verdad? Al final aparecieron tus huellas digitales (o tal vez debería decir las huellas digitales de Wil Tashi'ne) en un motel, en el carné de identidad de alguien llamado Bees-Neb Hebíite.

Él se sonríe, seguramente recordando el momento y el lugar exactos en que tocó aquel carné, dejando en él la huella que lo había delatado.

Roberta chasquea la lengua mientras lo mira:

—¡En serio, Cam, tú en un motel…! A ti te hicimos para los Fairmont y los Ritz-Carlton.

—¿Y ahora para qué estoy hecho?

—Está por decidir. —Ella mira al joven que yace inconsciente en el sofá cama—. Supongo que tengo el placer de conocer al señor Hebíite.

Después de un momento, Cam dice:

—Sí… él es.

Roberta se sienta en el sofá cama, sin siquiera preocuparse de inspeccionar al chico inconsciente.

—Habrá sido la estrella de la reserva, yendo por ahí contigo —comenta Roberta, más que nada por tomarle el pelo a Cam—. Si te hubieras quedado allí, podrías habernos evitado bastante tiempo, ¿por qué no lo hiciste?

Cam se encoge de hombros y finalmente le dirige su famosa sonrisa.

—Phileas Fogg —le dice—: quería ver el mundo.

—Bueno, no llegaste a los ochenta días, pero espero que fuera suficiente. —Roberta se vuelve entonces al jefe del equipo—: ¡Hora de irse!

—¿Llevamos a los otros?

—No sea ridículo —le contesta Roberta—. Ya tenemos lo que buscábamos. No tengo ningún deseo de complicar las cosas con varios secuestros.

—Pero llevarme a mí ¿no es un secuestro? —pregunta Cam.

—No —responde Roberta, mordiendo el anzuelo muy contenta—. Según la ley, es recuperación de una propiedad robada. De hecho, podría presentar cargos contra todos los habitantes de la casa, aunque no lo haré. No hay necesidad de ser vengativo.

Lo llevan hasta el coche, tirando de él pero con suavidad, por orden de Roberta. En el piso de arriba la niña sigue llorando, pero el sonido queda amortiguado cuando cierran la puerta de delante, que han agrietado antes. La madre, quienquiera que sea, y el resto de aquel indecoroso grupo, terminarán recobrando la conciencia para hacerse cargo de aquella niña irascible. Si no por la mañana, entonces unas horas después.

Se van en los coches, con Cam sentado en la parte de atrás del sedán, al lado de Roberta, con las esposas todavía puestas, aunque él no presenta ninguna resistencia. Ahora que Cam ha empezado a sonreír, no deja de hacerlo. Roberta reconoce para sí que resulta un poco desconcertante y le produce intranquilidad.

—Supongo que el senador y el general se quedaron echando chispas cuando me fui.

—Al contrario —le dice Roberta con alegría—. No saben que te fuiste. Les dije que tú y yo nos volvíamos a Hawái para pasar allí unas semanas antes de que tú te

pusieras a sus órdenes. Que querías pasar más tiempo en la clínica para recibir un ajuste motivacional. Y, por supuesto, ahí es donde vamos ahora. Para que te hagan una pequeña resintonización cortical.

—Resintonización cortical… —repite él.

—Poquita cosa —le dice Roberta—. Has sido propenso a los pensamientos erróneos desde el primer momento de tu reconexión. Pero estoy encantada de decirte que tengo una manera efectiva de coger eso que no funciona dentro de tu maravillosa cabeza… y hacer que funcione bien.

Roberta no puede evitar disfrutar de la victoria al ver que la sonrisa por fin abandona el rostro de Cam.

66. Connor

CONNOR ABRE LOS OJOS y ve la misma habitación y el mismo sofá cama en que había recibido el aletargante. Sabe que no puede ser. Habían venido buscándolo, ¿no?

No, piensa. Grace lo había comprendido: habían ido buscando a Cam.

—¡Ya has vuelto de Aletarguilandia!

Gira la cabeza y ve a Sonia, que está sentada en una silla a su lado. Intenta incorporarse, pero se siente mareado, así que deja resbalar los codos bajo el cuerpo, y la cabeza vuelve a caer en la almohada, con el cerebro sonando en su interior como el badajo de una campana.

—Tranquilo. Con todas las veces que te han aletargado, ya tendrías que saber que te lo tienes que tomar con calma.

Está a punto de preguntar dónde está Risa, pero entonces esta se presenta en la puerta:

—¿Está despierto?

—No del todo. —Sonia coge el bastón y se levanta dando un gruñido, para dejarle el asiento a Risa.

—Ya es casi mediodía. Hora de abrir la tienda, o las multitudes me echarán la puerta abajo. —Pero antes de dejar la habitación, le da a Connor una palmada reconfortante en la pierna—: Ya hablaremos después. Te contaré todo lo que quieras saber sobre mi marido. O al menos lo que recuerde este loco cerebro mío.

Connor sonríe al oír eso.

—Estoy seguro de que recuerda usted cosas hasta de la Edad de Piedra.

—No seas sabihondo.

Entonces sale caminando como un pato, y Risa ocupa la silla. Además le coge la mano a Connor. Él da un apretón en respuesta y, a diferencia del día anterior, lo hace con entusiasmo.

—Me alegro de que te dejáramos dormir sin despertarte. Lo necesitabas.

—Uno no descansa durante el tiempo que pasa aletargado. Simplemente no está. —Connor se aclara la garganta. ¿Qué ocurrió?

Risa explica que a ella y a Grace no las descubrieron debajo del sofá cama, solo cogieron a Cam y se lo llevaron. Connor está impresionado con la suerte que han tenido todos, aunque tal vez no debería estarlo. Si la misión de aquel equipo era simplemente capturar a Cam, los compañeros de viaje de este les importarían un bledo. Entraron y salieron. Cumplieron su misión, y se fueron sin sospechar que se perdían un bosque por llevarse el árbol.

—Cam podía habernos traicionado a todos, pero no lo hizo —dice Risa—. Se sacrificó por nosotros.

—Él ya estaba atrapado de todas maneras —puntualiza Connor—. No fue exactamente un sacrificio.

—No le quites todo el mérito: si nos hubiera traicionado, se habría granjeado ventajas. —Ella piensa por un momento, y la mano con la que coge la mano de Connor se afloja ligeramente—. Él no es el monstruo que piensas.

Espera que Connor responda a eso, pero este sigue demasiado raro y cansado a causa del aletargante para darle la razón. Y podría darle la razón, pues, al fin y al cabo, Cam le había proporcionado la información sobre la Ciudadanía Proactiva. Aun así, sus motivos parecen constar de demasiadas capas superpuestas para no resultar sino nebulosos.

—Cam nos salvó, Connor…, eso hay que reconocerlo.

Él le dirige algo que podría, al menos visto desde cierto ángulo, ser considerado como un movimiento de cabeza de sentido afirmativo.

—¿Qué crees que le harán?

—Es su niño querido —dice Risa—. Le pasarán un paño y lo dejarán otra vez brillante. —Entonces ella sonríe, y el pensamiento se le va hacia él—. Por supuesto, Cam respondería que el oro no pierde el brillo.

Aquella sonrisa es demasiado cálida, y aunque Connor sabe que está jugando con fuego, se atreve a decir:

—Si no supiera que no, pensaría que estás enamorada de él.

Ella lo mira a los ojos, con cierta frialdad:

—¿Quieres de verdad que hablemos de eso?

—No —admite Connor.

Pero Risa habla de eso de todas formas:

—Me encanta lo que ha hecho por nosotros. Me encanta que tenga un corazón más puro de lo que la gente piensa. Me encanta que tiene mucho más de inocente que de hastiado, aunque no lo sepa.

—Y te encanta que esté loco por ti.

Risa sonríe y se echa el pelo a un lado con un gesto brusco de la cabeza, como las modelos que anuncian champú.

—Bueno, eso no hace falta decirlo.

Aquel gesto de la cabeza es tan poco propio de ella, que les hace reír a ambos.

Connor se incorpora en el sofá cama, y esta vez ya no le da vueltas la cabeza:

—Me alegro de que me eligieras a mí antes de que vinieran por él.

—Yo no elegí nada —dice Risa, un poquitín molesta.

—Bueno, pero me alegro —le dice Connor con dulzura—. Simplemente.

Le toca la cara con la mano de Roland. El tiburón está a solo unos centímetros de ella, pero por fin Connor comprende que nunca estará lo bastante cerca como para morder.

Sonia, que sigue en el piso de abajo, decide que recibir un aletargante es motivo más que suficiente para preguntar por Hannah. Y piensa que después del ataque de aquella noche no puede pedirle que siga albergando fugitivos en su casa.

—Lo siento…, pero tengo que pensar en Dierdre… —les dice Hannah con lágrimas en los ojos. Con la niña en brazos, les desea a todos buena suerte. Connor se da cuenta de que tiene un nudo en la garganta, provocado por aquel bebé al que salvaron y que no volverá a ver.

Sonia los lleva a él, a Risa y a Grace de vuelta a la tienda en su Suburban de cristales oscurecidos. Decide no abrir la tienda aquel día, y allí, en el cuarto de atrás, los cuatro hablan de temas de tal peso que podrían hundir el suelo a sus pies. Connor insiste en contar con Grace porque, aunque ella no para de mover las rodillas de impaciencia y aparenta poco interés en la conversación, lo cierto es que en lo que se refiere a Grace, las apariencias siempre engañan.

—Una fuente muy fiable que trabaja con la Ciudadanía Proactiva me contó una historia muy interesante —comienza Connor. No tiene ni idea de si Trace Neuhauser sobrevivió siquiera al amerizaje en Lago Saltón. Piensa que no, porque Trace nunca habría permitido las masacres que Starkey está orquestando ahora en nombre de la libertad. Pero al menos Trace pudo contarle a Connor lo que sabía antes de verse obligado a pilotar el avión para Starkey—. Mi fuente me contó que el nombre de Janson Rheinschild sigue inspirando pavor en el meollo de la Ciudadanía Proactiva.

Sonia se ríe con una carcajada de satisfacción, que al mismo tiempo tiene algo de siniestro:

—Me alegra oírlo. Espero que sea siempre el fantasma de su asquerosa máquina.

—Entonces ¿es verdad que ellos lo… —Connor intenta elegir sus palabras con cuidado, pero comprende que no hay modo delicado de decirlo— que lo eliminaron?

—No tuvieron que hacerlo —dice Sonia—. Cuando se arranca a un hombre de raíz, no queda mucho detrás. Janson murió como un hombre deshecho. Quería morir con sus sueños, y yo no pude evitarlo.

Risa, que oye todo esto por primera vez, pregunta:

—¿Quién era ese Janson?

—Mi marido, cielo. —Y entonces Sonia exhala un suspiro de pesadumbre—. Y mi

socio en el crimen.

Eso atrae toda la atención de Grace, aunque sigue sin decir nada.

—La Ciudadanía Proactiva lo borró de su historial —explica Connor.

—¿De su historial…? ¡Lo borraron de la Historia Universal! ¿Sabías que le dieron el Premio Nobel?

Risa se queda mirándola, anonadada, y la cara que se le ha quedado le hace reír a Sonia.

—Biociencia, cielo. En aquel entonces lo de las antigüedades para mí no era más que un hobby.

—¿Eso fue antes de la Guerra Interna? —pregunta ella.

Sonia asiente con la cabeza:

—Las guerras tienen su modo de reinventar a la gente. Y de hacer desaparecer demasiadas cosas.

La silla de Connor rasca el suelo de madera cuando la empuja hacia delante.

—Lev y yo buscamos su nombre por toda la red. Ha desaparecido por completo. Pero encontramos un artículo en el que el apellido estaba mal escrito. Fue la única manera de averiguar algo sobre él. —Entonces Connor añade—: usted aparecía en la foto. De esa manera nos enteramos de que usted tenía relación con él.

Sonia se gira para escupir en el suelo:

—Borrarnos de la historia fue su último insulto. Pero a mí me hizo las cosas más fáciles, me ayudó a desaparecer de ellos y de todo el mundo.

—Sabemos que ustedes fundaron la Ciudadanía Proactiva —dice Connor, notando que Risa vuelve a quedarse con la boca abierta.

—Eso fue Janson. Yo por entonces no tenía nada que ver. Vi lo que pasaba y entendí…, pero él era un idealista. Su mejor cualidad y su peor defecto. —Los ojos se le empañan, y señala una caja de pañuelos de papel en la abarrotada mesa de trabajo. Grace se la acerca. Se seca una vez los ojos, y ya no vuelven a aparecer las lágrimas.

—Sabemos que la Ciudadanía Proactiva tenía que ser una organización de vigilancia —dice Connor—, que protegiera el mundo contra el abuso de la biotecnología. ¿Qué fue lo que falló?

—Dejamos salir al genio de la botella —dice Sonia con tristeza—. Y los genios no son fieles a ningún amo.

De la parte de abajo llegan voces de una discusión entre los ASP que están escondidos. Sonia golpea tres veces en la trampilla, y se quedan callados. Secretos arriba, secretos abajo. Connor se acerca más cuando ella empieza a contar su historia.

—Janson y yo fuimos los pioneros en la técnica del neuroinjerto, que hizo posible

que cada parte del cuerpo de un donante fuera empleada para trasplantes. Cada órgano, cada miembro, cada célula del cerebro. Lo hicimos con la finalidad de salvar vidas, de mejorar el mundo. Pero de cada buena intención sale un camino hacia el infierno.

—¿El Acuerdo de Desconexión? —pregunta Connor.

Sonia asiente con la cabeza:

—Ni se nos pasaba por la cabeza una cosa así mientras perfeccionábamos nuestra técnica…, pero la Guerra Interna estaba en marcha, y con el sistema escolar fracasando por todo el país, los adolescentes salvajes llenaban las calles en masa. La gente estaba aterrorizada y desesperada. —Los ojos de Sonia parecen dirigirse más lejos cuando retrocede en sus recuerdos—. El Acuerdo de Desconexión cogió nuestra tecnología salvadora de vidas y la empleó como arma contra los chicos con los que nadie quería tratar. La junta de la Ciudadanía Proactiva, apartando a Janson, se mostró de acuerdo, porque vieron allí no solo dinerito fresco, sino toda una industria que aguardaba el momento de nacer.

Connor respira hondo, sintiendo un escalofrío ante la idea de que la desconexión fuera a «nacer».

—Sucedió todo muy aprisa —prosigue Sonia—. Cuando no había nadie mirando. La Autoridad Juvenil se creó sin protestas y sin mucha resistencia por parte de la gente. Todo el mundo parecía contento de poner fin a la Guerra Interna y de quitarse de delante de los ojos y de la mente a los adolescentes salvajes. Nadie quería pensar en qué nos metíamos. De pronto había una gran cantidad de órganos anónimos a disposición de todo el mundo que quisiera un trasplante. Y aunque uno no quisiera unas manos más jóvenes o unos ojos más brillantes, había anuncios por todas partes para convencerte de que te los pusieras. «¡Un nuevo yo de dentro afuera!», decían las vallas publicitarias. «Añade cincuenta años a tu vida». Sonia niega con la cabeza, con amargura. Ellos crearon el apetito, y el apetito creó la necesidad… y la desconexión se convirtió en la hebra con que está tejida nuestra sociedad.

Nadie pronuncia una palabra. Es como un momento de silencio por los muchos chicos perdidos en aquella gran máquina de la desconexión. La industria, como la ha llamado Sonia. Un enorme mecanismo que trafica en carne, que funciona al margen de la moral pero dentro de la ley, y con el total consentimiento de la sociedad.

Pero entonces Connor se da cuenta de algo:

—Hay más en la historia, ¿no es verdad, Sonia? Tiene que haber algo más, porque si no, ¿por qué iba a tener miedo la Ciudadanía Proactiva del hombre al que aniquilaron? ¿Por qué el nombre de Janson Rheinschild les hace temblar de miedo?

Entonces Sonia sonríe:

—¿Cuál es la palabra que infunde terror en el corazón de cualquier industria?

Y como nadie responde, ella susurra como un oscuro mantra:

—Obsolescencia…

Fuera de la tienda de antigüedades, en un lúgubre rincón por el que generalmente no pasa casi nadie, hay un montón de ordenadores viejos apilados uno encima de otro, retando a la gravedad a derribarlos, cosa que la gravedad no llega a hacer. Sonia los lleva hasta allí.

—Guardo todo esto porque de vez en cuando, no muy a menudo, viene algún coleccionista que busca máquinas viejas. Y cuando vienen no pagan gran cosa.

—¿Por qué nos trae aquí? —pregunta Connor.

Ella le da con el bastón un golpecito más suave de lo habitual:

—Para ilustrar un punto. La tecnología no envejece bien…, a diferencia de un mueble bueno.

Y entonces se sienta en uno de esos muebles buenos: una silla de madera curvilínea con asiento de terciopelo rojo. La silla seguramente cuesta más que todos los ordenadores juntos.

—Cuando aprobaron el Acuerdo de Desconexión, yo me rendí. Yo estaba muy disgustada por el papel que, sin querer, había jugado en hacer posible aquello. Pero Janson siguió luchando hasta el día de su muerte. Ahora que la gente se había acostumbrado a disponer de órganos, Janson sabía que la única manera de terminar con la desconexión sería proporcionar órganos más baratos que no hubiera que recolectar. Eliminando la necesidad de la recolección de partes, la gente descubriría de pronto la conciencia que había perdido. Y de ese modo se acabaría la desconexión.

—La gente del albur usa a su espíritu animal para trasplantes. Así es como pueden prescindir de la desconexión.

—Yo te diré algo mejor —dice Sonia—. ¿Y si pudieras cultivar una cantidad interminable de células, ponerlas en una máquina semejante, digamos, a una impresora de ordenador, e imprimirte un órgano?

Se miran unos a otros. Connor no está muy seguro de que está haciendo una metáfora, un chiste, o si simplemente se ha vuelto loca.

—¿Algo como… una maquinita para fabricar uñas…? —sugiere Risa.

—Una variación del mismo tema —dice Sonia—. Es la misma tecnología, pero después de dar un enorme paso adelante.

—Eh… —dice Connor—. Una foto de un hígado no va a ser de mucha ayuda.

Entonces aparece en los ojos de Sonia una mirada curiosa. Un resabio de la

científica que fue en otro tiempo.

—¿Y si no se tratara solo de una foto? —pregunta—. ¿Y si se pudiera imprimir una capa tras otra de células, unas encima de otras, para que fuera adquiriendo más y más volumen? ¿Y si pudieras resolver los problemas de flujo sanguíneo programando agujeros en la secuencia de impresión y alineando esos agujeros con una membrana impermeable que se convertiría en un vaso sanguíneo?

Ahora ella desplaza su mirada, clavando los ojos en cada uno de ellos conforme habla. La pasión que transmiten sus ojos resulta hipnótica. De repente ya no parece una anciana, sino una científica apasionada llena de un fuego contenido durante años.

—¿Y si se inventara una impresora que pudiera fabricar verdaderos órganos humanos? —Sonia se levanta de la silla. Es una mujer bajita, pero en aquel momento a Connor le da la impresión de una torre que se eleva sobre ellos—. ¿Y si después le vendieras la patente al fabricante médico más importante del país? ¿Y si ellos te compraran el resultado de todo ese trabajo… para esconderlo? ¿Y si cogieran todos los planos y los quemaran? ¿Y si cogieran cada impresora y la destruyeran, y evitaran que nadie pudiera enterarse de la existencia de esa tecnología?

El cuerpo entero de Sonia tiembla, pero no de debilidad, sino de rabia.

—¿Y si hicieran desaparecer la alternativa a la desconexión porque demasiada gente tiene demasiado invertido para que las cosas sigan… exactamente… igual… que están?

Entonces, en el escalofriante silencio que sigue, se oye una voz humilde, sencilla:

—¿Y si quedara todavía una impresora de órganos —dice Grace— escondida en un rincón de una tienda de antigüedades?

La rabia de Sonia se convierte en la más perfecta sonrisa que haya esbozado nunca una abuela:

—¿Y si es así, qué?

Epílogo: La viuda Rheinschild

Años antes de que nacieran Connor, Risa y Lev, Sonia afronta el amargo frío de un día de febrero para llevar una caja de cartón desde su coche a un trastero de alquiler, uno más entre los muchos trasteros anónimos de un gran complejo.

El funeral de su marido fue hace solo una semana, pero Sonia no es el tipo de mujer que se hunde en la autocompasión durante mucho tiempo.

Su trastero es el más grande de los que se alquilan. Es lo bastante grande para que quepan todos los muebles, adornos y objetos de deseo que ella y su difunto marido han coleccionado durante años. La verdad sea dicha, se trataba más bien de la colección de ella, pues Janson no era un hombre materialista. Lo único a lo que él aspiraba era a tener un lugar en la historia, y una butaca cómoda. El caso es que una de esas dos cosas se la robaron, y en la otra murió.

La cerradura del trastero está cubierta de escarcha. Solo ha pasado una semana desde que los de la mudanza lo apilaran todo allí dentro, y ya tiene el aspecto de algo antiguo. Intenta meter la llave en la cerradura, pero sus guantes son demasiado gordos. Al final tiene que quitárselos y soportar el frío en los dedos mientras introduce la llave, la gira, y da un tirón a la cerradura.

Todo ha sido trasladado a aquel trastero. Su casa está ahora vacía, pero no por mucho tiempo. La han vendido a una familia encantadora, o al menos eso le ha dicho el agente inmobiliario. Sonia fijó un precio por debajo del precio de mercado para asegurarse de que se vendía enseguida.

En cuanto al dinero que le pagaron a Janson por los derechos de la impresora de órganos, ha decidido dar la mayor parte a los amigos de Austin que dicen que están montando una organización secreta para luchar contra la desconexión. Los Clandestinos Anti División o algo parecido. Bueno, si pueden emplear ese dinero para salvar del cuchillo a un solo desconectable, habrá valido la pena.

Profiriendo un gruñido, Sonia levanta la puerta enrollable y se topa de cara con los símbolos de su vida, todo colocado con precisión de puzle para que encaje en el espacio. Qué extraño parece que los objetos que constituyen el mundo de uno puedan comprimirse en un espacio tan apretado. La estrella de neutrones que compendia una vida entera.

Mirarlo todo le produce un instante de desesperación pero, como esa nieve que cae en el exterior sin llegar a cuajar, Sonia tampoco deja que la desesperación cuaje en ella. Si hay una lección que ha aprendido de su difunto esposo, es que no se puede dejar que los sucesos del pasado acaben con el futuro de uno. Y futuro es lo

único que le queda a Sonia ahora que, con tanto éxito, le han borrado el pasado. Incluso ha tenido que comprarse un pasaporte falso y un permiso de conducir, ya que los auténticos están invalidados. Ha conservado su nombre de pila, sin embargo, eligiendo mantener un trozo de su identidad a pesar de aquellos a los que les encantaría enviarla a un olvido sin nombre.

Sin embargo, Sonia se va, aunque no en la dirección del olvido. No le preocupa adónde, pero para comprar un billete de avión, uno tiene que tener un destino. Así que antes de que llegaran los de la mudanza, ella se había dirigido a la bola del mundo que había en el estudio de Janson. La había hecho girar y, con los ojos cerrados, había puesto el dedo en ella. El dedo había caído en el Mediterráneo, en la isla de Creta, así que ahí es donde irá. No habla griego, pero lo aprenderá, y aquella isla será el alfa y la omega de su vida por una buena temporada.

Sonia rebusca en el espacio abarrotado un espacio seguro para dejar la pesada caja que lleva. Su contenido es demasiado importante para que permitiera que lo manejaran los de la mudanza. Quería traerlo por sí misma. Janson se alegraría de que lo hiciera así. Parece que puede verlo sonriéndole, tal como lo hizo aquella maravillosa noche de vertiginosa fantasía en que se fueron al restaurante más caro de la ciudad, bebieron champán, y se atrevieron a soñar que volverían a salir de la oscuridad a la luz.

Sonia es lo bastante lista para darse cuenta de que se ha estado moviendo entre épocas de luz y épocas de oscuridad toda la vida. Ahora está en un momento de intensa oscuridad, pero no puede dejar que la oscuridad acabe con ella, como acabó con Janson. Con el tiempo, tal vez vuelva a encontrarse en un espacio de luz, con el coraje y la determinación suficientes para luchar. Para levantarse y hacer algo con respecto a aquella carretera al infierno que está pavimentada con las buenas intenciones de ellos dos. O, para ser más precisos, con la carretera que otros han pavimentado para ellos. Pero eso queda para un mañana lejano. Por el momento ella está cansada, y deshecha, y necesita escapar.

Al final encuentra en el trastero un rincón adecuado para la caja, y la posa con suavidad, asegurándose de que se encuentra en un lugar del que no puede caerse, ni nada puede caerle encima. Entonces mira los montones de cosas que la rodean.

—¡Cuánto chisme! —dice en voz alta. Podría abrir una tienda de antigüedades con todas las cosas que había ido adquiriendo. Si algún día regresa a Estados Unidos, puede que la abra.

Satisfecha, vuelve a salir del trastero, baja la puerta enrollable, y cierra con llave su vida pasada para los próximos diez, tal vez veinte años.

Cuando se va, se sorprende de verse sonriendo a pesar de todo. Sí, la misma organización que Janson fundó los ha traicionado destruyendo sus vidas e intentando destruir hasta el último destello de esperanza; pero ahí han fracasado.

La esperanza puede recibir magulladuras, una paliza. Puede ser forzada a la clandestinidad, puede perder la consciencia, pero no se la puede matar. Los proyectos para la impresora de órganos ya no están, como tampoco los prototipos más grandes. Todo ello ha quedado aplastado y derretido y enterrado en la tumba sin señal de la tecnología saboteada.

Pero nadie conocía la existencia de aquel prototipo más pequeño. El prototipo que devolvió a Austin los dedos que le faltaban. El que Janson tenía escondido en una caja de cartón dentro de su estudio.

Sonia toma la autovía en dirección al aeropuerto, y al hacerlo enciende la radio, encuentra una emisora en la que ponen rock clásico, de cuando ella era niña, y acompaña a los cantantes sin hacer caso del viento helado que hace vibrar el coche.

No hay ninguna duda al respecto; el sueño de Janson está muerto… Pero cuando llega el momento adecuado y el viento cambia de rumbo, hasta el más muerto de los sueños puede resucitar.

Agradecimentos

Como Camus Agrex, este libro y todos los demás del mundo de *Desconexión* han recibido su aliento vital de muchas personas:

Primero y principal, me gustaría darle las gracias al jefe de edición, David Gale; a la correctora, Navah Wolfe; y al editor, Justin Chanda, por su apoyo, y por permitirme convertir una novela con secuela en una trilogía, y después en una tetralogía distópica. Muchas gracias a todo el mundo de Simon & Schuster, incluidos Jon Anderson, Anne Zafian, Paul Crichton, Lydia Finn, Michelle Fadlalla, Venessa Carson, Katrina Groover, y Chava Wolin. Muchas gracias también a Chloë Foglia, que diseñó la cubierta de la edición original maravillosamente escalofriante.

Quisiera dar las gracias a todos los que me han apoyado en este año lleno de acontecimientos: especialmente a mis hijos, Brendan, Jarrod, Joelle y Erin; a su madre, Elaine Jones; a mi «hermanita mayor» Patricia McFall; a mi ayudante, Marcia Blanco; y a mi buena amiga Christine «Natasha» Goethals.

Gracias a la gente maravillosa que me ayuda a proseguir mi trayectoria: a mi agente literaria Andrea Brown; a mis agentes audiovisuales, Steve Fisher y Debbie Deuble-Hill; a mi organizador, Trevor Engelson; y a mis abogados, Shep Rosenman y Lee Rosenbaum.

Tengo una deuda inmensa con Marc Benardout, Catherine Kimmel, Julian Stone, Charlotte Stout y Faber Dewar, cuyos incansables esfuerzos y cuya fe en *Desconexión* han llevado a un acuerdo cinematográfico para toda la serie, cosa que no habría sucedido sin Robert Kulzer y Margo Klewans, de Constantin Films, y su pasión por estos libros.

Gracias a Michelle Knowlden, por su colaboración en *Undivided* y los próximos relatos cortos del mundo de *Desconexión*; a Matthew Dierker y Wendy Doyle, por su trabajo en mi página web; y a Symone Powell, Tyler Hotlzman, Annie Wilson, Meara McNitt, Matthew Setzekorn y Natalie Sommors, que empezaron como fans, y han seguido ayudando a mantener una presencia en Facebook y Twitter para el mundo de *Desconexión* y sus personajes.

Спасибо a Ludovika Fjortende y Michelle y Artie Shaikevich por traducir las frases en ruso, y a Stephanie Sandra Brown por su pericia con el portugués.

Por último, tengo una deuda de gratitud con todos los profesores y bibliotecarios que acercan estos libros tanto a niños como a adultos, así como a los lectores y fans. ¡Son vuestras recomendaciones las que marcan toda la diferencia en el mundo!

Notas

[1] El famoso Massachusetts Institute of Tecnology o Instituto Tecnológico de Massachusetts. <<

[2] La prestigiosa Universidad de California, Los Ángeles. <<

[3] La búsqueda de la visión es un rito de paso que celebran algunas tribus americanas. Consiste en pasar uno o varios días solo en la naturaleza en busca del sentido personal de la vida. Se supone que durante este tiempo la persona profundiza en sí misma y en el mundo, y tiene un sueño visionario que la orienta sobre su destino en la vida. <<



[4] El huracán es un cóctel típico de Nueva Orleans, hecho a base de ron. Los collares de cuentas de plástico son típicos del famoso carnaval de la ciudad. <<

[5] Es decir, desde 2005, año en que el huracán Katrina provocó la destrucción de esos diques y la inundación de la ciudad de Nueva Orleans. Esto tuvo unas consecuencias devastadoras, especialmente para la población más pobre. <<

[6] Pueblo indígena real del interior de EE. UU., de unos 10.000 integrantes en la actualidad. <<

[7] Treinta monedas de plata es el precio por el que Judas traicionó a Cristo. Bruto era el hijo adoptivo de Julio César, y uno de los que lo asesinaron. Los Rosenberg fueron un matrimonio estadounidense acusado de espionaje. Por tanto, todo ello son referencias a la idea de la traición. <<

[8] Alusión al montículo desde el cual, según una teoría conspiratoria, estaba apostado un segundo francotirador en el asesinato de Kennedy. Así pues, Cam, después de acusar a Roberta de traidora, la acusa de conspiradora. <<

[9] O sea, se descubrió un secreto por accidente. <<

[10] Ritos de iniciación judío y musulmán, más o menos equivalentes a la primera comunión católica. <<

[11] «Pienso, luego existo», frase del *Discurso del Método* (1637) de René Descartes, libro fundamental del Racionalismo filosófico. En su libro, Descartes se plantea dudar de todo, incluso de la existencia de sí mismo, que, razona él, podría ser producto de un sueño. Sin embargo, Descartes concluye que aunque su cuerpo fuera producto de un sueño, hay algo que indudablemente existe, que es ese yo que piensa o sueña.

Pese a que aquí aparezca en francés, la frase original fue escrita en latín: «Cogito ergo sum». <<

[12] La frase original, de Elbert Hubbard, es «Cuando la vida te da limones, haz limonada». <<

[13] Sobrenombre de Nueva York. <<

[14] «Yo soy un», en alemán. <<



[15] «Hic sunt dracones» era una indicación usual de los mapas antiguos en lo que se consideraban los confines de la Tierra. <<